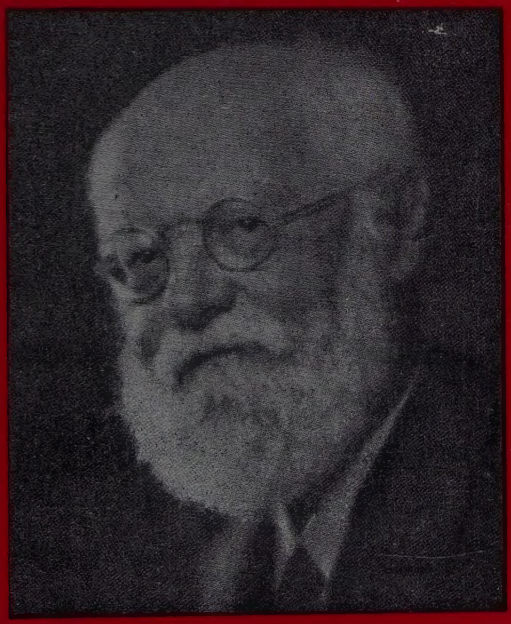
Karl Kautsky

La doctrina socialista

Bernstein y la socialdemocracia alemana



Marxismo y Revisionismo 2

editorial fontamara

f1·80

LA DOCTRINA SOCIALISTA

KARL KAUTSKY

LA DOCTRINA SOCIALISTA

EDITORIAL FONTAMARA
BARCELONA

Traducción de

PABLO IGLESIAS y de J. A. MELLA

© Editorial Fontamara
Entenza, 116, 3.º, 3.ª - Barcelona - 15

ISBN: 84-7367-014-0

Depósito Legal: B. 12082 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

por GRÁFICAS DIAMANTE, Zamora, 83, Barcelona - 5

NOTA EDITORIAL

El libro «La Doctrina Socialista» —cuya traducción literal del alemán sería «Eduard Bernstein y la socialdemocracia alemana»— fue elaborado como recopilación de los artículos publicados por su autor, Karl Kautsky, en la revista teórica de la socialdemocracia alemana, «Die Neue Zeit». Su objetivo era único: combatir las tesis de Bernstein expuestas en el libro «Socialismo Evolucionista», considerado por los marxistas ortodoxos como *biblia del revisionismo.* Así la estructura de «La Doctrina Socialista», dividida en tres partes, responde a la necesidad de Kautsky de combatir los tres niveles doctrinales expuestos por Bernstein: sobre filosofía, sobre economía y sobre táctica política.

La versión que publicamos es la realizada por los dirigentes del Partido Socialista Obrero Español, Pablo Iglesias y Juan A. Mella, en 1909. Mantenemos el título de «La Doctrina Socialista» que si bien, como ya hemos indicado, no responde a la traducción estricta, sí indica el magisterio de Karl Kautsky sobre el marxismo internacional de aquel tiempo, magisterio que compartían totalmente los marxistas españoles.

NOTA PRELIMINAR

La anticrítica que forma el presente volumen fue publicada en fragmentos por el autor en Die Neue Zeit, *revista semanal de la Democracia Socialista alemana. Posteriormente fue cuidadosamente retocada y ampliada, y con el todo se compuso un libro.*

Es para los traductores una satisfacción grande poder ofrecerlo al público español, satisfacción bien profunda por cuanto que ambos se hallan absolutamente compenetrados de las teorías defendidas por el maestro Kautsky.

Pero, en verdad, la publicación de este libro en España merece una explicación: sucede que con esto aparece una obra en defensa de la doctrina marxista en un país de los que menos conocen el fondo de las ideas de Marx.

Nos referimos a la gran masa de intelectuales que en España se ocupa de cuando en cuando en combatir al Partido Socialista sin conocer la esencia de sus teorías. Porque ocurre el extraño caso de que la clase trabajadora, que es naturalmente la más inculta, ha comprendido perfectamente las conclusiones marxistas mucho antes de que los hombres de estudio (hablamos de la generalidad) se hayan molestado en desentrañar las verdades económicas del famoso luchador del Socialismo científico.

Corrobora esta afirmación un caso reciente sucedido en Bilbao: anunciόse con gran aparato el discurso de un conocido catedrático y orador sobre la crisis del marxismo; y sucedió que hubo de hablar de mil cosas que ni remotamente

demostraban semejante crisis, en tanto que los obreros bilbaínos, en un mitin al cual retaron para controvertir al pretendido crítico, dejaron bien patente su conocimiento del marxismo, y eso que se trataba de pobres tipógrafos *y* peluqueros.

El hecho no es nuevo ni extraño: si los intelectuales no estiman a Marx es porque les repele la aridez de su estudio y además el medio ambiente artificial en que viven lo hallan en contradicción con las teorías marxistas. En cambio, la clase más explotada, los obreros manuales, tiene mucho aprendido en el momento que se detiene a filosofar sobre su propia condición.

Y en España, como en todas partes, se le ha dado a la masa proletaria las verdades marxistas escuetas, sin complicaciones demostrativas; además, procúrase poner ante su vista los fenómenos económicos que confirman las tesis de Marx, tales como los modernos trusts, *que son la mejor defensa de su teoría sobre la concentración capitalista.*

En nuestro país no se ha hecho nada serio que tienda a demostrar que el marxismo descanse sobre bases falsas. En el extranjero lo único digno de atención que conocemos es el libro de Bernstein, y aun nos cabe la satisfacción de que el propio crítico es socialista.

En español sólo existe una traducción verdaderamente fiel de El Capital, *de Marx, hecha por el sabio doctor argentino Juan B. Justo. Las demás versiones, extractos, etc., han sido hechos sin cuidado alguno y no dan idea de obra tan discutida. Sólo sabemos de una excepción: el resumen escrito por Gabriel Deville, que fue publicado en español por el Partido Socialista.*

Cada cual interpreta a su comodidad el marxismo, y nada de particular tiene tropezar por ahí —como se tropieza con un adoquín— con algún catedrático de Economía que define el Socialismo como teoría del reparto. Hecho semejante muestra el vergonzoso nivel a que se halla la enseñanza en España.

El mal no es exclusivo de aquí. Cuéntase que hallándose Marx en Francia le preguntaron qué ideas sustentaría

si fuera francés, y que él, aludiendo a lo mal que sus teorías habían sido comprendidas allí, repuso:

—No lo sé; pero seguramente no sería marxista.

Es digno de notarse el que Bernstein, principal impugnador de Marx, pertenece a la Democracia Socialista alemana. Con ello pretendemos demostrar lo inexacta que es una acusación que corrientemente se lanza contra el Partido Socialista: la de que posee un dogma contra el cual nadie ha de osar levantarse.

Dentro del Partido Socialista se revisa sin cesar su doctrina, se comprueba su exactitud, se abandonan los errores, se adoptan nuevos puntos de vista. Esa es la labor de los Congresos nacionales e internacionales, y por eso es el único partido que tiene vida propia y fuerte y se desarrolla dentro de la realidad.

Como socialistas convencidos que somos, estimamos de importancia la traducción de la presente obra; en ella tendremos siempre respuestas para aquellos críticos del marxismo que nos combaten sin haber estudiado los fundamentos de nuestra doctrina, limitándose a buscar argumentos en los escritos de otros, sin pararse a comprobarlos.

Sirve asimismo este trabajo de anticrítica de Kautsky para aquellos que no leyeron a Marx; aquí hallarán al propio tiempo que sus teorías fundamentales, las objeciones hechas y su anulación por el mejor discípulo de Marx.

PABLO IGLESIAS
y JUAN MELLA

Madrid, diciembre de 1909.

INTRODUCCION

El libro de Bernstein es la primera obra sensacional en la literatura socialista alemana. Como éxito literario, la *Mujer*, de Bebel ha superado en mucho al resto de nuestra literatura especial, pero, hablando con propiedad, no es un libro sensacional.

En efecto, ninguna sensación produce el que un socialista escriba un libro socialista.

Es cosa muy distinta el que un socialista eminente, uno de los marxistas *más ortodoxos* escriba un libro en el que solemnemente prenda fuego a lo que ha adorado hasta entonces y adore lo que antes quemó. Ocurre todos los días que un burgués demócrata se haga demócrata socialista, y la prensa burguesa no tiene razón para escandalizarse por ello. Cuando sucede lo contrario, la cosa varía completamente. ¿Se halla, en realidad, Bernstein en este caso? ¿Significa su libro que Bernstein abandone las teorías del Partido Socialista? No es ésta la ocasión de decirlo. Pero, evidentemente, tal es la idea que de su libro ha formado la prensa burguesa, regocijándose hasta lo infinito. ¡Una victoria después de tantas derrotas! ¡Un síntoma de que al menos uno de los pensadores de ese Partido Socialista orgulloso e invencible empieza a no saber qué pensar de su partido, mostrando que la incertidumbre y la duda han sustituido en él a la esperanza del triunfo! No hay palabras bastante elocuentes para dar tan regocijadora nueva.

Esta actitud de nuestros adversarios ha logrado llamar la

atención general de los miembros del Partido sobre el libro de Bernstein. Merecía ser tomado en consideración, tanto más cuanto que en el seno del Partido no había sido condenado por unanimidad. Bien es verdad que los abogados de Bernstein se contradecían en varios puntos. Mientras unos declaraban que no hacía más que confirmar lo que hasta entonces había admitido nuestro Partido, otros le proclamaban el reformador de nuestra política práctica, más importante que la fría y pálida teoría; otros, en fin, se alzaban contra esta misma política práctica, diciendo que lo nuevo que en ella había no tenía ningún valor, y que lo que tenía bueno no era nuevo, pero que el mérito de Bernstein estaba en haberse mostrado pensador original en el terreno de la teoría y en haber vivificado el pensamiento teórico, relegado a segundo término.

Sin embargo, la mayoría de los individuos del Partido que han hecho oír su voz, asociándose al último juicio que acabo de citar sobre la política práctica de Bernstein, han calificado sus teorías de simple imitación de las rancias ideas de los socialistas de cátedra.

Esta diversidad de opiniones proviene de que, como veremos más tarde, Bernstein no ha presentado su punto de vista de un modo completamente claro y consecuente, y también, y muy principalmente, de que existen en nuestro propio partido corrientes muy opuestas en cuestiones de la más alta importancia.

Esto no es una desgracia. En nuestro Partido, como en los demás, ha habido siempre divergencias de naturaleza individual, local, profesional, teórica. Los jóvenes, más fogosos, piensan de distinto modo que los viejos, de sereno espíritu; el bávaro difiere del sajón, y éste del hamburgués; el minero del obrero de fábrica; éste, absorbido enteramente por el movimiento sindical o cooperativo, piensa de distinto modo que aquel que es en cuerpo y alma parlamentario y propagandista en las elecciones; el que ha ingresado en el Socialismo siguiendo a Marx y a Engels no piensa del mismo modo que aquel que ha venido a nosotros por Rodbertus, etc...

Semejantes diferencias son, no sólo inevitables, sino ne-

cesarias; es preciso que la vida intelectual no se aletargue en el seno del Partido. Pero éste es una legión de luchadores y no una asamblea de retóricos; las oposiciones que en él se manifiestan no deben hacer imposible toda colaboración fecunda, ni llegar a producir conflictos que sólo se borran perdiendo mucha fuerza y tiempo y que paralizan la energía del combatiente. El Partido no debe extenderse a expensas de su unidad y de su cohesión. Nada más funesto que la falta de sucesión en la táctica. El carácter esencial de la táctica consiste precisamente en la *unidad*, en la cohesión de las diversas fuerzas que concurren a una acción común bien definida.

En la unidad estriba la gran superioridad de un ejército sobre las muchedumbres sin organización, aunque estas últimas sean mucho más numerosas y estén igualmente armadas. La unidad es quien da la superioridad a un partido organizado sobre la masa indiferente.

No hay que confundir la táctica con la propaganda. Esta debe ajustarse a las condiciones individuales y locales. En la propaganda hay que dejar al agitador el cuidado de obrar con los recursos de que dispone. Uno obra sobre todo por su entusiasmo, otro por su ingenio, el tercero por la abundancia de hechos, etc. La propaganda depende tanto del público como del agitador, hay que hablar haciéndose comprender y partiendo de un punto conocido por el auditorio. No se refiere esto tan sólo a la propaganda rural. Se habla a los cocheros de punto de distinto modo que a los mineros y a los tipógrafos.

La propaganda debe variar según los individuos, pero nuestra táctica, nuestra acción política debe ser *una*. Cuando hay que trabajar sobre toda la extensión del Imperio, por ejemplo, para las elecciones del Reichstag, no debemos tener una táctica para el Norte y otra para el Sur, una para el campo y otra para la ciudad. En la unidad de la táctica estriba la unidad del Partido, y si falta la una, no tarda la otra en desaparecer.

La unidad de táctica es la unidad de acción. No excluye esto las divergencias del pensamiento ni las diferencias del punto de vista teórico. La perfecta unidad de pensamiento

es realizable, todo lo más, en una secta religiosa, y es incompatible con la originalidad del pensamiento. Pero esto no quiere decir que la opinión teórica de un miembro del Partido sea cosa indiferente o, por decirlo así, un asunto privado.

La actividad de un partido necesita, como toda actividad colectiva, que el individuo sacrifique parte de su individualidad. Los anarquistas y los teóricos del individualismo pueden mirar con desprecio a los miembros del partido a causa de este sacrificio, pero no pueden negar el hecho de que sin la acción colectiva nada grande puede hacerse en la práctica. Pero es claro que el sacrificio de su individualidad, exigida a cada miembro en particular, no debe ser excesivo, pues en tal caso el Partido se convertiría en una horda de esclavos sin voluntad, o en un rebaño de carneros. La verdad es que cuanto mayores son las divergencias de opinión desde el punto de vista teórico en el seno del Partido, el individuo debe sacrificar más de su individualidad en pro de la unidad de acción; cuanto más disminuye el entusiasmo de la actividad del Partido, más aumenta el peligro que amenaza a su unidad. Hay que guardarse también de marcar límites demasiado estrechos, más allá de los cuales no pueda el individuo servir eficazmente al Partido porque difiere de la mayoría en el punto de vista teórico, y sea imposible conciliar la unidad del Partido con la independencia de los miembros del mismo.

Uno de los problemas más importantes para todo partido es el de fijar exactamente este límite. A este efecto, todo partido formula el objeto que se propone y expone sus motivos en un programa que sirve más para la organización que para la propaganda. Nuestro programa establece no sólo nuestras primeras reclamaciones, sino también los principios cuya aceptación asegura la unidad del Partido y su amor a la lucha. La parte general de nuestro programa no es sólo un ornamento del edificio del Partido, un placer inocente que los *prácticos* dejan de buena voluntad a los *teóricos*, sino que llena un objeto eminentemente práctico, cual es el de trazar una línea divisoria tanto entre nosotros y los que son nuestros declarados adversarios, como también entre nosotros y

esos *dilettanti* inciertos y tibios, que nos seguirían de buena gana algunas veces, pero que carecen de firme resolución para pelear a nuestro lado por el Partido, en cualquiera circunstancia y hasta lo último.

Pero precisamente porque este punto del programa es importantísimo, no se le debe sustraer a toda crítica. Nada hay peor que un programa en contradicción con la realidad. O bien pierde todo valor práctico para el Partido, y entonces pierde éste a su vez toda cohesión; se borra la línea divisoria que le separa de los elementos próximos; acuden a él gentes de todas clases; los principios son reemplazados por fluctuaciones de opinión y por influencias momentáneas de hábiles demagogos, y en lugar de ir directamente en persecución de su objeto, se desvían unos por la derecha y otros por la izquierda, la disgregación sucede a la cohesión, el escepticismo y el denigramiento a la confianza en sí mismo y al entusiasmo; o bien el programa no pierde nada de su valor en el Partido, pero, incompatible con la realidad de las cosas, pierde su fuerza propagandista, reduce al Partido a la categoría de secta y le arrastra por la senda de las declamaciones estériles y de las aventuras funestas.

No solamente está permitido, sino que es necesario someter de cuando en cuando el programa a un nuevo examen. Pero en razón a su importancia para la vida del Partido, se tiene el derecho de exigir que dicho examen se practique con la mayor escrupulosidad. Hay que guardarse de entregar a discusión el programa del Partido a la primera crítica que se presente, de suscitar sin razones serias dudas sobre la solidez de las bases del edificio del Partido y de abandonar su primer punto de vista antes de haber encontrado y establecido uno nuevo.

Para realizar grandes empresas hay que ser entusiastas, decía Saint-Simon. Pero sólo producen entusiasmo los fines elevados. Si el fin propuesto no nos satisface, es necesario dirigir el entusiasmo hacia otro fin, más fundado, aunque de la misma altura; pero hay que guardarse también de matar el entusiasmo con un estéril escepticismo. Estos son los principios que deben guiarnos en el examen de nuestro programa.

Teníamos derecho a esperar de Bernstein que nos diera en su libro una crítica semejante de nuestro programa; una crítica que, si destruye nuestro objeto actual, le sustituya por otro mejor, que si rechaza los principios y los medios actuales, nos indique otros mejores. Una crítica semejante y la discusión que ha promovido, no podían menos de ser provechosas a nuestra causa, sobre todo en este momento en que las divergencias de opiniones se producen en nuestras propias filas.

Nuestros adversarios no podían permanecer indiferentes a esta crítica y debía exasperarles tanto más cuanto más eficaz se mostraba y servía para fortalecer al Partido Socialista, en lugar de derrocarlo.

Ya se verá cómo y hasta qué punto la crítica de Bernstein ha logrado su objeto. En último término, Bernstein no ha facilitado la solución del problema destruyendo de arriba abajo no sólo el programa, sino también el método de donde procede. Hasta un hombre de genio, un cerebro enciclopédico como Marx o Engels hubiera retrocedido ante la tarea de hacer en algunas semanas y en algunas páginas una crítica de los principios filosóficos de nuestro programa, una crítica del mismo programa y un cuadro de sus consecuencias prácticas. El *Anti-Dühring* de Engels no abarcaba más que la primera parte del programa, y el *Anti-Proudhon* de Marx no trataba más que de los principios más importantes de la Economía política.

La obra de Bernstein hubiera ganado abarcando menos materias. Una crítica del programa no tenía valor, por cuanto Bernstein aceptaba como justo el método que le había producido. Si este método es erróneo, el programa es flotante, y entonces importa ante todo crear un nuevo método para trabajar con arreglo a él; sólo después de esto podrá construirse un programa nuevo.

Antonio Labriola [1] ha observado con razón (*Le Mouvement Socialiste*, N.° 8, p. 455), que sólo desde el punto de vista de

1. Antonio Labriola (1843-1904): Dirigente del movimiento obrero e introductor del marxismo en Italia. Su obra es de gran importancia teórica y tuvo determinante influencia en la II Internacional.

la forma, el libro de Bernstein tenía el grave defecto de ser demasiado enciclopédico, y que para hacer su crítica sería forzoso escribir un volumen respetable.

Diré más: para hacer una crítica profunda de Bernstein, sería preciso escribir toda una biblioteca, porque se empeña principalmente en plantear problemas, cuya solución deja al cuidado de otros. Además, la obra de Bernstein es un escrito de circunstancias, un libro sensacional, que levanta por el momento gran polvareda, pero cuyo efecto no es duradero. La crítica no puede pasar años enteros escribiendo una enciclopedia para refutarle; su crítica debe aparecer lo antes posible, si no carece de objeto.

A todo esto se junta otra dificultad. La obra de Bernstein suscita en algunas páginas tan gran número de problemas, que carece no ya de resultados positivos, sino también de claridad en la exposición. Los pensamientos se agolpan, se precipitan y ninguno llega a su completo desarrollo. Añadid a esto que Bernstein, como él mismo lo reconoce en su prefacio, no ha podido elegir la forma y los argumentos propios para dar a sus ideas toda la fuerza debido. Se ha condenado a esta reserva por consideración a sus dos maestros y amigos desaparecidos. Ya veremos si con ello ha honrado su memoria. Lo que sí es cierto es que de esa manera es más difícil explicarse con él.

Consecuencia de todo esto es que sea casi imposible al que hace la crítica del libro de Bernstein obtener resultados serios y apreciables. La tarea es enorme y abrumadora. La abundancia de problemas y la carencia de resultados positivos en el libro que estudia excluye casi por completo la posibilidad de profundizar y de resolver estos problemas, y como los pensamientos más importantes carecen de desarrollo y de precisión, el lector se ve obligado con frecuencia a deducir él mismo las consecuencias y a descubrir el punto de vista del autor. Resulta de esto que la principal objeción hecha por Bernstein a los críticos, es la de que no le han comprendido y han falseado sus ideas. Pero, cosa curiosa, los que han combatido a Bernstein, han entendido todos su libro de la misma manera. Por el contrario, los que le defienden lo interpretan de modos muy distintos. Los unos ven

en él una ruptura completa con los principios y las ideas actuales del Partido Socialista; los otros la confirmación del verdadero carácter del Partido, del cual no difiere más que en la forma exterior.

Todo esto hace que la crítica detallada del libro de Bernstein sea un trabajo difícil, desagradable e infructuoso. Pero el problema está enunciado, y es preciso resolverle. Procuraremos conseguirlo tratando de obtener cuantos resultados positivos podamos.

I

EL METODO

a) *Concepción materialista de la Historia.*

El libro de Bernstein presenta varias fases de desarrollo; le sirven de preludio los artículos de la *Neue Zeit*, origen de la discusión actual. Sus artículos sobre «la lucha del Partido Socialista y la revolución social» con la tesis del *objeto final y del movimiento*, expresión que después se ha hecho corriente, son considerados como una simple polémica contra Belfort Bax. Atacado sobre este punto, Bernstein dio a sus respuestas la forma de una polémica contra los «socialistas revolucionarios» del Partido, los Parvus, los Luxemburgo, los Plechanow.[2]

Al principio de su libro, Bernstein aumenta aún más el círculo de sus adversarios. Pero se coloca todavía en el punto de vista marxista. La concepción marxista de la Historia ha sufrido una transformación, dice Bernstein; la mayoría de los marxistas no la notan, pero Bernstein se atreve a seguir su desarrollo; hay que deducir la concepción marxista de la Historia en su forma perfecta y no en su forma primitiva.

2. Parvus (1869-1924): Miembro de las socialdemocracias rusa y alemana. Rosa Luxemburg (1871-1919): Dirigente de la socialdemocracia alemana. Yuri Plejanov (1856-1818): Dirigente de la socialdemocracia rusa.

Aquí vemos a Bernstein defender la doctrina de Marx contra la sinrazón de los marxistas. Se considera como el profeta venido, no para derogar la ley, sino para cumplirla.

Pero a medida que avanza, se enardece cada vez más; llegamos a la segunda fase: Marx y Engels han sufrido una transformación; y no solamente los marxistas, sino los propios Marx y Engels no se han dado cuenta de ella. Pero Bernstein la ha descubierto.

La doctrina de Marx debe ser reformada en el sentido de esta transformación, y del Marx mal inspirado hay que apelar al Marx mejor inspirado. Hasta aquí era moda entre los socialistas teóricos oponer Lassalle[3] el bueno a Marx el malo; Bernstein varió las cosas, y a Marx el malo opone Marx el bueno. Pero no se contenta con esto, continúa y se exalta, se hace más agresivo y llega a la tercera fase: de Marx el bueno ya no queda nada; al contrario, Bernstein le rechaza completamente. El movimiento real de la evolución, según Bernstein, es diametralmente opuesto al que adopta Marx.

Esta es la frase más decisiva y más importante del libro. Al menos sabe uno a qué atenerse. Mas, por desgracia, Bernstein no se detiene aquí. El torrente que amenaza llevarse el edificio del marxismo, va a perderse en una digresión sobre las reformas del socialismo práctico, cuya necesidad ha sido universalmente reconocida lo mismo por economistas burgueses que por socialistas revolucionarios. Del torrente sólo resta un hilillo de agua, y el único resultado práctico de una exposición tan larga es una exhortación a no servirnos de expresiones que puedan escandalizar a los burgueses.

Comencemos por examinar la primera fase del libro. Se trata del fundamento de la teoría marxista; es decir, de la concepción materialista de la Historia. «Por esos dos grandes descubrimientos —dice Engels en su *Anti-Dühring*— la concepción materialista de la Historia y el descubrimiento del secreto de la producción capitalista por medio de la supervalía, el Socialismo ha llegado a ser una ciencia.»

3. F. Lassalle (1825-1864): Publicista y agitador político alemán de gran influencia en el movimiento obrero de su tiempo.

Estos descubrimientos no han creado el Socialismo moderno, pero han permitido fundar y edificar la doctrina socialista científica y metódicamente.

De estos dos descubrimientos, el que ha servido de base es la concepción materialista de la Historia. Ella es la piedra angular del marxismo, es decir, de la teoría socialista en el más alto grado de desarrollo que hasta ahora ha alcanzado.

Así, Bernstein parte en su obra de esta interrogación: el materialismo histórico ¿tiene algún valor? ¿Cuál es éste?

La cuestión de la precisión del punto de vista materialista —declara— es la cuestión del grado de necesidad de los hechos históricos. Ser materialista es afirmar en primer lugar la necesidad de todo lo que ocurre. De este modo, un materialista es un calvinista sin Dios.

La concepción marxista también era determinista, bajo la primitiva forma que revestía en el prefacio de la *Crítica de la Economía Política*, es decir, que partía del principio de la necesidad de los hechos humanos y mundiales. Pero Bernstein pretende que esta concepción ha sido restringida más tarde en *El Capital*, en el *Anti-Dühring* y finalmente en algunas cartas de Engels a principios del siglo.

Vemos hoy la concepción materialista de la historia bajo un aspecto distinto del que tenía al principio cuando fue presentada por sus promotores. En el espíritu de estos mismos ha experimentado una evolución, restringiendo su significación absolutista. La idea fundamental de la teoría no perdería por esto nada de su unidad, mientras que la propia teoría ganaría en valor científico. Por sus mismos complementos se convierte realmente en una teoría de concepción histórica científica. Como base científica de la teoría socialista, la concepción materialista de la Historia sólo aumentada puede valer hoy día, y todas sus aplicaciones desechadas eventualmente sin miramientos, o con miramientos insuficientes para su significación integral (influencia recíproca de causas y efectos de los factores materiales e ideológicos), es preciso corregirlas, ya emanen de los promotores de la teoría, ya de otras personas...

...El materialismo filosófico o fisiológico es determinista, la

concepción histórica marxista no lo es, y no atribuye a las bases económicas de la existencia de los pueblos una influencia determinadora incondicional sobre las formas de esta existencia.

Tal es, en sus líneas generales, la idea que se forma Bernstein de la concepción materialista de la Historia.

Si la examinamos más detenidamente, una cosa nos choca ante todo: Bernstein confunde dos cuestiones que deben estar rigurosamente separadas: por una parte, la de la concepción que Marx y Engels tenían del proceso histórico, y por otra, la de la exactitud de esta concepción. Afirma que Marx y Engels no han sido deterministas en historia más que al principio y que no lo fueron más tarde, y, por consiguiente, que la concepción determinista de la Historia es falsa y sin valor científico. Aunque las premisas fueran justas, negaría yo absolutamente esta conclusión.

La exactitud más o menos absoluta de la concepción materialista de la Historia no depende de las cartas y los artículos de Marx y de Engels; sólo puede probarse por el estudio de la Historia misma. Bernstein puede hablar con desprecio de ese *cómodo término de escolástica;* yo comparto absolutamente la opinión de Lafargue,[4] quien califica de escolástico el hecho de discutir la exactitud de la concepción materialista de la Historia en sí, en lugar de comprobarla por el estudio de la Historia misma. Esa era también la opinión de Marx y de Engels; lo sé por conversaciones privadas con este último, y encuentro la prueba de ello en el hecho, que parecerá extraño a muchos, de que ambos no hablaban sino rara y brevemente de los fundamentos de su teoría y empleaban la mejor parte de su actividad en aplicar esa teoría al estudio de los hechos.

No es menos importante observar que los marxistas que han seguido su ejemplo y se han ocupado de investigaciones históricas, jamás han estado en desacuerdo, ni entre sí

4. Paul Lafargue (1842-1911): Destacado propagador del marxismo, miembro del Consejo General de la Internacional. Fue delegado a España por Marx para la organización del movimiento obrero español frente a los intentos —luego victoriosos— de los bakuninistas. Estaba casado con una hija de Marx.

ni con sus maestros, sobre lo que entendían por concepción materialista de la Historia.

No es que cada uno de nosotros aceptara todos los resultados obtenidos por los demás; más de un resultado obtenido por Engels y Marx es inaceptable actualmente. Pero los historiadores de la escuela marxista reconocen unánimemente que todas sus investigaciones confirman la descripción que Marx ha hecho del proceso histórico en el prefacio citado. Los que niegan carácter científico a esta concepción histórica no son historiadores.

Pero si Marx y Engels se hubieran colocado más tarde en otro punto de vista hubieran restringido su teoría, haciéndola, por lo tanto, más científica.

Aquí vuelve Bernstein a confundir dos cuestiones que tienen, es verdad, muchos puntos comunes, pero que hay que considerar separadamente si se quiere dilucidarlas y no perderse en el vacío. Bernstein considera idénticos el determinismo y la hipótesis de que el desarrollo de las fuerzas productivas determina el desarrollo de las condiciones sociales; pero esto es falso. Empieza por equivocarse cuando pretende que ser materialista es lo mismo que afirmar la necesidad de *todo lo que sucede.* Es indudable que el materialismo afirma la necesidad de *todo lo que sucede,* es decir, el valor de la ley de causalidad para todos los hechos experimentales; pero también hay filósofos idealistas que son de este parecer. Por consiguiente, aunque Marx y Engels hubieran restringido la potencia determinante de las condiciones de producción y reconocido a las ideas un movimiento propio independiente, esto no querría decir que su concepción de la Historia hubiera dejado de ser determinista.

Tomemos, por ejemplo, la concepción histórica de Buckle. Es bastante diferente de la de Marx. Buckle ignoraba todavía que leyes económicas distintas corresponden a diferentes formas sociales; para él, según la Economía política liberal, las leyes de la producción desarrollada de las mercancías eran las leyes naturales de toda forma de producción; no veía en la Historia más que dos factores: la naturaleza y el espíritu, y la creía determinada por el desarrollo del espíritu y el progreso de la ciencia. Si se considera este pro-

greso como el de los descubrimientos e invenciones, la concepción de Buckle conduce a la de Marx. Pero Buckle estaba detenido por el punto de vista liberal que hemos indicado y que consideraba las leyes del modo de producción en vigor como leyes naturales. Desde este punto de vista, la sociedad no progresaba sino en cuanto se reconocían cada vez más claramente sus leyes naturales y se constituía la sociedad conforme a estas eternas verdades.

La concepción de Buckle es completamente distinta de la de Marx, y sin embargo, aquél permanece fiel al principio de la necesidad de *todo lo que sucede.*

Debemos, pues, considerar separadamente los dos juicios de Bernstein, afirmando, por una parte, que Marx y Engels han renunciado por fin al determinismo en su concepto de la Historia, y por otra parte, que han concedido escasa importancia al factor económico en el desenvolvimiento histórico. Mas no es posible exigir con excesiva severidad que las proposiciones en que Bernstein apoya su primer juicio sean terminantes. No olvidemos que el mismo Bernstein declara que el materialista es determinista.

La concepción marxista de la Historia era primeramente determinista, ¡y hubiera dejado en seguida de serlo! Sin embargo, Marx y Engels han sido materialistas hasta el fin de sus vidas. ¿No es esto lo mismo que decir que al principio eran consecuentes y que más tarde no lo fueron?

Bien es verdad que este cambio, a los ojos de Bernstein, es un progreso desde el punto de vista científico, y exige de nosotros que aceptemos la concepción marxista en su forma inconsecuente y no en su forma consecuente.

Pero ¿qué es la ciencia? El conocimiento razonado de las relaciones necesarias y naturales de los fenómenos. Luego los fenómenos que por su complejidad no hayan permitido descubrir aún sus relaciones necesarias, de modo que no podamos ver en ellos más que el juego del acaso y de lo arbitrario, caen fuera del dominio de la ciencia. El progreso de la ciencia consiste en limitar el dominio del acaso y de lo arbitrario, extendiendo el de la necesidad reconocida.

El gran mérito de Marx y de Engels consiste en haber hecho entrar, con más éxito que su antecesores, los hechos

históricos en el dominio de los hechos necesarios, elevando así la Historia a la categoría de ciencia. Y cuando esto han hecho, interviene Bernstein, pretendiendo que el progreso científico de Marx y de Engels ha consistido en suprimir el determinismo en la Historia.

Lo más extraño de todo esto es que Marx y Engels no se han dado la menor cuenta de esta radical transformación de su pensamiento. El mismo Bernstein declara que la concepción materialista de la Historia es la ley fundamental sobre la que reposa todo el sistema. Según Bernstein, Marx y Engels, en el curso de su evolución, hacen desviar al determinismo de esta ley fundamental; ¡y, sin embargo, se quedan convencidos hasta el fin de sus vidas de que han permanecido fieles a la misma concepción de la Historia! En la carta de Engels a C. Schmidt del 27 de octubre de 1890, mencionada por Bernstein, Engels le remite al «*18 Brumario*, compuesto en 1852, como un modelo de narración histórica desde el punto de vista materialista».

¡Qué fuerza demostrativa debería tener la prueba que pudiera forzarnos a admitir que la concepción marxista de la Historia no es determinista! ¿Y qué nos aduce Bernstein? *Nada, absolutamente nada.*

No podemos considerar como una prueba de este género la remisión al prefacio de *El Capital.* Marx habla en él «de las leyes naturales de la producción capitalista», pero, dice Bernstein, añade en seguida: «se trata de esas tendencias irresistibles cuya acción es ineluctable y necesaria». Bernstein se agarra a la palabra *tendencia* y dice: «Cuando se trata de *ley*, el concepto más elástico de *tendencia* sustituye al más rígido de *ley*». En la página siguiente se encuentra esta frase, citada con frecuencia: «*que la sociedad puede abreviar y dulcificar los dolores del alumbramiento de las fases de la evolución natural*».

La tendencia parece, pues, a Bernstein más flexible que la ley cuando ésta es una tendencia irresistible cuya acción es ineluctable y necesaria. Pero entonces, la tendencia ¿es otra cosa que una ley cuya acción está modificada y contenida por la acción de otras leyes? Los planetas tienen, en virtud de la ley de gravitación, la tendencia a caer sobre

el sol, pero el efecto de la ley de gravitación está destruido por el de la ley de la fuerza centrífuga, que da a los planetas la tendencia a alejarse del sol. ¿Estas dos leyes, dejan de ser leyes naturales absolutas porque en este caso no se manifiestan más que como tendencias?

Pero la sociedad ¿no puede abreviar y dulcificar los dolores del alumbramiento de las fases de la evolución natural? Ciertamente, pero ¿cómo? Haciéndose cargo de la necesidad de estas fases.

Mas este acto no es una cosa arbitraria; depende de la naturaleza de nuestro intelecto, del poder de nuestros medios de investigación, del medio que determina nuestro punto de vista.

No puedo descubrir en ninguna parte la menor atenuación, la menor limitación del determinismo. ¿No confundirá Bernstein el determinismo con el mecanismo?

Sin duda, la evolución social no se verifica en ninguna parte mecánicamente; es el resultado de la acción y del esfuerzo de seres conscientes; no se verifica maquinalmente del mismo modo en todas partes. Pero ¿prueba esto que no sea necesaria?

Mientras Bernstein no presente mejores pruebas, declararemos que está en el error más completo cuando pretende que la concepción marxista de la Historia no es determinista.

Esta cuestión se relaciona algo con la del papel de las ideas en la evolución histórica, y Bernstein ha confundido las dos cuestiones. La evolución de la concepción marxista de la Historia ha consistido ante todo, según Bernstein, en la modificación del papel que Marx y Engels han atribuido al factor económico en la Historia. Tampoco suscribiría yo este juicio de Bernstein, y el propio Engels no tenía idea de esta evolución, pues de haberla tenido no hubiera designado en 1890 el *18 Brumario* como un modelo de narración histórica materialista. Ya no falta a Bernstein más que interpretar la marcha de la evolución con arreglo a citas aisladas.

Bernstein parte del prefacio de la *Crítica de la Economía Política*. En él se lee: «El modo de producción de la vida

material determina de un modo general el proceso social, político e intelectual de la vida. No es la conciencia del hombre quien determina su modo de existencia social, sino su modo de existencia social quien determina su conciencia». Nota aquí Bernstein, entre otras cosas, que en la segunda de las frases citadas, *conciencia* y *existencia*, están opuestas de tal modo, que fácilmente se deduce de ellas que los hombres no son considerados sino como los instrumentos vivos de las leyes históricas, cuya obra llevan a cabo inconsciente e involuntariamente.

Según la explicación que Engels da del materialismo económico en su obra de polémica contra Dühring, el hombre parece depender mucho menos de las condiciones de producción. Se expresa así viviendo Carlos Marx y en perfecta conformidad de miras con él. Dice que no hay que buscar las causas últimas de todas las transformaciones sociales y de todas las revoluciones políticas en el cerebro de los hombres, sino en las variaciones del modo de producción y de cambio. Luego, las causas últimas comprenden las causas secundarias de todo lo natural, etcétera...

¿Qué dice Engels en el pasaje citado? Declara «que la organización económica de la sociedad constituye siempre la base real, que explica sin apelación toda la superestructura de las instituciones jurídicas y políticas, así como las ideas religiosas, filosóficas y otras de cada período histórico». De golpe se arrojaba al idealismo de su último refugio, es decir, de la filosofía de la Historia; al mismo tiempo nacía y se encontraba una concepción materialista de la Historia para explicar la conciencia del hombre por su modo de existencia social, y no, como antes se había hecho, su modo de existencia por su conciencia.

Compárese este pasaje del *Anti-Dühring* con el citado más arriba del prefacio de la *Crítica*, y se verá que los dos dicen lo mismo casi textualmente. Hasta la frase en que se habla del *modo de existencia social* determinando la *conciencia del hombre*, se encuentra en Engels. Pero Bernstein pretende que, según la redacción de Engels, los hombres parecen depender mucho menos de las condiciones de produc-

ción, porque en Marx el modo de producción determina los fenómenos de la vida social, mientras que Engels los explica sin apelación. Confieso francamente que no puedo descubrir ni una diferencia entre las dos redacciones.

En su obras posteriores —continúa Bernstein— Engels ha limitado aún más la fuerza determinante de las condiciones de producción, principalmente en dos cartas impresas en el *Sozialistischer Akademiker* de octubre de 1895, escritas la una en 1890 y la otra en 1894.

En ellas enumera Engels las instituciones judiciarias, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, los conceptos religiosos, los dogmas, como ejerciendo su influencia sobre las luchas históricas, cuyas formas determinan en muchos casos de un modo preponderante. «Hay, pues —escribe Engels—, innumerables fuerzas que se cruzan, un grupo considerable de paralelogramos de las fuerzas, cuya resultante es el hecho histórico, resultante que a su vez puede considerarse como el producto de una potencia que obra como un todo inconscientemente y sin libre albedrío.»

¿En qué difiere esta opinión de la del prefacio de la *Crítica,* la cual conduce a Bernstein a afirmar que los hombres son considerados como instrumentos vivos de las leyes históricas, cuya obra realizan inconsciente e involuntariamente? Y por lo que se refiere a la determinación de las formas de las luchas históricas por medio de teorías y dogmas, ya ha hecho notra Marx en su prefacio a la *Crítica* que en el estudio de esta especie de revoluciones hay que distinguir siempre que la revolución en las condiciones económicas de la producción, revolución material que puede comprobarse científicamente, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra ideológicas, en las que los hombres se dan cuenta de este conflicto y ellos mismos le resuelven.

¿Dónde está la diferencia entre 1852 y 1890? La manía que tiene Bernstein de desmenuzarlo todo es tanto más singular, que precisa muy poco al exponer el resultado de la pretendida evolución de la concepción marxista de la Historia. «Cualquiera que aplique hoy la teoría del materialismo económico —dice—, está obligado a aplicarla en su for-

ma más perfecta y no en su forma primitiva, es decir, que está obligado, juntamente con el desenvolvimiento e influencia de las fuerzas productivas y de las condiciones de producción, a tener muy presentes las nociones de derecho y de moral, las tradiciones históricas y religiosas de cada época, las influencias geográficas y otras influencias naturales, entre las que figura la naturaleza del hombre y de sus facultades intelectuales.»

Tener presente. ¿Puede darse una expresión menos precisa? Cualquiera que aplique la concepción materialista de la Historia y, por consiguiente, estudie la Historia desde el punto de vista material, debe naturalmente *tener presentes* todos esos factores. Las relaciones entre éstos, su acción recíproca, su función pasiva o activa, todo esto es precisamente lo que se debe estudiar y explicar. Pero todo historiador debe hacer otro tanto, cualquiera que sea su filosofía; lo rebatible no es lo de *tener presente*, sino lo que de ello resulta. Pero examinemos más detenidamente cada uno de los factores a los cuales nos remite Bernstein. Junto a las fuerzas productivas y las relaciones de producción tenemos las nociones de derecho y de moral y las tradiciones históricas y religiosas. Pero, ¿qué son las tradiciones según la última definición de la concepción materialista de la Historia, sino el producto de formas sociales anteriores y también, por consiguiente, de modos anteriores de producción? Y pasa lo mismo con las nociones de derecho y moral, cuando son tradicionales y no resultan de la forma social del momento. Pero también las influencias naturales son un factor material. El mismo Bernstein dice: «Entre los pueblos prehistóricos, la naturaleza ambiente es la potencia económica determinante». La naturaleza es, pues, el factor económico inicial. De modo que se pueden reducir, después de un examen más detenido, los factores que obran en la superficie de la Historia, a los cuales nos remite Bernstein, a los factores económicos; llega, pues, a la conclusión de que no se puede explicar la Historia de una época tan sólo por su historia económica, sino que es preciso *tener presente* el conjunto de la evolución económica que la ha precedido y de sus resultados. Esto es justo, pero es precisamente lo que

no han cesado de hacer Marx y los historiadores marxistas. Puede decirse que en Historia el método marxista es el único que considera ampliamente la prehistoria. El hecho de que el historiador materialista deba comenzar todas sus investigaciones *ab ovo*, es uno de los motivos que hacen su tarea más difícil que la de cualquier otro.

Podría discutirse si Bernstein quería decir que la concepción marxista de la Historia se ha modificado de tal suerte que ha exagerado al principio la influencia directa del modo de producción en vigor, haciendo poco caso de la influencia indirecta del modo de producción anterior. En efecto, los progresos de los estudios de Historia primitiva, apenas nacidos en la época de los comienzos del materialismo económico, han ejercido sobre él una influencia muy considerable. Puede seguirse bajo este aspecto la evolución de la teoría, ha sido comprobada por los autores mismos de la concepción materialista de la Historia (por ejemplo, Engels en la primera nota de la edición más moderna del *Manifiesto Comunista*).

Por el contrario, la evolución que Bernstein hace realizar a esta concepción de la Historia no ha sido reconocida en ninguna parte por sus autores; Bernstein la ha deducido de la simple comparación de textos aislados sacados de sus obras, textos que, cuando no son equívocos, dicen todos lo mismo, y que hasta cuando podrían prestarse a diversas interpretaciones, pueden fácilmente considerar como teniendo la misma significación.

La argumentación de Bernstein puede muy bien caracterizarse por una metáfora tomada de las ciencias naturales, en las que las relaciones son más sencillas y manifiestas que en las ciencias sociales. Supongamos que un naturalista haya sostenido en sus primeras obras el principio de que la luz y el calor del sol son indudablemente el principio activo de la vida orgánica sobre la tierra. Más tarde se le pregunta si es verdad que pretende que la vegetación de un árbol depende tan sólo de la cantidad de luz y de calor que recibe directamente del sol. Responderá, como es lógico, que eso es absurdo, que su teoría no debe interpretarse así; que no ignora que la naturaleza de la semilla, del suelo, la alterna-

tiva de la humedad y de la sequedad, la dirección y fuerza de los vientos, etc., ejercen también influencia sobre la vegetación de los árboles.

Llega entonces un comentarista, que confunde la influencia directa del sol sobre la vegetación de las plantas con su acción como principio único de vida para la tierra, y que declara que la teoría de nuestro naturalista no debe entenderse en su forma primitiva y general, sino en su forma ulterior, restringida y, por tanto, mucho más científica. No comprende que la teoría bajo esta forma deja de ser científica; es un lugar común, familiar desde hace siglos a los campesinos.

Sucede lo mismo, aunque menos rigurosamente, con la evolución experimentada por la teoría de Marx y de Engels. La idea de que la Historia no está determinada solamente por los conceptos de moral y de derecho, las tradiciones y los factores naturales, sino también por el modo de producción, no era necesario que Marx y Engels la descubrieran; ya era muy conocida en el siglo anterior, como pueden atestiguarlo algunos ejemplos que tenemos a la vista y cuyo número podría aumentar fácilmente.

Montesquieu, nacido hace más de dos siglos, ya buscó en *El Espíritu de las Leyes* la influencia del modo de producción sobre las instituciones ideológicas. «Las leyes —dice en el capítulo VIII del libro XVIII— tienen una relación muy estrecha con la manera como los diferentes pueblos se procuran sus medios de subsistencia.» Y esta tesis la explica en los capítulos siguientes con mucha sagacidad en lo que concierne a los pueblos cazadores, a los nómadas, a los agricultores y hasta a los industriales.

Recientemente Kampffmeyer ha indicado en la *Neue Zeit* a J. Möser, quien ya ha insistido firmemente sobre la influencia del modo de producción en la vida intelectual. «La religión del minero —dice— difiere de las creencias del pastor.»

Hegel ha comprendido algunas veces con gran claridad la importancia que la infraestructura económica tiene para la superestructura política e ideológica. En su *Filosofía de la Historia* explicaba el cobarde federalismo de los Estados

Unidos por sus condiciones económicas: «En lo que concierne a la organización política de la América del Norte, no se ve un fin claramente propuesto, y no se deja sentir la necesidad de una unión sólida, porque un verdadero Estado y un verdadero gobierno no se organizan más que cuando existe ya una diferencia entre las clases, y las condiciones sociales son tales que ya no se pueden satisfacer por los medios ordinarios una multitud considerable de necesidades. Pero América ya no se halla en ese estado, porque tiene siempre a su disposición el poderoso derivativo de la colonización y no cesan de afluir las muchedumbres a las llanuras del Mississipi. Si los bosques de Germania hubieran existido todavía, no se hubiera producido la Revolución Francesa».

Lo que Bernstein nos presenta como el fruto del pensamiento de Marx y de Engels en toda su madurez, no es más que un concepto que existía mucho antes que ellos.

En presencia de todos estos hechos debemos alzarnos con todas nuestras fuerzas contra la manera como Bernstein describe la evolución del materialismo histórico. No es la concepción de Marx, sino la de Bernstein, la que se ha modificado en el sentido que acabamos de indicar, alejándose así de la concepción marxista.

Bien es verdad que esto no basta para probar que es errónea.

El punto de vista de Bernstein, si lo he comprendido bien, me parece que se acerca al de Bax, con el cual ya me he explicado en la *Neue Zeit*. Bernstein se distingue de Bax en que emplea una cronología distinta. Los dos están conformes en admitir que en la Historia de la humanidad la influencia de las ideas alterna con la de las condiciones económicas. Pero mientras Bax coloca la preponderancia de la iniciativa psicológica en el origen de la Historia, Bernstein rechaza esta idea. Para él, es precisamente en la época actual cuando el factor económico pierde cada vez más terreno.

De modo que, cuanto más influyen los factores de distinta esencia (al lado de los factores puramente económicos) sobre la vida social, más se modifica también la acción de lo que llamamos necesidad histórica. Bajo este aspecto distinguimos en la

sociedad moderna dos corrientes capitales. Por un lado se manifiesta una comprensión cada cez más clara de las leyes de evolución, y especialmente de la evolución económica. A esta comprensión se junta (siendo en parte su causa y en parte su consecuencia) la facultad creciente de dirigir la evolución económica. Por la misma razón que el físico, el factor natural económico se convierte, a medida que es comprendida su esencia, de dueño que era en servidor de los destinos humanos. Teóricamente, la sociedad se encuentra, respecto de la fuerza de impulsión económica, más libre que nunca, y sólo el antagonismo de los intereses entre sus diversos elementos (el poder de los intereses privados y comunes) impide el convertir esta libertad práctica en libertad teórica. Sin embargo, el interés colectivo domina cada vez más al interés particular, y proporcionalmente y en todas las partes en que esto ocurre, la acción inconsciente de los factores económicos disminuye. Su evolución se efectúa más fácilmente cada vez. Así es como individuos y pueblos sustraen siempre la parte más considerable de su existencia a la influencia de una necesidad contraria o independiente de su voluntad.

Porque los hombres prestan una atención siempre creciente a los factores económicos, parece que éstos desempeñan actualmente un papel más importante que nunca. Sin embargo, no hay tal cosa. Este error proviene de que en nuestros días el motivo económico se manifiesta claramente, mientras que antes era casi incognoscible merced a toda clase de disfraces autoritarios e ideológicos.

En ideología, no determinada por la economía y por la naturaleza obrando como factor económico, la sociedad moderna es mucho más rica que las sociedades pasadas. Las ciencias, las artes, la mayor parte de las relaciones sociales son hoy mucho más independientes de la Economía que en cualquier época pasada. O con mayor exactitud: el grado de la evolución alcanzado actualmente deja a los factores ideológicos, y sobre todo a los éticos, el campo más libre que antes para una actitvidad independiente. Como consecuencia, la conexión causal entre la evolución técnico-económica y la evolución de las demás instituciones sociales resulta siempre más indirecta, y así es como las necesidades naturales de la primera determinan cada vez menos el desarrollo de la última.

La *necesidad* de bronce de la Historia experimenta así una restricción que, digámoslo pronto, significa para la práctica de la democracia social no una disminución, sino un aumento y una calificación de sus deberes político-sociales.

Aquí acabamos con las generalidades y llegamos a los puntos concretos, piedra de toque de toda concepción histórica.

Pero nos parece que estos hechos dicen poco en favor de Bernstein, aunque queramos considerar como exacta la exposición que de ellos hace. Pretende Bernstein que la sociedad moderna muestra una aptitud que va en aumento para dirigir la evolución económica; que la potencia económica natural es cada vez más avasallada por los hombres, y que la sociedad se emancipa teóricamente de las fuerzas económicas. Aunque todo esto fuera exacto, ¿qué probaría contra el materialismo histórico (en la forma considerada por Bernstein como la primitiva)? Parece que aquí confunde la dependencia psíquica de las condiciones económicas con la dependencia económica. La cuestión consiste en saber si los problemas que se propone la humanidad, y su solución, están determinados por las condiciones naturales en medio de las cuales vive, o si la humanidad puede proponerse problemas y resolverlos impelida por algún instinto misterioso.

La solución de la cuestión no depende de que la sociedad sea o no dueña de las condiciones de producción. Si así fuera, el resultado sería distinto del que supone Bernstein.

No cabe duda de que los hombres sean mucho más dueños de las condiciones de producción con las instituciones económicas primitivas que con las instituciones económicas capitalistas; y que aquéllas eran más sencillas, más claras y, por tanto, más fáciles de comprender que éstas. Una familia de aldeanos que produce todo lo que necesita dispone completamente del modo de producción, en cuanto éste depende de factores sociales y no de factores físicos.

Sucedió casi lo mismo en los comienzos de la producción de mercancías. El artesano era, durante la Edad Media, en una ciudad provincial, casi un aldeano, y dependiendo de su clientela, sabía de un modo bastante preciso con arreglo a qué cantidades debía calcular su producción. El mercader intermediario y el desarrollo del comercio, que ha llegado a ser internacional, han cambiado todo esto. Las fuerzas económicas se transforman entonces en formas sociales inde-

pendientes del hombre y superiores a él, cuya acción tiene el poder de las fuerzas elementales de la naturaleza. Si el estado de dependencia en que se encuentra el hombre con respecto a esas fuerzas fuera idéntico a su dependencia psicológica del medio en que vive, idéntica a la determinación de su conciencia por su modo de existencia social, esta dependencia sería hoy mucho mayor que antes, y el valor del materialismo económico hubiera aumentado en vez de disminuir, como piensa Bernstein.

Estos hechos no le son desconocidos. ¿En qué se apoya, pues, cuando pretende que en la sociedad moderna el hombre domina cada vez más a las fuerzas económicas? En el seno misma de esta sociedad podemos distinguir períodos en los cuales las fuerzas económicas dominan al hombre, y otros en los que éste cree, por el contrario, dominarlas. Los primeros son los períodos de crisis; los otros, los períodos de alza económica.

Desde hace algunos años vivimos en uno de estos últimos períodos. ¿Bastaría esto a Bernstein para deducir una ley histórica de la *sociedad moderna* y la quiebra del materialismo histórico? En tal caso, su concepción de la historia moderna carece de solidez.

Pero ¿cuál es la *sociedad,* cuáles son los *hombres* que avasallan más cada vez a las fuerzas económicas? ¿Son los aldeanos, los artesanos, los pequeños comerciantes? ¿Son los asalariados? ¿O son acaso los pequeños capitalistas y los hidalgos lugareños? Todos llegan a depender cada vez más (tanto en los buenos como en los malos períodos) de un puñado de grandes capitalistas. Estos últimos forman *la sociedad, la humanidad* que «se emancipa más cada vez de las fuerzas económicas».

Sin duda no se trata aquí para Bernstein más que de libertad teórica. En la práctica, la ahogan los conflictos de intereses existentes; éstos son a su vez dominados (en la sociedad actual, fijaos bien) por el *interés colectivo* que *prevalece progresivamente sobre el interés particular.*

No podía dar crédito a mis ojos al leer esto, y en vano busqué hechos que pudieran corroborar esta audaz proposición. ¿Dónde, en qué clase se ve que el interés colectivo

prevalezca sobre los intereses de clase? ¿Es entre los agrarios que piden privilegios a grandes gritos? ¿Entre los artesanos y pequeños comerciantes, que quisieran ver prohibida toda medida económica racional? ¿Entre los grandes industriales, que se esfuerzan en hacer subir artificialmente los precios por medio de tarifas protectoras y de los *trusts*? Todos reclaman privilegios a costa de la colectividad y tratan de saquear al Estado y al consumidor. Este es todo el interés que se toman por la colectividad. La única clase que se interesa por la colectividad es el proletariado; no porque nosotros seamos mejores, sino porque el interés del proletariado coincide con el de la evolución social y porque en su calidad de clase inferior concluye por pagar a sus expensas todo privilegio concedido a las clases superiores. Puede decirse, por lo tanto, que todo aumento de las fuerzas del proletariado beneficia al interés general. Pero no es esto lo que quiere decir Bernstein, quien está convencido de que se llgará por una mayor moralidad y una visión más clara de las cosas a atenuar las desigualdades entre las clases.

Opina que en el estado actual del desarrollo económico, los factores ideológicos y más particularmente los factores morales tienen un campo de acción independiente más vasto que antes. Bernstein dice esto por temor a que se interprete mal su frase de «que las ciencias, las artes, la mayor parte de las relaciones sociales son hoy mucho más independientes de la Economía que en cualquier época pasada». La frase no deja por eso de ser equívoca. ¿De qué clase de independencia se trata aquí? ¿Quiere decir Bernstein que la conciencia del hombre depende hoy menos de su modo de existencia social, que el medio influye menos en la vida psíquica, que existen hoy problemas que los hombres se proponen de buen grado ellos mismos, inventando para solucionarlos un método a su gusto y determinando su solución a voluntad? Entonces su frase no es más que una afirmación sin pruebas de lo que quiere demostrar. ¿O quiere decir que las ciencias, las artes, la moral sufren hoy menos que nunca la influencia inmediata de las fuerzas económicas momentáneamente dominantes?

¿No equivale esto a pretender que las demás fuerzas, que

en ellas influyen, aptitudes naturales, ideas recibidas, tradiciones, son más poderosas que nunca, en una época en que el hombre domina más que nunca a la naturaleza, en que las diferencias de razas se atenúan cada vez más, gracias a las relaciones internacionales, en que reina un modo de producción que revoluciona sin cesar las relaciones sociales, destruye todas las tradiciones antiguas e impide que se formen otras nuevas?

¿O quiere decir Bernstein que los intelectuales dependen hoy económicamente menos de los poderes dominantes y que pueden ejercer su acción más independientes que antes? Pero desde que existen las diferencias de clase hasta la época capitalista, la inteligencia ha sido siempre el patrimonio de las clases directoras y posesoras. O bien los elementos inteligentes formaban la única clase directora, como sucede siempre al principio de la división de la sociedad en clases, como sucedió en la Grecia clásica; o bien constituían, al lado de la casta guerrera, una casta particular, la casta religiosa. Es sabido el poder que supieron conquistar estos ideólogos. ¿Quién no conoce la soberanía universal de la Iglesia en la Edad Media? Solamente el modo de producción capitalista es quien ha privado a los intelectuales del poder y los ha convertido en asalariados al servicio de los capitalistas. Los ideólogos no han dependido nunca tanto como ahora de las fuerzas económicas.

Aunque este hecho esté en contradicción con la tesis de Bernstein, creemos haber encontrado en él el motivo que permite dar a esta tesis una interpretación conforme a la realidad de los hechos.

Los intelectuales han dejado de ser clase directora. Además, teniendo intereses particulares de clase, han dejado de ser una clase homogénea. Forman un grupo de individuos que tienen los intereses más diversos. Como se ha observado muchas veces, estos intereses se confunden en parte con los de la burguesía y en parte con los del proletariado. Además, su grado de cultura les hace los más aptos para considerar desde lo alto la evolución económica. No siendo impelidos por intereses de clase claramente definidos, obrando a menudo conforme al conocimiento más profundo que han ad-

quirido de los fenómenos sociales, los intelectuales se creen con frecuencia los representantes del interés general enfrente de los intereses de clase y los representantes de ideas independientes de los factores económicos.

El número de los intelectuales va siempre en aumento, y con ellos parece progresar el interés colectivo frente a los intereses de clase, y parece crecer igualmente la liberación de las artes, de las ciencias, de los conceptos morales y de las fuerzas económicas. Unicamente interpretándolas así, es como las frases de Bernstein resultan inteligibles para nosotros y pierden su carácter místico, pero también dejan de probar cosa alguna contra el materialismo histórico. Lo que ahora nos resulta inteligible es la interpretación dada por Bernstein.

La evolución que acaba de describirse hace nacer en las *capas intelectuales* simpatías tanto mayores por el proletariado, cuanto que el movimiento proletario aumenta más y amenaza a la sociedad actual, la situación económica de los *intelectuales* se aproxima más a la del proletariado y éstos dependen más de una aristocracia del dinero vanidosa y brutal. Pero sólo un pequeño número se decide a tomar parte directa en la lucha proletaria. No es únicamente su situación híbrida entre las dos clases combatientes lo que les impide tomar decididamente una posición, es que su misma condición les imposibilita para la lucha.

No tiene nada de extraño que se sobrecojan de pavor en presencia de las grandes luchas decisivas que se preparan entre el mundo capitalista y el mundo proletario. Como las Sabinas, arrebatadas a sus padres, se lanzan entre los combatientes y les conjuran a reconciliarse o a emplear al menos armas de combate que no hagan mucho daño.

Pero ¿dónde puede tomarse la fuerza capaz de hacer desaparecer o de atenuar al menos las oposiciones en pugna? Desconfiando de encontrarla en la vida económica, se la busca en los progresos de la moralidad. La fuerza capaz de vencer las resistencias, de suavizar las oposiciones a satisfacción de todos, de sustituir la lucha por la evolución pacífica de la reconciliación, es la moral independiente de las fuerzas económicas y superior a ellas.

Pero no hay lugar para una moral semejante en el cuadro del materialismo histórico. Este es, pues, el enemigo que se precisa vencer ante todo, si se quiere que la moral pueda ejercer sus derechos. No son los historiadores, sino los moralistas, quienes declaran que el materialismo histórico ha pasado ya, ¡y de tal modo ha pasado, que acuden ellos cada vez en mayor número para combatirlo!

Es evidente que Bernstein no ha podido resistir este asalto. Pero encuentra el concepto del materialismo histórico demasiado amplio para creerse autorizado a reconocer la legitimidad de la crítica de los moralistas; permaneciendo fiel a la concepción marxista de la historia, hasta cree poder comprobar esta evolución en Marx y Engels. No ve que es ésta una evolución del pensamiento que se ha convertido de consecuente en inconsecuente, de profunda en superficial, de precisa en vaga, es decir, un paso atrás desde el punto de vista científico, y precisamente en una cuestión fundamental. La manera como Bernstein concilia la necesidad histórica y la libertad moral en su filosofía de la Historia, significa que en la práctica el Partido Socialista debe aceptar un compromiso entre la necesidad de la evolución económica y la libertad del utopismo, entre la lucha de clases y la reconciliación de las clases por el interés colectivo.

Sería necesario que Bernstein aportara otros hechos si quiere convencernos de la exactitud de esta opinión.

b) *La dialéctica.*

Si Bernstein hace el comentario, no la crítica, del materialismo económico, su libro ya es otra cosa.

La doctrina de Marx y Engels —dice— ha experimentado una evolución; pero todos los cambios que hay que apreciar aquí y allí... no han sido reconocidos en su formulación definitiva... Marx y Engels se han limitado a indicar, y a veces a reconocer con relación tan sólo a ciertos puntos, la influencia que los cambios (reconocidos por ellos) en los *hechos* y la mejor comprensión de los hechos deben ejercer sobre la formulación y aplicación de la teoría. Y sobre esta última materia, tampoco faltan

contradicciones entre ellos. Han dejado a sus sucesores la tarea de restablecer la unidad en la teoría y el acuerdo entre la teoría y la práctica... Hoy puede probarse *todo* con los escritos de Marx y de Engels. Para los apologistas y abogadillos literarios, esto es muy cómodo seguramente. Pero el que ha conservado aunque no sea más que un poco de sentido teórico, sentirá la necesidad, en cuanto descubra estas contradicciones, de despejar el terreno. En esto, y no en la sempiterna repetición de las palabras del maestro, consiste el deber de los discípulos.

No puedo negar la exactitud de las frases con que comienza y termina este pasaje. En cuanto a lo demás, no oculto mi opinión, como tampoco lo hace Bernstein con respecto a Marx y Engels, aun a riesgo de pasar a sus ojos por un apologista o un abogadillo.

Claro está que la teoría marxista no ha salido en bloque del cerebro de sus autores, que ha realizado una evolución, y es una verdad banal la de hacer notar que la misión de los discípulos no consiste en repetir eternamente las palabras del maestro. Los resultados obtenidos por Marx y Engels no son la última palabra de la ciencia. La sociedad se transforma perpetuamente, y se ven producirse no sólo nuevos hechos, sino también nuevos métodos de observación y de investigación.

Más de una afirmación de Marx y de Engels no es admitida en nuestros días, y más de una necesita una restricción; es preciso llenar muchas lagunas que ellos dejaron.

Pero no es de este género de evolución realizada por la teoría del que habla Bernstein, sino de las contradicciones a que fueron arrastrados Marx y Engels por sus propios progresos científicos al no deducir todas las consecuencias y al permanecer fieles a rancias ideas, que estaban en contradicción con sus propias ideas nuevas.

Esto no es evidente y necesita ser demostrado de un modo perentorio. Por regla general, la evolución de una teoría es distinta de como aquí la describe Bernstein. Debe unirse en sus comienzos a los de sus precursores, no puede, por lo tanto, estar exenta de contradicciones; pero cuanto más se perfecciona, más independiente se hace, más se despoja de las fórmulas recibidas, y adquiere más unidad y cohesión.

¿Por qué había de suceder otra cosa con Marx y Engels, dos pensadores que se han esforzado siempre en dar unidad a su teoría, claridad a sus pensamientos y precisión a sus palabras, como lo reconocen hasta sus mismos adversarios?

¿Han caído estos hombres sin darse cuenta de ello en tan graves contradicciones, y son tan vagos sus pensamientos que pueda probarse lo que se quiera con sus escritos? Es verdad que muchas frases de Marx y de Engels parecen susceptibles de distintas interpretaciones; pero ¿debe pasar uno por un abogadillo o apologista porque trate de comprenderlas sin ver en ellas contradicción? Es destino de toda filosofía que penetra hasta el fondo de las cosas, el no ser comprendida de primera intención y el ser diversamente interpretada. Sólo comprenderá a un pensador profundo el que es capaz de familiarizarse completamente con la marcha de su pensamiento. Un adversario lo conseguirá difícilmente, y allí donde el que se ha familiarizado con el pensamiento del autor no encuentra más que unidad perfecta y cohesión, él no verá más que contradicciones, que sólo un apologista puede conciliar.

¿En qué consiste que Bernstein no haya descubierto estas contradicciones en Marx y Engels hasta que ha abandonado la corporación de los apologistas y abogados? ¿Qué es lo que le ha abierto los ojos? Tenemos derecho a esperar que las graves palabras de Bernstein respondan a hechos serios y convincentes.

Al principio nos da en apoyo de su afirmación un solo ejemplo. ¡Pero debe ser un ejemplo aplastante!

En el prefacio de la nueva edición del *Manifiesto Comunista* (1872), Marx y Engels decían del programa revolucionario en él expuesto «que ciertos pasajes estaban anticuados». Pero en 1885, Engels hizo reimprimir un programa revolucionario del año 1848 y una circular de la Comisión Ejecutiva de la Unión Comunista haciendo notar «que más de una persona podía aprender algo de ellos» y que «varias cosas convenían a nuestra época». Debo confesar que soy demasiado apologista y abogadillo para encontrar algo que esté en contradicción con los «ciertos pasajes anticuados» citados más arriba. Es cierto que el prefacio de 1872 añade:

«La *Commune* ha probado en 1871 que la clase obrera no puede contentarse con tomar posesión pura y simplemente de la *máquina gubernamental* tal cual es y ponerla en movimiento por su propia cuenta». «Pero cinco años más tarde —continúa Bernstein— Engels dice sencillamente en su *Anti-Dühring*: "El proletariado se apodera del Poder público y transforma en seguida los medios de producción en propiedad del Estado".»

Parece que Bernstein considera tan evidente la contradicción entre estos dos puntos, que juzga superfluo el explicarla. En cuanto a mí, con la mejor voluntad del mundo, no puedo descubrir ninguna contradicción. Cuando Engels dice que la clase obrera no puede contentarse con tomar posesión de la máquina gubernamental tal cual es, no quiere decir que no pueda tomar posesión de ella. Esto sería una transformación radical de uno de los fundamentos de la política marxista, y Marx y Engels no la hubieran realizado así en dos líneas, sin acompañarla de un comentario. El que conserve aún alguna duda sobre el sentido que debe darse a la frase en cuestión que relea el prefacio de Engels (tercera dición), publicado en 1891, de *La Guerra Civil en Francia.* Y leerá, entre otras cosas: «La *Commune* debía reconocer desde el principio, que la clase obrera, una vez en el Poder, no podía gobernar con la antigua máquina gubernamental, que esta clase obrera debía desembarazarse de la antigua organización de represión utilizada contra ella hasta entonces, y asegurarse contra sus propios diputados y funcionarios, para no perder el Poder apenas conquistado». ¿En qué contradice esta explicación a la frase arriba citada: «El proletariado se apodera del Poder público y transforma los medios de producción en propiedad del Estado?» Es preciso hallarse en oposición absoluta con el punto de vista marxista para ver aquí una contradicción. Es cierto que Bernstein encuentra más tarde modo de señalar otras contradicciones. ¿De dónde proceden? ¿Cómo se explica que dos pensadores de una lógica tan rigurosa hayan podido engañarse de tal suerte? La culpa la tiene la dialéctica de Hegel. Ella es el pecado original del marxismo.

Si Engels hubiera sometido su teoría a la revisión que

necesitaba, «se hubiera visto obligado, si no en la forma, al menos en el fondo, a ajustar la cuenta definitiva con la dialéctica hegeliana. Ella constituye el elemento pérfido en la doctrina marxista, el cepo, el obstáculo que cierra el camino a toda apreciación lógica de las cosas».

Los esfuerzos de lógica del hegelianismo son brillantes, radicales y espirituales. Como el fuego fatuo, nos hacen ver en sus vagos contornos perspectivas de un más allá. Pero si, confiados, les seguimos, caemos infaliblemente en un atolladero. Lo que de grande ha producido Marx y Engels, no lo han producido gracias a la dialéctica hegeliana, sino a pesar de ella.

Pero ¿qué resta de la doctrina marxista quitándole la dialéctica, que era «su mejor herramienta» y «su arma más acerada»? ¿No eran Marx y Engels dos dialécticos en toda la fuerza de la palabra?

En 1875, Dühring decía en su *Historia Crítica,* hablando del primer volumen de *El Capital,* de Marx:

La falta de lógica natural e inteligible que caracteriza a la confusa dialéctica y a los arabescos del pensamiento no permite prever lo que, hablando un lenguaje claro y humano, seguirá en los otros dos volúmenes. Es preciso aplicar a la parte ya publicada el principio de que, según cierta opinión y conocido prejuicio filosófico, *todo está en cada una de las cosas y cada una de las cosas está en todo,* puesto que en resumidas cuentas y en virtud de esta mezcla de ideas falsas e incoherentes, *todo es uno y lo mismo.*

Poco más o menos, esto es lo que dice Bernstein cuando pretende que con Marx y Engels puede probarse lo que se quiera. No hay entre Bernstein y Dühring más que una diferencia, y es que este último no se imaginaba de ningún modo efectuar con su crítica «el desarrollo y perfeccionamiento de la doctrina marxista», llegando al extremo de «que finalmente el mismo Marx es quien tiene razón contra Marx».

Dejemos aparte por el momento a Marx y ocupémonos de *ajustar la cuenta* a esta pérfida dialéctica.

¿Qué es, pues, esa cosa inmoral que nos tiende lazos y pone en peligro nuestra virtud? No es más que la concep-

ción que nos hace considerar al mundo, «no como un conjunto de cosas acabadas, sino como un conjunto de procesos donde las cosas en apariencia fijas y estables no menos que las nociones (que son sus imágenes impresas en nuestro cerebro) se hallan en un estado de continuo movimiento, en el cual se verifica una incesante evolución a despecho de todos los retrocesos momentáneos y a pesar de todas las contingencias aparentes». (Engels, *Feuerbach*, pág. 46.) Pero la fuerza que determina toda evolución es la lucha entre los elementos contrarios.

¿Considera Bernstein como falsas esta concepción y las formas particulares que ha tomado en Hegel, Marx y Engels? Quiere revisar la teoría, cosa que Engels ha desdeñado hacer; declara que es preciso ante todo ajustar la cuenta a la dialéctica, se ensaña con ella, pero no nos dice ni una sola palabra, en su obra, que nos explique en qué consiste, según él, el error de esta dialéctica. No hace más que declararla muy peligrosa, porque puede hacerse de ella un empleo absurdo.

Las fórmulas podrán ser ocasionalmente utilizables para la demostración de las relaciones recíprocas y de los desarrollos de ciertas cosas reales. Podrán haber sido de gran utilidad para la exposición de problemas científicos y habrán podido dar el impulso hacia importantes descubrimientos. Pero desde que se han hecho desenvolvimientos deductivos con estas fórmulas por punto de partida, renace el peligro de las construcciones arbitrarias. Este peligro aumenta a medida que es más complicado el asunto de cuyo desarrollo se trata.

Convenimos en ello. Pero ¿qué prueba esto contra la dialéctica? Aun suponiendo que Marx y Engels no hayan sabido utilizarla, sería esto un argumento contra ellos, pero no contra el método. Es evidente que la dialéctica no debe ser más que un instrumento para estudiar la realidad y comprenderla, y no un medio de evitarse el estudiarla, que no es una fórmula mágica que produzca por sí sola resultados definitivos, y que no tiene valor sino en cuanto sus resultados son justificados por los hechos. Esto pasa con la dialéctica y con todo método de observación.

Cualquiera que construya hipótesis fuera del dominio de la realidad, se extraviará siempre, ya utilice la dialéctica o vuelva a la filosofía de Kant. Pero Marx ¿ha llegado a construir hipótesis arbitrarias? Dühring lo ha pretendido a propósito del pasaje sobre la tendencia histórica a la acumulación de los capitales en *El Capital*: «la negación hegeliana de la negación debe servir aquí, a falta de medios mejores y más claros, para deducir el porvenir del pasado». A lo que contestó Engels en el *Anti-Dühring*: «Al designar un hecho como negación de la negación, Marx no pretende probarlo como históricamente necesario. Al contrario. Después de probar históricamente que el hecho se ha realizado en parte y debe acabar de realizarse, añade que su realización está sometida a una ley dialéctica determinada. Y esto es todo». El mismo Marx declaraba en el apéndice de la segunda edición de *El Capital*: «La observación tiene que apropiarse de su objeto en todos sus detalles, analizarlo en las diversas fases de su desarrollo y descubrir sus íntimas ligazones. Sólo después de efectuado este trabajo puede describirse la verdadera evolución. En el caso de que la operación salga bien, la vida del objeto aparece claramente al espíritu, e importa poco que el resultado parezca una construcción *a priori*».

Si Bernstein opina que empleando la dialéctica de Hegel se corre el peligro de construir hipótesis arbitrarias, vemos aquí que, para Marx, se corre fácilmente el peligro, ateniéndose a las apariencias, de tomar por hipótesis *a priori* lo que es el resultado de una observación profunda de la realidad.

Veamos si Bernstein no hubiese hecho lo mismo. Examinemos las pruebas que presenta de los peligros de la dialéctica hegeliana. Tranquilícese el lector; Bernstein no le arrastrará a las profundidades de las especulaciones filosóficas. No. Se contenta con afirmar que la dialéctica de Hegel tiene sus méritos y sus peligros. Puede decirse otro tanto a primera vista de la lógica de toda filosofía, desde Tales hasta Nietzsche. Los detalles que nos da se refieren a ejemplos tomados de la historia de nuestro Partido, y destinados a probar los peligros de la dialéctica.

El *Manifiesto Comunista* proclamó en 1847 que la revolución burguesa, en vísperas de la cual se encontró Alemania, dados el desarrollo del proletariado y el estado avanzado de la civilización europea, no podrá ser sino el prólogo inmediato de una revolución proletaria.

Esta auto-sugestión histórica, de tal modo errónea, que el primer visionario político que llegara nada mejor podía encontrar, sería incomprensible en un Marx, que ya en esta época había estudiado seriamente la Economía, a no ser que se viera en ella el producto de un resto de la dialéctica antitética hegeliana.

Que Marx y Engels se hayan engañado en esta frase, es un hecho que puede confirmar hoy fácilmente cualquier novicio en política, después de medio siglo transcurrido desde la revolución, pero es dudoso que fuera preciso ser «el primer visionario político llegado» para escribir esta frase un año antes de la revolución. Solamente los príncipes de la familia Hohenzollern son profetas infalibles en los dramas de Wildenbruch.

Pero dejando esto aparte, ¿qué tiene de común esta profecía con la dialéctica de Hegel? ¿Dónde dice ésta una sola palabra de la marcha de la evolución, que se realiza por «la negación de la negación»? ¿Sobre qué punto de la dialéctica hegeliana se apoyan Marx y Engels en su profecía del *Manifiesto Comunista*? ¿Cómo se expresan?

Los comunistas tienen los ojos fijos en Alemania, porque Alemania está en vísperas de una revolución burguesa y realizará esta revolución en condiciones de progreso mayores en general que en el resto de Europa y con un proletariado mucho más desarrollado que en Inglaterra en el siglo XVII y que en Francia en el XVIII, y, por consiguiente, la revolución burguesa alemana no será más que el preludio inmediato de una revolución proletaria.

Como se ve, no hay aquí señales de dialéctica. Se apoyan en el ejemplo de la revolución burguesa en Inglaterra en el siglo XVII y en Francia en el XVIII. Estas dos revoluciones presentaban fenómenos similares. Su punto de partida era el alzamiento de la burguesía contra el absolutismo feudal; pero no pararon en esto, fueron el *preludio inmediato*

del régimen terrorista de la pequeña burguesía y del principio de los movimientos revolucionarios plebeyos, aquí de los «niveladores», allí de los que seguían a Baboeuf.[5] El escaso desarrollo del proletariado y las condiciones sociales en general, hicieron fracasar estos movimientos. La revolución burguesa que se esperaba en Alemania en 1847, debía realizarse en mejores condiciones de progreso. Si era, como las revoluciones que la habían precedido, *el preludio inmediato* de un movimiento revolucionario del proletariado, debía obtener en 1848 un resultado enteramente distinto que en 1648 y en 1793.

Todo esto estaba muy lógicamente pensado, y no era propio del *primer visionario llegado*. ¿Y no tuvimos, poco después de la aparición del *Manifiesto Comunista*, la revolución burguesa, no sólo en Alemania, sino en toda la Europa Central, y no fue esta revolución durante las jornadas de junio el preludio de un alzamiento proletario tan violento como nunca se había visto? ¿Serán Marx y Engels insensatos visionarios porque la revolución que predijeron en Alemania se extendió a toda la Europa Central? ¿Pero no habían estudiado la Economía política y podían ignorar que el proletariado alemán estaba todavía demasiado atrasado en su evolución, para realizar en seguida una revolución que le fuera provechosa? ¿No era la dialéctica lo que les impedía notarlo?

Para comprender esto hay que examinar desde muy cerca, no la dialéctica, sino los argumentos sobre las cuales se apoyaban expresamente Marx y Engels, a saber, la Revolución Inglesa y la Revolución Francesa. La primera duró veinte años, la segunda, diez, o, si se quiere comprender en ella la época napoleónica, más de veinte años, durante los cuales se modifica completamente la constitución económica y social del país.

Las tentativas de movimientos proletarios, o si se quiere, de movimientos plebeyos, se produjeron tan sólo durante

5. Graco Babeuf (1760-1797): Revolucionario francés partidario del comunismo igualitario. Organizó la llamada "conspiración de los iguales".

las revoluciones. Por analogía, Marx y Engels esperaban un movimiento revolucionario de muchas decenas de años y no de varios meses.

Ambos decían a los obreros: «Tenéis que sostener quince, veinte, cincuenta años de luchas sociales, no sólo para cambiar las condiciones sociales, sino para transformaros vosotros mismos y haceros dignos del Poder». (Proceso verbal de la Comisión Central londinense de la Unión Comunista, 15 de septiembre de 1850.)

No se hacían ilusiones sobre el grado de madurez del proletariado, sino sobre la duración e intensidad de la esperada revolución burguesa.

¿Cómo fue que la revolución del 48 abortó miserablemente en Europa al cabo de algunos meses, mientras que la Revolución Inglesa del siglo XVII y la Revolución Francesa del XVIII permanecieron victoriosas durante decenas de años? Precisamente se debe a que en 1848 la evolución del proletariado estaba mucho más adelantada. Marx y Engels no veían que el proletariado no puede aumentar su fuerza revolucionaria sin que las clases burguesas (capitalistas, pequeños burgueses, aldeanos, intelectuales) pierdan la suya en un grado mucho más alto; que toda manifesación de fuerza por parte del proletariado empuja a la burguesía al campo de la reacción, y que la burguesía no fue revolucionaria sino cuando no vio más allá de los *primeros visionarios llegados* y se equivocó acerca del poder del proletariado.

Su error no fue el de exagerar el valor del proletariado, sino el de la burguesía; ahora podemos fácilmente darnos cuenta; pero antes de 1848, es decir, mientras los mismos hechos no hablaron, los más perspicaces y clarividentes podían muy bien no observarlo.

Si queremos investigar a qué causa debe imputarse este error, la encontraremos en el estudio de la historia de la Revolución Inglesa y de la Revolución Francesa, y no en el hegelianismo.

Era uno de los principios de Hegel el de que la historia no se repite; que cada época tiene sus formas particulares de evolución, que no se deducen del estudio del pasado.

Dice en un pasaje de la introducción a su *Filosofía de la Historia*:

La experiencia y la Historia enseñan que los pueblos y los gobiernos no han sacado ninguna lección de la Historia y que no han obrado nunca con arreglo a las que hubieran podido sacar. Cada época presenta caracteres tan particulares, constituye un estado de cosas tan individual, que no se puede ni se debe explicarla sino por ella misma. Para juzgar la marcha tumultuosa de los acontecimientos del mundo, no sirven de nada ni los principios generales ni la analogía de los hechos. Porque una pálida analogía no tiene ninguna fuerza en presencia de la vida y de la libertad de los hechos presentes. No hay nada tan insípido en este particular como las citas frecuentemente repetidas de ejemplos griegos y romanos, cosa que ocurría muy a menudo en Francia durante el período revolucionario.

Marx y Engels se han abstenido de presentar semejantes testimonios. Pero aquel que ante todo se preocupa del porvenir, sucumbe muy fácilmente a la tentación de tratar de descubrir no sólo la dirección, sino también las formas de la evolución del porvenir; pero como no puede uno representarse bien más que aquello que conoce, todas las formas del porvenir reconstruidas hipotéticamente no son más que variaciones y reminiscencias del pasado.

Sólo una cosa podemos decir de la revolución futura: será diferente de las que la han precedido y de la que se ha imaginado o se imagina cualquiera de nosotros, bien sea Engels o Bernstein. Lo importante es ver claro en la realidad: éste fue el caso de Marx y Engels. A pesar de los peligros de la dialéctica hegeliana, ellos fueron en el destierro los primeros entre los refugiados revolucionarios que reconocieron lo que hacía falta.

«Pero —dice Bernstein— esta contradicción entre la madurez real y la madurez hipotética de la evolución, se ha repetido muchas veces aún.» Algunas observaciones tomadas en estos últimos años lo demostrarán.

En la introducción de la segunda edición de su *Problema de los Alojamientos*, Engels habla de «cierto socialismo de pequeños burgueses que tiene sus representantes en el mis-

mo Partido Socialista y hasta en la fracción socialista del Reichstag. Y esto de tal modo, que se reconocen como perfectamente justificadas las ideas fundamentales del Socialismo moderno de su pretensión de socializar todos los medios de producción, declarando al mismo tiempo que la realización de este programa no será prácticamente posible hasta una época lejana, cuya llegada no se puede prever».

A esto responde Bernstein:

Es, por lo menos, muy poco científico el juzgar la opinión de un político o de un teórico sólo por la idea que tiene de la rapidez con que se efectúa la evolución social. La identificación de la idea proletaria con la de la abolición directa e inmediata de todos los contrastes sociales, conduce a una interpretación muy mezquina de esta idea. *Proletario,* conforme a este método, significaría brutal, grosero. Si la fe en la inminencia perpetua de la catástrofe revolucionaria hacía al socialista proletario y revolucionario, los revolucionarios a toque de campana serían los primeros que tendrían derecho a esta calificación.

Ahora pregunto yo: ¿dónde se encuentran en la frase de Engels las expresiones *abolición directa e inmediata de todos los contrastes sociales y catástrofe revolucionaria inminente?* En mi opinión, el sentido de las citadas frases es muy sencillo y muy fácil de comprender; para el proletariado que lucha con conocimiento de causa, la lucha contra el salariado, contra la explotación capitalista y la propiedad privada de los medios de producción es una cosa absolutamente práctica. Puede esperar más o menos tiempo la supresión del salariado capitalista; puede ésta realizarse más o menos pronto; el objeto del proletario no es por eso menos preciso y determina enteramente su acción práctica. Para el pequeño burgués, que se aprovecha de la propiedad privada de los medios de producción, que aún espera llegar a ser burgués, que puede perder algo más que sus cadenas, la supresión de la propiedad capitalista no es una cuestión de necesidad práctica, sino todo lo más una cuestión de benevolencia platónica. La soberanía capitalista le es desagradable, y aplaude la lucha del proletariado. Pero la victoria del proletariado no es para él una necesidad urgente.

No experimenta el deseo de asistir a ella. Le importa poco que el régimen socialista tarde en llegar quinientos años.

No veo lo que hay de absurdo en explicar las diferentes opiniones del proletario y del pequeño burgués por sus diferencias de clase.

Esto está de acuerdo con el materialismo de Engels. Si Bernstein no se ha dignado comprender así las frases de Engels y ha preferido dar de ellas *una interpretación bastante mezquina*, sólo podrá explicarse suponiendo que Bernstein se ha sentido herido por la observación de Engels acerca de los pequeños burgueses, y que desde entonces no las ha leído con imparcialidad, sino prevenido en contra.

En ese caso fue Engels buen profeta cuando dijo: «Si, como es necesario y hasta deseable, esta tendencia adquiere un día una forma más clara y más precisa, para formular su programa tendrá que remontarse hasta sus predecesores, y no podrá desentenderse de Proudhon».[6]

Ahora bien, Bernstein canta en su libro los loores de Proudhon.

A pesar de su don profético, Engels no había previsto, en 1887, que el redactor del *Socialdemokrat* iba a resucitar a Proudhon.

Pero Engels también se engañó en otra de sus profecías. Había declarado en 1885 que «la próxima conmoción europea se produciría pronto (las revoluciones en Europa se han producido en nuestro siglo de quince en dieciocho años, 1815, 1830, 1848-52, 1870». (Prefacio de las *Revelaciones Relativas al Proceso de los Comunistas de Colonia*, pág. 14.)

Es innegable que la frase resulta un poco extraña. Diríase que Engels se basaba en sus profecías sobre un cálculo de años bastante infantil. En vano se buscará una señal cualquiera de dialéctica, pero la argumentación no parece precisamente demostrar un método científico.

Mas creo que no nos debemos dejar engañar por las apariencias. Recordemos el pasaje de *El Capital*, ya citado. Marx

6. Pierre Jean Proudhon (1809-1865): Publicista, economista y sociólogo francés de gran influencia en el movimiento obrero y en el pensamiento socialista, especialmente en el de inspiración anarquista.

nos hace observar que cuando se llega a expresar en toda su verdad la vida del objeto, parece que se tenga entre manos una hipótesis construida *a priori*. El mismo nos muestra claramente el modo de desarrollo de la propiedad por *la negación de la negación*. Pero el que ignora cómo Marx ha llegado al conocimiento de este desarrollo, puede fácilmente creer que lo ha obtenido de la fórmula de Hegel.

Lo mismo ocurre aquí. Parece que Engels haya anunciado en 1885 la inminencia del movimiento revolucionario en Europa, porque calculaba su realización para dentro de quince o dieciocho años. Lo que resulta verdad es lo contrario: porque Engels esperaba una conmoción política en Europa, es por lo que veía en ello una nueva prueba de que las revoluciones europeas, en el siglo XIX, se renuevan a intervalos regulares.

Pero ¿cómo Engels esperaba en 1885 una conmoción política en Europa?

Como entonces mantenía yo en Londres relaciones muy estrechas con Engels, conocía su opinión, y me creo obligado a darla a conocer aquí, para librar al que fue mi maestro de la ridícula sospecha de haber hecho predicciones fundadas en simples números.

¿Qué situación era la de 1885? El centro de gravedad de la política europea estaba en Alemania, pero en ella la vida política se hallaba estancada.

En el interior y en el exterior, Bismarck no tenía ya recursos; sin embargo, continuaba en el poder, gracias al armisticio que le concedieron los partidos burgueses, para no turbar los últimos días del viejo emperador. Pero los días de Guillermo I estaban contados, y su muerte debía traer la realización de la próxima conmoción europea. La lucha de clases, tanto tiempo aplazada entre la aristocracia y la burguesía, debía inflamarse más ardiente que nunca, y el antagonismo entre Bismarck y el emperador Federico debía encarnizarla aún más. La disensión entre estos dos últimos, simple intriga de corte en su origen, amenazaba convertirse en una lucha histórica, que sólo podía terminar con la caída de Bismarck y de su sistema, y con la victoria del liberalismo. Pero, actualmente, vida y movimiento político y so-

cial quiere decir vida y movimiento del proletariado. La subida del liberalismo debía tener por consecuencias inevitables el desencadenamiento y la rápida elevación del proletariado, y provocar un conflicto entre sí y el régimen liberal.

Tal era la idea que en 1885 se formaba Engels de la situación política. ¿Era absurda esta idea? ¿No fue, por el contrario, altamente justificada por los acontecimientos? ¿No hemos tenido en 1890 una conmoción política, que, como la revolución de julio de 1830, parecía circunscribirse a un solo país, pero que ejercía una eficaz influencia en toda Europa? ¿No daba gusto vivir entonces, cuando vimos duplicar el número de nuestros votos en las elecciones, cuando fracasó la ley contra los socialistas y cayó Bismarck? Sin embargo, Engels no esperaba la dictadura del proletariado entre 1888 y 1890.

Bien es verdad que se había figurado la conmoción mucho más profunda. La gran lucha entre el liberalismo y el partido conservador, entre los hidalguillos y la burguesía, lucha que debía levantar a la nación entera, no estalló; en parte, por razones personales que nadie podía prever. El reinado de Federico duró poco; el verdadero sucesor de Guillermo I fue su nieto. Pero estas razones personales no hubieran podido cambiar tan radicalmente la situación, si el factor con que había contado Engels, es decir, el liberalismo, no hubiera fallado. Este era el punto flaco del pronóstico de 1885, como lo fue del de 1847. Las dos veces se exageró la fuerza de resistencia revolucionaria de la burguesía.

Sería preciso tener en cuenta este hecho si se emprendiera una revisión de las ideas marxistas. Marx y Engels calculaban siempre en el supuesto de una evolución política, en la que un régimen burgués democrático preparara el camino a la democracia proletaria. Hoy debe renunciarse a esta esperanza. Allí donde ya no existe la democracia, sólo aparecerá ésta como democracia proletaria. Pero es dudoso que esta consideración sea capaz de traer una revisión de las doctrinas marxistas en el sentido en que Bernstein lo entiende.

Es dudoso también que Bernstein haya comprendido exac-

tamente el conocido prefacio que escribió Engels para *La Lucha de Clases en Francia*, de Marx.

Engels —dice Bernstein— al fin de su vida (en el prefacio de *La lucha de clases*), ha reconocido sin rodeos el error que Marx y él habían cometido en su cálculo de la duración de la evolución política y social. El mérito que se ha conquistado con la publicación de este escrito, que podría llamarse su testamento político, no puede ser exagerado. El alcance de este escrito es considerable. Pero este prefacio no era el lugar más a propósito para deducir todas las consecuencias que se derivan de esta confesión tan espontánea. Tampoco podía esperarse de Engels que emprendiera él mismo las rectificaciones teóricas que esta confesión llevaba consigo... Más importante que la rectificación que consigo lleva, según el prefacio de Engels, la historiografía socialista de los tiempos modernos, es la que proviene de la interpretación integral de la lucha y de los deberes de la democracia social.

Leyendo estas líneas, debe creerse que Engels confesó poco antes de su muerte un error que había permanecido oculto hasta entonces y que altera de arriba abajo todas nuestras ideas «sobre la lucha y la misión del Partido Socialista». Pero era demasiado tarde para que Engels emprendiera él mismo la revisión necesaria. Esta es la misión de sus sucesores. ¿Pero, en realidad, qué prueba Engels en este prefacio? La exactitud de nuestras ideas sobre la lucha y la misión del Partido Socialista, tales como reinaban en las filas del Partido en la época en que se compuso el prefacio y varias decenas de años antes. Este testamento político de Engels no era una corrección de la táctica del Partido Socialista, sino una confirmación de esta táctica. No hay ni una sílaba en el prefacio que autorice a Bernstein a pretender que el movimiento de conversión que ha hecho desde 1895 no es sino la ejecución del testamento político de Engels.

Engels no critica el sistema de lucha del Partido Socialista de 1895, sino el sistema de lucha de 1848. Dice de este último, «que actualmente está anticuado bajo todos los aspectos», y es el punto que estudia más detenidamente en esta ocasión. A este sistema de lucha opone el de los socia-

listas alemanes, que lo pusieron en práctica por primera vez, «enviando a Augusto Bebel[7] al primer Reichstag constituyente. Y desde ese día han usado del derecho de votar de tal modo, que han podido obtener toda clase de ventajas y servir de modelo a los trabajadores de todos los países». Ni una línea de este escrito trasluce el deseo de corregir las ideas de lucha de los deberes del Partido Socialista. Engels sigue siendo, como antes, el viejo revolucionario. «El derecho a la revolución ¿no es el único derecho verdaderamente histórico?» En 1891 repetía otra vez la frase «dictadura del proletariado». (Prefacio de *La guerra civil en Francia.*)

Y a fines del mismo año escribía: «¡Cuántas veces los burgueses nos han exhortado a renunciar en todas las circunstancias al empleo de medios revolucionarios y a no quebrantar la ley, ya que ahora la ley de excepción está abolida y el derecho común se ha restablecido para todos, incluso para los socialistas! Desgraciadamente, no estamos en situación de procurar este placer a los señores burgueses. Lo que no obsta para que no seamos nosotros quienes hacemos violencia a la ley. Al contrario, ella trabaja tanto por nosotros, que seríamos unos insensatos si la violáramos mientras así nos prepara el camino. Es más interesante preguntarse si no serán precisamente los burgueses y su gobierno quienes violarán la ley y el derecho para aplastarnos por la fuerza». (*Neue Zeit*, X, I, pág. 583.)

Estos son, exactamente, los mismos pensamientos que Engels expresa en el prefacio a *La Lucha de Clases*. Si no aparecían tan claros en este último, la culpa no es de Engels, sino de sus amigos de Alemania, que le suplicaban dejase la conclusión, por parecerles demasiado revolucionaria. Juzgaban que el prefacio decía las cosas con suficiente claridad. Pero es evidente que éste no es el caso.

De todos modos, las opiniones expresadas por Engels hacia 1890 prueban bastante, en su conjunto, que *la famosa*

7. August Bebel (1840-1913): Dirigente de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional. Tuvo estrecha relación con Marx y particularmente con Engels.

confesión se refiere al error de 1848, y no a otro, y que recomendaba la táctica de 1867.

Si es así, el testamento político no hace enteramente necesaria una revisión de la teoría. Marx y Engels se hallaban en situación de emprender esta revisión; sus obras fundamentales *El Capital* y el *Anti-Dühring* fueron terminadas bajo la influencia de las ideas y experiencias inspiradas por la nueva táctica. Por esto, la teoría marxista, en obras más maduras, está exenta de contradicciones. El que lo dude puede encontrar la prueba en el mismo Bernstein, el cual, dedicado a buscar contradicciones, anunciaba que había encontrado un gran número de ejemplos magníficos, y llegado el momento de mostrarlos, no ha presentado absolutamente nada más que palabras fuertes.

Estas no faltan, ciertamente. Bernstein nos da un juicio aplastante sobre el carácter científico de la obra de Marx y Engels:

> Para que la tesis (de origen hegeliano) de la evolución subsistiera, era necesario dar una interpretación errónea de la realidad o ignorar toda proposición efectiva en la estimación del camino que hay que recorrer. De aquí nace la contradicción de que vayan juntas una lamentable menudencia propia del infatigable celo de los genios y una negligencia casi increíble de las realidades más palpables; de que la misma doctrina que tiene por base la influencia determinante de la economía sobre la fuerza se convierta en una creencia verdaderamente maravillosa en la facultad creadora de la fuerza y de que la elevación teórica del Socialismo a la categoría de ciencia se transforme tan a menudo en una subordinación a la tendencia de todas sus pretensiones científicas.

La dialéctica hegeliana no basta por sí sola para explicar una negligencia del método tal como la descrita en el párrafo citado. Bernstein descubre aún otra causa:

> La flagrante contradicción entre la realidad y el programa era el resultado de un error intelectual, de un dualismo en su teoría.

Lo explica en los siguientes términos:

En el movimiento socialista moderno pueden distinguirse dos corrientes principales que en épocas diversas y bajo formas diferentes se oponen la una a la otra. La una, *constructiva,* continúa las ideas reformistas expuestas por pensadores socialistas; la otra, toma sus inspiraciones de los movimientos populares revolucionarios y sólo se propone *destruir.* Conforme a las posibilidades del momento, la una aparece como *utópica, sectaria, pacíficamente evolucionista;* la otra, como *conspiradora, demagógica, terrorista.* Cuanto más nos acercamos al tiempo presente, más categórico es el santo y seña; *aquí,* emancipación por *la organización económica,* y *allá,* emancipación por la *expropiación política...* La teoría marxista trata de combinar el fondo esencial de estas dos corrientes. Tomó a los revolucionarios la idea de la lucha emancipadora de los trabajadores como si fuera una lucha de clases política, y a los socialistas la necesidad de conocer las condiciones económicas y sociales de la emancipación obrera. Pero esta combinación no significaba aún la supresión del antagonismo. Era más bien un compromiso como el que Engels proponía a los socialistas ingleses en su escrito *La situación de las clases obreras*: subordinación del elemento propiamente socialista al elemento político radical y social-revolucionario. Cualquiera que haya sido la evolución efectuada en el transcurso de los años por la teoría marxista, no ha sabido nunca desprenderse del carácter de este compromiso ni de su dualismo.

He aquí, por fin, una explicación, no de *la falta de orden intelectual* de Marx y Engels, sino de la concepción intelectual de Bernstein, que le impulsa de repente a ver en todas partes obscuridades y contradicciones donde ha encontrado durante veinte años la más completa unidad. El dualismo entre el elemento *evolucionista pacífico* y el elemento *demagógico-terrorista* es el defecto fundamental del marxismo. Pero no es el elemento evolucionista pacífico el que Bernstein quiere expurgar. En otros términos: el genio malo del marxismo es el espíritu revolucionario, él es también el que hace tan pérfida y tan funesta a la dialéctica. El cegó a Marx y a Engels, y les llevó a descuidar de manera increíble los hechos más evidentes y a subordinar toda ciencia a las tendencias y a las contradicciones íntimas más groseras. Si se quiere robustecer el Socialismo, hay que ahuyentar al genio malo.

Pero ¿qué quedará del marxismo después de este exorcismo? Quitarle su espíritu revolucionario ¿no es quitarle la vida?

Lo que a los ojos de Bernstein aparece como un *error intelectual,* como un *dualismo,* es precisamente a los nuestros el gran hecho histórico del Socialismo de Marx: la reconciliación del Socialismo utópico y del movimiento obrero primitivo en una unidad más elevada. Lo consiguió, gracias al materialismo histórico por un lado, reconociendo en la lucha de clases del proletariado la fuerza impulsiva de la evolución de la sociedad moderna más allá de la fase capitalista, lucha que, como todas las de su clase, es necesariamente una lucha por el Poder político; y por otra parte, reconociendo las tendencias de la evolución económica del modo de producción capitalista, que empujan al proletariado a conquistar las fuerzas económicas del capital y crean las condiciones de un modo de producción social.

¿Dónde está el dualismo, dónde el compromiso en esta teoría?

La juzgo el descubrimiento más importante del siglo XIX. Con ella se relaciona un hecho conexo, y es que Marx y Engels no tenían la intención de sepultar sus nuevos resultados científicos en librotes de uso exclusivo en el mundo sabio, y que entraron en las filas del proletariado, tomaron parte en las luchas y se esforzaron cuanto pudieron para elevar el nivel de todo el proletariado internacional.

De otro modo, si su grandeza histórica procede, por una parte, de que han sabido conciliar el movimiento utópico y el movimiento revolucionario, resulta, por otra, de que fueron a la vez sabios y hombres políticos, hombres de gabinete y hombres de lucha. Hay, ciertamente, un antagonismo entre estas dos funciones, antagonismo correspondiente al que existe entre el pasado y el porvenir, la necesidad y la libertad, entre el materialismo y el idealismo.

Mientras que el sabio estudia con calma e imparcialidad las relaciones necesarias entre los hechos, el hombre de combate lucha por todo lo que en apariencia es aún desconocido y libre, aunque se halle sometido a leyes ineluctables; lo persigue como un fin obscuro, un ideal lejano que

estimula su voluntad y su actividad, y excita poderosamente sus pasiones. Y mientras que el sabio puede calcular tranquilamente el pro y el contra antes de tomar una decisión, en la lucha es preciso aprovechar el momento favorable sin perder el tiempo en largas reflexiones.

Es evidente que estas oposiciones se manifiestan en la actividad de los hombres que son a la vez sabios y hombres de combate. Pero no es juzgar a estos hombres con imparcialidad histórica el deducir de la dualidad de sus funciones contradicciones en sus teorías y hasta faltas de orden intelectual.

Si alguien ha sabido sustraerse a este antagonismo de funciones, han sido los dos fundadores del Socialismo moderno. Los argumentos que aduce Bernstein para probar que las teorías de Marx y Engels carecen de carácter científico y están llenas de errores, no resisten un examen profundo. Lo hemos demostrado con varios ejemplos. Pero todo aquel que no se limita a la interpretación de frases aisladas, el que abarca el conjunto de la obra política de nuestros dos maestros en su unidad histórica, queda admirado, sea amigo o enemigo, de su poder al conciliar la pasión revolucionaria y la profundidad científica, ya considere la actividad que han desplegado en la *Neue Rheinische Zeitung* y en *La Internacional*, o la fecundidad de su influencia sobre el Partido Socialista Internacional.

Este *dualismo*, es decir, la unión del espíritu científico y del espíritu revolucionario, del materialismo histórico y del idealismo práctico, ha sido, no sólo para ellos, sino también para sus sucesores, el manantial de lo mejor que han producido en el orden intelectual; y si la crítica de Bernstein de la *falta intelectual* de los marxistas es hoy acogida con tanta consideración, se debe a que Bernstein ha cometido esta falta durante veinte años.

c) *El valor.*

Después de la Filosofía viene la Economía política, cuya clave es la teoría del valor; Bernstein se ocupa también de ella. Aquí no conviene «la forma irresoluta y pesada de los

primeros capítulos», de la que el mismo Bernstein se lamenta. En esta materia tan difícil y tan importante, es preciso ante todo ser claro y conciso, y no dejar lugar a dudas. Bernstein no lo ha conseguido. Su obra debía expresar claramente y sin equívoco sus ideas más recientes, que tantas veces han sido mal comprendidas, según él. Lo que nos dice de la teoría del valor es una exposición de la teoría de Marx, a la cual añade en varios lugares algunas reflexiones, sin señalar de ningún modo su propia opinión sobre la materia. Aún es más obscuro cuando asimila a la teoría de Marx la teoría de la utilidad mínima sin explicarse claramente sobre ella. Para él el valor marxista no es «más que un hecho de naturaleza puramente ideológica construido sobre abstracciones».

Marx tiene, indudablemente, el derecho de prescindir de la naturaleza de los géneros hasta el punto de que éstos no aparezcan más que como masas reunidas de trabajo humano, de igual modo que la escuela böhms-jevonsista puede prescindir de todas las cualidades de los géneros, excepción hecha de su utilidad. Después cita una frase de *El Capital* que «basta por sí sola para imposibilitarle el ponerse encima de la teoría de Gossen y de Böhm».[8] Pero en una nota de la edición alemana, Bernstein señala una tercera teoría del valor, la de M. de Buch, que nos es desconocida, y declara que es «el resultado de un análisis no menos sagaz y una notable contribución a un problema que no está aclarado en modo alguno».

Resulta que lo que no está claro de ningún modo, es la teoría de Bernstein sobre el valor. No sabemos si es la teoría de Marx, la de Jevons, la de Buch o una teoría particular, síntesis de las tres. El problema no se resuelve en el libro de Bernstein.

Este respondió a una crítica mía con un artículo publicado en la *Neue Zeit*, en el que me acusa de no comprenderle o de no quererle comprender. Semejantes insinuaciones son uno de los encantos de las polémicas con Bernstein.

8. Máximos representantes junto con Jevons de la "escuela económica marginalista".

Si no se le comprende, cree imposible que sea por culpa suya. La cosa es muy clara, y muy fácil de entender.

Pedro y Pablo examinan una caja de minerales. «Estos son cristales hemiédricos de caras paralelas», dice Pedro. «Es una pirita de hierro», dice Pablo. ¿Cuál de los dos tiene razón?

«Los dos tienen razón», responde el mineralogista. Lo que dice Pedro se refiere a la forma; la observación de Pablo, a la substancia.

La exactitud de esta respuesta nos aparece claramente en seguida, porque ahora tratamos de un objeto concreto en el que es fácil distinguir la forma y la substancia. Hombres dotados normalmente no discutirán sobre la cuestión de saber si la tela de un cobertor es de lana o de felpa, sino sobre si la tela es lana o no, si el tejido es o no de felpa. Pero dos personas igualmente razonables podrían discutir cuál es la característica de la pieza de tela en cuestión, si es la materia de que está hecha o su fabricación. Y, como van hasta el fondo de las cosas, podrían llegar, la una a observar la naturaleza intrínseca de la lana; la otra, la del tejido felpudo, a discutir únicamente si es la substancia o el tejido lo que determina el carácter de la tela. Esta es, en otro terreno, la discusión de la noción del valor que dura desde hace siglos en la Economía política. Los elementos contrarios, *la primera materia y el tejido*, son aquí *valor del trabajo y utilidad*. Y de igual modo que nuestros amigos los teóricos saben perfectamente que sin la primera materia no puede hacerse un tejido, y que la primera materia, si no se la trabaja, no puede producir un buen cobertor, de igual modo los economistas de los dos campos opuestos no ignoran que el valor económico de un objeto cuya fabricación no exige ningún trabajo, es nulo, cualquiera que sea su utilidad, y que, por otra parte, el trabajo que exige la fabricación de un objeto no confiere a éste ningún valor mientras no responda a alguna necesidad humana.

El valor económico tiene un doble carácter: la noción de utilidad (valor de uso y de necesidad) y la de gastos de fabricación (valor del trabajo).

Este doble carácter determina —continúa Bernstein— el grado del valor. Pero, para llegar a la supervalía, suponía Marx que los productos se venden en su valor de trabajo y

no tenía en cuenta la *utilidad* como segundo factor determinante del valor. Lo contrario hacen con otro objeto los teóricos de la *utilidad mínima.*

Según el objeto que uno se proponga, queda justificado uno u otro de estos puntos de vista.

De otro modo, la teoría de Marx es exacta, pero la de los teóricos de la *utilidad mínima* lo es también. No son otra cosa que las dos fases de un mismo objeto. Sin embargo, es sorprendente que gentes tan sagaces como los partidarios de la *utilidad mínima* no lo hayan notado. Es menos chocante que Marx y sus partidarios no hayan visto hasta qué punto era fácil solucionar la disputa emprendida hace siglos sobre esta cuestión del valor. Estos obstinados son evidentemente cortos de vista. Pero, sea lo que fuese, Bernstein ha hecho su asombroso descubrimiento, y comienza una nueva era para la teoría de la utilidad. Pero todavía falta un pequeño detalle: Bernstein observa que «la teoría de la utilidad mínima está justificada en ciertos casos, mientras que en otros debe preferirse la teoría de Marx». Desgraciadamente, no especifica estos casos, y esto perjudica al valor de su descubrimiento, por cuanto los teóricos de una y otra opinión aplican sin distinción su teoría en donde quiera que necesitan una teoría del valor. No conocemos, en toda la historia de la Economía política, ni un solo ejemplo de que un escritor haya partido en un caso de la doctrina de Marx y en otro de la teoría de la utilidad mínima, o que haya solamente creído posible el emplear semejante método. Bernstein debiera habernos dicho cuándo y cómo es esto posible. También hubiera debido deducir la moral de su ejemplo de la pirita de hierro: los cristales son la forma; la pirita, la substancia del cuerpo. ¿Constituyen la utilidad la forma del valor y el trabajo su substancia, o es al contrario?

¿Cuál es el objeto de una teoría del valor? No es otro que el de servir para comprender nuestro modo de producción.

Nuestros productos no están destinados directamente al consumo, sino a la venta. Comprar y vender son las bases de la actual economía industrial. El que quiera comprender-

la debe conocer ante todo las leyes que rigen la compra y venta.

Cualquiera que observe el mercado, nota fácilmente que a pesar de las fluctuaciones que provocan los cambios en la oferta y la demanda, el precio de cada clase de productos no es arbitrario, sino que tiene tendencia a alcanzar una altura determinada. Esta tendencia determinada es su valor, y ella no aparece más que en el cambio y la venta como valor de cambio. El valor no es, pues, *un hecho de naturaleza puramente ideológica*, sino un hecho concreto; no existe un valor, según lo que piensen Marx o Jevons, sino solamente un valor mercantil que se ha observado y estudiado con mucha anterioridad a Marx y Jevons.

Lo que es *de naturaleza puramente ideológica* y particular de Marx y de Jevons, no es el mismo valor, sino la teoría del valor, es decir, la tentativa de descubrir y de explicar qué relación existe entre este hecho misterioso en apariencia y los conocidísimos hechos de la vida económica.

Sin duda está permitido a Marx descubrir todas las cualidades de un producto y no tener en cuenta más que una cosa, y es que este producto representa una cierta cantidad de trabajo humano; está permitido a Jevons no tener en cuenta más que la utilidad de este producto; pero aquí se trata de saber lo que está permitido cuando se tiene el objeto determinado de averiguar el valor de una mercancía en tanto es valor de cambio. Este objeto determinado no tiene nada que ver con los otros objetos que el observador junta al estudio de la teoría del valor. Cualquiera que sea el resultado de sus averiguaciones, el objeto que se propone la teoría del valor sigue siendo el mismo: descubrimiento de la ley fundamental que regula la marcha del cambio, es decir, la compra y venta.

Pero si toda teoría del valor tiene el mismo objeto, es absurdo admitir que pueda haber a la vez diferentes teorías del valor, según el objeto que persigan.

Bernstein nos remite, para aclarar su opinión, a un artículo de la *Neue Zeit*, en el cual se explica detalladamente sobre la cuestión de la teoría de la utilidad mínima. Pero lo que en él dice no está de acuerdo en absoluto con su opi-

nión actual. Bernstein declara que en la teoría de la utilidad mínima «el valor y el precio son una sola y misma cosa» y que, por consecuencia, no es ésta *«una teoría del valor», sino una teoría del precio.* La noción del valor mínimo es una adquisición preciosa para la Economía política y para el estudio de las leyes del cambio».

Esto significa que Bernstein considera a la teoría del valor mínimo como impropia para servir de teoría del valor. Pero como teoría del precio, no puede ser útil más que para las averiguaciones de pormenores, porque ¿cómo concebir una teoría extensa del precio sin una teoría del valor que le sirva de base? La naturaleza del dinero, por ejemplo, solamente puede explicarse por una teoría del valor y nunca por una teoría del precio. Efectivamente, éste es uno de los puntos más débiles de la teoría del valor mínimo. Ella no puede explicar la función del dinero como medida de los valores.

Bernstein habla hoy de ella como de una teoría del valor igual a la teoría marxista. Para conseguirlo, introduce de pronto, sin apercibirse de ello, una nueva categoría económica, *el valor económico.* «El valor económico —dice— tiene un doble carácter: lleva consigo la noción de *utilidad* (valor de uso y de necesidad) y la de gastos de fabricación (valor del trabajo»).

¿El valor económico? ¿Qué clase de valor es ése? Marx señala en *El Capital* el doble carácter de la mercancía, que es al mismo tiempo valor de uso y valor de cambio, y el doble carácter del trabajo produciendo mercancías. El doble caracáter del *valor económico* no encuentra aquí lugar. Si Bernstein no tiene, pues, su teoría propia, aún ignorada, del valor económico, nos es difícil hacerle sitio.

En su libro aún se fija Bernstein en el doble carácter de la mercancía. En uno de los pasajes indicados al principio de este capítulo, dice que está permitido a Marx descuidar todas las cualidades de la mercancía y no considerar más que lo que representa una cierta cantidad de trabajo, de igual modo que está permitido a los teóricos de la utilidad mínima no considerar más que la utilidad. Dice ahora del *valor económico,* lo que decía hace unos instantes del pro-

ducto mismo. Su opinión respecto a la teoría del valor debe ser muy fecunda.

¿Confundirá Bernstein el valor económico y el valor de cambio? Hay gentes que admiten que el valor de cambio de una mercancía depende de la cantidad de trabajo que representa y de su grado de utilidad. ¿Es esto lo que quiere decir Bernstein en su frase del doble carácter del valor económico? Pero entonces, ¿qué quiere decir la expresión *valor de trabajo*? Esta expresión no puede significar más que una cosa, y es que el valor de un producto está determinado únicamente por la cantidad de trabajo que representa. El que opine que el valor no está únicamente determinado por el trabajo, sino también por otro factor tal como la utilidad, no puede hablar de un *valor de trabajo.* Pero ¿quiere decir Bernstein que el valor económico, como valor de cambio, es a la vez valor de uso y valor de cambio determinado exclusivamente por el trabajo?

Todo lo que tiene de claro el doble carácter de la mercancía, tiene de obscuro y de confuso el doble carácter del *valor económico.* No negaré que semejante noción del valor sea conciliable, lo mismo con la teoría del valor mínimo que con la de Marx o con otra media docena. Un concepto tan obscuro hace igualmente confusas todas las teorías del valor.

Así es como llega Bernstein a conciliar la teoría de M. Leopoldo de Buch con la teoría del valor de Marx y la de Böhm von Bawerk.

Bernstein ha encontrado una laguna en la teoría del valor de Marx. Según esta teoría, la duración del trabajo necesario para fabricar una mercancía es quien determina su valor. Pero hay distintas clases de trabajo. Deben reducirse todas a una misma clase de trabajo, *al trabajo simple,* si se quiere poder comparar la cantidad de la una con la de la otra. «Un trabajo complejo no es más que un trabajo simple elevado a cierta *potencia,* o mejor, *multiplicado,* de modo que una pequeña cantidad de trabajo complejo es igual a una cantidad mayor de trabajo simple.» La experiencia demuestra que esta operación de reducción se verifica constantemente. Las diferentes proporciones en las que

distintas clases de trabajo son reducidas a *trabajo simple*, tomado como unidad de medida, están determinadas socialmente, sin saberlo los productores, a quienes parecen ser el resultado de la tradición.

Lo que Marx ya no explica es cómo estas proporciones están determinadas socialmente. En la *Crítica de la Economía Política* observa: «No es éste el lugar de explicar las leyes que regulan esta operación de reducción». Desgraciadamente, no ha insistido sobre estas leyes para explicar su desarrollo, él ya las conocía, pues si no las conociese no hubiera hablado de ellas. En este punto está incompleta la teoría de Marx. Somos de la opinión de Bernstein en esta materia, pero no sobre el modo como pretende él llenar la laguna.

Buch —dice— trata de desatar el nudo gordiano separando rigurosamente las dos clases de valor que se confunden en Marx: valor intrínseco y valor relativo. El primero es para él el valor de trabajo, que determina directamente por el salario y la duración del trabajo, y fundando sobre la fisiología la noción de *la densidad límite de trabajo* (*la densidad límite de trabajo* aumenta cuanto más corta es la jornada de trabajo y mayor es la parte del obrero en el producto de su trabajo). El valor del trabajo es, pues, muy diferente del valor de valuación que el producto tiene o tendrá en el mercado. Deben distinguirse rigurosamente estos dos valores. El provecho que saca el obrero debe estimarse por la relación entre el valor de trabajo y el valor de valuación, y no solamente por el valor de trabajo.

Sé que pueden hacerse objeciones a la teoría de Buch, pero creo que procede en ella con un análisis riguroso y que ha encontrado el medio mejor de llenar la citada laguna. De todos modos, me parece más práctico operar con dos nociones distintas del valor que dar a una misma noción una definición que comprende dos principios que se neutralizan, como sucede con «la duración del trabajo necesario socialmente». Como aún no tenemos más que la primera parte del trabajo de Buch, no puedo dar sobre él mi opinión definitiva.

Yo no conozco aún esta primera parte de la obra de Buch, pero lo que de ella dice Bernstein no me la hace considerar como un modelo de análisis riguroso.

Ignoro si las nociones de *valor intrínseco* y de *valor relativo* se confunden en Marx.

Marx distingue y separa rigurosamente el *valor intrínseco*, el *valor del trabajo*, el *valor individual*, del valor mercantil, del precio mercantil.

Por el contrario, Buch parece confundir más de una noción cuando determina el valor por el salario.

El valor es una categoría económica anterior a la aparición del trabajo asalariado. Si se quiere determinar el valor por el salario es preciso no ver la diferencia que hay entre la simple producción de mercancías y la producción capitalista, y considerar esta última como la única forma de producción industrial. ¿Qué sucederá entonces con el valor de productos que no han sido fabricados por obreros asalariados, sino por artesanos que trabajan por su cuenta? ¿Qué es el salario sino una suma de valores cambiados por una fuerza de trabajo de igual valor? Por consecuencia, el valor está determinado desde luego por el salario y el salario por el valor.

Pero ¿está también determinado por el salario el valor de la fuerza productiva?

Es muy meritorio el buscar las lagunas de una teoría, pero este mérito deja de serlo cuando se intenta llenar estas lagunas con un contrasentido.

En efecto, ¿qué hacer con un *valor económico* que es a la vez un valor de uso y un valor de cambio, un *valor de trabajo* determinado a la vez por el gasto de trabajo y el salario de este trabajo? Una teoría del valor, lo mismo que una concepción histórica, debe comprobarse en la práctica y en la aplicación.

La teoría de Bernstein sobre el valor, cualquiera que sea, pretende ser una modificación o un desarrollo de la teoría de Marx. Pero ésta está íntimamente ligada a la concepción de producción moderna que ha expuesto Marx.

Toda esta concepción es ya caduca en la forma que ha revestido hasta aquí y se la debe corregir, si la teoría marxis-

ta del valor sufre alguna modificación. La doctrina de la supervalía y del provecho, la concepción del capital y de su relación con el proletariado, todo debe cambiarse radicalmente si cambia la teoría del valor que les sirve de fundamento.

Esto no preocupa a Bernstein. Aún hace algunas observaciones sobre la supervalía y la superproducción, pero no cambia en nada el antiguo estado de cosas y continúa tratando la vieja concepción marxista del capital como si no existieran las objeciones que él hace contra la teoría del valor.

Concede que el valor de la teoría de Böhm von Bawerk es exacto hasta cierto punto. ¿Quiere decir con esto que dicha teoría del capital y del interés del capital está justificada o que es conciliable con la de Marx?

Nada nos dice sobre ello. Sus ulteriores consideraciones sobre la economía no tienen ninguna relación con su crítica de la teoría del valor, que hubiéramos podido muy bien dejar a un lado, si toda la banda de antimarxistas no hubiese lanzado aullidos de alegría al ver a un marxista proclamar la bancarrota de la teoría marxista del valor.

Bernstein no ha ido tan lejos. Sólo ha mostrado que no sabe exactamente lo que de ella debe pensar. La encuentra incompleta e inacabada; no trata de desarrollarla conforme al espíritu de su fundador, pero quiere llenar sus lagunas introduciendo ideas que son extrañas y hasta contrarias al espíritu de la teoría, y que no pueden formar con ella un conjunto homogéneo.

Ni los teóricos de la utilidad mínima ni los marxistas acogerán bien estas tentativas de Bernstein.

No verán en él al teórico, sino al escéptico.

Bernstein no ha llegado a un resultado positivo como crítico de la teoría del valor ni tampoco como crítico de la concepción materialista de la Historia. Su ventaja sobre Marx consiste en que sustituye la unidad de esta concepción por el eclecticismo, que celebra como «la rebelión del buen sentido contra la tendencia propia a toda doctrina de hacer sufrir al pensamiento el suplicio de los borceguíes».

Si Bernstein se representa la historia de la evolución in-

telectual, verá que todos los grandes espíritus que se han alzado contra la opresión del pensamiento no fueron eclécticos, y que sus esfuerzos tendieron igualmente a la unidad que a la independencia. El ecléctico es demasiado moderado para ser rebelde. Reniega y se irrita como un pobre diablo contra las incomodidades que lleva consigo la persecución de la unidad. Pero que se nos indique en la república de los espíritus un ecléctico que merezca el nombre de rebelde. Si compenso una cortés reverencia a Marx con otra cortés reverencia a Böhm von Bawerk, ¡está esto lejos de ser una rebelión!

Pero Bernstein dice que la misión de los sucesores de Marx y Engels es «dar unidad a la teoría».

¡Viva la unidad ecléctica!

Concedo de buen grado que éste no es el suplicio de los borceguíes.

II

EL PROGRAMA

a) *La teoría del derrumbamiento.*

Hemos llegado al punto capital de la crítica de Bernstein. A partir de este momento, enfila directamente nuestro programa y adquiere por consecuencia una importancia práctica. Su crítica de la teoría del derrumbamiento es también una parte de su obra que nuestros adversarios han acogido con viva satisfacción. La exactitud y la claridad son aquí, pues, particularmente necesarias.

Marx y Engels no han formulado una teoría especial del derrumbamiento. La palabra es de Bernstein, así como la expresión de teoría de la miseria creciente pertenece a los adversarios del marxismo.

Bernstein inventó la frase de teoría del derrumbamiento en su polémica contra Bax. Partía entonces en su segundo artículo del párrafo III de la moción sobre los deberes económicos de la clase obrera, moción presentada al Congreso internacional de Londres en 1896. Este párrafo estaba concebido en la redacción alemana del siguiente modo: «El desarrollo económico está tan avanzado en la actualidad que dentro de poco puede sobrevenir una *crisis*. El Congreso invita, pues, a los trabajadores de todos los países, a ponerse al corriente de la producción, para estar en disposi-

ción de dirigir esta producción como obreros conscientes de las necesidades de su clase y para el bien de la colectividad». Las redacciones inglesa y francesa difieren mucho de la redacción alemana y dan un sentido preferible. No se dice en ellas: «El desarrollo económico está *tan avanzado* en la actualidad que *dentro de poco* puede sobrevenir una crisis», sino «el desarrollo económico e industrial *avanza* con tal rapidez, que puede ocurrir una crisis en un tiempo *relativamente* corto. El Congreso insiste, pues, cerca del proletariado de todos los países sobre la necesidad absoluta de aprender... *a administrar sus países*» (y no la *dirección de la producción*). En el informe del Congreso, que publicó el editor del *Vorwärts*, este pasaje falta por entero. El párrafo III está reemplazado por una frase sobre la fiesta del 1.º de Mayo.

Se convendrá en que es un poco atrevido fundar una crítica de la teoría socialista de la evolución social sobre esta frase trivial, cuyo sentido es vago y obscuro, porque ¿qué significa, en efecto, la palabra crisis?

Pero esto es lo que hace Bernstein. La frase citada, dice, «está conforme, al menos en su sentido general, con la concepción socialista actual de la evolución de la sociedad moderna».

Según esta concepción, una crisis industrial de considerable violencia inflamará de tal modo tarde o temprano los espíritus contra el sistema económico capitalista, a causa de la miseria que producirá, convencerá tan profundamente a las masas populares de la imposibilidad de dirigir con este sistema las fuerzas productivas para el bien de la colectividad, que el movimiento dirigido contra este sistema adquirirá un poder irresistible y provocará fatalmente el derrumbamiento de este sistema. En otros términos, la gran crisis económica inevitable tomará las proporciones de una crisis social general cuyo resultado será la soberanía política del proletariado, única clase revolucionaria que tiene conciencia de su fin, y una transformación realizada bajo la dirección de esta clase. Esta es, repite Bernstein, la concepción del Partido Socialista.

El Partido Socialista está, pues, convencido de que este modo de evolución es una ley natural inevitable, y de que la gran cri-

sis económica general es el único medio de transformar la sociedad en el sentido socialista.

Sería difícil a Bernstein probar que el Partido Socialista está realmente convencido de tal cosa. Se contenta con citar el párrafo, que nada prueba, de la moción presentada al Congreso internacional, párrafo que ni siquiera fue discutido y que no fue admitido, si es exacto el informe del *Vorwärts.*

En vano buscará Bernstein en los documentos oficiales del Partido Socialista alemán un solo pasaje que esté conforme con la teoría del derrumbamiento por él expuesta en el pasaje del programa de Erfurt, que trata de la crisis; la palabra *derrumbamiento* no aparece por ninguna parte. Pero tampoco se encontrará en los discursos y artículos periodísticos de los miembros del Partido un pasaje en el que se sostenga de un modo preciso que la revolución social irá precedida de una crisis industrial o que el proletariado no podrá conquistar el Poder político si no le favorece una crisis industrial. Belfort Bax ha expuesto, si no me engaño, ideas análogas, y parecía natural que Bernstein las criticara en el artículo citado. Cuando hablaba en él de la teoría del derrumbamiento como de una opinión dominante en el Partido Socialista, podía esto pasar por una exageración, fácil de cometer en el ardor de la polémica.

Pero Bernstein no piensa en rectificar esta exageración en su libro, que no va dirigido contra Bax. Al contrario, aún la exagera dando a la teoría del derrumbamiento un alcance mayor todavía. Lo que en 1898 no era aún más que una teoría dominante en el Partido Socialista, la polémica dirigida contra Bax, se vuelve contra Marx y Engels; la crítica de un párrafo accesorio de la moción al Congreso de Londres se convierte en crítica del *Manifiesto Comunista* y de *El Capital.*

Esta crítica ha sido después elevada a las nubes por los anticomunistas fuera y dentro del Partido, y considerada como la refutación más categórica de la teoría marxista del derrumbamiento.

Si preguntásemos a estos señores lo que significa exacta-

mente esta teoría, oiríamos curiosas respuestas. Se ha visto, en el curso de la discusión, que el mismo Bernstein ha falseado la teoría marxista en uno de sus puntos esenciales. Según Bernstein, Marx y Engels esperaban que el modo de producción socialista sería una consecuencia del derrumbamiento del modo de producción capitalista, que resultaría de la acumulación del capital y de las crisis cada vez más terribles que se producían. Bernstein no hablaba de lucha de clase del proletariado.

No veía yo en ello una intención, sino una casualidad. Bernstein omitía lo más importante y al mismo tiempo lo más natural. Esto creía yo. Era un error.

Bernstein declaraba en el *Vorwärts* que mi concepción de la teoría de Marx era falsa. Citemos, completo, este pasaje característico:

La teoría de Marx y de Engels —dice Kautsky— deduce la necesidad del derrumbamiento próximo del capitalismo, del aumento de los proletarios y de los progresos de su madurez y de su poder, de la esclavitud progresiva de las pequeñas industrias a las grandes industrias capitalistas, que se hacen cada vez más monopolizadoras, y de la creciente tendencia a la superproducción; ésta conduce o a crisis cada vez más graves o a un estancamiento general, o aún más, lo que es teóricamente posible, a una organización general de *cartels*, cuyos efectos serían mucho más insoportables e irritantes que el estancamiento de los negocios, y que conduciría necesariamente a la expropiación de los *cartels*, o sea, en este caso, de la industria capitalista.

Ante todo, ésta no es la teoría de Marx y de Engels, sino una interpretación de esta teoría por Kautsky. ¿Qué tiene esta interpretación de conciliable con el capítulo en que Marx trata del derrumbamiento del capitalismo, y donde se trata no de los progresos de la madurez y del poder proletarios, sino de la degeneración y de la servidumbre de los proletarios? Puedo dispensarme de responder a esta pregunta, por cuanto he insistido muy enérgicamente sobre que este capítulo no debe considerarse sino como la señal de una tendencia. (*Vorwärts*, 26 marzo 1899.)

Mi respuesta fue la siguiente:

Esta frase no ha sido escrita por un economista vulgar que no haya tenido nunca *El Capital* entre sus manos, sino por un hombre que pasa por uno de los mejores y más inteligentes conocedores de la literatura marxista. Me basta, para justificar esta frase, citar textualmente el pasaje a que se refiere Bernstein:

«A medida que disminuye el número de los potentados del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este período de evolución social, aumentan la miseria, la opresión; pero también la creciente resistencia de la clase obrera, que está cada vez más disciplinada, unida y organizada por el mecanismo de la producción capitalista.»

«El aumento continuo del número, los progresos de la organización y disciplina ¿no son sinónimos de madurez y de poder? ¿Cómo, pues, Bernstein puede pretender que Marx no habla en su capítulo sobre el derrumbamiento de los progresos en madurez y en poder, sino únicamente de la degeneración y de la servidumbre crecientes del proletariado? ¿Y cómo puede sostener que yo no doy más que una interpreación de la teoría de Marx y de Engels y no la teoría misma? ¿No dice expresamente el *Manifiesto Comunista* que los progresos del proletariado en madurez y en poder son una de las condiciones primordiales del derrumbamiento de la sociedad capitalista?

»La burguesía —dice— no ha forjado tan sólo las armas que le darán la muerte, ha producido también los hombres que manejarán estas armas —los obreros modernos, los *proletarios*—. La industria, al desarrollarse, no sólo aumenta el número de los proletarios, sino que los concentra en masas más considerables; los proletarios aumentan en fuerza y tienen conciencia de su fuerza... Los obreros comienzan por coligarse contra los burgueses para el mantenimiento de sus salarios... El verdadero resultado de sus luchas es más bien la solidaridad creciente de los trabajadores, que el éxito inmediato... La organización del proletariado en clase, y por consecuencia en partido político, es incesantemente destruida por la concurrencia que entre sí se hacen los obreros. Pero renace siempre, y siempre más fuerte, más firme, más formidable, aprovechándose de las divisiones intestinas de burgueses para obligarles a dar una garantía legal a ciertos

intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de las diez horas de trabajo en Inglaterra... La burguesía proporciona a los propietarios los elementos de su propia educación política y social, es decir, armas contra ella misma. Además, fracciones enteras de la clase dominante son precipitadas en el proletariado o amenazadas, al menos, en sus condiciones de existencia. También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de progreso.

»Ya vemos así expuesto en el *Manifiesto Comunista* la importancia que tienen la madurez y el poder crecientes del proletariado para el derrumbamiento de la sociedad capitalista. Desde que Marx y Engels formularon por primera vez su teoría del derrumbamiento, el aumento de la madurez y del poder del proletariado se ha convertido en uno de los elementos esenciales de la teoría. Sin esto, es imposible comprenderla, y he aquí que Bernstein viene a afirmar que esto no es más que una interpretación de mi cosecha.

»Pero el aumento de la madurez y del poder del proletariado no es sólo un elemento esencial de la teoría marxista del derrumbamiento; es nada menos que su elemento característico.

»Otros socialistas anteriores a Marx y de su tiempo, han declarado independientemente de él que el modo de producción capitalista conducía a una miseria creciente, a una desaparición progresiva de las pequeñas industrias y a un aumento de la superproducción. Lo que sólo Marx y Engels encontraron, fueron las tendencias que fortifican al proletariado. Se distinguen de otros socialistas en que supieron ver, no sólo la creciente servidumbre del proletariado, sino su creciente resistencia; no sólo el aumento de su miseria y de su degradación, sino los progresos de su disciplina y de su organización, de su madurez y de su poder, esto es lo que los críticos vulgares de la teoría de la miseria creciente olvidan con gran facilidad; ellos, que, por regla general, no critican más que las teorías de la miseria creciente anteriores a Marx. Pero yo no creía que Bernstein la olvidara. Parece que haya una ley psicológica que marque a todos los críticos de Marx el mismo camino, cualquiera que sea su punto de partida.»

Además, encontramos aquí una linda muestra de lo que Bernstein entiende por necesidad histórica. Fiel a su traducción de la palabra necesidad por fatalismo, sólo ve necesidad donde hay una obligación irresistible. Saca de la teoría de Marx la doctrina de que el desarrollo económico acabará por crear una situación en la que los hombres no tendrán más remedio que introducir el Socialismo. Así y no de otro modo comprende la teoría marxista del derrumbamiento. En estas condiciones no es difícil refutarla.

Examinemos de más cerca —dice— la interpretación de Kautsky. ¿Es una prueba de que la victoria del Socialismo está fundada sobre consideraciones puramente materialistas? De ningún modo. La madurez de los proletarios no es un factor económico, sino ético; su poder es un factor político y social. Pero Kautsky llama también en su ayuda al descontento general provocado por la organización prevista de los *cartels*. Este no es un factor económico o, al menos, no es un factor puramente económico. Sin contar con que este descontento no debe llevar, *necesariamente*, a la expropiación de los *cartels* industriales. Si la victoria del Socialismo debe ser «una necesidad económica inmanente», es preciso que se funde en la necesidad ineluctable del derrumbaminto económico de la sociedad existente. Pero esta necesidad aún no ha sido demostrada y no podía serlo.

La evolución ha tomado, en ciertos puntos, una dirección diferente de la que debería tomar si el derrumbamiento fuera inevitable por motivos de orden puramente económico. ¿Pero por qué hacer derivar el Socialismo «de la opresión económica»? ¿Por qué rebajar la inteligencia, el sentimiento del derecho, la voluntad del hombre? ¿Por qué aplicar el teorema tan a menudo mal comprendido de la falta de libre albedrío en el individuo o los hombres de los países civilizados constituidos en sociedad? Considero esto como insostenible y superfluo. La sociedad ejecuta hoy muchas cosas, no porque sean absolutamente necesarias, sino porque constituyen un progreso. Y en el movimiento socialista el sentimiento del derecho, el esfuerzo hacia condiciones sociales aún más justas, son un factor por lo menos tan importante y tan activo como la necesidad material. (*Vorwärts*, 26 marzo.)

¿Hay algo más triste que semejantes ideas en un hombre que ha sido durante veinte años el representante del

materialismo histórico? En 1890 aún se atacaba a von Schulze-Gävernitz porque pretendía que el Partido Socialista explicaba las causas económicas como la causa exclusiva de las transformaciones sociales. «Schulze —decía Bernstein— es no sólo un discípulo agradecido, sino también dócil de Brentano. Después de haber repetido lo que ha leído en los teóricos del Partido Socialista, sustituye con discreción, es cierto, la teoría socialista por una caricatura absurda de esta teoría, para probar su superioridad.» Hoy Brentano y Schulze-Gävernitz[9] le oprimen contra su corazón porque su ridícula caricatura de la teoría socialista parece muy pálida frente a la obra de Bernstein, quien identifica la necesidad histórica con la opresión económica y niega que Marx y Engels hayan fundado la necesidad del Socialismo sobre la madurez y el poder crecientes del proletariado.

Bernstein ha encontrado un defensor en la persona del Dr. Woltmann. Pero su teoría no es idéntica a la de Bernstein. Lo que ése considera como la teoría de Marx y de Engels, es la teoría de Engels, según cree haberlo descubierto Woltmann.

Según Woltmann, siempre fundó Marx el Socialismo sobre la madurez, el poder y el descontento creciente del proletariado, mientras que Engels, Cunow[10] y mi modesta persona, pretenden que el capitalismo se destruirá por sí mismo. «Engels, sobre todo, ha pensado que las fuerzas productivas adquieren un desarrollo tan considerable, que romperán las ligaduras del modo de producción en virtud de su fuerza mecánica, y así provocarán una crisis general. Pero Engels no entendía por fuerzas productivas más que las fuerzas técnico-económicas, y sobre todo, la fuerza mecánica industrial. Mientras que las fuerzas económicas se rebelan contra el modo de producción, es decir, contra la propiedad, el proletariado se aprovecha de esta crisis para apoderarse del Poder político y pone en acción las fuerzas productivas en

9. Economistas alemanes criticados por los marxistas alemanes que les calificaban como "socialistas de cátedra".

10. Heinrich W. Cunow (1862-1936): Historiador y sociólogo alemán miembro de la socialdemocracia. Tomó partido por los llamados "revisionistas".

el interés general de la sociedad. Esta es una opinión corriente.»

¿En qué país es corriente? Lo ignoro; bien es verdad que ésta no ha sido nunca la opinión de Engels, ni la de Cunow ni la mía. Es bastante inverosímil que Engels haya colaborado durante un cuarto de siglo con Marx, sin que se hayan dado cuenta de esta diferencia fundamental entre sus ideas y que haya hecho falta la ayuda de Woltmann para descubrirla.

Pero Engels no era bastante místico para ver solamente una imagen en la rebelión de las fuerzas productivas técnicas contra el modo de producción. Es evidente que una rebelión de las fuerzas productivas técnicas sólo puede consistir en hacer rebeldes a los hombres mismos. Si Engels no ha creído siempre a propósito el insistir sobre este punto, no es esto una razón para decir que era de opinión contraria.

Lo que Woltmann llama la idea de Engels, es evidentemente análogo, sino idéntico a lo que Bernstein entiende por necesidad histórica. Nos encontramos aquí en presencia de un fenómeno extraño: Bernstein toma de las teorías de Marx el pretendido fatalismo de la concepción materialista primitiva de la historia, la idea de que el hombre no es más que un simple autómata movido por las fuerzas económicas, y descubre en las teorías de Engels, que éste reconoce la influencia de los factores morales en la historia, mientras que Woltmann afirma precisamente lo contrario que Marx y Engels.

Hasta que no tengamos pruebas mejores de semejantes sutilezas problemáticas, las cuales pueden interpretarse en un sentido opuesto, haremos bien en admitir que los dos autores del *Manifiesto Comunista* estaban absolutamente seguros y de acuerdo en todos los puntos esenciales. Cada uno de ellos era ciertamente una individualidad independiente, que concebía y desarrollaba a su modo la teoría común.

El historiador de la teoría debe tener en cuenta estas diferencias y la evolución de las ideas de cada uno de ellos. Pero estas diferencias son harto mínimas para que tengan importancia para nuestra conducta práctica.

Lo que Bernstein toma por mi interpretación especial de la teoría de Marx y de Engels y lo que Woltmann consideraba como la teoría especial de Marx y diferente de la de Engels, es la teoría expuesta sistemáticamente por primera vez en el *Manifiesto Comunista,* desarrollada más tarde y rectificada en algunos puntos por nuestros maestros en sus diversos escritos.

Esta teoría ve en el modo de producción capitalista el factor que empuja al proletariado a la lucha de clases contra los capitalistas, que aumenta sus fuerzas numéricas, su cohesión, su inteligencia, el sentimiento que tiene de su fuerza, su madurez política, que acrece cada vez más su importancia económica, que hace inevitable su organización en partido político y la victoria de este partido, y no menos inevitable también el modo de producción socialista, como consecuencia de esta victoria.

Esta es la teoría que hay que examinar en un estudio sobre el porvenir del Partido Socialista; ella es el fundamento de los programas de los Partidos Socialistas; ella es la que no debemos perder de vista en la discusión siguiente, y no la ridícula teoría del derrumbamiento, que Bernstein nos achaca.

Tres objeciones opone Bernstein a la teoría marxista del modo de producción capitalista: 1.ª, el número de las personas propietarias no disminuye, aumenta; 2.ª, la pequeña industria no decae; 3.ª, las crisis generales y ruinosas son cada vez menos probables. De estas tres objeciones, la segunda debería ser la primera. Si la doctrina marxista de la concentración del capital es falsa, concedemos, sin más averiguaciones, el aumento del número de personas propietarias; si es exacta, es necesario que se nos demuestre cómo aumenta el número de personas propietarias, a pesar de esto.

La evolución del modo de producción es el hecho fundamental; la cuestión de propiedad no es más que un hecho superficial determinado por el primero. Es rasgo característico del método de Bernstein el ocuparse de los fenómenos accesorios antes de estudiar la ley fundamental. Ante todo, nos ocuparemos de esta última.

b) *Explotación grande y pequeña.*

Según la doctrina de Marx, el desarrollo económico ocasiona en la sociedad moderna la desaparición del obrero que trabaja por su cuenta y su transformación en obrero asalariado, explotado por el dueño de los medios de producción, es decir, por el capitalista.

«La propiedad privada basada sobre el trabajo personal, esta propiedad que suelda, por decirlo así, al trabajador aislado autónomo a las condiciones exteriores del trabajo, es suplantada por la propiedad privada capitalista fundada sobre la explotación del trabajo ajeno, sobre el asalariado.

»Cuando este movimiento de transformación haya descompuesto de arriba abajo la vieja sociedad; cuando los productores se hayan transformado en proletarios y sus medios de trabajo en capital; en fin, cuando el régimen capitalista se sostenga por la única fuerza económica de las cosas, entonces la socialización futura del trabajo, así como la transformación progresiva del suelo y de los otros medios de producción en instrumentos socialmente explotados, comunes, en una palabra, la eliminación futura de las propiedades privadas revestirá una nueva forma. A quien hay que expropiar ahora no es al trabajador independiente, sino al capitalista, al jefe de un ejército o un escuadrón de asalariados.

»Esta expropiación se verifica por la acción de las leyes de la misma producción capitalista, las cuales conducen a la concentración de los capitales. Al mismo tiempo que la centralización, expropiación de un mayor número de capitalistas por otro menor, se desarrollan, siempre en mayor escala, la aplicación de la ciencia a la técnica, la explotación de la tierra con método y conjunto, la transformación del útil en instrumentos poderosos, servibles solamente para el uso común, y por consecuencia, la economía de los medios de producción, las relaciones de todos los pueblos sobre el mercado universal, de donde viene el carácter internacional impreso al régimen capitalista.

»A medida que disminuye el número de los potentados del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas

de este período de evolución social, aumentan la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación, pero también la resistencia de la clase obrera siempre creciente y cada vez más disciplinada, unida y organizada por el mecanismo de la producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en un estorbo para el modo de producción que ha crecido y prosperado con él y gracias a él. La socialización del trabajo y la centralización de sus resortes materiales llegan a un punto en que no pueden resistir ya su envoltura capitalista. Esta envoltura va a romperse. La hora de la propiedad capitalista ha sonado. Los expropiadores serán expropiados a su vez.» (*El Capital*, I, 2.ª edición, págs. 792-793.)

Esta es la forma clásica de la famosa *leyenda devoradora* de Marx que Bernstein se ha propuesto destruir. Evidentemente es preciso saber comprender esta descripción lapidaria de una evolución que tarda siglos en realizarse; hay que ver en ella cierto rebuscamiento espiritual, sobre todo cuando Marx habla en sentido figurado. La envoltura que se rompe, la hora del capitalismo que suena, la expropiación de los expropiadores deben considerarse como hechos de la evolución histórica que se han de producir inevitablemente, pero cuyo carácter e inminencia es imposible determinar de antemano.

Vamos a demostrar, ante todo, que la exactitud de la teoría marxista no depende ni de la mayor o menor probabilidad de catástrofes, ni de la rapidez de la evolución, sino únicamente de la dirección que toma. Si hay marxistas que esperan catástrofes políticas y sociales, esto no es una consecuencia necesaria de su teoría, sino una deducción sacada de situaciones políticas y sociales determinadas. Si la *leyenda devoradora* significa que es inevitable una expropiación inmediata y general de todos los capitalistas, yo la sacrificaría voluntariamente. Pero tampoco puedo garantir que la evolución se haga poco a poco y metódicamente. Es más importante el saber si la concentración del capital verdaderamente se efectúa o no. Es difícil averiguar lo que Bernstein piensa sobre esta cuestión. ¿Es cierto que la concentración y todos los fenómenos que la acompañan se producen

en las condiciones indicadas por Marx? Bernstein responde a esta pregunta: «Sí y no. Lo expuesto es exacto sobre todo en su tendencia. Los elementos mencionados están ahí y obran en la dirección indicada. Si la imagen no responde a la realidad, no es porque lo dicho sea erróneo, sino porque lo dicho es incompleto. Factores cuya acción sobre las contradicciones señaladas es limitativa, son completamente olvidadas por Marx o tratadas ocasionalmente tan sólo. Resumiendo y poniendo de relieve el antagonismo recíproco entre los hechos comprobados, Marx no hace ninguna alusión a estos factores limitativos, de modo que la influencia social de los antagonismos parece más seria e inmediata de lo que es realmente».

De dos modos puede entenderse esto. Es evidente que la teoría debe despreciar todos los fenómenos que puedan obscurecerla, si quiere poder estudiar las leyes fundamentales de estos fenómenos. El que olvida esta regla y exige que la teoría concuerde en todo con los fenómenos superficiales, verá que, entendida así, da a las cosas un relieve que no tienen en la realidad. Pero el que quiera remediar el mal y hacer entrar en la teoría todos los elementos de la realidad superficial, se verá siempre abrumado por la abundancia de fenómenos, perderá el hilo conductor, se confundirá y no conseguirá una visión clara de las cosas.

Ya he dicho que es preciso saber comprender el espíritu de la teoría de Marx. Si las observaciones de Bernstein no quisieran decir otra cosa, no habría nada que añadir, sino que son evidentes y que pueden aplicarse a cualquier teoría. Pero la idea de Bernstein probablemente es muy distinta. Admite que la teoría de Marx omite no sólo discordancias superficiales, sino tendencias fundamentales, que destruyen más o menos los efectos de las tendencias por ella descritas. En la evolución social, las tendencias descritas por Marx no siempre triunfan, a despecho de todas las oposiciones. Pero no vemos claramente si en el pensamiento de Bernstein estas tendencias opuestas dificultan la evolución o cambian su rumbo.

Bernstein declara que los antagonismos sociales eran más violentos en la opinión de Marx que en la realidad. Pero

aquí no se trata de la violencia de estos antagonismos; no necesitamos una teoría para esto. Esta teoría debe enseñarnos sobre cuál evolución de los antagonismos sociales podemos contar, si aumentan o si disminuyen.

Planteando así la cuestión, no basta responder señalando las exageraciones de la teoría marxista. Cuando pregunto si un barco se dirige hacia el Este o hacia el Oeste, no adelanto gran cosa, si me responden que sería una exageración afirmar que se dirige hacia el Este, y que hay grandes probabilidades para creer que va hacia el Oeste.

Tales son las respuestas de Bernstein. Admite que las empresas se centralizan en el modo de producción capitalista, tal como Marx lo ha expuesto. Pero las fortunas —dice— no se centralizan. «En la Democracia Social, predomina la opinión de que la concentración de las fortunas va a la par de la concentración de las empresas industriales. No hay tal cosa.»

Esto es reconocer que la concentración de las empresas es un hecho real en el modo de producción capitalista. Es esto lo que dice Bernstein al principio de sus investigaciones sobre la concentración. Pero añade al terminar:

> Si, pues, los cuadros estadísticos de las rentas, en los países industriales avanzados, revelan en cierto grado la instabilidad y con ella la inconstancia y el carácter precario del capital en la sociedad moderna; si las rentas y las fortunas que suponen son, en proporciones siempre crecientes, riquezas sobre el papel, que el viento puede barrer con gran facilidad, no es menos cierto que estas categorías de rentas no constituyen una contradicción de principio con la jerarquía de las unidades económicas en la industria, el comercio y la agricultura. La escala de las rentas y la escala de las empresas revelan en su gradación un paralelismo bastante bien caracterizado, sobre todo en lo que se refiere a los términos medios.

Ha comenzado por negar que exista un paralelismo entre la escala de explotación y la escala de la renta (la que asimila a la escala de las fortunas), y acaba por reconocerla. ¿Cuál es su opinión verdadera? ¿La de la página 80 o la de la página 114? ¿Hay o no una concentración de las empre-

sas? Verdaderamente es una pretensión marxista exagerada la de reclamar una respuesta distinta de *sí* y *no*.

No es fácil juzgar una opinión tan flotante como la de Bernstein en este caso. Pero no podemos elegir. Debemos dar nuestro parecer porque su frases son interpretadas y explotadas por nuestros adversarios como una bancarrota, no sólo del marxismo, sino del Socialismo en general. Es, pues, absolutamente necesario examinar los hechos sobre los cuales se apoya Bernstein. Este toma sus principales argumentos del censo de profesiones en Alemania. Añade, es verdad, muchas cifras de Inglaterra, de Francia, de Austria, de Suiza, de los Estados Unidos, pero estas cifras no nos dicen nada sobre la *dirección* de la evolución, porque son tan sólo las cifras de un censo y no de varios censos sucesivos. Solamente probarían algo si la concepción materialista de la Historia tuviera verdaderamente el carácter mecánico que sus adversarios le atribuyen de tan buena gana. Si esta concepción creyera verdaderamente en el advenimiento progresivo y natural del Socialismo, en el sentido de que toda la pequeña explotación será absorbida por el desarrollo capitalista, por medio de la concentración del capital, y que el organismo de la producción socialista se constituirá de tal modo que el proletariado no tendrá más que conquistar el Poder político y acostarse en la cama preparada para el capitalismo, si fuera ésta la concepción marxista de la evolución hacia el Socialismo, las cifras absolutas, aisladas, aportadas por Bernstein, podrían tener alguna importancia, porque estas cifras probarían que la pequeña explotación está lejos de desaparecer por completo y que, por consecuencia, aún está lejos el reinado del Socialismo.

Ya hemos declarado varias veces que no es ésta la doctrina marxista. Pero bueno es comprobarlo una vez más, puesto que uno de los méritos del folleto de Bernstein consiste en haber contribuido a la propagación de esta falsa concepción del marxismo.

La decadencia de la producción individual, que era antiguamente la forma dominante de producción, engendra los proletarios, los asalariados. Cuanto más se desarrolla la producción capitalista sobre las ruinas de los pequeños oficios,

menos probabilidades tiene el asalariado de libertarse como productor aislado, de la explotación y de la servidumbre capitalista; pero aspira más a la supresión de la propiedad privada. Con el proletariado nacen natural y necesariamente tendencias socialistas en los proletarios, así como en los que abrazan el partido de los proletarios, y que aspiran a su independencia, es decir, a su libertad e igualdad.

Pero esto no explica más que el génesis de las aspiraciones socialistas, y no dice nada todavía de sus perspectivas. La concentración del capital las mejora cada vez más. Cuanto más progresa, más crece y se organiza el proletariado, según hemos visto, pero cuanto más se debilita, desanima y empobrece la masa de los que tienen algún interés en la propiedad privada de los medios de producción, es decir, de los emprendedores independientes, más disminuye el interés que éstos tiene en el mantenimiento de esta propiedad y más favorece las condiciones de desarrollo de la producción socialista. La producción privada de los artesanos y labradores sólo puede prosperar si existe la propiedad privada de los medios de producción. La experiencia demuestra que allí donde los socialistas han fundado colonias comunistas basadas sobre la producción de los artesanos y de los labradores, la necesidad irresistible de llegar a la propiedad privada de los medios de producción prevalecía, tarde o temprano, sobre el entusiasmo socialista que había creado la colonia, cuando influencias externas no contribuían a estrechar los lazos de la asociación comunista, por ejemplo, la vida de los colonos en medio de un pueblo hostil, de lengua y religión diferentes. Debe ocurrir todo lo contrario, cuando la producción aislada no es la regla, sino la excepción; cuando las condiciones económicas hacen cada vez más general y ventajosa la producción colectiva, y contribuyen a modificar cada vez más los sentimientos y las ideas de las clases obreras en el sentido de la cooperación social. Una organización social se hace entonces imposible, sin que sea necesario hacer intervenir el entusiamo que fue siempre propio de caracteres excepcionales y que a la larga no resiste las miserias de la vida jornalera.

Estos son los elementos que, según la teoría de Marx, de-

ben engendrar el Socialismo. La concentración del capital suscita el problema histórico de la introducción de un modo de producción socialista en la sociedad. Ella produce las fuerzas necesarias para la solución del problema, es decir, los proletarios, y crea el medio de resolverlo; a saber: la cooperación en gran escala, pero no resuelve ella misma el problema. Esta solución sólo puede salir de la lucha del proletariado, de su fuerza de voluntad y del sentimiento que de sus deberes tiene.

Pero si es así, las cifras aisladas que demuestran el número considerable que hay todavía de pequeñas explotaciones, no tienen la menor importancia para nuestro estudio. No nos dice absolutamente nada de la dirección de la evolución, y no podemos descubrir en ellas el momento en que nuestra sociedad estará madura para el Socialismo. Este momento depende de un número inmenso de elementos imponderables que nadie puede calcular, cuyos motivos económicos pueden muy bien comprobarse *a posteriori;* pero cuya fuerza no se puede determinar *a priori.* Aún no hemos llegado a poder reemplazar las luchas de clases por estadísticas. Debemos luchar; ninguna estadística del mundo podrá enseñarnos si estamos más o menos cerca del triunfo, y si estará pronto en nuestra mano aprovecharnos seriamente de la victoria. Sin duda nuestras probabilidades de éxito dependen de la concentración del capital, pero sería infantil pretender fijar en qué momento su desarrollo hará posible nuestra victoria.

Es verdad que Bernstein dice:

Por lo mismo que la centralización de las empresas es la condición primordial de la socialización de la producción y de la distribución, no es hasta ahora, incluso en los países más avanzados de Europa, sino una realidad parcial, de suerte que si en Alemania quisiera el Estado, en un próximo porvenir, expropiar todas las empresas que ocupan a veinte o más personas, sea con un fin de entera y directa explotación, sea para arrendarlas en parte, aún quedarían en el comercio y en la industria cientos de miles de empresas con más de cuatro millones de asalariados, que continuarían siendo conducidos por *particulares.* Sin

hablar de la agricultura, «se podrá formar una idea del alcance de la misión que el Estado o los Estados emprenderían al expropiar todas estas empresas, pensando que se trata, en la industria y el comercio, de *más de cien mil empresas* con cinco millones de empleados». Y concluye: «Atengámonos provisionalmente al hecho de que para la socialización de la producción y la distribución sólo se ha cumplido una parte de la condición material primordial: la centralización avanzada de las empresas».

En el primer capítulo de su obra, sostiene Bernstein que la evolución social de la humanidad debe referirse, en último término, al desarrollo de la producción. Declara en seguida que es inútil e imposible probar «la necesidad económica inmanente del Socialismo»; ¡y ahora lo coloca en la más estrecha y directa dependencia de las condiciones económicas! Vedle: de pronto, pretende que sólo será posible dirigir el desarrollo de la propiedad hacia el Socialismo cuando el empleo de los medios de producción sea socializado en todos los dominos. Porque sólo se trata de un cambio de dirección en la evolución de la propiedad, y no de socializar de un solo golpe *en una larga sesión nocturna*, como dice en broma y con razón Víctor Adler,[11] todas las explotaciones de más de veinte personas, como podría creerse leyendo a Bernstein. Observemos, de paso también, que las *más de cien mil* (en la edición alemana hablaba de *varios cientos de miles*) explotaciones industriales y comerciales que ocupan más de veinte personas, que Bernstein nos presenta para asustarnos, se reducen exactamente a 49.956. Es preciso que renunciemos a descubrir en las estadísticas la fecha del advenimiento del Estado futuro.

De todas las cifras que cita Bernstein no quedan más que las de los censos de las profesiones y explotaciones de Alemania. Tienen, ciertamente, su elocuencia; no nos dicen la distancia que nos separa del Socialismo, sino si marchamos en la dirección que según los pronósticos, de Marx, conduce al Socialismo.

11. Victor Adler (1852-1918): Dirigente de la socialdemocracia austríaca.

Si quisiéramos limitarnos a refutar a Bernstein podríamos facilitarnos la tarea. No bastaría dejarle hablar. Hace algunos años (noviembre de 1896) publicaba un artículo sobre «el estado actual del desarrollo industrial en Alemania» en su serie de artículos sobre «los problemas del Socialismo», artículos que le fueron funestos y cuyo resultado fue hacer problemático su propio Socialismo. (*Neue Zeit*, XV, I.) Escribe así:

Todo hombre competente reconoce que en la actualidad el signo característico del desarrollo de la industria en Alemania es el tránsito de lo pequeño a lo grande, del oficio del artesano a la fábrica del industrial, de las grandes fábricas a las explotaciones gigantescas. Las cifras de la estadística de las industrias y profesiones recientemente publicada en el Imperio alemán, no permiten poner este hecho en duda. Comparado con la última estadística hecha en 1882, el grupo B de las profesiones registradas (industrias, minas, fábricas, construcción) indica en 1895, para un aumento de 14,48 por ciento en la cifra de la población, los cambios siguientes:

	1882	1895	Aumento (+) Disminución (—)	
			Absoluta	Por 100
Patronos	1.861.502	1.774.481	— 87.021	— 4,68
Artesanos por su cuenta	339.644	287.389	— 52.255	— 15,39
Personal de vigilancia, industrial, empleados de comercio	99.076	263.747	+ 164.671	+ 166,21
Oficiales, aprendices	4.096.243	5.955.613	+ 1.859.370	+ 45,39
TOTAL	6.396.465	8.281.230	+ 1.884.765	+ 29,47

Las cifras hablan por sí mismas. Si en 1882 se contaba dos empleados por tres trabajadores, en 1895 la proporción era de 3

por 4; la importancia de esta transformación salta a la vista.

Sin embargo, estas cifras no aparecen en toda su gravedad a los ojos de los profanos.

Esta proporción de tres empleados asalariados por un industrial no asalariado en todo el país, aún permite suponer que la gran industria está todavía muy aventajada por la pequeña (oficios y pequeñas fábricas), y que se ha extendido considerablemente, pero que aún está lejos de ser la reina. Si, en trece años, y a pesar de los progresos gigantescos realizados durante este tiempo desde el punto de vista técnico, el número de los no asalariados de la industria sólo ha disminuido en 140.276, es decir, en menos del 6 por ciento, parece que la desaparición de los oficios y de la pequeña industria está todavía lejos de ocurrir y que los oficios tienen aún, hasta fuera del trabajo artístico, un vasto dominio.

Lo que aquí designa Bernstein como un hecho aparente, que podría inducir a error a las personas no competentes, se ha convertido para él, en el espacio de dos años, en una realidad, acerca de la cual sólo pueden engañarse los locos que juran ciegamente por las palabras del maestro.

Según esto, en 1896, Bernstein era uno de esos locos, y su vista penetrante sabía descubrir la realidad oculta bajo las cifras. Continúa diciendo:

Sin embargo, estas cifras groseras están lejos de expresar la relación real entre la grande y la pequeña industria. Sólo muestran el agrupamiento exterior de la fracción de la población ocupada, en el sentido estricto del vocablo, en la industria; son mudas con respecto a todos los hechos que nos son necesarios para conocer las relaciones íntimas de la producción, extensión, carácter, etc.... Para instruirnos sobre este punto, necesitamos, no sólo los datos que nos dará la estadística de las profesiones sobre la distribución en grupos de explotaciones de cada una de las ramas de producción, sino los datos análogos sobre la situación de cada explotación en particular en su grupo de producción, sobre la relación de los resultados de la producción entre ellos y otras cuestiones de detalle, de las que no habla en general la estadística de las profesiones.

Trata entonces de valuar «el verdadero estado de las cosas» basándose sobre los datos del libro de Sinzheimer «acer-

ca de los límites del desarro:o de las grandes fábricas de Alemania», y llega a este resultado:

Teniendo en cuenta las mudanzas importantes en la distribución de los trabajadores, según las clases de empresas, mudanzas mostradas por la estadística industrial más reciente, teniendo en cuenta además el hecho innegado e innegable de que donde más ha aumentado la fuerza productiva del trabajo es en las grandes explotaciones, podrá afirmarse, sin temor a exageración, que si en 1882 quedaba a las grandes fábricas un mínimum de 47 a 54 por ciento de la producción industrial total, su parte actual no puede ser inferior a 60 ó 70 por ciento de la producción total.

Los dos tercios, si no los tres cuartos de la producción industrial de Alemania, pertenecen a las grandes fábricas, a la gran explotación colectivista. Una multitud de circunstancias nos ocultan este hecho; una gran parte de los productos de la grande industria no están fabricados más que a medias, otros varios nos son entregados por personas, que sólo aparentemente han contribuido a su fabricación, y que en realidad no son más que intermediarios y mercaderes. Pero parece imposible comprobar la existencia de esto. Las explotaciones colectivistas, que contribuyen en tan gran parte a la producción nacional, ¿están ya en sazón, en general, para sustraerlas a la iniciativa privada? Esta es otra cuestión.

Sólo puede encontrar su solución en el triunfo del colectivismo y no en las investigaciones estadísticas. Podemos, pues, despreciarla. Pero observaremos que el mismo Bernstein ha llegado recientemente al resultado de que las grandes fábricas que en 1882 no suministraban más que la mitad de la producción nacional, producían trece años más tarde los dos tercios, si no los tres cuartos. Si no se llama a esto una rápida concentración del capital, una evolución que marcha a pasos de gigante hacia la producción socialista y colectivista, es porque se aplica a los procesos históricos una medida singular.

La comparación de las cantidades de productos hace ver más claramente los progresos de la gran explotación, que la comparación del número de las explotaciones de las dife-

rentes categorías de magnitud y de los obreros por ellas ocupados.

Pero también son innegables los progresos de la gran explotación. Se incluían en la industria, la manufactura, el comercio, el tráfico, la horticultura, la piscicultura, etc.

Explotaciones		1882	1895	Aumento por 100
con 1-5	personas	2.882.768	2.934.723	1,8
6-10	—	68.763	113.547	65,1
11-50	—	43.952	77.752	76,9
51-200	—	8.095	15.624	93,0
201-1000	—	1.752	3.076	75,6
más de 1000	—	127	225	100,8
TOTAL		3.005.457	3.144.947	4,6

Mientras que el aumento total de las explotaciones era de 4,6 %, las pequeñas explotaciones sólo aumentaron en 1,8 % y las grandes explotaciones en 100 %. El número absoluto de las primeras aumentaba, es verdad, pero su número relativo disminuía.

El reparto proporcional de las explotaciones era por 100:

EXPLOTACIONES		1882	1895
con 1-5	personas	95,9	93,3
6-10	—	2,3	3,6
11-50	—	1,5	2,5
51-200	—	0,3	0,5
201-1000	—	0,0	0,1
más de 1000	—	0,0	0,0

La proporción de las pequeñas explotaciones en el total de las explotaciones ha bajado, pues, de 96 % a 93 %, en números redondos.

Es cierto que el tanto % de las pequeñas explotaciones es todavía enorme. Pero las cosas cambian si consideramos el número de las personas empleadas.

Número de las personas empleadas en las

Explotaciones		1882	1895	Aumento por 100
de 1-5	personas	4.335.822	4.770.669	10,0
6-10	—	500.097	833.409	66,6
11-50	—	891.628	1.620.848	81,8
51-200	—	742.688	1.439.776	93,9
201-1000	—	657.399	1.155.836	75,8
más de 1000	—	213.160	448.731	110,5
TOTAL		7.340.794	10.269.269	39,9

El número de las personas empleadas en el total de las industrias aumentaba en 40 %, en las pequeñas explotaciones sólo en 10 % y en las grandes explotaciones en 110 %. Encontramos, pues, aquí una considerable *disminución relativa* del personal de las pequeñas explotaciones.

Proporción por 100 de las personas empleadas:

Explotaciones		1892	1895
de 1,5	personas	59,0	46,5
6-10	—	6,8	8,1
11-50	—	12,2	15,8
51-200	—	10,1	14,0
201-1000	—	9,0	11,2
más de 1000	—	2,9	4,4

Las pequeñas explotaciones que aún comprendían en 1882 cerca de dos tercios de la población industrial, contaban en 1895 con menos de la mitad.

Pero estas cifras dan una idea todavía incompleta de las separaciones de los trabajadores, determinadas por la disminución relativa de la pequeña explotación.

El trabajo de las mujeres y de los niños es una invención del gran capitalismo, pero actualmente es explotada en mayor escala por las pequeñas empresas en decadencia, que tratan de sostenerse a flote estrujando a seres sin madurez e incapaces de resistencia.

Desgraciadamente, es imposible establecer, y hasta qué punto, si el trabajo de las mujeres ha aumentado en el seno de cada categoría de magnitud de las explotaciones, porque el censo de 1895 ha sido hecho en este particular sobre otras bases que el de 1882. Pero las cifras absolutas hablan con bastante claridad. El número de los asalariados de la industria se elevaba, en 1895, a 6.871.504, comprendiendo 5.237.897 hombres y 1.623.607 mujeres; en 1882, por el contrario, se contaban en total 4.125.052 personas, de las cuales 3.433.689 eran hombres y 792.363 mujeres. El número total había aumentado en 62,6 %, el de los hombres en 52,8 % y el de las mujeres en 104,9 %.

En 1895 se contaban:

	Hombres		Mujeres		Total
Explotaciones sin asalariado: . . .	1.125.125	66 %	589.226	34 %	1.714.351
Explotaciones con:					
1-5 asalariados . .	1.354.598	68 %	636.646	32 %	1.991.244
6-20 asalariados . .	967.578	79 %	256.428	21 %	1.224.006
Más de 20 asalariados	2.925.721	80 %	730.533	20 %	3.656.254

Ya se ve cuánto prevalece el trabajo de las mujeres en las pequeñas explotaciones. Se comprende, pues, fácilmente, que si las personas ocupadas en las pequeñas explotaciones constituyen el 46,5 % del total de los obreros industriales, los hombres empleados en estas pequeñas explotaciones no forman en realidad más que el 43,4 % de la población obrera masculina total.

El número de niños es también mayor en las pequeñas explotaciones que en las grandes. Desgraciadamente, tampoco aquí puede establecerse una comparación entre 1882 y 1895.

Entre los 6.871.504 obreros que tenía la industria en 1895, no había menos de 603.150 niños; por consiguiente, 8,8 %. Si se descuentan, como lo hace en su informe la Oficina de estadística imperial, las mujeres de los propietarios de ex-

plotación del número de los obreros, quedan 6.474.727 obreros, y, por consiguiente, 9,1 % de niños.

Proporción por 100 de los niños en las grandes explotaciones:

Explotaciones que cuentan con	1-5 personas . .	15,2
— —	6-20 » . .	10,2
— —	más de 20 » . .	5,9

Los obreros masculinos adultos forman, pues, una fracción mucho más pequeña de la clase obrera en la pequeña industria que en la grande. Esta proporción varía, pues, en el seno de los elementos del proletariado que desempeñan un papel político y social preponderante, en provecho de los trabajadores de la gran industria, y esto mucho más de lo que las *cifras groseras* del total de los trabajadores, en el seno de cada una de las explotaciones en particular, permiten reconocerlo.

Considerando separadamente las diferentes ramas de la industria, se ve también que la concentración del capital progresa aún más de prisa de lo que las cifras groseras de la estadística industrial permiten apreciar al primer golpe de vista.

Observemos, ante todo, que la concentración del capital no se produce con la misma progresión en todas las ramas de la industria. La gran explotación acapara sucesivamente estas diversas ramas, y suplanta a la pequeña explotación, sin arrojar, por esto, de las filas del proletariado a todos los pequeños emprendedores de esta explotación.

Expulsados de una industria, buscan otra nueva, venden, por ejemplo, un producto, después de haberlo fabricado, y de industriales se convierten en intermediarios. El *dominio* de la pequeña explotación se reduce así cada vez más, sin que disminuya el *número* absoluto de las pequeñas explotaciones. La progresión de la gran explotación se manifiesta, por un lado, por un aumento excesivo de las pequeñas explotaciones; por otro lado, si la competencia de las grandes explotaciones conduce a la desaparición de las pequeñas, determina además su propia ruina, haciéndose la com-

petencia entre ellas. De este modo van cayendo cada vez más en la dependencia del capital, son impelidas a especializarse cada vez más y preparan así el terreno a la gran explotación, que, tarde o temprano, hace también su aparición en este dominio.

Consignemos, ante todo, el hecho importante de que la concentración de las explotaciones en la industria está mucho más avanzada que en el comercio y el tráfico, si se toma por base el número de los obreros empleados, base que ciertamente presenta algunos inconvenientes, porque en el comercio una empresa que ocupa 10-20 personas puede ser ya una gran explotación, mientras que en la industria semejantes empresas no pasan de la categoría de pequeña explotación. Pero no disponemos de otras cifras.

Por cien personas empleadas, teníamos en 1895:

	En explotaciones que ocupan		
	1-5 personas	6-50 personas	Más de 50 personas
Manufacturas, minas, construcción	39,9	23,8	36,3
Comercio, tráfico, hoteles . .	69,7	24,3	6,0

Las rúbricas: *pequeñas explotaciones* para las industrias que ocupan de 1-5 personas; *explotaciones medianas* para las que emplean de 6 a 50 personas, sólo están permitidas en la industria; en el comercio, una casa que ocupa cinco personas puede constituir una mediana explotación, y una casa que ocupa 50 personas representará siempre una *grande explotación.*

Pero en la industria, las pequeñas explotaciones no comprenden más que el 40 % de las personas empleadas. En 1882 aún ocupaban el 55 %. La decadencia de la pequeña explotación es mucho más rápida en la industria que en el comercio.

Cuadro del aumento (+) y de la disminución (—) de las personas ocupadas desde 1882 a 1895:

	Explotaciones que ocupan		
	1-5 personas	6-50 personas	Más de 50 personas
Industria	— 2,4 %	+71,5 %	+ 87,2 %
Comercio	+48,9 %	+94,1 %	+137,8 %

Encontramos, pues, en la industria una disminución absoluta del número de personas empleadas por la pequeña explotación. La disminución de las mismas pequeñas explotaciones es aún más grande. No era menor del 8,6 %. Mientras que las pequeñas explotaciones, en general, aumentaban en 51.955, disminuían en 185.297 en la industria en particular.

Entremos en detalles. La pequeña explotación disminuye y la grande aumenta sobre todo en las siguientes ramas industriales.

Cuadro del reparto proporcional de las personas ocupadas en estas diferentes ramas por 100:

Ramas industriales	En explotaciones que ocupan		
	1-5 personas	6-50 personas	Más de 50 personas
Minas	0,7	0,4	95,3
Productos químicos	15,7	22,6	61,7
Industria textil	26,0	14,8	59,2
Construcción de máquinas e instrumentos	22,1	18,9	59,0
Fabricación de papel	17,7	31,5	50,8
Materiales de construcción y terraplenes	12,8	42,5	44,7
Alumbrado	15,2	45,1	39,7

Por el contrario, el dominio de la pequeña explotación aún comprende las ramas siguientes, en las cuales la proporción por 100 de las personas empleadas es la siguiente:

Ramas industriales	Para explotaciones que ocupan 1-5 personas	6-50 personas	Más de 50 personas
Ganado, pesca	88,8	7,9	3,3
Industria del vestido, limlieza	80,4	13,2	6,4
Hoteles, restaurantes	74,6	24,1	1,3
Comercio	70,8	25,2	4,0
Horticultura y jardinería . .	60,2	31,5	8,3
Industrias artísticas	58,4	33,8	7,8
Trabajo en madera	57,8	29,6	12,6

Aquí aún confirmamos una progresión de la concentración del capital.

Cuadro del aumento y disminución de las personas empleadas en 1882 y 1895:

	Explotaciones que ocupan 1-5 personas	6-50 personas	Más de 50 personas
Industria del vestido, limpieza	— 0,6 %	+ 81,5 %	+162,0 %
Ganado, pesca	+ 3,7 %	+ 35,1 %	+700,9 %
Hoteles, restaurantes .	+70,2 %	+138,7 %	+429,7 %
Comercio	+74,4 %	+ 89,5 %	+177,6 %
Horticultura y jardinería	+65,0 %	+141,6 %	+ 48,8 %
Industrias artísticas .	+ 4,2 %	+ 66,9 %	+576,1 %
Trabajo en madera . .	— 3,1 %	+118,6 %	+138,7 %
Industrias en general .	+10,0 %	+ 76,3 %	+ 86,2 %

De modo que la gran explotación progresa en todo, menos en la horticultura, mucho más que la pequeña explotación. Si no tenemos en cuenta la horticultura, insignificante

desde el punto de vista del personal que emplea, no quedan, en las industrias que desempeñan un papel importante, más que dos ramas cuyo personal aumenta más aprisa que la población: la de los fondistas y la de los pequeños comerciantes.

En la rúbrica *comercio,* dice el informe de la Oficina de estadística imperial sobre el censo industrial de 1895, están comprendidos los numerosos pequeños comerciantes, tenderos, vendedores de comestible, vendedores de líquidos, que tan gran importancia dan aquí a la pequeña explotación.

Cuadro de los empleados de comercio de mercaderías comprendiendo todos los oficios citados:

TOTAL	1.105.423
Explotaciones que ocupan 1 persona . .	317.460
— — 2 personas . .	215.730
— — 3-5 » . .	276.085
Total para las pequeñas explotaciones en general	809.275

La gran representación de las pequeñas explotaciones comprendidas en la rúbrica *Hoteles, restaurantes,* proviene del número considerable de posaderos, fondistas y alquiladores de cuartos, etc... Se descomponen así:

NÚMERO TOTAL	579.958
Posaderos sin asalariados, alquiladores de cuartos .	99.407
Casas que ocupan 2 personas	122.194
— — 3-5 »	211.175
Total de las pequeñas explotaciones	432.776

Si observamos además que las ramas industriales, que en la industria del vestido y de la limpieza determinan la preponderancia de las pequeñas explotaciones, son la costura, los oficios de sastre, peluquero, planchador, tendremos los elementos de esos números que Bernstein dirige contra la teoría de Marx.

Marx hace en *El Capital* la siguiente observación: el señor profesor Roscher pretende haber descubierto que una costurera, empleada durante dos días por su mujer, hace más labor que dos costureras empleadas por su mujer en un mismo día. Que el señor profesor evite hacer observaciones sobre el proceso de la producción capitalista en la nutrición de niños y en las condiciones en que falta el principal factor, es decir, el capitalista.

Para perfeccionar el marxismo y darle un carácter científico, Bernstein asocia a la nutrición de niños el puesto ambulante del barbero y el fumadero (1). La concentración del capital aún deja, sin embargo, algo que desear. Recordemos las pruebas que da para demostrar que las condiciones para el desarrollo del Socialismo no existen todavía en Alemania, porque aún quedan en el comercio y en la industria cientos de miles de empresas que ocupan más de cuatro millones de obreros, que sería necesario dejar a la explotación privada. Ahora ya sabemos en qué consiste la mayoría de estas *empresas*. El Socialismo se declara vencido ante la imposibilidad de socializar a las fruteras, mesoneras, costureras, planchadoras, etc.

Estos elementos forman, para Bernstein, la muralla más sólida de la propiedad capitalista, en ellos hay que estudiar las leyes del desarrollo del capitalismo, y no en las minas, fundiciones, fábricas de hilados y tejidos, de máquinas, etc.

El total de las pequeñas explotaciones aumentaba, desde 1882 a 1895, en 51.955. Por el contrario, su número era el siguiente en los diferentes grupos:

	1882	1895	Aumento
Hoteles, restaurante . .	163.991	220.665	56.664
Comercio	434.785	603.209	168.424
TOTAL	598.776	823.864	225.088

(1) En España no es corriente denominar de esta forma, *fumadero*, el local donde se reúnen individuos para fumar, beber y charlar; de todos modos, preferimos dejar así la palabra, mejor que emplear cualquiera otra menos apropiada. El fumadero, aun cuando en él se bebe, no es una taberna ni un café. (*N. del T.*)

Si se sustraen estos dos grupos de la industria en general, encontraremos, en lugar de un aumento de 51.955 para las pequeñas explotaciones, una disminución de 175.133.

El personal de las pequeñas explotaciones se elevaba, en los dos grupos citados, a las cifras siguientes:

	1882	1895	Aumento
Comercio	641.696	943.545	301.849
Albergues	244.297	432.776	188.479
TOTAL	885.993	1.376.321	490.328

El personal de todas las pequeñas explotaciones aumentaba en el mismo tiempo en 434.847. Si, por el contrario, quitamos los dos grupos citados, obtendremos, en lugar de aumento, una disminuición de 55.481 para la pequeña explotación, y esta disminución coincide con un aumento de la población y un aumento aún mayor del total del personal industrial.

Pero el aumento de las pequeñas explotaciones en el pequeño comercio, los hoteles y restaurantes, no es un signo de la vitalidad de la pequeña industria, sino un resultado de su desagregación. Las tiendecillas, los mesones y cuartos de alquiler, etc., son en gran parte el refugio de gentes necesitadas, y destinadas a utilizar el trabajo de la mujer junto al salario del marido.

En todos los casos, estos oficios tienen un carácter proletario. Por otra parte, dependen cada vez más de la clientela proletaria, porque la burguesía que puede pagar lleva su clientela a las casas más importantes. De este modo, los posaderos y pequeños comerciantes se hacen cada vez más proletarios en sus sentimientos y opiniones. Si antiguamente el proletariado tenía las ideas de la pequeña burguesía, en la actualidad va sucediendo lo contrario.

Contribuye a ello otro motivo precisamente en las ramas industriales, en que aún domina la pequeña explotación, motivo del que no hablan las estadísticas. Estas no señalan más que la concentración industrial desde el punto de vista técnico, y no desde el punto de vista económico.

Y aun la concentración técnica sólo la designan incom-

pletamente, porque en el censo industrial, cuentan las ramas industriales como explotaciones especiales allí donde se reúnen en una misma explotación diversos oficios. De igual modo las filiales y sucursales han sido consideradas como explotaciones independientes. El número de las explotaciones en general es realmente más pequeño y el de las grandes explotaciones es mayor de lo que indica el censo.

Pero sin duda la concentración técnica no es más que una de las formas de la concentración económica; bien es verdad que es su forma más elevada y perfecta. Encontramos también una concentración del capital, allí donde un capitalista se apodera, desde el punto de vista económico, de empresas independientes desde el punto de vista técnico. Recordemos a este objeto las industrias domésticas. Examínese ahora la lista citada de las ramas industriales, en las que domina la pequeña explotación: se verá que son precisamente aquellas en las que las pequeñas explotaciones son menos independientes desde el punto de vista económico. Así, las industrias domésticas están muy bien representadas en la industria de la madera (ebanistería, cestería, fabricación de sombreros de paja, torneado, fabricación de juguetes), y sobre todo en las pequeñas industrias conexas de la industria del vestido y de la limpieza (confección de trajes y ropa blanca, modas, guantería, zapatería, lavado y planchado). Estas pequeñas industrias son, para la estadística, explotaciones independientes: para el economista, los que las ejercen no son propietarios de sus medios de producción, sino asalariados más oprimidos y peor retribuidos.

Algo parecido ocurre en el pequeño comercio y los restaurantes de todas clases, cuyos propietarios nominales se transforman cada vez más en agentes y en asalariados efectivos de algún gran capitalista. Los dueños de los restaurantes dependen cada vez más de los grandes fabricantes de cerveza, quienes les adelantan con frecuencia no sólo la cerveza, sino todo su material; además, los fumaderos y los restaurantes se convierten cada vez más en propiedad directa de las cervecerías. Los dueños de estos establecimientos no son más que arrendatarios instalados por los cerveceros.

Lo mismo ocurre en el comercio.

No tenemos a mano, en este momento, cifras relativas a Alemania, para comprobar este hecho por todos conocido.

Macrosty escribe desde Londres, en un artículo de la *Contemporary Review*, que los restaurantes baratos de Londres están en poder de cuatro o cinco sociedades. Sucede lo mismo en Londres con el comercio de la leche, del tabaco y de los productos farmacéuticos. Una sola sociedad posee cien almacenes de tabaco. (*Sialdemocrat* de Londres, mayo de 1899.) Bernstein no nos habla de todo esto. Se contenta con decirnos que el número de los almacenes en Londres se ha elevado desde 1875 a 1886 de 295.000 a 366.000.

Bernstein nos opone los cientos de miles de pequeñas industrias, cuya explotación deberá dejarse a la iniciativa privada, aun después de la expropiación de las grandes industrias. ¿Cuántas de las 200.000 pequeñas explotaciones del grupo (hoteles, restaurantes) dependerían efectivamente de la explotación por el Estado, si se socializaran solamente las trescientas grandes cervecerías que ocupan más de cincuenta personas que existían en Alemania en 1895? Y en los países en que está establecido el monopolio de la venta del tabaco, cualquier niño sabe que la socialización de la producción y de la venta del tabaco es compatible con la existencia de millares de almacenes de tabaco. La socialización de la producción no supone, en modo alguno, la preponderancia de la gran explotación en todos los dominios de la industria.

Aún hemos de examinar, entre las industrias en las que la pequeña explotación es todavía relativamente grande, la metalurgia, la tenería, la alimentación, la construcción, y el tráfico.

Podemos prescindir de las compañías de seguros con sus 22.000 empleados.

He aquí las cifras que les conciernen. (Ver cuadro en página 107.)

En todas estas ramas encontramos una gran disminución relativa del personal de la pequeña explotación.

En la industria de los metales, esta disminución es hasta absoluta, y corresponde, sin embargo, a una mayor disminución del número de las explotaciones.

Mientras que el número del personal de las pequeñas

explotaciones disminuía en 1,2 % (3.401), las mismas pequeñas industrias disminuían en 7,6 % (11.889). En las otras ramas citadas, la pequeña industria ha aumentado *absolutamente*, pero relativamente mucho menos que las medianas y las grandes explotaciones. En la industria de la construcción, que es considerada, sin embargo, como el refugio de los artesanos, la disminución relativa de las pequeñas explotaciones es asombrosa.

Para el tráfico, el número del personal de las pequeñas explotaciones es relativamente elevado, porque las grandes explotaciones, caminos de hierro, telégrafos, correos, no están incluidas en la estadística industrial. Además, tampoco se han tenido en cuenta las explotaciones públicas, que no son consideradas como ramas industriales, establecimientos municipales para el servicio de las aguas, limpieza, mataderos, etc.

El tráfico comprende no sólo explotaciones gigantescas, que no han sido recontadas, sino también innumerables explotaciones sin importancia desde el punto de vista económico y que apenas merecen el nombre de empresas. Entre las 3.945 empresas de pompas fúnebres, 3.674 ocupan a una sola persona, entre los 10.514 comisionistas, 10.200 lo son por cuenta propia; entre las 18.737 personas empleadas en el transporte de viajeros y en el servicio postal, 9.532 lo son por su cuenta.

¿Debemos, pues, contar al lado de las fruteras, de las hospederas y de los mancebos peluqueros a los enterradores, comisionistas y cocheros de alquiler en el ejército de los cientos de miles de pequeñas explotaciones, que, amenazadoras, cierran el camino al Socialismo?

Solamente la industria de los comestibles y de las bebidas parece ser favorable a la pequeña explotación. En todas las ramas consideradas, ella es en la que más aumentan las pequeñas explotaciones (excepción que sólo se presenta en la horticultura) y en la que la gran explotación crece con más lentitud que la explotación mediana.

De un millón de personas que comprende este grupo, 153.080 pertenecen a la fabricación de tabaco; la pequeña explotación es aquí una industria doméstica explotada por

RAMAS INDUSTRIALES		Proporción por 100 para las explotaciones que ocupan			Aumento o disminución de los obreros de 1882-1895 en explotaciones que ocupan		
		1-5 personas	6-50 personas	Más de 50 personas	1-5 personas	6-50 personas	Más de 50 personas
Metalurgia . .	1882 . .	62,8	18,7	18,5	— 1,2	+ 83,4	+131,3
	1895 . .	44,6	24,6	30,8			
Aumento y dism. relativas . .		—18,2	+ 5,9	+12,3			
Tenería	1882 . .	62,9	21,3	15,8	+ 6,2	+ 54,2	+104,5
	1895 . .	50,6	24,8	24,5			
Aumento o disminución . . .		—12,3	+ 3,6	+ 8,7			
Alimentación. .	1882 . .	60,3	19,6	20,1	+18,0	+ 67,6	+ 66,0
	1895 . .	51,9	23,9	24,2			
Aumento o disminución . . .		— 8,4	+ 4,3	+ 4,1			
Construcción. .	1882 . .	46,0	36,1	17,9	+15,3	+114,6	+264,9
	1895 . .	27,0	39,6	33,4			
Aumento o disminución . . .		—19,0	+ 3,5	+15,5			
Tráfico	1882 . .	64,1	17,3	18,6	+10,8	+ 37,6	+ 97,0
	1895 . .	54,0	18,0	28,0			
Aumento o disminución . . .		—10,1	+ 0,7	+ 9,4			

los capitalistas. Tenemos, por otra parte, la cervecería con 97.682 personas, la fabricación de azúcar con un número casi igual (95.162). Son del dominio de la gran explotación. También progresan en la molinería (110.267 personas).

Entre las ramas importantes de este grupo, sólo la panadería que cuenta con la pastelería (261.916 personas) y la carnicería (con 178.873 personas) pertenecen a la pequeña explotación independiente. Pero la misma causa que favorece la pequeña explotación en estas dos ramas industriales, es decir, el monopolio que ejercen sobre un mercado local, estrechamente limitado, presenta tantos inconvenientes, los cuales es cada vez más necesario remediar por la socialización, que ésta podrá apoderarse de estos dos dominios de la pequeña explotación, mejor que de ciertas ramas industriales en las que la gran explotación domina. El desarrollo de las cooperativas de consumo y de la política socialista municipal podría muy bien despejar rápidamente el terreno en estos dos dominios.

En la carnicería, los mataderos municipales ya han abierto el camino y socializado las funciones más importantes de esta rama. Pero aun cuando este movimiento progresivo no continuara, la evolución de la carnicería y de la panadería hacia la gran explotación no se detendría. Aquí también empieza a producirse la concentración del capital.

Estadística del personal de la panadería y de la carnicería:

		Jefes de la explotación	Asalariados	Proporción por 100 de los jefes
Panadería	1882 . .	74.283	109.047	40,5
	1895 . .	84.605	163.982	34,1
Carnicería	1882 . .	60.634	69.997	46,4
	1895 . .	69.277	107.394	39,2

Compárense todas estas cifras y se verá si Bernstein tiene razón al pretender que el cuadro que hace Marx de la con-

centración capitalista no responde a la realidad, que lo dicho es incompleto y que la extensión y el desarrollo de las grandes industrias no representan más que un aspecto de la evolución económica. Ninguna teoría ha recibido nunca una confirmación tan evidente, como la que la teoría de Marx ha encontrado en las cifras de los censos profesionales e industriales. Pero Bernstein, que ha defendido esta teoría con toda la fuerza de sus convicciones cuando no estaba fortalecida por estas cifras, comienza a dudar de su valor en el preciso momento en que mejor se manifiesta que ella es el espejo fiel de la realidad.

Pero, ¿y la agricultura? ¿No prueba la quiebra de la teoría marxista?

Evidentemente, la cosa está menos clara que en la industria. En 1864, Marx decía a los obreros en su discurso de inauguración de la Asociación Internacional de los Trabajadores: «Hojead las listas oficiales (de Inglaterra) de 1861 y veréis que el número de los propietarios territoriales en Inglaterra y en el país de Gales, que era en 1851 de 16.934, no era en 1861 más que de 15.066, de modo que la concentración de la gran propiedad ha aumentado en 11 %, en diez años. Si la reunión de toda la propiedad territorial en las manos de un pequeño número de personas debiera progresar en esta proporción, la cuestión agraria quedaría ciertamente muy simplificada».

Pero esta simplificación no debía realizarse. Una serie de hechos, producidos después de haber escrito Marx estas líneas, principalmente el desarrollo de la población agrícola de ultramar y el éxodo general de los obreros agrícolas, retardan la concentración de la propiedad territorial y la de las explotaciones agrícolas. En vez de simplificarse, la cuestión agraria se complica más y más, y hasta se convierte en la más embrollada y difícil de las cuestiones, en cuya solución debe trabajar el Partido Socialista.

Pero pensamos que se puede afirmar lo que sigue. Cualquiera que sea la evolución de las condiciones agrarias, la población de los campos influirá cada vez menos sobre la evolución social considerada en su conjunto, porque la cifra de esta población disminuye relativamente y en algunas

partes también de un modo absoluto. Este es un hecho necesario, pero en los países industriales, que fabrican para la exportación productos manufacturados que cambian por objetos de consumo y materias en bruto. Toda la evolución económica tiende a quitar sucesivamente al agricultor sus diversas funciones, para confiarlas a las manufacturas y a la gran industria. Ella arruina a la industria doméstica que proporciona al aldeano los objetos de primera necesidad; ya no hila él mismo su lino y su lana; ya no prepara su bebida con los frutos de su cosecha, etc... Más aún: lo mismo pasa con sus propios productos destinados a la venta; las industrias especiales se apoderan de ellos. La leche de sus vacas ya no es trabajada en la granja; se la llevan a las fábricas de manteca; el vino ya no envejece en la bodega del cosechero, sino en la cueva del comerciante en vinos.

La industria llega hasta fabricar o sustituir las primeras materias, que antes producía el agricultor. Sustituye las plantas tintóreas con los derivados del betún de hulla, permite economizar la uva y el lúpulo en la fabricación del vino y de la cerveza; sustituye los caballos consumidores de avena, con bicicletas y automóviles, y arados y ferrocarriles eléctricos, etc... Añadid a esto que la agricultura misma emplea los abonos artificiales, las máquinas, el drenaje y otros medios que provienen de la industria. Una parte cada vez más considerable de las fuerzas activas de la agricultura y de los productos está provista por la industria. Todo esto debe necesariamente producir una disminución en la población agrícola de las naciones modernas.

Esto sucede de tal modo en Alemania, que desde el punto de vista social general, han quedado completamente destruidos los obstáculos que se oponen a la concentración.

Así, aunque el número de los jefes de la explotación aumentase considerablemente en la agricultura, disminuía, sin embargo, de un modo notable para el total de personas que viven de su industria, primero, a consecuencia de la progresión constante de la concentración en el comercio y la industria, después por la disminución absoluta de la población agrícola. Esta aún contaba en 1882, 19.225.455 personas, de las cuales eran industriales 8.336.496; en 1895 so-

lamente 18.501.307 personas, y de ellas 8.292.692 industriales. En el mismo lapso, el total de la población se elevaba de 45.200.000 a 51.800.000, y la de los obreros industriales de 19.000.000 a 22.000.000.

CUADRO DEL REPARTO DE LAS PERSONAS QUE VIVEN DE SU INDUSTRIA EN EL IMPERIO ALEMAN. (Proporción por 100)

	Jefes de explotación		Asalariados	
	1882	1895	1882	1895
Agricultura	27,78	30,98	72,22	69,02
Industria	34,41	24,90	65,59	75,10
Comercio	44.67	36,07	55,33	63,93
TOTAL	32,03	28,94	67,97	71,06

La población agrícola formaba aún, en 1882, el 42,5 % de la población total, y en 1895 sólo el 35,7 %; el número de los obreros agrícolas formaba en 1882 el 42,4 % del total de los industriales, y en 1895 solamente el 36,2 %.

Personas que se ocupan sobre todo de los trabajos agrícolas	1882	1895	Aumento o disminución
Jefes	2.252.531	2.522.539	+ 270.008
Administradores	47.465	76.978	+ 29.513
Total de los trabajadores.	5.763.970	5.445.924	— 318.046
1.° Miembros de la familia que toman parte en el trabajo	1.934.615	1.898.867	— 35.748
2.° Criados de las granjas.	1.589.088	1.718.885	+ 127.797
3.° Jornaleros propietarios de una tierra . .	866.493	382.872	— 483.621
4.° Jornaleros no propietarios	1.373.774	1.445.300	+ 71.534
TOTAL	8.063.966	8.045.441	— 18.525

Además, las cifras que indican un aumento del número de los jefes de la explotación en la agricultura, no tienen un valor absoluto, como puede observarse examinándolas con más atención.

Llama la atención en este cuadro la enorme disminución del número de jornaleros propietarios de una tierra, que en el espacio de trece años han disminuido en más de la mitad. En realidad, la estadística del Imperio se ve obligada a reconocer que esta disminución no es, en parte al menos, más que aparente, y que proviene de que el censo de 1895 se hizo con método distinto del de 1882.

En 1882, la rúbrica A. T. comprendía los jornaleros que al mismo tiempo explotaban sus bienes. Pero la estadística no decía «si estas gentes eran ante todo jefes y sólo accesoriamente ejercían el oficio de jornaleros, o bien si eran jornaleros ante todo». En el censo de 1895, estos dos elementos fueron cuidadosamente separados; se incluye también entre los jefes un cierto número de agricultores que en 1882 estaban en las listas de jornaleros. Por eso parece demasiado pequeño el número de jefes en 1882, mientras que, por el contrario, el de los asalariados parece demasiado grande. Esto es lo que caracteriza el hecho de que en el campo la línea de demarcación entre los asalariados y los jefes no esté claramente marcada.

Hoy ya no es posible determinar hasta qué punto era pequeño el número de jefes en 1882 y grande el de los asalariados, pero las diferencias entre las cifras de la estadística y las cifras reales debían ser considerables, si se observa que desde 1882 a 1895 el número de los criados de granja y de los jornaleros no propietarios ha aumentado, mientras que el de los jornaleros propietarios marca una disminución tan enorme. Si incluimos estos últimos en 1882, como en 1895, en el número de jefes, obtendremos para 1882 la suma de 3.119.024 y para 1895 la de 2.905.411; por consecuencia, en lugar de un aumento de 270.008, hay una disminución de 213.613; en cambio, el número de los criados de granja, que no forman parte de la familia, y de los jornaleros no propietarios, se eleva en 1882 a 2.962.862 y en 1895 a 3.164.185, lo que revela un aumento de 201.323.

El número de los verdaderos proletarios ha aumentado, pues; en cambio, el número de jefes y elementos híbridos que se encuentran entre ellos y el proletariado, disminuye, sin que se pueda ver claramente si esta disminución se produce más bien a expensas de los primeros que de los segundos. En todo caso, estas cifras indican que los contrastes sociales están cada vez más marcados en la agricultura.

Pero el movimiento es más lento y los cambios de condiciones son menos importantes que en el comercio y la industria.

Si pasamos a la estadística de la explotación, comprobamos que estos cambios son imperceptibles en cada una de las divisiones por extensión y que son diferentes según el país y hasta según las regiones. La extensión de las explotaciones ha aumentado y disminuido:

En Alemania, desde 1882 a 1892:

En menos de	2 hectáreas	— 17.494	hectáreas
—	2-5 —	— 95.781	—
—	5-20 —	+ 563.477	—
—	20-100 —	— 38.333	—
En más de	100 —	+ 45.533	—

En Francia, desde 1882 a 1892:

En menos de	1 hectáreas	+ 243.420	hectáreas
—	1-5 —	— 108.434	—
—	5-10 —	— 13.140	—
—	10-40 —	— 532.243	—
En más de	40 —	+ 197.288	—

En Inglaterra, desde 1885 a 1895:

1-5	acres o 0,40-2	hectáreas	—	22.885	acres
5-20	— 2-8	—	+	10.880	—
20-50	— 8-20	—	+	40.449	—
50-100	— 20-40	—	+	138.683	—
100-300	— 40-120	—	+	217.429	—
300-500	— 120-200	—	—	127.223	—
En más de 500	— en más de 200	—	—	226.807	—

El desarrollo es, pues, completamente distinto en Francia que en Alemania y en Inglaterra. En estos dos países las explotaciones medias ganan terreno; en Francia son las pequeñas, es decir, las explotaciones proletarias y las grandes, es decir, las explotaciones capitalistas. En la misma Alemania, vemos que la gran explotación tiene una tendencia a decrecer donde antes dominaba, y a crecer donde antes era inferior.

El primer caso se presenta al Este del Elba, el segundo en la Alemania del Sur y en las provincias del Rhin.

De 100 hectáreas de terreno cultivado, las explotaciones de más de 100 hectáreas ocupaban:

	1882	1895	
Prusia Oriental	38,60	39,47	+ 0,87
Prusia Occidental	47,11	43,66	— 3,45
Brandeburgo	36,32	35,24	— 1,08
Pomerania	57,42	55,13	— 2,29
Posnania	55,37	52,19	— 3,18
Silesia	34,41	33,86	— 0,55
Mecklemburgo-Schwerin	59,89	59,95	+ 0,06
Mecklemburgo-Strelitz	60,89	60,68	— 0,21

Así es que, excepción hecha de la Prusia Oriental y del Mecklemburgo-Schwerin, hay disminución en todas partes.

Lo contrario ocurre en las demás provincias.

	1882	1895	
Hannover	6,92	7,14	+ 0,22
Wesfalia	4,77	5,30	+ 0,53
Hesse-Nassau	6,69	7,34	+ 0,65
Provincia del Rhin	2,67	3,51	+ 0,84
Baviera	2,26	2,57	+ 0,31
Wurtemberg	2,00	2,14	+ 0,14
Gran ducado de Baden	1,80	3,06	+ 1,26
Alsacia-Lorena	7,31	7,38	+ 0,07

Los demás países no muestran ningún cambio, o muestran modificaciones demasiado pequeñas para dar resultados

útiles. Observemos que encontramos + en todas las provincias del Sur y del Oeste. Allí donde domina la pequeña explotación agrícola, la gran explotación tiene una tendencia, aunque poco marcada, a aumentar. Allí donde predomina la propiedad agraria, hay, por el contrario, tendencia al fraccionamiento del territorio explotado. Pero esto no es idéntico a la disminución de la explotación. Observamos actualmente, al Este del Elba, dos tendencias; el cultivo se hace más intensivo, y, por consiguiente, más capitalista. Pero un gran número de las propiedades al Este del Elba son demasiado extensas para prestarse al cultivo intensivo.

Además, los propietarios carecen de capitales. Se procuran el dinero necesario vendiendo a pequeños agricultores los terrenos demasiado alejados del centro de la explotación.

Pero el desarrollo de los medios de comunicación, que expone a la agricultura de estas provincias a la competencia de las provincias agrícolas más avanzadas y la obliga a la explotación intensiva, le quita al mismo tiempo los elementos necesarios para esta explotación, es decir, los obreros de aquí provienen los ensayos para adherirles a la gleba concediéndoles *rentengüter* (1) y otras ventajas. A lo cual se debe la quiebra de la gran explotación, allí donde estos medios no triunfan. En uno y otro caso llegamos al fraccionamiento de la gran propiedad agraria. Precisamente el desarrollo en el sentido de la explotación capitalista moderna, es quien favorece en las provincias del Este del Elba el aumento de las pequeñas explotaciones e inicia el dominio de los grandes propietarios.

Nada indica que nos encaminemos hacia la desaparición de la gran explotación, pero tampoco nada hace prever que ella absorberá a las pequeñas explotaciones. Ninguna de estas dos categorías gana efectivamente terreno. La regresión que se produce por un lado está compensada por el progreso que se manifiesta en el otro.

Si consideramos tan sólo la estadística de extensiones territoriales de las explotaciones, parece que la agricultura

(1) Llaman *Retengüter* a las tierras adquiridas al precio de una renta en dinero o en especie.

no cambia, sino que permanece estacionada. Pero también ella realiza una evolución; cada vez se hace más tributaria de la industria.

Se ha acabado ya el ideal de la pequeña explotación independiente, y el dominio de una familia de aldeanos produciendo sin jornaleros todo lo que hace falta; esta forma de explotación aún preponderaba en Europa a principios de nuestro siglo; en nuestros días casi ha desaparecido.

En lugar de ser a la vez agricultor y artesano, el aldeano es ya sólo agricultor, y en la misma agricultura, asistimos a una especialización de los productos, que cada explotación fabrica para el mercado; el aldeano es cada vez más tributario del mercado, es decir, de la sociedad; su trabajo se convierte cada vez más en una parte del gran trabajo social, representado por la producción de las mercancías, la cual es dominada por la producción industrial.

Propietarios de explotación agrícola ocupados (por 100):

	Agricultura independiente	TRABAJO ASALARIADO			
		Agricultura	Industria	Vario	Total
Imperio alemán . .	44,96	12,90	14,23	3,96	31,09
Prusia	40,62	16,39	15,82	4,19	36,40
Baviera	64,79	5,19	6,02	2,20	13,41
Sajonia	38,79	4,63	19,34	4,56	28,53
Wurtemberg . . .	59,53	3,53	7,80	2,32	13,65
Gran ducado de Baden	59,80	3,69	10,38	3,21	17,28
Hesse	44,89	8,79	13,34	4,21	26,34
Alsacia-Lorena . .	52,35	6,51	14,59	3,46	24,56
DISTRITOS DE					
Magdeburgo . . .	25,85	22,88	20,73	5,30	48,91
Merseburgo	29,13	17,37	24,79	4,07	46,59
Erfurt	32,87	11,59	17,32	4,30	32,21
Heldesheim	26,08	14,38	22,41	7,65	44,44
Münster	44,40	5,67	20,51	3,70	29,88
Arnsberg	16,19	3,89	45,43	6,15	55,47
Dusseldorf	21,11	5,74	31,95	5,14	42,83

En el lugar del aldeano que sólo trabaja para sí y con las únicas fuerzas de la familia, aparece por un lado el aldeano, que emplea jornaleros y por otro el pequeño aldeano, cuya explotación no es más que un pormenor de menaje y que saca su renta de su oficio de jornalero en la agricultura y la selvicultura, de pequeño aldeano o finalmente de obrero en una de las grandes fábricas que invaden poco a poco los campos. De este modo los grandes y pequeños aldeanos se hacen cada vez más tributarios de la industria. Esto lo muestran claramente las cifras que ofrecen las estadísticas del Imperio, los grandes Estados y algunas provincias de Alemania.

En Baviera, donde son más numerosos los asalariados industriales que poseen una explotación agrícola es en el Palatinado (14,11 % del total de propietarios de explotación por 47,57 % de agricultores independientes y 6,06 % de obreros agrícolas); en Sajonia, distrito de Dresde (22,15 % del total de propietarios de explotación agrícola son obreros industriales contra 34,51 % de agricultores no asalariados y 9,16 % de obreros agrícolas), en Wurtemberg es el círculo del Neckar (8,75 % contra 58,73 %) y 3,14 %, en el gran ducado de Baden el distrito Carlsruhe (14,28 % contra 60,43 % y 2,16 %); en Hesse, la provincia de Starkenburgo (19,20 % contra 37,69 % y 8,41 %). Los obreros industriales, propietarios de explotaciones agrícolas, son más numerosos que los agricultores no asalariados en los pequeños Estados:

	Agricultores no asalariados	Obreros industriales
Brunswick	21,77 %	25,82 %
Anhalt	20,07 %	28,06 %
Reuss	29,34 %	31,18 %
Sehaumburgo-Lippe	23,54 %	30,08 %
Lippe	31,96 %	36,36 %

Ya se ve cuán erróneo es el contar como aldeano a todo propietario de explotación agrícola.

Los aldeanos forman la minoría de la población agrícola, donde las personas que viven de su industria se reparten en 31 % de jefes y 69 % de asalariados; no forman tampoco la mayoría de los propietarios de explotaciones agrícolas del Imperio (sólo 45 % de los propietarios son verdaderos agricultores independientes); hasta son en las regiones industriales menos numerosos que los asalariados de la industria poseedores de explotaciones agrícolas.

Los verdaderos agricultores independientes no poseían en 1895 más que 2.499.130 explotaciones agrícolas de 5.558.317. El número de los agricultores no asalariados que tienen un oficio accesorio, era de 504.164. Es, pues, una exageración colosal el hablar, como hace Bernstein, «de más de cinco millones de explotaciones agrícolas que tienen un carácter privado», que permanecerían aunque se socializaran todas las explotaciones que pasan de 20 hectáreas. Cerca de tres millones de estas explotaciones agrícolas son simples ocupaciones accesorias anejas a los hogares de los labradores o de los artesanos, y que sólo débilmente contribuyen a la proucción de las mercancías. El Socialismo significa organización del trabajo social, es decir, de la producción de las mercancías. La organización del trabajo doméstico no es uno de sus principales problemas. Las *empresas* de fruteros, peluqueros y castañeros no opondrán al Socialismo mayor obstáculo que los campos de coles y patatas de los obreros agrícolas y de los obreros industriales del campo.

Pero ¿no quedan aún más de dos millones de explotaciones que se pueden considerar como ejercidas por aldeanos? Sin duda; pero también ellas son cada vez más tributarias de la gran industria, aunque de distinto modo que los aldeanos.

Uno de los fenómenos más chocantes de la evolución económica moderna es el descenso de la renta agraria, y con frecuencia del provecho agrícola. Es una necesidad de las más urgentes para el explotador agrícola, la de cubrir el déficit de su explotación con un oficio más provechoso, y recurre a la industria del campo o a la que lleva como pri-

meras materias los productos de su explotación. Otra razón le impele a ello, y es que los obreros agrícolas son cada vez más escasos. La agricultura no tiene fuerza para adherir sus obreros a la gleba y la industria les ofrece una vida más inteligente. Sólo la creación de una industria es capaz de retener a los obreros en el campo.

La unión de la industria y de la agricultura es, pues, cada vez más, una cuestión vital para esta última, después de la gran propiedad, las pequeñas explotaciones se esfuerzan en formar sociedades cooperativas, para aprovechar las ventajas de esta forma de explotación.

La industria, en su calidad de modo de producción más moderno y más provechoso, aparece en esta alianza como el principal factor: la agricultura es cada vez más tributaria de ella, y como reina en la industria agrícola la misma tendencia a la concentración que en la otra industria, la agricultura sigue el movimiento.

Es verdad que esto no aparece en la estadística del territorio agrícola. De igual modo que la estadística no diferencia a los obreros industriales domésticos explotados por el capitalismo, del artesano no asalariado que ejecuta los encargos de su clientela, no indica tampoco si una explotacinó agrícola es completamente independiente o no es más que una parte de una gran explotación colectiva.

A pesar de esto, la tendencia siempre creciente de las explotaciones agrícolas, a hacerse tributarias de explotaciones industriales, es tan grande y evidente, que no necesita ser probada. Si, descontando los agricultores que trabajan para otro, se reduce de cinco a dos millones el número de las explotaciones agrícolas que la socialización debiera abandonar a la iniciativa privada, el número de estos últimos aún bajaría mucho, si no se suprimieran todas las que dependen de una explotación industrial. Si se socializaran las 400 refinerías de azúcar, se pondrían al mismo tiempo a las 113.244 explotaciones agrícolas, dedicadas al cultivo de la remolacha, bajo la completa dependencia económica del Estado.

Hay 148.082 explotaciones interesadas en Sociedades lecheras. ¿Cuántos productores de leche, legumbres, frutas, no

son hoy día más que los proveedores de las grandes fábricas de conservas, etc.? También hay que tener en cuenta las explotaciones agrícolas que no están en relación económica directa con un establecimiento determinado, pero que dependen, por su naturaleza, de una determinada rama industrial. En cuanto ésta se halla en sazón para ser socializada, aquéllas siguen su ejemplo. En los países donde existe el monopolio del tabaco, las fábricas de éste son sólo grandes explotaciones, pero los pequeños cultivadores de tabaco no son los amos de sus casas; su cultivo y la venta de su producto están completamente sometidos a la vigilancia de la autoridad. En Alemania un monopolio del tabaco quitaría a la explotación privada más de 150.000 plantadores.

A todo esto hay que añadir otro hecho. El modo de producción capitalista tiene una tendencia a separar la propiedad agraria de la explotación agrícola, de tal modo que el propietario agrario y el agricultor se convierten en dos personas distintas. Esto es evidente en el sistema de arrendamiento, pero en realidad lo mismo ocurre con el sistema de las hipotecas. Las funciones del acreedor hipotecario corresponden a las del propietario agrario en el sistema de arrendamiento. Por ambos lados son igualmente sencillas y consisten en embolsarse la renta agraria sin participar en el trabajo de la producción.

A medida que el sistema de arriendo se desarrolla y que progresa la deuda hipotecaria, los agricultores que no tienen ningún interés en poseer una tierra en propiedad, se hacen más numerosos. Se interesan mucho más en la socialización de la propiedad agraria y de las deudas hipotecarias, lo que no es en verdad una aplicación del Socialismo a la agricultura, sino un progreso considerable en un Estado democrático. Se observa que el sistema de arrendamiento aumenta.

Es sabido que la deuda hipotecaria de la propiedad agraria aumenta.

Para evitar una equivocación, observemos que el aumento de la deuda no indica necesariamente una decadencia de la agricultura. Puede resultar, como el aumento de los arriendos, de una alza de la renta agraria, de un progreso

CUADRO DE LAS EXPLOTACIONES AGRICOLAS
EN EL IMPERIO ALEMAN EN 1895

	Tierras exclusivamente arrendadas	Tierras arrendadas en todo o en parte	Tierras no arrendadas
1882	829.137	2.322.899	2.953.455
1895	912.959	2.607.210	2.951.107
Aumento o disminución .	+ 83.822	+ 284.311	— 2.338
	Proporción % para cada categoría		
1882	15,7	44,02	55,98
1895	16,4	46,91	55,09
Aumento o disminución .	+ 0,7	+ 2,89	— 2,89

de la agricultura. Pero el crecimiento de las deudas hipotecarias prueba, en todo caso, que la separación de los agricultores y de los propietarios agrarios se acentúa, que la renta agraria tiende cada vez más a hacerse autónoma y que el interés que se toma el agricultor por la propiedad privada del suelo, disminuye. Si la deuda agraria ha crecido en Prusia un millar y medio de marcos en diez años (1886-1895), es porque en este lapso una cantidad igual de bienes agrarios ha pasado de las manos de los agricultores a las de los acreedores hipotecarios.

Pero al mismo tiempo se efectúa la concentración de las deudas hipotecarias en algunos bancos y cajas de ahorro, y con más rapidez aún que la concentración de las tierras de cada una de las explotaciones.

Esta concentración es innegable. Se ha observado que los bancos hipotecarios no eran, propiamente hablando, acreedores de los agricultores, sino los intermediarios entre ellos y los capitalistas compradores de las obligaciones agrarias. Hay ahí, en efecto, una gran diferencia para los capitalistas, pero no para los agricultores. Estos se entienden con el Banco y no con los corredores de obligaciones. El Banco es quien les quita la supervalía, quien les hace vender sus bie-

nes por la autoridad de la justicia cuando no pueden pagar los intereses. En lugar de las relaciones complicadas e interminables entre millares de usureros y millares de aldeanos, tenemos relaciones uniformes entre estos últimos y un pequeño número de establecimientos de crédito, que están bajo la inspección del Estado y cuya socialización es muy sencilla desde el punto de vista técnico.

Vemos, pues, que la concentración del capital no es ociosa ni aun en los campos. Sin duda la esperanza expresada por Marx, en su manifiesto inaugural de la *Internacional,* no se ha realizado; la simplificación de la cuestión agraria por la concentración de toda la propiedad agraria en algunas manos, no se ha producido. Sin embargo, la concentración del capital tiende a hacer participar la agricultura en el desarrollo de la producción colectiva, por la transformación de los pequeños aldeanos en asalariados, por la fusión progresiva de la agricultura y de la industria, por el aumento del sistema de arriendo y de las deudas hipotecarias, que se centralizan cada vez más en grandes establecimientos colectivos.

No llegaremos, evidentemente, a descubrir en el funcionamiento de la agricultura la misma sencillez y la misma claridad que en la industria. Nos encontramos en presencia de numerosas tendencias contrarias, cuyos efectos se contrarían; las clases no están en ella claramente separadas, principalmente allí donde el sistema de arriendo está poco desarrollado y donde la masa de los patronos y también con frecuencia la de los asalariados, participa de la propiedad agraria. Las relaciones entre las clases cambian a menudo según las estaciones. Con un mes de intervalo, el mismo aldeano puede ser patrón y asalariado; si se añade a esto el aislamiento de los aldeanos y las diferencias locales de condición que de ello resultan, se comprenderá la dificultad que tiene el proletariado de los campos para hacerse cargo de sus necesidades y de sus deberes de clase.

No debemos hacernos ilusiones sobre las dificultades de la propaganda en los campos. No es fácil establecer teóricamente sus bases. Pero no es menos cierto que la concentración del capital se extiende por los campos y hace sentir su

acción, aunque por caminos indirectos, en el dominio de la agricultura como en el de la industria.

Si la esperanza que Marx alimentaba respecto a la concentración de la propiedad territorial ha fallado en parte, la que experimentaba respecto a la producción moderna, tomada en su conjunto, se ha realizado brillantemente. Los «grandes capitalistas» que «monopolizan todas las ventajas de la transformación capitalista» han llegado a ser una realidad, en el corto espacio de tiempo transcurrido desde que Marx escribía esta frase, y se convierten cada vez más en una realidad a medida que la concentración del capital se completa bajo la forma de *cartels* y de *trusts*.

Todas estas organizaciones son modernas. Las tentativas hechas para monopolizar el comercio o desterrar la competencia por la supresión de los competidores y el acaparamiento de las mercancías, son muy antiguas y se encuentran en el origen mismo del desarrollo comercial.

Pero la supresión de la competencia en la producción, la monopolización de ramas industriales enteras por la fusión de todas las explotaciones en una sola, la monopolización, no sólo de las ramas industriales de una ciudad pequeña, sino de un gran Estado y hasta del mundo entero, no sólo de las ramas industriales que producen artículos de lujo, sino también de las que fabrican productos necesarios al consumo diario de las masas, semejante monopolización es de fecha reciente. Sólo después de la muerte de Marx (1883) ha adquirido importancia económica. Pero después ha progresado de tal modo, que domina cada vez más la vida económica y hasta política de las naciones capitalistas. No insistiremos ahora, puesto que tendremos ocasión de hablar de los *cartels* y de los *trusts* a propósito de la teoría de las crisis.

La alta banca siempre ha tenido bajo su dependencia a los gobiernos, gracias a la deuda pública. Pero los reyes modernos de la banca dominan directamente a las naciones por los *cartels* y *trusts* y son dueños de toda la producción. Sobre todo, los sindicatos formados por los productores de las materias indispensables a todas las grandes industrias, es decir, del hierro y del carbón, son los que determinan la

política interior y exterior y el conjunto de la vida económica.

La lucha contra ciertos *cartels* hace nacer otros *cartels* en las industrias tributarias de las primeras, y produce la fusión de las explotaciones de distintas naturalezas en una explotación gigantesca única. Asistimos actualmente en Alemania a una lucha entre el sindicato de los carbones, que hace subir el precio del carbón y los metalúrgicos, que no quieren prestarse a esta especulación. Grandes fábricas, fundiciones y acerías, tratan en este momento de sustraerse a la dominación de los *cartels* de carbones, comprando minas. Pero los *cartels* de metalúrgicos imitan al sindicato de los carbones y suben sus precios todo lo que pueden. En Austria el sindicato del hierro pone en un aprieto a todas las industrias que lo consumen en gran cantidad. Esto conducirá tal vez a la reunión de los consumidores de hierro en sindicato que adquirirán y explotarán por sí mismos las fábricas.

Es sabido que las explotaciones colosales, como los caminos de hierro, tienen ya, desde hace mucho tiempo, sus minas de carbón y sus fábricas de locomotoras. La reunión en *cartels* y *trusts* de diferentes explotaciones de la misma naturaleza, y por otra parte la concentración de varias explotaciones de diferentes naturalezas en una sola mano; tales son los hechos que caracterizan mejor la vida económica actual. Estas concentraciones se producen cada vez más. No pasa un solo día, en este período de apogeo industrial, que no vea nacer un *cartel* nuevo. Las industrias agrícolas siguen el movimiento. Al *ring* de los alcoholes sucede el *cartel* de los azúcares; y ya se habla de un *cartel* de las mantecas, fundado por las grandes lecherías.

Esta evolución, comenzada hace apenas veinte años, sólo ha sido posible gracias a la concentración del capital, que la favorece poderosamente. Los *cartels* y los *trusts* son la mejor prueba de que la teoría marxista de la concentración es, no sólo exacta en algunos puntos, sino que se halla absolutamente conforme con la realidad de los hechos. Pero Bernstein, que en su crítica de la teoría de la concentración no omite el menor campo de coles ni la más insignificante

costurera, permanece mudo sobre los sindicatos industriales, es decir, sobre el hecho más importante que se ha producido fuera de la crisis agraria, en la vida económica, desde la muerte de Marx, y cuyo estudio es indispensable a todo el que se proponga trabajar en el desarrollo de la teoría económica de Marx.

Bernstein ignora los *cartels* cuando son favorables a la teoría de Marx. Sólo habla de ellos cuando los cree contrarios a esta teoría, por ejemplo, en su capítulo sobre la teoría de las crisis.

c) *Aumento del número de poseedores.*

Bernstein no ha probado nada que pueda determinarnos a abandonar la teoría marxista de la concentración progresiva del capital. Esta teoría está comprobada del modo más concluyente por el censo industrial, así como por la organización de *cartels* y *trusts*, y la evolución de la economía rural demuestra que no es incompatible con la teoría de Marx.

Así, pues, concentración progresiva del capital significa disminución progresiva (al menos relativamente) de las pequeñas explotaciones, aumento de las grandes empresas y, por consiguiente, aumento también del número de proletarios, y hasta cierto punto de los capitalistas; pero también quiere decir disminución del número de los pequeños empresarios y, por consigiuente, aumento de los no propietarios, disminución de los propietarios.

Bernstein no es de esta opinión. En su declaración al Congreso Socialista de Stuttgart, decía:

La agravación de la situación económica no se ha efectuado como lo había predicho el *Manifiesto Comunista.* Es no sólo iúntil, sino hasta muy necio el disimular este hecho. El número de los propietarios no ha disminuido, sino aumentado. El enorme aumento de la riqueza social no va acompañado por la disminución del número de capitalistas de todos los grados. Las capas medias modifican su carácter, pero no desaparecen de la escala social.

Repite estas afirmaciones aún con más claridad en su obra.

Es, pues, absolutamente errónea la afirmación de que la evolución económica tiende a una disminución relativa, y aun absoluta, del número de propietarios. No *más o menos*, sino simplemente *más*, es decir, absoluta y relativamente el número de propietarios aumenta. Si la acción y las perspectivas de la Democracia Social dependieran de la disminución del número de propietarios, entonces podría ésta efectivamente echarse a dormir. Pero lo verdadero es lo contrario. *Las perspectivas de la Democracia Social no dependen de la retrogadación, sino del aumento de las riquezas sociales.* El Socialismo y el movimiento socialista de los tiempos modernos han sobrevivido ya a varias supersticiones. También sobrevivirán a la que subordina su porvenir a la concentración de las riquezas o, si se quiere, a la absorción de la supervalía por un grupo siempre más reducido de mamuts capitalistas.

Y añade más adelante:

Que el número de propietarios aumente en lugar de disminuir, no es una invención de economistas-armonistas burgueses, sino una verdad inquebrantable hoy día, notablemente revelada, con gran disgusto de los interesados, por los empleados del fisco. ¿Pero qué tiene que ver este hecho con la victoria del socialismo? ¿Por qué la realización del socialismo ha de depender de la confirmación o de la negación de este hecho? Pues únicamente porque el esquema dialéctico parece quererlo así.

En apariencia, estas afirmaciones no dejan nada que desear desde el punto de vista de la claridad. Pero en cuanto se las examina de cerca, se tropieza con una obscuridad. Bernstein habla de propietarios. ¿Quiénes son? Marx no estableció en *El Capital* una teoría del aumento o de la disminución del número de propietarios. En efecto, éstos no forman ninguna clase especial. Si se llama *propietario* al que posee algo, los asalariados son propietarios también. ¿No poseen trajes, ropa blanca, muebles la mayor parte, algunos una casa y un campo de patatas? Marx no pretende, ni en *El Capital* ni en el *Manifiesto*, que disminuya el número de los propietarios.

Pero pone de relieve el aumento del número de proletarios, «de la clase de los trabajadores modernos que sólo viven cuando encuentran trabajo, y que sólo encuentran trabajo cuando su trabajo aumenta el capital». Si su lucha de clase termina con su victoria, ésta les llevará necesariamente al Socialismo. Pero ¿cómo puede esta lucha llevarles a la victoria, si el número de proletarios no aumenta absoluta y relativamente? Cuando Bernstein pretendía que el número de propietarios aumenta en lugar de disminuir, era cosa muy natural el considerar esta vaga expresión como sinónima de disminución relativa del proletariado. Pero ¿de qué procedía entonces su confianza en la victoria del Socialismo? Debemos recordar que en su capítulo sobre el materialismo económico, Bernstein insiste sobre el hecho de «que el grado de la evolución actualmente alcanzado deja a los factores éticos el campo más libre que antes para una acción independiente». Podría, pues, admitirse que Bernstein esperaba la victoria del Socialismo de estos factores éticos, independientemente de las condiciones económicas, y no de la lucha de clase del proletariado. Esta era también mi opinión y fui confirmado en ella por las explicaciones (ya citadas) que dio en el *Vorwäerts*: decía allí que era imposible e inútil dar al Socialismo un fundamento materialista, y consideraba como garantía de su victoria el sentimiento de justicia *de los hombres.*

Precisamente porque reconozco, dice, el poder del sentimiento de justicia como factor impulsivo de la evolución social, no atribuyo a cuestiones como la del aumento o disminución de los propietarios, la importancia que le dan y deben darle los que sostienen la tesis «de la necesidad económica inmanente del socialismo».

Pero yo fui bien recibido cuando pretendí que si Bernstein pronosticaba la victoria del Socialismo a pesar del aumento del número de propietarios, la esperaba lo mismo del sentimiento de justicia de los que poseen, que del de los que no poseen nada. El menor reproche que me hizo Bernstein en su réplica fue decir que me había groseramente equivocado:

Por profunda que sea su crítica de mi concepción espiritualista, Kautsky no me hará decir la necedad de que espero la victoria del Socialismo del sentimiento de justicia de los propietarios actuales.

Porque el sentimiento de justicia, es el sentimiento que yo tengo de tener el derecho de mi parte. Sólo considero imposible e inútil el hacer derivar el Socialismo exclusivamente de la Economía política. La concentración de los medios de producción no necesita conducir al Socialismo; aún no está probado que sea incompatible con otras formas sociales. El Socialismo sólo se hace necesario si al lado de esta concentración, se esfuerza la clase de los no-propietarios, con perfecto conocimiento de causa, en sustraer los medios de producción centralizados a la explotación privada y de participar legalmente a la explotación social de la producción.

No debe suponerse a Bernstein tan necio, que espere la victoria del Socialismo del sentimiento de justicia de los propietarios; la victoria será el resultado de la concentración de los medios de producción y también el esfuerzo consciente de la clase no propietaria. Pero, según Bernstein, sólo el «esquema dialéctico» es quien hace depender la victoria del Socialismo del aumento «de la clase no propietaria» y, por consecuencia, de la disminución «de los propietarios».

Los no propietarios son hoy día demasiado débiles para realizar la evolución socialista. Pero, según Bernstein, los propietarios son cada día más poderosos. No hay que esperar nada de su sentimiento de justicia, y sin embargo, la victoria del socialismo es indudable. ¿Cómo? ¿Por qué? No hemos adelantado nada ni antes ni después. Mi discusión con Bernstein no nos ha enseñado tampoco lo que él entiende exactamente por *propietarios*. Yo le había remitido a las cifras del censo de profesiones. Según estas cifras, los jefes de la industria, del comercio y de la agricultura, que formaban en el Imperio alemán en 1882 el 32 % de las personas que vivían de su industria, no constituían más que el 29 % en 1895; por el contrario, el número de los obreros asalariados y de los empleados ha ascendido del 68 % al 71 %. Esto sí que es un aumento del proletariado.

A esto respondió Bernstein en el *Vorwäerts* del 26 de marzo:

> Es exacto que en los países avanzados, el número de los obreros asalariados crece más de prisa que el total de la población. Pero no se me ha ocurrido nunca negarlo. Kautsky ve en mis palabras cosas que no hay.

Es ésta ciertamente una mala costumbre, y temo no poder desecharla fácilmente, mientras Bernstein nos deje en la incertidumbre sobre la significación de las expresiones que emplea.

En su declaración de Stuttgart tan pronto habla de propietarios como de capitalistas. En el *Vorwäerts* (21 de abril) declara que la palabra *propietario* la emplea en el sentido de «gentes que sacan una renta elevada de su patrimonio». Estos serán, pues, capitalistas y grandes propietarios territoriales.

Bernstein no dice que el número de los grandes propietarios territoriales aumente. Pero Marx y Engels no han negado que el número de los capitalistas aumente. Este aumento es más bien una consecuencia natural de la existencia del modo de producción capitalista. El número de las grandes explotaciones industriales (que ocupan más de 50 personas) se ha elevado desde 1882 a 1895 en el Imperio alemán, de 9.974 a 18.995, es decir, el 90 %. Si la población capitalista ha crecido en las mismas proporciones, lo que en verdad no puede establecerse, casi se ha duplicado en el espacio de trece años.

Por consiguiente, si Bernstein sólo pretendía que el número de capitalistas, de los «que sacan una renta elevada de su patrimonio», aumenta, tendrá completa razón. Pero al mismo tiempo la población proletaria ha crecido mucho más que el total de la población. Ya puede afirmarse que el aumento de los capitalistas no debe producirse a expensas del proletariado, sino a expensas de las demás capas populares, es decir, de los pequeños burgueses y de los aldeanos.

El *Manifiesto Comunista* no dice otra cosa. Pero precisamente esta evolución de las condiciones sociales es la que

niega Bernstein. No quiere, pues, asimilar los *propietarios* a los capitalistas.

En la página 86 de su libro hace Bernstein la siguiente observación:

Bien entendido, todos los beneficiados por rentas elevadas no son *propietarios*, pero la importancia de su número se ve en el hecho de que en el año 1895-96, en Prusia, 1.152.332 contribuyentes han sido clasificados como si pertenecieran al grupo que goza de una renta de *propiedad* de más de 7.200 francos. Más de la mitad de estas personas, 598.063, estaban impuestas a razón de una fortuna limpia de más de 24.000 francos, y 385.000 a razón de una fortuna de más de 38.40 francos.

En el *Vorwäerts*, Bernstein hace observar, como ya se ha visto, que él entiende por propietarios las gentes «que sacan una elevada renta de su patrimonio».

Pero nadie admitirá que se saque una renta elevada de un patrimonio de 7.200 y hasta de 38.000 francos. Bernstein no habla aquí de gentes que sacan una renta elevada de su patrimonio, entiende por propietarios, no sólo los capitalistas, sino también las clases medias y la pequeña burguesía. En efecto, dice:

Si la clase obrera se propusiera esperar hasta que el *capital* haya hecho desaparecer a las clases medias, aún podría echar un largo sueño. El capital expropiaría estas clases bajo una forma, para insuflar una nueva vida en otra.

Y dice en otro pasaje:

La escala de las rentas y la escala de las empresas revelan en su gradación un paralelismo bastante claramente caracterizado, sobre todo en lo que concierne a los grados medios. En ninguna parte comprobamos una disminución de aquéllos, sino, por el contrario, casi siempre una extensión; lo que les quitan por arriba lo completan por abajo, y de lo que se les cae por abajo se desquitan por arriba. Si el desquiciamiento de la sociedad moderna depende de la desaparición de los escalones medios entre la cima y la base de la pirámide social, si este desquiciamiento tiene por condición formal la absorción de estos escalones medios por los extremos superior e inferior, entonces su

realización en Inglaterra, en Alemania y en Francia no está actualmente más próxima que en una anterior época cualquiera del siglo XIX.

Esta frase está evidentemente en contradicción con la del *Manifiesto Comunista*: «La sociedad entera se divide cada vez más en dos grandes campos hostiles, en dos clases directamente opuestas: la burguesía y el proletariado». Pero también es incompatible con la asimilación de los propietarios y de los capitalistas, si éstos y los proletarios aumentan al mismo tiempo relativamente, porque semejante aumento sólo puede producirse a expensas de las clases medias y, por consiguiente, en las condiciones señaladas por el *Manifiesto Comunista*. M. Oppenheimer se esfuerza en el *Sozialistische Monatshefte* en auxiliar a Bernstein y declara que es preciso distinguir entre la producción y el reparto de las riquezas. Dice que el número de obreros asalariados aumenta, pero que dejan cada vez más de ser indigentes oprimidos, y que en este sentido debe entenderse la frase de Bernstein sobre el aumento de propietarios: «El paralelismo que existe entre estos dos elementos (producción y reparto de las riquezas) se ha hecho un artículo de fe; y ahora que Bernstein niega este paralelismo fundándose en un montón colosal de cifras (y ésta es la piedra angular de su argumentación) se le opone como prueba de este dogma comprobado». Ya estamos en presencia de una tercera interpretación del aumento de propietarios. El mismo Bernstein los asimila de cuando en cuando a los capitalistas; en otros pasajes de sus obras designa de este modo a las clases medias, en fin, Oppenheimer opina que él entiende por tal el aumento del bienestar de los obreros asalariados. Ver un aumento de propietarios en la subida de los salarios es evidentemente un punto de vista original. Bernstein dice también en otra parte, que las personas que cobran una renta elevada, no todas son propietarias; pero admitimos que se pueda interpretar ciertos pasajes de las obras de Bernstein en el sentido indicado por Oppenheimer.

No podemos decidirnos abiertamente por ninguna de estas interpretaciones, porque estamos seguros de que de to-

dos modos Bernstein nos reprocharía de no entender y desnaturalizar sus ideas.

Efectivamente, nos da la impresión de que Bernstein, en estos diferentes pasajes, llama propietarios a cosas que son distintas. Lo cual no hace fácil ni agradable la crítica de esta frase.

Sin embargo, es preciso intentarla. Oppenheimer dice con razón que, cualquiera que sea su significado, esta frase forma la piedra angular de su argumentación, porque precisamente ésta es la frase de la que se han aprovechado contra nosotros nuestros adversarios, a pesar de su obscuridad. Es preciso, pues, que definamos nuestra posición ante esta frase.

Según Oppenheimer, es el resultado del examen de un montón colosal de cifras; estas cifras deberán, pues, ayudar a nuestra crítica.

Es una verdadera dicha que Bernstein haya sabido hacer entrar este montón colosal de cifras en menos de tres páginas impresas.

Tenemos, en primer lugar, las cifras arriba citadas del impuesto prusiano sobre las fortunas para el ejercicio de 1895-96.

Como lo reconoce Bernstein, éstas son las únicas que constituyen un censo de los propietarios. Pero no pueden probar un aumento o una disminución, porque sólo se refieren a un año. Hace muy poco tiempo que se ha introducido el impuesto sobre las fortunas, para que una comparación entre diferentes años permita deducir conclusiones precisas.

Sin embargo, para Bernstein hasta las cifras absolutas tienen un gran valor. Los trabajos preparatorios para el establecimiento del impuesto sobre las fortunas de 1895 le llenaban de satisfacción; porque demostraban el gran número de los propietarios: hay gentes que tienen pensamientos muy burgueses y que se entusiasmaron mucho menos. «Los trabajos preparatorios para el establecimiento del impuesto prusiano sobre las fortunas (1895) —escribe Herkner— nos ofrecen un cuadro poco regocijador del reparto de las fortunas»:

FORTUNAS (Sin bienes muebles) Valor en marcos	Contribuyentes		Total de las fortunas con impuesto	
	Número absoluto	%	Valor absoluto en marcos	%
6.000 a 20.000	563.370	48,89	2.978.304	9,50
20.000 a 32.000	203.834	17,69	2.214.248	7,13
32.000 a 52.000	162.262	14,08	3.286.804	10,59
52.000 a 100.000	122.683	10,65	4.279.289	13,78
100.000 a 200.000 . . .	57.179	4,96	3.993.809	12,86
200.000 a 500.000 . . .	29.373	2,55	4.500.373	14,50
500.000 a 1.000.000 . . .	8.375	0,73	2.279.304	9,60
2.000.000	3.429	0,30	2.453.064	7,90
Más de 2.000.000 . . .	1.827	0,16	4.360.638	14,05

«No se puede declarar como bueno un reparto de las fortunas, según el cual las dos clases superiores, comprendiendo a los millonarios, en número de 5.256, poseen todavía 1.621 millones de marcos más que las clases inferiores, aunque éstas representen 767.284 contribuyentes. Y, sin embargo, estas cifras no muestran los contrastes que ofrece el reparto de las fortunas más que en las clases acomodadas. Este reparto provoca graves escrúpulos colocándose en el punto de vista social o en el punto de vista del progreso económico.» Pero no es éste el caso de Bernstein, porque Bernstein no es un economista burgués, sino, como él dice, un socialista y un marxista.

El resto del colosal montón de cifras que prueba, según él, el aumento del número de propietarios no contiene ninguna estadística de las fortunas y de los bienes, sino una simple estadística del impuesto sobre la renta.

Renta y renta de propiedad no son dos términos necesariamente idénticos. Si en nuestros días las tres cuartas partes de las rentas de más de 3.000 marcos provienen de la propiedad, y en treinta años las tres cuartas partes de estas rentas se han convertido en rentas de trabajo, la estadística del impuesto sobre la renta no dará ninguna idea de la transformación realizada en las condiciones sociales, si no

cambia la cifra de las rentas. No nos informa precisamente del aumento y disminución del número de propietarios.

Hasta puede indicar una elevación de las rentas, sin que ésta exista. Atengámonos al ejemplo anterior y supongamos que en el espacio de treinta años la cifra de la renta haya permanecido invariable, pero que su carácter haya cambiado. Hace treinta años las tres cuartas partes de la renta provenían de la propiedad y una cuarta parte del salario y del sueldo. Ahora sucede lo contrario. Pero es más fácil fijar con exactitud las rentas que provienen de los sueldos, que las que provienen de las empresas comerciales. Si se ha declarado exactamente, hace treinta años, un cuarto de las rentas, y si para otros tres cuartos se ha disimulado por término medio el 30 % de la renta, ahora se verificará la proporción contraria, en igualdad de circunstancias. El impuesto sobre la renta indicaría un aumento de las rentas que no respondería a la realidad, pero que resultaría tan sólo de la disminución de las rentas capitalistas.

Según esto, no tenemos una estadística científica de las rentas, sino únicamente una estadística destinada a la extracción del impuesto. Esa estadística no está establecida sobre bases científicas, sino desde un punto de vista fiscal y sus resultados son falseados por los intereses materiales. Por esto no se la debe emplear sino con la más extrema prudencia, incluso para averiguar las mudanzas de la renta, y todo lo más podrá tener una importancia sintomática. De ella no se puede obtener ningún dato sobre el reparto de la propiedad. No recordamos que nadie, excepto Bernstein, haya empleado con este objeto la estadística del impuesto sobre la renta. Se utilizaba para demostrar el aumento del bienestar, pero no para establecer cambios de situación entre los propietarios.

En este colosal montón de cifras no hay ni una sola que pueda servir para apuntalar su frase sobre el aumento del número de propietarios. Examinemos, sin embargo, este colosal montón de cifras.

En primer lugar, podemos eliminar las cifras de la renta referentes a Francia. No son más que cifras absolutas, que no permiten reconocer si hay aumento o disminución.

Tampoco se indica el año. No sabemos los datos sobre que se fundan. Reflexiónese que Francia no tiene impuesto sobre la renta. Por esto Leroy-Beaulieu ha renunciado a calcular las rentas de Francia tratando de fundar un reparto de las riquezas nacionales sobre los datos de la propiedad territorial del impuesto sobre los alquileres y las estadísticas de las pompas fúnebres. (*Ensayo Sobre el Reparto*, pág. 499.) Cuando Bernstein nos declara, con gran precisión, que hay en Francia 1.700.000 familias que tienen una renta media de 6.240 francos, pedimos una prueba más segura que la simple referencia de *según* Mulhall. Evidentemente se trata sólo de una evaluación.

Llegamos a Sajonia. Aquí no hace gran uso de su colosal montón de cifras:

En este país, el número de las rentas entre 1.920 y 3.960 francos se elevó de 62.140 en 1879 a 91.124 en 1890, y el de las rentas entre 3.960 francos y 11.520 francos de 24.414 a 38.841.

Añade en una nota:

Que entre 1879 y 1892 el número de las rentas entre 960 francos y 3.900 francos ha aumentado, en Sajonia, de 227.839 a 439.948, es decir, del 27,94 % a 30,48 % de los contribuyentes.

No nos dice nada del desarrollo de las demás rentas. Estas cifras no nos permiten, pues, hacer comparaciones en Sajonia.

Personas que tienen una renta de	1879	1894	Aumento Absoluto	Aumento %
800 marcos .	828.686	942.257	143.571	17,3
800 a 1.600 » .	165.362	375.974	192.612	116,4
1.600 a 3.300 » .	61.810	106.136	44.326	71,6
3.300 a 9.600 » .	24.072	41.890	17.818	74,0
9.600 a 54.000 » .	46.683	10.815	5.835	154,4
Más de 54.000 » .	238	386	648	272,0

Hemos completado lo que Bernstein ha omitido tomando las cifras que encontramos en un cuadro del libro ya citado por Herkner. Estas cifras se refieren no al año 1890, sino a 1894; pero esto no tiene ninguna importancia. (Ver cuadro en página anterior.)

Si consideramos el aumento absoluto, vemos que las rentas inferiores a 800 marcos han aumentado en 143.571, las superiores a 3.300 marcos sólo en 24.291. Pero como las rentas inferiores a 800 marcos tienen la innegable ventaja de constituir las tres cuartas partes del total de las rentas, y las superiores a 3.300 marcos sólo constituyen la vigésima parte, el aumento por 100 de las primeras es mucho menor que el de las segundas. Si consideramos las cifras relativas, vemos que las rentas inferiores a 800 marcos son las que aumentan con mayor lentitud; a estas rentas se unen justamente las rentas cuya progresión sólo Bernstein ha hecho observar; éstas son, con las rentas menores, las que crecen con más lentitud; las rentas de 1.600 a 3.300 marcos sólo aumentan un 71,6 %, las de 3.300 a 9.600 un 74 %. Las rentas medias proletarias entre 800 y 1.600 marcos, son las que aumentan más rápidamente (116,4 %);las de 800 a 950 marcos un 133 %; las de 1.400 a 1.600 marcos un 79,5 %; las grandes rentas superiores a 54.000 marcos suben aún más de prisa, hasta 272 %. Puede, pues, decirse que el reparto actual de las rentas es favorable sobre todo a la clase media de los trabajadores y a los millonarios» (Herkner).

Si Bernstein quería decir tan sólo que el aumento del número de los obreros asalariados no es sinónimo de aumento del número de pobres, y que la proletarización de las masas populares no es precisamente su pauperización, podría apoyarse en estas cifras; pero esto no probaría nada importante contra la teoría de Marx.

La teoría de Marx significa simplemente que el asalariado y la gran burguesía son las que aumentan con más rapidez y que las capas intermedias disminuyen relativamente. Esto es lo que dice la estadística sajona, en cuanto puede sacarse esta conclusión de una estadística del impuesto sobre la renta.

Pero las cifras de la estadística sajona no pueden auxi-

liar a Bernstein, si el aumento de propietarios es para él cosa distinta bajo otra forma, de la subida de los salarios, y si con esto cree decir que el número de propietarios medios crece con más rapidez que el de los obreros asalariados y de los grandes capitalistas, y que, por consiguiente, los contrastes sociales se atenúan, en lugar de acentuarse.

No es ésta la opinión de Bernstein. Le parece que los números referentes a la tarifa establecen lo que él quiere probar, y esto porque indican una disminución relativa de las rentas menos elevadas. Es digno de observarse que en la edición francesa de su libro, Bernstein pasa en silencio toda la crítica basada sobre «el montón colosal de cifras» y sólo se ocupa de las cifras referentes a Sajonia suministradas por mí. Pero compensa esta omisión reproduciendo *dos veces* el cuadro de las rentas de Sajonia con las mismas observaciones. La única diferencia consiste en que las clases de rentas están indicadas unas veces en francos y la otra en marcos. El placer que le producen estas cifras referentes a Sajonia le arrastra hasta probar más de lo que debe. Del examen de estas cifras deduce que en Sajonia el proletariado ha aumentado en un 33,8 %, la pequeña burguesía, por el contrario, en un 71,6 %, la burguesía media, en un 74 %, mientras que el número total de los incluidos aumenta en un 37,4 %. *Según Bernstein, en Sajonia el proletariado va hacia atrás.* Añade: «Sajonia es el Estado más industrial de Alemania. En ella hace enormes progresos la Democracia Social».

De modo que los progresos de la grande industria tienen por consecuencia la disminución del asalariado y el aumento de la pequeña burguesía.

Y la Democracia Social hace progresos proporcionales al aumento de la pequeña burguesía y a la disminución del proletariado.

Tales serían las deducciones que debieran sacarse de las cifras referentes a Sajonia, si la interpretación de Bernstein fuera exacta. Pero las cosas toman otro aspecto cuando nos referimos, no a esta estadística de las rentas que permite interpretaciones tan diferentes, sino a la estadística de las profesiones.

En la agricultura, la industria y el comercio, había en el reino de Sajonia:

En 1882 . . .	381.872	jefes y	766.423	asalariados
En 1895 . . .	384.141	» »	1.075.964	»
Aumento . .	2.269	(0,6 %)	309.451	(40,4 %)

Los jefes, pequeños y grandes burgueses, no han aumentado, pues, más que un 0,6 % y no en 70 %, como Bernstein quiere que diga la estadística de las rentas, y el proletariado en un 40,4 %, proporción, pues, mayor que las rentas menos elevadas que sólo han aumentado en un 70 %. Casi todo este aumento se debe a los asalariados.

En el Imperio alemán, en 1895, de 100 personas que ejercen una profesión, había 71,06 asalariados y 28,94 jefes. En Sajonia por el contrario, se encontraba un 73,69 % de asalariados, y un 25,31 % de jefes. En Sajonia, el asalariado es, pues, mucho más fuerte que en el resto del Imperio, de ahí «los enormes progresos de la Democracia Social».

Si la interpretación que da Bernstein de la estadística del impuesto sobre la renta fuera fundada, si estableciera, no un aumento de los asalariados, sino un aumento de la pequeña burguesía demostraría con esto mismo cuán poco puede confiarse en esta estadística cuando se quiere dividir la sociedad en propietarios y no propietarios. Así, yo me apoyaré en las cifras de las rentas de Sajonia; sólo hago observar que Bernstein no ha sabido interpretarlas. Para mí sólo es terminante la estadística de las profesiones.

Pero le quedan otras dos pruebas: la estadística prusiana y la estadística inglesa. Considera sus datos como decisivos.

En Prusia había en 1854, como saben los lectores de Lassalle, en una población de 16.300.000 sólo 44.407 individuos con una renta mayor de 1.000 thalers (3.600 francos). En el año 1894-95, de una población total de 33.000.000 de individuos había 321.296 que gozaban de una renta menor de 3.600 francos.

En 1897-98 su número era de 347.328. Mientras que la población se duplicaba, el número de individuos que gozaban de cierto bienestar se sextuplicaba. Pero aun teniendo en cuenta que las provincias anexionadas en 1866 dan cifras de bienestar más eleva-

das generalmente que la antigua Prusia propiamente dicha y que el precio de muchos víveres ha aumentado considerablemente en el intervalo, la proporción de los que gozan de bienestar, comparada con la de la población total, indica, sin embargo, un aumento de más de 241. Y si tomamos un período ulterior, encontramos que en los catorce años de 1876 a 1890, al lado de un aumento total de 20,56 % de contribuyentes, las rentas entre 2.400 y 24.000 francos (burguesía acomodada y pequeña burguesía) han aumentado en un 31,52 % (582.024 contra 442.534). Cinco sextos de este aumento, a saber: 33.226 sobre 38.776 incumben a la parte media de las rentas entre 7.200 y 24.000 francos.

Estas cifras tienen un efecto irresistible, por lo menos al primer golpe de vista. Pero dura poco. La comparación entre la Prusia de 1854 y la de 1894 ya produce alguna sorpresa. Prusia no sólo se ha ensanchado como observa Bernstein, con regiones muy ricas, sino que ha llegado a ser el principal Estado del Imperio alemán; la capital de la pequeña Prusia, ha llegado a ser la capital de un gran Estado que, en 1894, contaba 51.000.000 de hombres, es decir, tres veces más que la Prusia de 1854. Berlín, que en 1854 tenía poco más de 400.000 hombres, ha cuadruplicado y algo más su población, y ha conseguido atraer todas las grandes rentas, no sólo de Prusia sino del Imperio entero. El impuesto sobre la renta ha sido, pues, favorecido en Prusia por una serie de factores que no tienen nada de común con el aumento relativo del número de propietarios determinados por la evolución capitalista.

Esto sólo nos impide atribuir a la comparación de cifras de 1854 y de 1894 importancia alguna.

A esto se junta otro motivo decisivo. La estadística del impuesto sobre la renta de 1894, fue hecha sobre la base de una ley distinta de la de 1854. Citemos únicamente dos diferencias: la ley de 1851 no aplicaba el impuesto sobre la renta más que a las personas físicas. La ley de 1891 ha extendido el impuesto a las sociedades industriales, sociedades por acciones, sociedades cooperativas de consumo. Según la primera ley, la renta es valuada por comisiones, cuyos miembros son elegidos por los representantes de los distritos o de las ciudades y que deben abstenerse de toda medida indiscreta y vejatoria en la averiguación de las rentas. La nueva

ley introduce la declaración personal obligatoria de la renta y castiga con penas severas las declaraciones falsas, facilitando así el registro de las declaraciones de renta. A propósito de esto y de otras modificaciones, dice J. Pierstorff (*Diccionario de Ciencias Sociales*, volumen I del suplemento, pág. 280): «No ha sido posible conocer a fondo el reparto de la renta en Prusia sino gracias a la aplicación de la nueva ley del 24 de junio de 1891. Los datos del antiguo impuesto sobre la renta sólo tenían un valor dudoso para determinar el reparto de la renta, porque se fundaban sobre valuaciones de terceras personas».

La comparación de los resultados de 1854 con las de 1894 no tienen, pues, valor científico. Pero Bernstein aún produce otras cifras referentes a Prusia para los años 1876 y 1890:

(Ver cuadro en la página siguiente.)

Puede hacerse a estas cifras las mismas objeciones que a las de 1854; no son seguras y además Bernstein no las da completas. Las ha tomado del cuadro establecido por Soetbeer e impreso en el *Diccionario de Ciencias Sociales.*

Presentadas así en su conjunto, las cifras prusianas tienen una significación distinta que en el extracto que de ellas ha hecho Bernstein. Pero aun contando a todos los contribuyentes que tienen más de 2.000 marcos en el número de los propietarios, éstos no han aumentado más que en 145.000, mientras que en el mismo tiempo, las rentas inferiores a 2.000 aumentaban en 1.600.000, es decir, hacían más que duplicarse. Es cierto que las rentas de 200 a 20.000 marcos se han elevado en 31,52 % y el total de contribuyentes sólo en 20,56 %. Pero los más pobres entre los pobres, aquellos cuya renta es inferior a 525 marcos, también han aumentado más rápidamente que el total de los contribuyentes, es decir, en 23,6 %. Este aumento aún es más chocante si se considera no sólo a los contribuyentes, sino también a sus familias. Mientras que la población total de Prusia se elevaba de 1876 a 1890, de 24.832.784 habitantes a 29.087.933, aumentado por consiguiente, en un 17,1 % el número de contribuyentes que tienen una renta inferior a 525 marcos, se elevaba (comprendiendo las familias) de 6.369.856 a 8.383.359, aumentando así en un 31,6 %. Y al mismo tiempo

Clases de renta	NUMERO DE CONTRIBUYENTES				RENTA	
	No comprendiendo los miembros de la familia		Comprendiendo los miembros de la familia			
	Personas	%	Personas	%	En millones de marcos	%
Año 1876	3.311.752	39,11	6.369.856	25,65	1.324,7	16,86
Hasta 525 marcos . . .	4.704.757	55,57	16.840.444	67,82	4.354,4	55,42
De 525 a 2.000 marcos . .	442.534	5,22	1.593.244	6,41	1.879,1	22,64
De 2.000 a 20.000 marcos .	8.033	0,10	29.240	0,12	398,8	5,08
Más de 20.000 marcos . .						
Año 1890						
Hasta 525 marcos . . .	4.094.428	40,11	8.383.359	28,62	1.647,4	16,58
De 525 a 2.000 marcos . .	5.517.828	54,05	18.562.145	63,81	5.119,7	51,53
De 2.000 a 20.000 marcos .	582.053	5,71	2.095.348	7,21	2.475,2	24,96
Más de 20.000 marcos . .	13.583	0,13	47.081	0,16	673,8	6,98

la renta media bajaba en esta clase de 208 a 197 marcos. Esto es lo que Bernstein llama un aumento del número de propietarios, una disminución de los antagonismos sociales tan evidente, que sería locura querer disimularla. El autor a quien Bernstein ha tomado sus cifras no encuentra su lenguaje tan favorable. «Soetbeer mismo debe reconocer —dice el citado *Diccionario*— que los resultados por él indicados permiten suponer que el reparto de las rentas es cada vez más desigual, puesto que las clases superiores y las clases inferiores aumentan, la renta media de las clases inferiores baja, mientras que las de las clases superiores sube». Es cierto que añade después: «El mismo considera que esta conclusión no está justificada, porque la evaluación es más amplia en las clases inferiores y más severa en las clases superiores y que los progresos de la riqueza social sólo pueden manifestarse por la accesión de un número de contribuyentes cada cez mayor en las clases superiores». En otros términos: Soetbeer dice que las cifras de la estadística prusiana del impuesto sobre la renta prueban lo contrario de lo que ahora afirma Bernstein; cree a pesar de esto, que la tesis de la disminución progresiva de los antagonismos sociales está justificada, de una parte, por razones teóricas, de las que no hemos de ocuparnos por el momento; por otra parte, porque las evaluaciones no son seguras. Pero esto prueba todo lo más que las cifras de Soetbeer no anulan en nada las conclusiones de Bernstein. Estaba reservado a Bernstein el sacar del cuadro de Soetbeer una prueba evidente de la exactitud de su tesis, aislando artificialmente algunas de estas cifras.

Nosotros creemos también que el cuadro de Soetbeer no prueba nada. Abarca, poco más o menos, el mismo espacio de tiempo que las cifras dadas más arriba para Sajonia, pero muestra una tendencia evolutiva completamente distinta. En Sajonia estamos en presencia de una regresión del pauperismo y de un aumento del proletariado asalariado mejor retribuido, sea a expensas del pauperismo sea a costa de los pequeños propietarios. En Prusia comprobamos en el mismo lapso una disminución relativa de los proletarios asalariados mejor retribuidos (su aumento absoluto es de 1.722.000 cabe-

zas); pero, en cambio, comprobamos un aumento de la clase acomodada y otro también considerable de las capas inferiores del proletariado.

No es admisible que Prusia y Sajonia hayan realizado al mismo tiempo una evolución en sentido contrario. Es mejor afirmar que las cifras prusianas, en último término, no prueban nada; esto es lo que resulta del modo de hacer la tasación hasta 1891.

Ya no quedan, pues, a Bernstein más que el montón colosal de cifras que le ofrece Inglaterra.

Aun admitiendo que las cifras relativas a Inglaterra prueben un aumento del número de propietarios, no probarían, sin embargo, que esto es la ley general del modo de producción capitalista, porque parece que Inglaterra deja de representar el tipo del industrialismo capitalista. Claro está que sería ridículo deducir el aumento del número de propietarios como ley del modo de producción capitalista, del simple movimiento de la propiedad o bien de la renta en el país que sirve de domicilio a estos propietarios. Si en Monte Carlo y en el barrio Thiergarten de Berlín aumentase el número de propietarios más rápidamente que el resto de la población, esto no probaría gran cosa. Para estudiar las leyes de un modo de producción, es preciso que consideremos su dominio entero y no una parte de este dominio. Luego Inglaterra es cada vez más para el mundo lo que es el barrio de Thiergarten para Berlín. Sus posesiones coloniales se extienden cada vez más y el número de funcionarios ingleses y de caballeros de industria que las explotan y vienen a devorar su festín en Inglaterra aumenta todos los días. Pero lo que aún aumenta más es el número de empresas económicas fundadas en el extranjero con capitales ingleses, Bancos, casas de comercio, fábricas, ferrocarriles cuyos directores y accionistas viven en Inglaterra, donde aumentan y se comen la supervalía prducida fuera de Inglaterra. El importe de la deuda pública de los demás Estados adelantada por los capitalistas ingleses no aumenta menos.

Hace un cuarto de siglo observaba Marx que «sólo la India debe pagar un tributo de cerca de cinco millones de libras por el "buen gobierno" de que goza, por los intereses

y los dividendos del capital británico sin contar las sumas enviadas anualmente a la madre patria para ser colocadas allí y que en parte representan el ahorro hecho por los funcionarios en sus sueldos y en parte los provechos de los negociantes ingleses. Cada colonia británica hace sin cesar, por las mismas razones, grandes envíos a la metrópoli. La mayor parte de los Bancos de Australia, de las Indias Occidentales, del Canadá, están fundados con capitales ingleses; los dividendos deben pagarse en Inglaterra. De igual modo Inglaterra posee gran cantidad de títulos de rentas de los diversos Estados de Europa y de las dos Américas, cuyos intereses cobra; tiene además intereses en los ferrocarriles, canales, minas, etc., del extranjero y en todas partes cobra dividendos. Por el contrario, los que tienen en el extranjero títulos ingleses y los gastos hechos por los ingleses fuera de Inglaterra, carecen de importancia». (*El Capital*, III, 2, página 130.)

Desde que Marx escribía estas líneas, el desarrollo de Inglaterra en esta dirección ha progresado poderosamente. Mientras que la población de Inglaterra y de Irlanda era, en 1871, de 31.800.000 hombres, y en 1891, de 37.700.000, aumentando sólo un 20 % en veinte años, la del Imperio colonial británico se elevaba de 200 a más de 300 millones, es decir, más de un 50 %. El campo de explotación económica del capital inglés se extendía aún más rápidamente. Mulhall estimaba, en 1882, el importe de los capitales ingleses colocados en el extranjero en 22 millares de millones de marcos y el mismo Bernstein dice que su valor se estima actualmente en 43 millares de millones. Por el contrario, evalúa el importe del capital empleado en Compañías inglesas por acciones en 22 millares de millones. Si estas cifras son exactas, el capital colocado en el extranjero se duplicará en el espacio de quince años. De todos modos el campo de explotación del capital inglés aumenta más aprisa que la población británica.

Pero si Bernstein quería deducir la ley del aumento del número de propietarios en el modo de producción capitalista de las cifras de la estadística inglesa, debiera comparar este aumento al de los proletarios no sólo en Inglaterra, sino

en todo el dominio de la explotación británica. Es éste un problema que no puede resolverse con el auxilio del material de cifras suministrado por la estadística.

La comparación del aumento del número de propietarios con el de la población total de Inglaterra tampoco carecería de importancia. Si se encontrara un aumento más rápido del número de propietarios, esto no probaría que las leyes marxistas del modo de producción capitalista sean falsas, sino que aumentan los obstáculos para el establecimiento del socialismo en Inglaterra.

En la sociedad moderna la fuerza revolucionaria, desde el punto de vista del marxismo no es el capital en general, sino el *capital industrial;* éste constituye la fuerza que crea las condiciones de desenvolvimiento de la producción socialista y que hace nacer al proletariado, cuya misión histórica es la de introducir este modo de producción.

Al contrario, el capital comercial y el capital de préstamos, no constituyen fuerzas revolucionarias; no crean un proletariado revolucionario.

Si, en Inglaterra, el capital comercial y el capital de préstamos que no están empleados en la industria nacional crecen más rápidamente que el capital industrial, no es imposible que el número de propietarios aumente con mayor rapidez que la población total.

También es posible entonces que se atenúen los antagonismos sociales, porque la evolución social se detiene en comparación con la de los países principalmente industriales, como Alemania y América.

Los ingleses han manifestado en muchas ocasiones el temor de que Inglaterra sufra la misma suerte de Holanda, la cual en el siglo XVII era bajo todo aspecto el Estado capitalista más avanzado del mundo. Pero el desarrollo del capital comercial y del capital de préstamos ahogaba en ella cada vez más al capital industrial, de modo que finalmente Holanda, que era el Estado más rico, aquel en que los propietarios eran más numerosos, vino a ser uno de los Estados más atrasados desde el punto de vista económico y de los más insignificantes para el desarrollo social.

No puede aún saberse si será éste el destino de Ingla-

terra, ni si está llamada a ser la caja de caudales del mundo después de haber sido su fábrica. Pero lo cierto es que el Socialismo saldrá de la fábrica y no de la caja de caudales.

Estas diferencias no existen para Bernstein. Marx ha separado el capital industrial del capital comercial y del capital de préstamos, y buscado las leyes evolutivas de cada una de estas clases de capital.

Bernstein, que se ha impuesto la tarea de profundizar y perfeccionar el marxismo, confunde siempre estas clases de capital, sustituye el preciso término de capitalista por la vaga expresión de propietario y emplea esta última palabra en acepciones tan diferentes, que ni él ni sus lectores saben ya lo que quiere decir. Este es el modo que tiene de elevar el nivel del marxismo y desembarazarle de sus contradicciones.

Aunque Bernstein llegara a probar que en Inglaterra hay un aumento relativo del número de propietarios esto sólo arrojaría una débil luz sobre las leyes generales del modo de producción capitalista.

Sin embargo, tampoco nos da aquí una estadística de la propiedad, sino una estadística de la renta. Vemos, en primer lugar, algunas cifras absolutas del año 1893-94 que no prueban absolutamente nada. Después quema su último cartucho y lo imprime en grueso caracteres para que no pase desapercibido al lector.

En la *British Review* del 22 de mayo de 1897 encontramos algunas cifras sobre el aumento de las rentas en Inglaterra de 1851 a 1887.

Según estas cifras, el número de familias que gozan de una renta de 150 a 1.000 libras esterlinas (la media y pequeña burguesía y la más alta aristocracia obrera) era en Inglaterra, en 1851 y 1881, de 300.000 y de 990.000, respectivamente.

Mientras que en estos treinta años aumentó la población en la proporción de 27 a 35, es decir, casi 30 %, la cifra de los contribuyentes de esta categoría aumentó en la proporción de 27 a 90, es decir, de 233 1/3 %. Actualmente Giffen calcula su número en un *millón y medio.*

Giffen ¡los *calcula!* El último recurso, impreso en grue-

sos caracteres, se funda en un cálculo y no en un dato preciso. Más tarde, Bernstein designa *la hipótesis* construida sobre este cálculo «como *una verdad* hoy inconmovible, revelada especialmente por los empleados del fisco».

Pero entonces, ¿por qué se ha calculado y no contado exactamente el número de contribuyentes? Sencillamente porque era imposible.

La ley inglesa del impuesto sobre la renta divide las rentas en cinco grandes clases, según el origen de estas rentas: 1.ª, propiedad territorial; 2.ª, renta agrícola; 3.ª, rentas del Estado; 4.ª, sueldo de los funcionarios, y en fin, 5.ª, la clase de todas las demás rentas de la industria, del comercio, etc. Cada una de estas clases se subdividen en categorías y en cada una de estas últimas el impuesto está situado separadamente. Sólo tenemos el número de los contribuyentes y su reparto en las diferentes categorías de cada una de las clases, pero sólo aproximadamente podemos calcular el número total de los contribuyentes y el conjunto de las rentas de cada uno.

Este es un terreno propicio a los juegos de manos de la estadística.

He aquí un ejemplo del poco valor que tiene la estadística inglesa del impuesto sobre la renta. Kolb compara en su estadística las rentas del comercio y de la industria de 1812-47.

Con este motivo hace Kolb la siguiente observación: «Habiendo aumentado la población en general un 60 %, el bienestar creció tres veces más que la población:

Rentas	de 150 a 500	libras	esterlinas.	Aumento	196 %
—	500 a 1.000	—	—	—	148 %
—	1.000 a 2.000	—	—	—	148 %
—	2.000 a 3.000	—	—	—	118 %
—	5.000 libras en adelante			—	189 %

Es casi exactamente el mismo resultado que nos presenta Bernstein para el período de 1851 a 1881.

El período de 1812 a 1847 ha sido el peor para la población obrera de Inglaterra; es el tiempo que sirvió a Engels para las descripciones de su *Situación de las clases obre-*

ras, el tiempo en que el proletariado cayó en el pauperismo y en el crimen, en que la degeneración física y moral del proletariado no era contrarrestada ni por las leyes en favor de los obreros, ni por un enérgico movimiento sindical. Pero el desarrollo del impuesto sobre la renta era el mismo que hoy.

El mismo M. Leroy-Beaulieu, el optimisma burgués *in optima forma,* y el predecesor de Bernstein en el terreno que nos ocupa, se ve obligado a confesar que desgraciadamente no poseemos datos tan positivos sobre la distribución de las rentas en Inglaterra, como los que sobre el mismo fenómeno nos ofrece Alemania... «Nos vemos, pues, obligados a conformarnos con datos aproximados». (*Ensayo Sobre la Repartición de las Riquezas,* pág. 516.) Pero en tanto que este optimista que todo lo encuentra bueno sólo adelanta con prudencia, a tientas y con gran reserva, el socialista Bernstein acepta con ligereza cualquiera cifra, sea la que fuere su procedencia, con tal que hable contra la doctrina socialista. La *British Review* no era (ha dejado de publicarse) una revista especial de estadística y de economía política, sino un periódico semanal, conservador, semipolítico, semiliterario, que a juzgar por el número que he podido adquirir, se esforzaba, sobre todo, en demoler no tan sólo el Socialismo, sino el partido democrático. El artículo a que se refería Bernstein es un artículo de circunstancias, anónimo, escrito en ocasión del Jubileo de la Reina, atacando a los utopistas y a los radicales, es un cuadro ridículo y borroso del progreso social en Inglaterra, que conduce a esta conclusión: «La clase obrera nos sorprende por la rapidez con que se ha enriquecido; la pequeña burguesía (*the middle classes*) por la rapidez con que ha aumentado».

En apoyo de esta tesis, hace desfilar el autor, a nuestra vista, las precipitadas cifras, presentadas sin indicación de método o de origen. Pero Bernstein las acepta, con los ojos cerrados, y nos las opone con énfasis. El mismo artículo nos cita las numerosas casas de campo construidas en los alrededores de Londres, como un hecho que corrobora las cifras —«casas de campo rodeadas de hermosos jardines, donde jóvenes y elegantes damas luces sus encantos y donde

jóvenes gentiles juegan elegantemente al lawn-tennis»—, etc. He aquí un ejemplo de la ligereza con que este folletín de jubilado trata la estadística. Hasta aquí no ha habido en Inglaterra censos de obreros asalariados, sino censos de personas que viven de su industria sin distinción de situación.

Los miembros de familia se cuentan aparte. El autor del himno del Jubileo decía, sin embargo, con la mayor precisión, que la población obrera del Reino Unido era, en 1851, de 26.000.000 y en 1881 de 30.000.000.

Pero el total de la población se elevaba en 1851 a 27.746.000, y en 1881, a 34.885.000. Según esto, la población no proletaria (arrendadores, capitalistas y propietarios territoriales, etcétera) sólo sería en 1851 de 1.500.000 (solamente el 6 % de la población total). Es sencillamente absurdo. Baxter evaluaba en 1867 el número de obreros asalariados en 80 % del total de personas que disfrutaban de alguna renta.

Como gracias al trabajo de las mujeres y de niños, el número de miembros de la familia que no viven de su trabajo es menor entre los obreros que entre las clases superiores, la parte de estos últimos en la población total era mayor del 20 %.

Esta armonía vulgar y superficial es la fuerza científica donde Bernstein bebe su inspiración contra la doctrina marxista.

Cuanto más consideramos los elementos de la estadística de Bernstein, menos nos explicamos su cambio de frente. En vano buscamos los hechos que pudieron determinarle a atacar una doctrina de cuya verdad estaba profundamente convencido, que fue el primero en propagar y que supo defender victoriosamente contra todos los ataques.

d) *Las sociedades anónimas.*

En el curso de nuestra polémica, señaló Bernstein el aumento del número de los *periódicos financieros* como una prueba del aumento del número de poseedores.

Pero esto sólo prueba una cosa por nadie puesta en duda y comprobada por numerosas estadísticas, esto es, que au-

menta el número de las empresas, que el capitalismo se desarrolla de día en día, que abraza sin cesar nuevas ramas de la industria y se apodera de nuevos dominios, que el comercio internacional se extiende rápidamente y que el negociante aislado está cada vez en peores condiciones para averiguar valiéndose de sus relaciones personales, lo que ocurre en el mercado mundial, y que únicamente los grandes periódicos especiales pueden suministrarle los medios de ilustrarse; por último, que el aumento rápido de las revistas financieras demuestra los rápidos progresos de las sociedades por acciones, el aumento continuo de las empresas capitalistas, sometidas a cierta fiscalización pública y que necesitan publicidad que, como se ha visto en el negocio del Panamá, se convirtió en una carga tan pesada.

Pero el número de los periódicos financieros nos deja en absoluto desconocedores del número de poseedores. Todos los que se dediquen al comercio o al tráfico deben leerlos, bien sean capitalistas o simplemente empleados en casas de capitalistas.

Si el aumento del número de poseedores fuese un hecho tan evidente, debiera ser cosa fácil el hallar pruebas evidentes de este hecho. Bernstein cree haberlos encontrado en el sistema de las sociedades anónimas.

La sociedad anónima, dice, contraría grandemente la centralización de las explotaciones.

Desgraciadamente carecemos de datos estadísticos referentes al reparto exacto de las acciones, de las obligaciones y de los demás títulos de las Sociedades por acciones, puesto que en la mayoría de los países esas acciones son anónimas (es decir, transmisibles como los billetes de Banco ordinarios), mientras que en Inglaterra, donde predominan las acciones nominales y donde todo el que lo desee puede consultar los libros de los accionistas en las oficinas y en los registros del Estado, la elaboración de una estadística más detallada de los tenedores de acciones es una obra gigantesca que todavía no ha osado nadie emprender. Sólo aproximadamente puede calcularse su número y sobre datos referentes a algunas empresas aisladas.

A fin de demostrar cuán erróneas son las ideas dominantes sobre este particular y que la forma más moderna y

más correcta de la centralización capitalista, el *trust*, influye sobre el reparto de la riqueza en forma diferente de lo que generalmente se cree, vamos a publicar aquí algunas cifras fáciles de comprobar.

El *trust* de hilo de coser inglés, fundado hace un año, no cuenta más que 12.300 accionistas.

6.000 tenedores de acciones de fundadores con 1.440 francos de capital medio.

4.500 tenedores de acciones privilegiadas con 3.600 francos de capital medio.

1.800 tenedores de obligaciones con 7.560 francos de capital medio.

El *trust* de filaturas de hilo fino tiene también un número respetable de accionistas. Este número es de 5.454.

2.904 tenedores de acciones de fundadores con 7.200 francos de capital medio.

1.870 tenedores de acciones privilegiadas, con 12.100 francos de capital medio.

680 tenedores de obligaciones con 31.200 francos de capital medio.

Una cosa semejante ocurre con el *trust* del algodón T. y P. Coats. He aquí algunos eemplos del fraccionamiento de las fortunas en empresas centralizadas. Evidentemente, no todos los accionistas son capitalistas propiamente dichos, y con frecuencia se presenta el gran capitalista como pequeño accionista en todas las Sociedades imaginables. Sin embargo, el número de accionistas y el total medio de las acciones que poseen van en aumento. En Inglaterra se calcula que el número total de tenedores de acciones asciende a bastante más de un millón.

Resulta que no tenemos estadística de los detentores de acciones; que no todo accionista es capitalista, y que el gran capitalista se presenta a veces como pequeño capitalista en todas las sociedades posibles.

El mismo Bernstein reconoce todo esto. Pero esto quiere decir, en otros términos, que todos los datos que presenta carecen de valor como señal de aumento del número de poseedores.

Aún prueba menos que la estadística del impuesto sobre la renta; demuestra tan sólo una cosa, que Bernstein no sabe adónde acudir para encontrar una prueba sobre la que fundar su afirmación de este hecho tan evidente. Las consi-

deraciones teóricas que preceden a aquellas cifras tampoco son más convincentes.

La forma de la sociedad anónima, dice, dificulta en gran manera la centralización de las fortunas por la centralización de las explotaciones. ¿Por qué?

Permite un fraccionamiento considerable de capitales ya concentrados y hace superflua la apropiación de los mismos por algunos magnates aislados, en vista de la concentración de empresas industriales. El que economistas no socialistas hayan utilizado este argumento con objeto de justificar el actual estado social, no es una razón para que los socialistas lo oculten y no se ocupen de ello.

Aquí tenemos, pues, un hecho que, nosotros socialistas, encontramos molesto y queremos disimular y pasar en silencio.

Pero ¿en qué consiste este *hecho?* ¿Es acaso que la forma de la sociedad por acciones dificulta la centralización de las fortunas? En manera alguna, porque habría necesidad de probarlo. El hecho consiste simplemente en que la forma de sociedades por acciones *permite* la división de los capitales existentes y hace inútil el acaparamiento de los capitales por algunos grandes capitalistas.

Pero sería prematuro pretender que esa división de capitales, responde a la realidad de los hechos y que los grandes capitalistas no acaparaban ya los capitales porque esto resulta superfluo.

Nadie regala acciones en este pícaro mundo, hay que comprarlas; no convierten a nadie en propietario, pero le suponen.

La creación de una sociedad anónima no altera en nada la distribución existente de las fortunas.

La sociedad anónima permite solamente (lo cual ocurre también con los bancos y cajas de ahorro) que se transformen en capital pequeñas cantidades de dinero que aisladas no bastarían para la explotación de ninguna empresa capitalista. El sistema de las sociedades anónimas acrece, pues, los capitales a disposición de la producción capitalista; permite que se transforme en capital lo que sin eso no se con-

vertiría nunca en capital y sería un tesoro improductivo, pero en nada altera absolutamente la distribución de la propiedad existente.

El aumento del número de accionistas no prueba de ningún modo el del número de los poseedores; prueba únicamente que en la sociedad capitalista, la acción se convierte cada vez más en forma dominante de la propiedad.

La prueba deducida de las sociedades anónimas, no resuelve, pues, de ninguna manera, el problema del pretendido aumento del número de los poseedores.

La sociedad anónima puede representar ese momento, cuando existe, pero no puede producirle.

¿Pero de dónde puede provenir en presencia del aumento del número de proletarios? Bernstein no nos da más datos. ¿Será acaso que los proletarios economizan cada vez más de su salario y pueden convertirse en capitalistas?

Verdad es que Bernstein siente la misma consideración por Schulze Delitzsch [12] que por Julio Wolf.[13] Pero en tanto que expresamente no lo diga, no puedo admitir que atribuya el aumento del número de poseedores a las economías de los trabajadores.

No queda más que un origen posible al aumento de los poseedores: la división de los capitales ya concentrados. Estas divisiones se producen sin interrupción. Están determinadas por el derecho hereditario. En tanto que el derecho feudal deshereda a todos los hijos en provecho de uno solo, el derecho civil ordena el reparto igual de la herencia entre todos los hijos. Es una institución que se opone considerablemente a la concentración del capital, y sin ella se produciría esta concentración mucho más rápidamente. Pero si por consecuencia del reparto de capitales por el derecho de sucesión, fuese más rápido el aumento del número de capitalistas que el del conjunto de la población, sería necesario que su propagación natural fuese también más rápida. Y precisamente sucede lo contrario. Por algo los proletarios se

12. Hermann Schulze-Delitzch (1808-1883): Economista alemán y representante político de la burguesía progresista.

13. Socialista alemán, miembro del Comité Central de la Liga de los Comunistas.

llaman así; engendran una descendencia (*proles*) numerosa. Por el contrario, toda la política doméstica de los capitalistas tiende a combatir las consecuencias descentralizadoras del reparto de las herencias. Los matrimonios se pactan, siempre que es posible, de modo que se reúnan dos capitales que aspiran ardientemente a convertirse en uno solo, y el sistema que consiste en no tener más que dos hijos encuentra una aplicación cada cez más general entre los poseedores. Es, pues, falso que éstos tengan relativamente más hijos que los proletarios. Pero entonces, ¿de dónde procede «el gran desmenuzamiento de los capitales ya centralizados»? Sin embargo, los capitalistas no regalan a nadie sus capitales. ¿En dónde está, pues, aquel hecho que tanto desagrada a los socialistas, que se esfuerzan en disimularle y en pasarle en silencio?

No podemos obligar a Bernstein a que crea en la lealtad de sus antiguos compañeros de lucha, pero desearíamos saber en qué consiste nuestra deslealtad.

¿Querría decir Bernstein que si la forma de la sociedad anónima no altera en lo más mínimo la distribución de las fortunas, se deducen de ella tendencias que conducen a la descentralización de los capitales?

Ni lo ha dicho, ni hay la menor razón para admitirlo; todo prueba lo contrario.

Los grandes capitalistas se apropian las acciones productivas, las que dan mayores intereses. A los pequeños capitalistas sólo les dejan los valores menos seguros, los que no transformarán seguramente a los no poseedores en poseedores, llevando a los bolsillos de los grandes especuladores las monedas de diez céntimos economizadas por los modestos burgueses y lo más escogido del proletariado.

Leroy-Beaulieu, que no es precisamente pesimista, se ve obligado a confesar en sus tantas veces citado libro:

> En el estado actual, las Sociedades anónimas, dando un gran impulso al espíritu de empresa y desarrollando la producción, han venido ciertamente a *crear una gran desigualdad de la riqueza*. Han permitido a los aristócratas del capital que se apropien una gran parte del ahorro del público; han sido, aún más que la industria o el comercio, el origen de fortunas colosales... Han

venido indudablemente a enriquecer fabulosamente a algunos listos y al empobrecimiento de muchos cándidos.

La «posibilidad del fraccionamiento de los capitales» ya centralizados, toma aquí otra forma distinta de la de nuestro marxista.

Indudablemente, Leroy-Beaulieu se consuela, aquí, como en otras partes, de los inconvenientes del sistema de sociedades anónimas, con la esperanza de que probablemente serán pasajeros. Precisamente escribía las anteriores líneas en el momento en que se constituía la Sociedad del Panamá.

Si las sociedades anónimas son el procedimiento por excelencia para cazar y desplumar a los incautos, son, por otra parte, un medio para aumentar la potencia de los grandes capitalistas, puesto que no son más que una forma particular del crédito.

El crédito «no es solamente un arma poderosa en la lucha de la concurrencia. Por hilos invisibles eleva a las manos de los capitalistas aislados o asociados el dinero disperso en cantidades más o menos grandes en la superficie de la sociedad. Es la máquina específica para la concentración de los capitales» (Marx).

Bernstein cree que las sociedades anónimas convierten en superflua «la apropiación de los capitales ya concentrados por algunos magnates aislados, en vista de la concentración de las empresas industriales». ¿Pero qué importa eso, si los magnates continúan tranquilamente apoderándose de estas sociedades para aumentar sus capitales utilizando capitales extranjeros, y para crear y explotar empresas industriales de tan gran importancia que no podrían sostener con sus solos recursos?

Hace poco leíamos en un diario americano que el valor nominal de los cupones del «Standard oil trust» era de 97.250.000 dólares. Juan de Rockefeller posee él solo por valor de 49.000.000 de dólares. Tiene, por consiguiente, la mayoría de votos en el consejo de accionistas y la sociedad le sirve para disponer libremente del doble de su capital. Esto puede parecer indiferente desde el punto de vista del reparto de beneficios. Pero el hecho social decisivo no es

el reparto, sino la producción, y en este terreno el poder y, por consecuencia, también la renta de Rockefeller acrece enormemente con los desembolsos de sus consocios.

El sistema de las sociedades anónimas, lejos de impedir los efectos, de la acumulación de capitales, constituye por el contrario, un medio de exagerarlos. El solo favorece las empresas gigantescas que el capital aislado no podría emprender.

Es la forma bajo la cual se verifica la monopolización de las diversas ramas de la industria. Los *trusts,* los ferrocarriles, las grandes bancas, ¿dejan de ser monopolios porque sean sociedades anónimas?

¿Y dejan de ser los instrumentos de que se valen los grandes capitalistas «para monopolizar en provecho propio todas las ventajas de la evolución económica»?

Carecemos de estadística de los tenedores de acciones; pero todo tiende a probar que se produce con el sistema de las sociedades anónimas el mismo movimiento de acumulación y de concentración de los capitales que podemos observar en las empresas capitalistas. No es el número de los poseedores lo que ha aumentado ostensiblemente con el sistema de las sociedades anónimas, sino el de los poseedores ociosos dentro de los de esta categoría. El sistema dispensa a los capitalistas de las funciones que ejercen en una explotación y les hace inútiles en una sociedad capitalista. Este es un hecho que se ha visto claro por el rápido aumento del número de sociedades anónimas.

El aumento continuo de las sociedades depositarias que ahorran a los capitalistas hasta el trabajo de colocar su dinero, ha sido invocado por Bernstein como una señal del aumento de poseedores, pero sólo prueba en realidad ese mismo aumento del número de poseedores ociosos que ha sido ya mencionado y demuestra con qué rapidez la clase de los capitalistas se convierte en inútil para el mecanismo económico de la sociedad y se transforma cada vez más en un parásito del cuerpo social.

El aumento rápido de las sociedades anónimas demuestra, pues, no el aumento del número de propietarios, sino la inutilidad creciente de la producción capitalista, la posi-

bilidad y hasta la creciente necesidad del modo de producción socialista.

Pero Bernstein suministra una prueba más del aumento del número de poseedores.

Si no lo tuviéramos a la vista, empíricamente demostrado por la estadística de las rentas y de las industrias, podría ser probado aquel hecho, por un procedimiento puramente deductivo como consecuencia fatal de la economía moderna.

Lo que desde luego caracteriza el modo de producción moderno es el aumento considerable de la fuerza productiva del trabajo. Su consecuencia es un no menos considerable *aumento de la producción*, producción en masa de *objetos y de géneros de consumo*. ¿Adónde van estas riquezas?, o para precisar aún más la pregunta, ¿adónde va el *producto surplus* que producen los obreros industriales por encima de su propio consumo, limitado por su salario? Aunque los «magnates del capital» tuvieran estómagos diez veces más repletos que lo que les atribuye el espíritu popular, y un número de domésticos diez veces más considerable del que tienen en realidad, en presencia del conflicto de la producción anual su consumo no pesaría gran cosa en la balanza. ¿Dónde queda, pues, la masa de géneros que los magnates y sus domésticos no consumen? Si de ningún modo llega a los proletarios, es preciso que sea acaparada por otras clases. O bien hay una disminución relativa y siempre creciente del número de capitalistas a la par con el creciente bienestar del proletariado, o existe una numerosa clase media: he aquí la única alternativa que nos deja el aumento ininterrumpido de la producción.

Esta es la prueba teórica de la tesis de Bernstein, que, como hemos visto, está empíricamente probada por la estadística de las rentas y de las industrias. Es, en efecto, una prueba de naturaleza especial la pregunta de ¿dónde está la riqueza? Bernstein no demuestra cómo y por qué la riqueza social creciente aumenta el número de los poseedores; le basta con preguntarse qué sería entonces de la riqueza.

Tratemos de hallar la respuesta que el mismo Bernstein hubiera debido dar.

e) *Consumo de la supervalía.*

Consideremos primero a los grandes capitalistas. Basta ojear ligeramente la vida que hace la *crème* de la sociedad en Nueva York, en París, en Londres y en las demás residencias elegantes, para convencernos de que el lujo y la prodigalidad de los ricos crecen en proporciones enormes y degeneran con frecuencia en verdaderas locuras. Las casas de campo, hoteles, yachts, las cacerías, las fiestas y los caprichos de aquellas gentes, sus queridas, sus pérdidas en el juego, todo ello cuesta a cada uno de los reyes de la banca cantidades cada vez más considerables. Los gastos de esas buenas gentes adquieren proporciones incalculables y los monarcas más poderosos sólo pueden imitarles recurriendo a las peores estafas para poder conservar su rango entre la *High-life.* Verdad es que una multitud siempre creciente de parásitos pulula alrededor de los grandes capitalistas y contribuye eficazmente «al fraccionamiento de los capitales ya centralizados». Pero Bernstein no pensaba en esos parásitos, en los jugadores de profesión, en los *jokeys* y en las prostitutas cuando habla del aumento del número de poseedores.

Pero mientras el lujo y la prodigalidad de los grandes capitalistas aumenta, su número crece también muy rápidamente, mucho más rápidamente que el total de la población y que la clase obrera. Es más fácil fijar numéricamente este aumento que sus gastos.

Una prueba del rápido incremento del número de los grandes capitalistas la encontramos en el hecho de que en el Imperio alemán, desde 1892 a 1895, el número de las explotaciones industriales sólo aumenta en 4,6 %, la población en 14,5 %, mientras el aumento del número de las grandes explotaciones que dan ocupación a más de 1.000 obreros fue de 100 %. Esta evolución está indicada, como hemos visto, en la estadística sajona de las rentas imponibles. El número total de las personas censadas en Sajonia, aumentaba entre 1879 y 1894 en 37,4 %, es decir, que ascendía desde 1.084.751, a 1.490.558, mientras que el número de las personas que disfrutaban una renta mayor de 54.000 marcos aumentaba en 272 %, pasando de 338 a 886. Ciertamente la cate-

goría de poseedores de esta última clase progresa rápidamente.

Pero no es tan sólo el número de los pródigos y su prodigalidad lo que aumenta en proporciones que sólo permite, sin que el pueblo se arruine, el admirable aumento de la productividad del trabajo, bajo el régimen capitalista. Se ve aumentar también la prodigalidad impersonal, si se puede decir, que está en relación íntima con dicho régimen.

El mismo Bernstein señala dos causas de esta prodigalidad. «Las crisis y los gastos improductivos de los ejércitos absorben mucho, pero en los últimos tiempos sólo han consumido una fracción de la supervalía total.» Eso es sin duda lo que han hecho en todos los tiempos; se trata solamente de saber cuál es el valor de aquella fracción.

Imposible es fijar con cifras las pérdidas ocasionadas por las crisis, pero se conocen los gastos que cuesta el sostenimiento de los ejércitos.

En el Imperio alemán los gastos de guerra, de marina y del servicio de la deuda pública que sólo procede de las guerras, se elevaban en 1874 a 410.000.000 de marcos, en 1899 se fijaron en 1.011.000.000. Se han *duplicado con exceso* en el tiempo en que la población crecía desde 41.000.000 (1871) a 52.000.000 de habitantes (1895).

Pero estas cifras sólo dan una idea incompleta del derroche. Téngase en cuenta los centenares de miles de hombres hábiles para el trabajo que el ejército permanente obliga a sostenerse improductivos. En 1874 eran 400.000 hombres, en 1899 son 500.000 los hombres cuya fuerza se malgasta. Si consideramos que cada uno de ellos podría producir anualmente por valor de 1.000 marcos (francos 1.250) salario y supervalía inclusive, el despilfarro producido por la permanencia en banderas del ejército permanente alcanzaría la suma de 750.000.000. Agreguemos a esto los gastos militares y obtendremos en la actualidad una suma de cerca de 1.800.000.000 que hace veinticinco años estaba reducida a 1.000.000. En el transcurso de veinticinco años se ha empobrecido el Imperio alemán, por el gasto de su ejército, en 32.000.000.000 aproximadamente, o sea casi seis veces la indemnización de guerra de 1871. Ciertamente que aquí se ve

ya una «fracción bastante considerable de la supervalía».

Si el militarismo no empobrece en absoluto a las naciones, como lo prueba el ejemplo del Imperio alemán, y si es compatible con un aumento de la riqueza pública, se debe a la enorme productividad del trabajo bajo el régimen capitalista. Pero no por ello deja de ser funesto para las naciones que carecen de una industria rica y fuerte. La «fracción de la supervalía total» que absorbe es tan considerable, que la vitalidad económica de aquellas naciones está herida mortalmente, y en ese caso se encuentran España e Italia.

Pero el militarismo y las crisis no son las únicas causas del despilfarro en la sociedad capitalista. En 1899, el autor de estas líneas indicaba otras causas. (Véase *Neue Zeit*, artículo sobre «El despilfarro bajo el régimen capitalista», página 25 y siguientes.) Séanos permitido citar algunos párrafos de aquel artículo.

Una de las principales causas del despilfarro es la *moda*. Las variaciones de la moda no son una ley natural, sino una consecuencia de cierto estado social.

Hoy se tiende a explicar los fenómenos sociales utilizando términos tomados de las Ciencias naturales. Se explica la libre concurrencia de la sociedad burguesa como consecuencia de la «eterna ley natural de la lucha por la existencia» y la locura de las variaciones de la moda se convirtió en una necesidad absoluta el día en que se relacionó con la teoría de la «selección sexual».

No se tuvo, sin embargo, en cuenta un pequeño detalle, y es que la esencia de la moda es el cambio, mientras que los caracteres de la selección sexual son invariables durante los períodos históricos. Aun en la especie humana, vemos que los pueblos todavía cercanos al estado natural permanecen fieles a sus costumbres y a su arquitectura que se transmiten sin modificaciones de generación en generación.

Unicamente ciertos estados de la sociedad determinan los frecuentes cambios de la moda. Esto ocurre en los períodos revolucionarios en que el carácter de la sociedad varía rápidamente, y en los períodos de lujo desenfrenado en que, por una parte, una gran fracción de la supervalía va a las

clases ricas que deben malgastar por lo menos una parte, y por otra la prostitución llega a convertirse en una potencia sexual.

En el mundo animal la selección sexual presenta en los *machos* caracteres que les distinguen: cabellera, plumaje brillante, cuernos, voz armoniosa, etc. La selección sexual que operan las prostitutas del gran y del pequeño mundo, es causa de los trajes sensacionales en las *mujeres*. Lo que más llama la atención es la novedad. De aquí las variaciones de la moda... Pero no es ésta la causa de las variaciones de la moda. Ir siempre vestido a la última moda es una señal de riqueza, tanto más cuanto más cambian las modas. No sólo se desea ir siempre vestido de nuevo, sino también parecerlo. La novedad no consiste sólo en lo nuevo, debe ser diferente de la que la ha precedido. Nada de lo que era moda en la estación pasada, debe utilizarse en la presente... Y no son únicamente las señoras del gran mundo las que cambian con frecuencia sus trajes y adornos. Sabemos que los obreros se ven obligados a comprar productos malos, pero baratos. Los vestidos de las jóvenes y de las mujeres del pueblo se ajan tan rápidamente, que hay necesidad de renovarlos con frecuencia. Se necesitan vestidos nuevos, ¿por qué no los han de comprar de moda? Eso responde al gusto de la época que tiende a borrar las diferencias exteriores de clases, que empuja sin cesar a buscar la novedad. En otro tiempo, los cambios de la moda eran el privilegio de los escogidos. Hoy las «señoras» protestan indignadas de que entre las criadas y las obreras de las fábricas se extiende de día en día el furor por vestirse a la moda. Hoy los efectos de un cambio en la moda se dejan sentir en toda la sociedad y se manifiestan claramente en la producción.

Repentinamente eleva el precio de un gran número de productos que antes no servían para nada, que se echan a perder en los almacenes donde se guardan amontonados si no pueden ser objeto de una transformación. Un enorme despilfarro de productos de toda clase es el resultado de todo cambio de la moda. Pero por esto mismo remedia algo la superproducción y hace posible la fabricación y venta de nuevos productos. No son, pues, los comerciantes y los fa-

bricantes de estos productos los que favorecen o dan lugar a las variaciones de la moda.

En las capas inferiores del pueblo, los cambios de moda sólo se efectúan en los vestidos. En las gentes ricas trascienden también a la decoración de la casa. Gracias a la falta de estilo de nuestra época, puede cambiar a capricho su mueblaje: hoy está en boga el Renacimiento, mañana el estilo *rococó*, pasado mañana el del primer Imperio, hasta que se llega a un maremágnum de bibelots orientales. Claro es que esta eterna variación de los muebles, de los tapices, etc., lleva consigo un despilfarro enorme de trabajo y de materia...

Citemos aún otra forma de despilfarro peculiar de la sociedad capitalista causada por la extensión de las grandes ciudades.

La concentración de grandes masas de hombres en un pequeño espacio ofrece inconvenientes cada vez mayores y origina los más graves problemas para el higienista. Problemas que en el campo no ofrecen dificultades, por ejemplo, la conducción de aguas potables, y el transporte y utilización de inmundicias, el mantenimiento, la instalación de lugares de recreo y esparcimiento, semejantes problemas sólo pueden resolverse con la creación de parques costosos, de construcciones gigantescas, mataderos, canalización, alcantarillas, etcétera. Los panegiristas de nuestra sociedad hablan con orgullo y entusiasmo de estas maravillas del mundo moderno que sobrepujan a las de la antigüedad. Y, sin embargo, aquellos triunfos del genio humano no son más que paliativos destinados a atenuar los inconvenientes insoportables, desconocidos del hombre que vive más cerca del estado natural. Algunas decenas de años, a veces algunos años, bastan para que por consecuencia de un nuevo aumento de la población de la ciudad, se convierta en ilusoria la utilidad de todas aquellas maravillas. Entonces hay necesidad de trabajos aún más gigantescos, aún más costosos, para que la ciudad siga siendo habitable.

Se trata ya de llevar hasta París las aguas del lago de Ginebra y de construir un canal que vierta en la Mancha las inmundicias de la gran ciudad. Semejantes gigantescos trabajos serían completamente inútiles en una sociedad en que no existiera la actual oposición entre el campo y la ciudad. Es un despilfarro absolutamente inevitable con el modo de producción moderno. Y al mismo tiempo, ¡qué despilfarro de abonos!

La necesidad, siempre creciente, de construcciones nuevas, es, naturalmente, muy favorable al desarrollo de la industria de la

edificación. El crecimiento de las grandes ciudades la favorece también por otro concepto. Cada vez se despueblan más los campos para ir a establecerse en las ciudades. Las granjas se vacían, sus antiguos habitantes necesitan nuevas casas en la ciudad. Hay necesidad de construir más fincas, no porque aumente la población, sino porque ésta cambia de lugar, cambio que no es motivado por los atractivos de una región más sana, más agradable, más fértil, ni por el deseo de hacer más productivo el trabajo, sino por la necesidad de vivir más cerca del mercado donde toda la mercancía, incluso la mercancía trabajo, tiene más probabilidades de encontrar adquirente que en las soledades situadas lejos del mercado.

Por otra parte, el crecimiento de las grandes ciudades activa también las edificaciones en el campo. Contra todos los preceptos de la higiene, las grandes ciudades son cada día menos sanas, y se hace indispensable a los que residen en ellas, el pasar una parte del año lejos de la ciudad, respirando el aire puro del campo, de la montaña o del mar. Lo que antes era considerado como un lujo propio de la nobleza, que tenía una casa en la ciudad y otra en el campo, es cada vez más necesario para cualquier familia burguesa. Al lado de las granjas que se vacían se construyen villas y hoteles, habitados durante algunas semanas y vacíos durante todo el resto del año.

La extensión de las grandes ciudades tiene también, como consecuencia, el crecimiento constante del número de casas, que sólo se utilizan de un modo incompleto, de suerte que su construcción es también un despilfarro.

A medida que la ciudad se extiende, se verifican en ella nuevas modificaciones. Toda la vida comercial se concentra en un barrio relativamente poco extenso. Hacia aquel punto afluye toda la población que vive de los negocios, allí acuden todas las mercancías que consume o almacena la gran ciudad. Desde allí los hombres y los productos vuelven a salir con dirección a la periferia o a las corrientes del comercio internacional.

Este movimiento constante de hombres y de productos crece de año en año, reclama una extensión creciente de medios de comunicación en el criterio de la ciudad, y de tiempo en tiempo una rectificación de vías, la construcción de nuevas estaciones, etc. Y en tanto que el espacio que se dejó libre para las casas disminuye, son cada vez más buscados los almacenes, los despachos, y las tiendas en el centro de la ciudad. Por consecuencia, hay que reemplazar las antiguas casas bajas por nuevas más altas. Resulta de ello que el centro de la ciudad está continua-

mente removido. Y estas demoliciones, estas nuevas edificaciones no son motivadas por el crecimiento de la población, ni por consideraciones técnicas ni porque se arruinen los edificios, sólo son consecuencia del sistema de producción moderna.

En esto, como en todo, la producción capitalista aparece como un sistema de producción revolucionario que no admite nada perdurable. Hoy destruye lo que ayer creó, trata de desechar lo que aún es utilizable, y sin preocuparse lo más mínimo declara que todo el trabajo de la víspera ha sido inútil, y que mañana se malgastarán nuevas fuerzas.

Presentar otros ejemplos nos llevaría demasiado lejos. Nos contentaremos con indicar otro género de despilfarro.

La evolución capitalista produce un incremento constante en el ejército de reserva de la industria, como ya hizo notar Marx. Bernstein no da su opinión sobre este particular, pero no le contradice. Una parte de este ejército de reserva, aparece bajo la forma de obreros sin trabajo; otra, bajo la de todas clases de existencias parásitas, siendo una de las más comunes la del comerciante en pequeño. No tenemos datos estadísticos comparables entre sí del número de obreros sin trabajo en diferentes épocas. Su número varía con el estado de los negocios. Todos los indicios demuestran que aquel número creció en proporciones amenazadoras en la era de depresión que comenzó en 1873. Lo mismo ocurrió durante la crisis que siguió, principalmente desde 1892 a 1894. Pero ni aun durante las eras de prosperidad desapareció jamás por completo el número de los obreros sin trabajo.

En 1895 se averiguó en el Imperio alemán el número de obreros sin trabajo. Comenzaba ya entonces el impulso económico. El 14 de junio se contaron 299.352 y el 2 de diciembre 771.005, o sea en el primer caso el 1,9 % y en el segundo el 4,8 % del número total de obreros.

Los obreros sin trabajo se clasifican, según la causa de su paro, en la siguiente forma:

Enfermedades		Otras causas	
14 junio	2 diciembre	14 junio	2 diciembre
120.348	217.365	179.004	553.640

Según este cuadro, el número de obreros que por otras causas diferentes de las enfermedades estaban sin trabajo, se elevaba al 1,11 % del número total de obreros en verano, y al 3,43 % en invierno.

En determinadas profesiones, las variaciones del paro eran enormes. El siguiente cuadro lo demuestra:

	Obreros sin trabajo, no incluidos los enfemos		Por 100 obreros, había sin trabajo		Por 100 obreros sin trabajo en junio hubo en diciembre
	14 junio	2 diciembre	14 junio	2 diciembre	
Agricultura .	18.442	158.340	0,33	2,82	858,06
Canteros y desmontistas	3.058	20.615	0,65	4,40	674,01
Edificación .	19.408	145.121	1,68	12,60	747,74

El número de obreros sin trabajo es sumamente considerable en algunas grandes ciudades. En el cuadro siguiente no estaban incluidos los enfermos. Por 100 obreros había sin trabajo:

14 junio 1895		2 diciembre 1895	
Hamburgo	6,24	Altona	9,51
Altona	5,79	Dantzig	9,09
Berlín	4,70	Koenigsberg	7,57
Leipzig	4,05	Stettin	7,19
		Hamburgo	6,94
		Berlín	6,36
		Magdeburgo	6,11

Estas cifras dicen bastante. Pero aún dirían más si en vez de referirse a dos fechas, se hubieran contado todos los obreros que durante un año tuvieron que estar parados, y los que estaban ocupados en otra clase de trabajos que no eran los de su profesión habitual.

En Inglaterra, entre los obreros organizados, que tienen un trabajo más constante que la masa de obreros no organizados, el número de ellos sin trabajo ascendió, en 1893, a 7,5 %, en 1894, a 6,9 %, y en 1895, a 5,8 % del número de obreros asociados.

El mejor censo que se ha hecho de los obreros sin trabnajo es el último de los Estados Unidos. No se refiere tan sólo a las personas sin trabajo en un día determinado, sino que comprende a todos los que en el transcurso de un año (desde el 1.° de junio de 1889 al 31 de mayo de 1890) dejaron de trabajar aunque sólo fuera un día.

Existían 3.013.177 varones y 510.613 mujeres sin trabajo, o sea el 13 % de las mujeres y el 16 % de los varones que ejercían una profesión, porque en aquella ocasión no se trataba únicamente de los *obreros*. ¡Y era aquélla una época de prosperidad económica!

Las personas sin trabajo se distribuían, entre las diversas ramas de la industria, en la forma indicada en el cuadro de la página siguiente.

La mayor parte de los desocupados pertenecía, como se ve, a la industria y a los servicios personales, casi *una cuarta parte* de las personas empleadas en estas profesiones.

El siguiente cuadro indica la duración del paro de las personas censadas:

	De 1 a 3 meses		De 4 a 6 meses		De 7 a 12 meses	
Personas sin trabajo	Núm. absoluto	%	Núm. absoluto	%	Núm. absoluto	%
Sexo mascul. . .	1.553.750	51,57	1.179.426	39,14	279.932	9,29
Sexo femen. . .	265.106	51,92	188.992	37,01	56.515	11,07

¡Cerca de la mitad estuvieron más de cuatro meses sin trabajo durante aquel año! Según los cuadros del censo, hubo una media cada mes de más de *un millón* de personas sin trabajo, o sea cerca del 5 % de las personas que tenían una

	VARONES Mayores de diez años			MUJERES Mayores de diez años		
		Sin trabajo			Sin trabajo	
	Total	Valor absoluto	%	Total	Valor absoluto	%
Agricultura, pesca, minas .	8.333.813	1.120.827	13,45	679.523	108.973	16,04
Profesiones liberales (*profesional service*)	632.646	54.654	8,64	311.657	87.920	28,21
Servicios personales . . .	2.692.879	689.307	25,60	1.667.698	130.774	6,62
Comercio y tráfico	3.097.701	247.757	8,00	228.421	15.114	7,84
Industria	4.064.051	900.572	22,16	1.027.242	167.832	16,34
Totales	18.821.090	3.013.117	16,01	3.914.541	510.613	13,00

profesión. ¿Qué hubiera ocurrido en una época de crisis? Sobre este particular no se ha hecho ningún censo.

Pero las personas sin trabajo sólo son una parte de ese excedente relativo de la población que crea el progreso del capitalismo. Aquel a quien su profesión deja sin trabajo, que no pertenece a una organización que le socorra y que no tiene esperanza de volver a hallar ocupación, busca, aunque sólo sea provisionalmente, un asilo en otra parte. Acudirá especialmente al pequeño comercio, a los oficios de buhoneros, de vendedores ambulantes, etc., que generalmente no son más que formas de existencia poco superiores a la mendicidad.

Desde 1882 a 1895, el número de personas dedicadas a la agricultura en el Imperio alemán ha permanecido poco más o menos estacionario; los industriales han aumentado en 29,5 % y los dedicados al comercio y al tráfico, en 49 %.

Agreguemos, como aclaración de nuestras observaciones anteriores referentes a la industria de la edicicación, que el número de personas dedicadas a esta industria ha acrecido en 42,9 %, mientras que la población total del Imperio sólo creció en un 14,5 %.

Estos ejemplos presentan una serie de fenómenos que, aun sin que aumente el número de los poseedores, puede compensar los efectos de una productividad creciente. Por una parte, aumento constante de despilfarro de fuerzas de trabajo, del número de elementos improductivos de la sociedad. Por otra parte, aumento del despilfarro de los productos del trabajo.

Pero aún no hemos señalado el canal más importante por donde se escapa el excedente siempre en aumento de los productos. La *acumulación de los capitales.*

Bernstein habla como si viviéramos todavía en los tiempos en que los explotadores no sabían disponer de los diezmos en especie exigidos a sus súbditos más que consumiéndolos con sus compañeros y servidores.

Aunque los *magnates del capital* tuvieran estómagos diez veces más repletos que los que el espíritu popular les atribuye, y un número de domésticos más considerable que lo que en realidad

tienen, en presencia del total de la producción nacional, su consumo no pesaría gran cosa en la balanza.

Luego, según Bernstein, los grandes capitalistas sólo emplean sus rentas anuales en engordar ellos y sus criados. No es, por lo tanto, sorprendente que se pregunte adónde va el resto.

Si se acordara de *El Capital*, de Marx, con otro propósito que el de descubrir contradicciones y desfigurar los hechos, sabría que el capítulo vigésimo segundo, que trata de la transformación de la supervalía en capital, es uno de los más importantes y de los más hermosos del libro. La renta anual de los capitalistas se divide en dos partes: el fondo de consumo individual y el fondo de acumulación. Cuanto mayor es el uno, más débil es el otro. La misión social del capitalista estriba, sobre todo, en acumular capital. En el principio de la producción capitalista, cuando la productividad del trabajo y la supervalía, y por consiguiente, la renta del capitalista medio, son débiles, la prodigalidad del capitalista haría dudosa la acumulación del capital. Entonces la prodigalidad se considera como vicio nobiliario, al que se opone como virtud burguesa la economía, esto es avaricia. Pero cuanto más se eleva la productividad del trabajo, puede acelerarse más la acumulación de los capitales, y al mismo tiempo puede desarrollarse el lujo de los capitalistas.

El capitalista opulento puede satisfacer entonces con más libertad sus inclinaciones groseras o delicadas, y transformar, al mismo tiempo, en nuevos medios de producción una gran parte de la supervalía que atesora. Cuando pregunta Bernstein, ¿qué se hace del exceso de producción? debe examinar las nuevas máquinas, que se instalan al lado de las antiguas, las modernas fábricas, los establecimientos metalúrgicos, las minas, los ferrocarriles, que se explotan paralelamente a otros; que vea cómo en países que hace diez años escasamente o aún menos, estaban desiertos o eran patria de bárbaros primitivos, se desarrollan una agricultura capitalista, un sistema de medios de comunicación capitalista, una industria capitalista: toda esa enorme canti-

dad de nuevos medios de producción es el producto del exceso de trabajo que los proletarios proporcionan al capital. Son debidos a los beneficios capitalistas como sus trufas, sus ostras, los diamantes de sus esposas y de sus queridas.

La clase capitalista desarrolla un lujo como no se ha visto jamás desde los tiempos del Imperio romano. Al mismo tiempo extiende la productividad del trabajo y el dominio de la producción capitalista con una rapidez que deja atrás todo lo que se ha visto en la Historia. ¡Y en presencia de esta evolución tan notable, tan prodigiosa, pregunta Bernstein qué se hace de la supervalía! Y cree que la supervalía que no tiene cabida en los grandes estómagos de los grandes capitalistas va a llenar los de otros poseedores, y como todos los estómagos, aun los de los más ricos millonarios, tienen una capacidad limitada, para Bernstein el aumento de la supervalía representa forzosamente el aumento de los estómagos que deben tragar, y la transformación de los poseedores de aquellos estómagos en propietarios.

He ahí como da Bernstein un carácter más científico a *El Capital* de Marx: disuelve sus contradicciones y sus sofismas en el jugo gástrico de los poseedores.

Hemos visto que el crecimiento de la supervalía no lleva como consecuencia necesaria el aumento del número de los poseedores. De la misma manera que ni las cifras de la estadística del impuesto sobre la renta, ni el sistema de las sociedades anónimas, ni el aumento del número de obreros, ni la productividad de su trabajo y de la explotación —de todo esto resulta el aumento de la supervalía— demuestran que el reparto de las fortunas se haga en otra dirección que en la de la acumulación de los capitales.

Admito esto, pero sólo para evitar cualquier mala interpretación, añadiremos algunas palabras. Hemos visto que Bernstein no nos permite adivinar lo que entiende por aumento del número de poseedores: si quiere decir aumento del número de capitalistas, mejoramiento de las condiciones de la existencia para la población en general, o formación de una clase media en lugar de la antigua que desaparece. Son

tres fenómenos muy diferentes que deben distinguirse con el mayor cuidado.

Hemos visto lo que ocurre con el aumento del número de los capitalistas. Sólo hemos podido comprobar un aumento rápido del número de grandes capitalistas y, por el contrario, una disminución relativa del número de pequeños empresarios; y no hemos visto que el sistema de las sociedades anónimas haga aumentar el número de las pequeñas fortunas.

La agravación de la miseria en la masa del pueblo es otra cuestión. Claro es que puede mejorar el bienestar general del proletariado al mismo tiempo que disminuye el número de los pequeños capitalistas.

Bernstein considera esta cuestión resuelta y cree superfluo ocuparse más de ella:

> La *teoría del crecimiento de la miseria* está universalmente desechada en nuestros días, si no con todas sus consecuencias a lo menos hasta el punto de que sólo metafóricamente se habla de ella.

Pero la cuestión no es tan sencilla ni tan cómoda, y como esta «teoría» ha sido atacada en los últimos tiempos por alguien más que Bernstein, nos parece oportuno dedicarle aquí algunas páginas.

f) *La teoría del crecimiento de la miseria.*

La frase «teoría del crecimiento de la miseria» no proviene de Marx ni de Engels, como tampoco las de la «teoría del derrumbamiento» y la «teoría de las catástrofes». Han sido creadas por escritores que criticaron sus tendencias.

Verdad es que Marx ha pretendido, en su capítulo sobre la tendencia histórica del capital a acumularse, que hay un crecimiento «de la miseria, de la opresión, de la esclavitud, de la degradación, de la explotación». Pero hace también constar que aumenta «la resistencia de la clase obrera, cada

vez más numerosa y más disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo de la producción capitalista».

Bernstein niega que pueda deducirse de esto que Marx hable aquí de la madurez y de la fuerza creciente del proletariado:

¿Puede traducirse el pasaje de la frase de Marx en que trata del aumento del número, de la unión y de la disciplina del proletariado, por madurez y fuerza creciente del proletariado? ¿Cómo conciliar entonces estos dos últimos hechos con la degeneración y servilismo crecientes del proletariado? Lejos de mí la idea de disputar por el significado de las palabras; pero he de afirmar que para mí, entre el aumento del número, de la unión, de la disciplina —en el supuesto de que aquí se trata de la educación política— y el aumento de madurez y de fuerza, hay una gran diferencia, diferencia equivalente a la que existe entre el «triunfo pasajero y una supremacía definitivamente consolidada».

Resulta verdaderamente molesto que tengamos que «disputar por el significado de las palabras» para poder deducir con claridad el sentido del párrafo citado. Pero aunque diera lugar a un gran número de interpretaciones, hay que hacer notar que se encuentra al final de una obra de 800 pasajes, obra que resume el trabajo político y científico de veinte años. Si se quiere comprender la frase escultural del resumen, se trata no de discutir palabras, sino de estudiar la obra de Marx, el contenido de sus escritos. Pero ante todo debemos considerar los mismos hechos que nos ofrece la realidad.

Si procedemos de esta manera, encontramos tres interpretaciones posibles de la «teoría del crecimiento de la miseria», tres interpretaciones que no se excluyen, sino que, por el contrario, se completan y están entre sí en estrecha relación.

En primer lugar, se puede considerar la frase como expresiva de dos *tendencias* contrarias, una rebajando al proletariado, otra elevándole. El antagonismo de estas dos tendencias no es más que el antagonismo entre el capitalista y el asalariado. Los capitalistas tratan sin cesar —y a ello se ven obligados por la concurrencia— de oprimir cada vez

más a sus obreros, de reducir el tiempo de trabajo, de disminuir sus salarios, su independencia, etc. Pero tarde o temprano, la clase obrera unida y organizada, de la misma manera que la producción capitalista, tratará de escapar a la opresión y a la esclavitud.

Este es un hecho por todos conocido. Pero cuando ocurre vienen los economistas liberales y dicen: sí, es justo, pero la tendencia del proletariado al empobrecimiento no es más que un fenómeno particular en el comienzo del régimen capitalista y que ya no se reproducirá más adelante. Es inexacto. Lo que desaparecerá son muchos resultados de aquella tendencia a la agravación de la miseria del proletariado, pero no la misma tendencia. Esta hállase ligada estrechamente al sistema de explotación capitalista y no puede desaparecer más que cuando desaparezca el sistema. La tendencia de los patronos a rebajar al proletariado o por lo menos a oponerse con todas sus fuerzas a las tentativas que hace para elevarse, es una consecuencia natural de la forma de producción capitalista, de la concurrencia, de la cacería de beneficios, que tiende a disminuir constantemente todos los gastos de producción y, por consecuencia, los jornales de los trabajadores. Algunas veces los fabricantes —mirlos blancos por lo raros— llegan a reconocer que los salarios elevados y la reducción de horas de trabajo dan un trabajo más productivo; pero no por ello desisten de su tendencia a agravar la miseria del proletariado. Precisamente esos fabricantes inteligentes son los que intentan reducir el número de sus obreros empleando métodos y máquinas que permiten ganar tiempo a la vez que sustituyen trabajadores hábiles bien retribuidos por trabajadores inhábiles mal pagados. Y por doquiera vemos que se constituyen sindicatos patronales para acabar de reducir al estado de esclavos sin voluntad a los obreros ya esclavizados y degradados.

Allí donde los obreros consiguen, en parte, educarse como los patronos, que es lo que ocurre en Inglaterra, disminuye la rudeza en las formas de la lucha entre las tendencias capitalistas a la agravación de la miseria y las tendencias a elevarse del proletariado, pero la lucha subsiste y adquiere proporciones cada vez más colosales, puesto que la masa, la

homogeneidad, la acometividad de los elementos antagónicos crece constantemente por ambas partes.

Así, pues, en el sentido de una tendencia, ineluctable en la sociedad capitalista y cada vez más pronunciada, tiene Marx perfecta razón para hablar de los progresos de la miseria, de la servidumbre y por otra parte del aumento del descontento.

Pero aún puede admitirse otra interpretación. La palabra *miseria* puede significar *miseria física;* también puede significar *miseria social.* En el primer sentido, la misera se refere a las necesidades *fisiológicas* del hombre, necesidades que, ciertamente, no son siempre ni en todas partes las mismas, pero que, sin embargo, no son tan diversas como las *necesidades sociales* cuya falta de satisfacción produce la miseria social. Si se diera a la palabra la significación fisiológica, no sería, en verdad, sostenible la afirmación de Marx. Precisamente en los países capitalistas más adelantados, no es posible observar una progresión general de la miseria física; todo demuestra, por el contrario, que en ellos la miseria física disminuye. La clase obrera vive hoy mejor que hace cincuenta años. Sería un error atribuir este progreso al aumento de los salarios, porque no debe olvidarse que durante ese período de tiempo la vida se ha hecho mucho más cara. Si en los últimos años ha bajado el precio de los cereales y hasta el de la carne, se ha dejado sentir el movimiento opuesto en otros artículos, especialmente en los alquileres y en los impuestos.

Se alega la disminución del número de pobres, como puede observarse, por ejemplo, en Inglaterra, y se olvida que los sindicatos y las cajas de socorros mutuos deben sostener con las contribuciones de los obreros a muchas gentes, sin trabajo, inválidos y enfermos. Estos gastos, que en otras épocas corrían a cargo de la asistencia pública y, por consecuencia, se traducían en un impuesto que pesaba sobre todas las personas acomodadas, hay que restarlos de los salarios cuando se compara lo que son hoy y lo que eran antes.

El progreso no es, ni con mucho, tan grande como parece por el examen de los salarios, y todavía cuando se

reduce el valor de los salarios en dinero a su equivalencia en trigo, los resultados son mucho más favorables, porque no se toman en cuenta en este cálculo los víveres cuyo precio ha aumentado.

En ninguna parte han sido las circunstancias tan favorables como en Inglaterra para el desarrollo de la calse obrera. Sidney Webb, tan moderado, tan poco dado a las exageraciones, ha observado los cambios ocurridos desde 1837 en la situación del proletariado inglés y ha deducido lo siguiente:

Se puede demostrar que, si desde 1837 ha hecho grandes progresos una fracción importante del proletariado, otras fracciones sólo han logrado una parte inferior, si han logrado alguna, en el progreso general de la riqueza y de la civilización. Si consideramos las diferentes condiciones de vida y de trabajo, y nos fijamos un nivel, por debajo del cual no pueda el obrero vivir regularmente, encontraremos que, en lo concerniente a los salarios, la duración del trabajo, el alojamiento y la cultura general, la *proporción* de los que están por debajo de aquel nivel es menor que en 1837. Pero encontraremos también que el *nivel más bajo de hoy no es más elevado que el de 1837*, y que el número de los que están por debajo del nivel que hemos determinado, *excede* en *valor absoluto* al número encontrado en 1837. *La miseria es hoy tan profunda como lo haya sido nunca en la época que más y está tan extendida si no más que entonces.* (*Labour in the longest reign*, pág 18.)

Diez años antes había obtenido el mismo resultado Federico Engels. En la *Neue Zeit* escribía en 1885 acerca de la clase obrera inglesa:

«Una progresión duradera (data de 1848) sólo puede comprobarse en dos fracciones privilegiadas de la clase obrera. Comprende la primera a los obreros de las fábricas. La determinación, por ministerio de la ley, de una jornada de trabajo razonable, relativamente, por lo menos, ha permitido un mejoramiento en su constitución física y les ha dotado de una superioridad moral que ha crecido aún más por su concentración local. Su situación es, indudablemente, superior a la que tenían en 1848.

»El segundo grupo está formado por las grandes *Trade Unions.* Son organizaciones de las industrias en que sólo puede utilizarse el trabajo de los *hombres adultos.* La concurrencia de las mujeres, de los niños, de las máquinas, no ha podido quebrantar sus organizadas fuerzas.

»Los maquinistas, los carpinteros y ebanistas, los obreros de la edificación, tienen Sindicatos poderosos, tan poderosos, que pueden oponerse victoriosamente, como los últimos, por ejemplo a la introducción de máquinas. Ciertamente ha mejorado su situación desde 1848. La mejor prueba de ello es que al cabo de quince años no solamente sus jefes están satisfechos de ellos, sino que también ellos están satisfechos de sus jefes. Constituyen una aristocracia dentro de la clase obrera; han conseguido crearse una situación bastante confortable y aceptan como definitiva esta situación. Son los obreros modelos de los señores Leone Levi y Giffen y del buen Lujo Brentano, y en efecto, son gentes muy agradables, muy abordables por todo capitalista inteligente en particular y por toda la clase capitalista en general. Pero para el resto de la gran masa de obreros, su miseria, su poca seguridad es tan grande o mayor que ha sido nunca. «East-End» en Londres es un infierno donde aumentan sin cesar la miseria, la desesperación, el hambre, durante los paros, la degradación física y moral cuando se trabaja.»

Las anteriores líneas forman *pendant* con las de Webb. Pero si los dos cuadros son verdaderos, si en el Eldorado del trade-unionismo de las sociedades cooperativas, del socialismo municipal, no están más adelantados los obreros, ¿qué diremos de los progresos que han hecho en otras partes?

Si el proletariado necesita un período de tiempo tan largo para librarse de la miseria física, resulta una agravación constante de la *miseria social,* porque la productividad del trabajo crece con inaudita rapidez. Lo cual significa que la clase obrera queda excluida, cada vez en mayores proporciones, de los progresos que son obra suya, y que las condiciones de la vida mejoran más rápidamente para la burguesía que para el proletariado, de modo que cada vez se ensancha más el foso que separa a los dos clases.

Podría creerse que en una teoría *social,* debía tomarse el concepto de la miseria en el sentido *social.* Bernstein no es de esta opinión. En la concepción de la miseria como

fenómeno social, no ve otra cosa sino la renuncia de la «teoría de la miseria», no una renuncia «franca» —nosotros los «apologistas», y los «abogadillos» somos incapaces de ella— sino «por lo menos hasta el punto de hablar sólo metafóricamente».

Es, dice en la edición alemana (este párrafo está suprimido en la edición francesa, pero es importante para la cuestión que ahora tratamos) lo que hace H. Cunow en su artículo sobre la teoría catastrófica. Cuando Marx, al final del primer tomo de *El Capital* habla del aumento de la miseria, consecuencia de la forma de producción capitalista, añade que no debe entenderse por esto una regresión absoluta de las condiciones económicas de la existencia del obrero, sino más bien una «regresión de su situación social relativamente con los progresos de la cultura, por consecuencia relativa del aumento de la productividad y de las nuevas necesidades nacidas de los progresos de la civilización».

El concepto miseria no es absoluto. Lo que puede parecer una situación envidiable a un obrero de cierta categoría, al que una gran diferencia de cultura separa de su patrón, puede parecer a otro obrero quizá de categoría superior en inteligencia a su patrón, un estado «tal de miseria y de opresión que lo rechace con indignación».

Desgraciadamente, en la frase en cuestión, Marx no habla tan sólo de la agravación de la miseria y de la opresión, sino también de la agravación de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación. ¿Debemos entender también estas expresiones en su sentido a la «Pickwick»? ¿Por ejemplo, una degeneración del obrero que lo es sólo relativamente al progreso general? No es ésa mi intención, ni tampoco la de Cunow sin duda. No. Marx se expresa aquí en términos muy positivos cuando habla «del número sin cesar decreciente de los potentados del capital que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este período de la evolución social y del aumento de la miseria, de la opresión, etcétera» (*El Capital*, tomo I, cap. XXIV).

Es posible basar la teoría catastrófica sobre esta oposición, pero es imposible edificarla sobre la miseria moral del subordinado que es intelectualmente superior a su jefe, como se demuestra en las oficinas y en todas las instituciones jerárquicas.

Esto es lo que llama entrar en el fondo de la cuestión. Para Bernstein la miseria social, el contraste creciente entre

la manera de vivir del burgués y la del proletario, se convierten súbitamente en miseria moral de subordinado que intelectualmente es superior a su jefe, la miseria moral del genio desconocido. Concebir la miseria como un fenómeno social y no físico, es para Bernstein dar a la palabra una significación a la Pickwick; si así fuera, «Pickwick Club» no es un club despreciable.

Recuerdo el conocido pasaje de las *Respuestas*, de Lassalle.

Toda miseria y todo dolor humano dependen únicamente de la relación entre las necesidades, las costumbres y los medios de satisfacerlas en un momento dado. Toda miseria y todo dolor humano, lo mismo que todas las satisfacciones humanas, se miden, pues, por la comparación con la situación en que se encuentran *otros hombres de la misma época*, atendiendo a las necesidades que se han creado por la costumbre. Se apreciará, pues, la situación de una clase social comparándola con la situación de las otras clases en la misma época.

Ya en 1850 se expresaba Rodbertus [14] de manera análoga en su primera «carta social» a von Kirchmann.

La pobreza es un concepto social, y por consecuencia, relativo. Yo sostengo que las necesidades legítimas de las clases trabajadoras, desde que han alcanzado una situación social más elevada, han aumentado, y que sería inexacto, hoy que han alcnzado aquella situación, que no hablásemos de una agravación de su situación material, máxime cuando los salarios continúan lo mismo... Si a esto se agrega que el aumento de la riqueza nacional le ofrece medios para que aumenten sus rentas, en tanto que este aumento sólo beneficia a las otras clases, claro es que la situación de las clases trabajadoras debe conmoverse por el antagonismo entre el deseo y la satisfacción del deseo, entre la atracción del goce y su renuncia forzosa.

Lo que prueba que Marx pensaba esto, es que habla de la agravación de la miseria en *El Capital*, la obra en que

14. Karl Rodbertus (1805-1875): Destacado economista alemán, máximo representante del llamado "socialismo ricardiano".

pone de relieve la regeneración de la clase obrera inglesa por la influencia de la nueva legislación industrial. Y Engels hacía notar en 1891, el año en que se redactó el *Programa de Erfurt,* que el antagonismo creciente entre el capital y el trabajo proviene de que la clase capitalista reserva para sí la mayor parte de los productos cuya masa se agranda constantemente, en tanto que la parte destinada a la clase obrera (calculando a tanto por cabeza) sólo crece muy lentamente y muy poco, o no crece nada, y aun en ciertos casos *puede* disminuir, no decimos que *debe* disminuir. (Prefacio de *Salario y Capital,* de Marx. Véase también el prefacio de la segunda edición de la *Situación de las Clases Trabajadoras en Inglaterra,* pág. 10.)

No vamos, pues, en mala compañía con nuestro Pickwick Club. Y estos Pickwicks empezaban ya a «hablar sólo metafóricamente» de su «teoría de la miseria» cuando la estaban produciendo.

La agravación de la miseria, en el sentido social, está reconocida por los mismos burgueses; pero le dan otro nombre: la llaman *avaricia.* El nombre nos importa poco. Lo importante es el hecho de que aumenta siempre la distancia entre las necesidades del asalariado y la posibilidad de satisfacerlas por medio de su salario, y que al mismo tiempo se ensancha más el foso entre el capital y el trabajo. En esa miseria creciente de los obreros robustos física e intelectualmente, y no en una creciente desesperación de hordas escrofulosas semiebrutecidas, es en donde veía el autor de *El Capital* la fuerza que ha de dar el más poderoso impulso al movimiento socialista. No se desmentirá su eficacia porque se pruebe que van mejorando las condiciones de la existencia del obrero. Sería, en verdad, muy difícil el demostrar por medio de cifras que va creciendo la miseria social. Se necesita un largo período de datos exactos sobre la masa de los valores creados anualmente y su distribución entre proletarios y capitalistas, si quisiéramos averiguar cuánto se ha agravado la explotación de los proletarios y hasta qué punto ha empeorado su situación social.

Pero tenemos algunos indicios que nos permiten reconocer la marcha de la evolución.

Marx nos ha mostrado en *El Capital* el gran medio por el cual aumentan los patronos la miseria de la clase obrera, aun allí donde el trabajo es remunerado con su justo valor, donde el salario no se ha disminuido por debajo de los gastos indispensables para la subsistencia de la clase obrera. Este medio es el esfuerzo que hacen para aumentar la supervalía *absoluta* y la supervalía *relativa.*

La manera más sencilla de aumentar la primera, es *prolongar la jornada de trabajo.* Pero este procedimiento encuentra pronto el límite de aplicación en el agotamiento del obrero. No se puede pasar de cierto punto, y una vez traspasado, hay, forzosamente, que reducir la jornada de trabajo. En el sentido de esta reducción obran una porción de factores que sería imposible enumerar aquí. El resultado es que en la lucha por la duración de la jornada de trabajo se ha impuesto en todos los países capitalistas en el transcurso de un cuarto de siglo la disminución de la jornada. Con relación a esto no se puede hablar, pues, de aumento de la miseria. Pero esta reducción está en general compensada por el aumento de la cantidad de trabajo suministrado en un tiempo determinado, por la «intensidad» del trabajo, y con frecuencia se aplican los sistemas más refinados del salario, a las primas y la participación en los beneficios. Con todo esto puede decirse que en los países de gran producción capitalista el rebajamiento del obrero por el aumento de la supervalía absoluta ha llegado a sus límites. Pero si el capital encuentra cerrada aquella vía de aumento de la supervalía, recurre con mayor ardor a los medios de aumentar la supervalía relativa: por la división del trabajo y el perfeccionamiento de las máquinas reemplaza los obreros instruidos por obreros ignorantes, los hombres por mujeres, los adultos por niños. Este último medio está limitado por las leyes protectoras del obrero, pero de un modo muy imperfecto. La protección de los niños mayores de catorce años es insuficiente aun en las mejores legislaciones protectoras de los obreros, y quedan impunes las peores formas de la explotación de la infancia.

Los progresos de la maquinaria y del trabajo de las mujeres no encuentran obstáculos ni deben encontrarlos si no

se quiere paralizar la evolución económica. En ningún caso puede impedirse a los capitalistas el empleo de estos dos medios, los más eficaces para rebajar la situación del obrero, y usarán tanto más de ellos cuanto mayor dificultad encuentren en recurrir a otros medios.

La extensión del trabajo de las mujeres y de los niños es ya un síntoma cierto de la agravación de la miseria de la clase obrera, no necesariamente de la miseria física, sino una acentuación constante de la impotencia para satisfacer las necesidades de la familia con la sola ayuda del salario del padre. No es indiferente el que este hecho provenga de que disminuya el salario o de que las necesidades aumenten. En el segundo caso, la miseria producirá el descontento mucho antes, y este descontento producirá también, mucho antes que en el primer caso, efectos duraderos. Pero en uno y otro caso se podrá hablar de la agravación de la miseria. Allí donde el salario del padre no sea suficiente para mantener a la mujer y a los hijos, sucederá que por una parte los hijos y las mujeres de los obreros tendrán que ir a la fábrica para ganar jornal, y por otra parte los hombres no se casarán y buscarán en la prostitución lo que no quieren pedir al matrimonio. De esta manera aumentará el número de las mujeres solteras que se verán igualmente obligadas a buscar trabajo. Así disuelve la familia la producción capitalista sin reemplazarla por otra, y así crea una causa de las más importantes de aumento de la miseria y de la degeneración.

Al mismo tiempo, la proporción de las personas adultas crece con relación a la población total.

Según el censo de 1880, los niños mayores de 15 años eran en Alemania 35,4 % de la población y en 1890 35,15 %.

El número de los casados, viudos y divorciados aumentó en el mismo lapso desde 18.100.000 a 19.800.000, es decir, aumentó en 9,3 %; el de los solteros menores de 15 años pasaba desde 11.100.000 a 12.300.000, es decir, aumentaba en un 10,2 %.

El número de los matrimonios varía según las oscilaciones del movimiento de los negocios, pero decrece siempre. El siguiente cuadro da el número de matrimonios por 1.000 habitantes:

	Alemania	Austria	Francia	Gran Bretaña
1872	10,3	9,3	9,7	8,5
1873	10,0	8,9	8,8	8,6
1874	9,5	9,0	8,3	8,3
1880	7,5	7,6	7,4	7,3
1881	7,5	8,0	7,5	7,5
1882	7,1	8,2	7,4	7,6
1890	8,0	7,6	7,07	7,6
1891	8,0	7,8	7,5	7,7
1895	7,9	7,9	7,5	7,4

Al mismo tiempo adquirió un desarrollo considerable el trabajo de las mujeres. En el Imperio alemán creció el número de las mujeres trabajadoras, entre 1882 y 1895, desde 5.541.517 a 6.578.350; es decir, aumentó en más de *un millón.*

En la industria y el comercio se observó el siguiente aumento desde 1882 a 1895:

	Varones	Mujeres	Media
Empleados	115,6 %	254,7 %	118,9 %
Obreros	52,8 %	104,9 %	62,6 %

El aumento del número de las obreras era *dos veces más rápido* que el número de los obreros.

El socialista ruso P. de Struve y otros me objetaron que en América disminuye el trabajo de las mujeres.

Pero es un error.

En los Estados Unidos se han contado:

	1880	1890	Aumento %
Obreros	14.744.942	18.821.090	27,64
Obreras	2.647.157	3.914.571	47,88

Al mismo tiempo ha aumentado la población femenina más lentamente que la masculina.

El aumento era para los obreros	27,64 %
Varones menores de 10 años	29,98 %
Obreras	47,88 %
Mujeres menores de 10 años	27,93 %

La extensión del trabajo de las mujeres es una señal cierta de la agravación de la miseria, redobla la miseria. Porque la sociedad capitalista no ha creado formas más elevadas de familia para reemplazar la forma actual formada por una pareja. El trabajo asalariado de la mujer causa, pues, su agotamiento físico, porque este trabajo viene a aumentar el de la casa, y resulta de ello que la familia va empobreciéndose cada vez más, que se visita con frecuencia la taberna, que la obrera, nada preparada para su papel de ama de casa, despilfarra sin tino, porque desconoce los principios del arte culinario y de la costura. ¿De qué le sirve al obrero el aumento de los salarios, la rebaja en el precio de los cereales, si su mujer no sabe prepararle comida nutritiva y apetitosa? ¿De qué le sirve la rebaja de precios de los vestidos cuando su mujer no sabe componer los ya usados, de suerte que se ve obligado a comprarlos con doble frecuencia que antes? He aquí cómo el trabajo de las mujeres lleva como consecuencia la miseria física y la miseria social.

Pero esta causa de degradación creciente contribuye también a aumentar el descontento, porque la mujer se ve arrastrada en las filas del proletariado militante a luchas en las que antes permanecía indiferente, cuando era sólo ama de su casa.

Al lado de la explotación de la mujer por el trabajo asalariado, se ve crecer también la explotación de la juventud. Es lástima que el censo de los trabajadores menores de treinta años en Alemania no se hiciera en 1895 con arreglo a las mismas bases que en 1882, de manera que no puede estudiarse el desarrollo del trabajo asalariado para algunas categorías de personas menores de 20 años. No podemos establecer comparaciones entre los dos censos más que para el total de los obreros menores de 20 años.

Así vemos que su proporción por ciento es la siguiente:

	Agricultura		Industria		Comercio		Conjunto	
	1882	1895	1882	1895	1882	1895	1882	1895
Obreros menores de 20 años . . .	30,51	32,61	28,41	28,80	23,09	25,03	29,20	30,11

Nos falta espacio para hablar de los efectos de las máquinas y de otros diversos factores. Por otra parte ya hemos hablado del paro. Nos contentaremos con citar el siguiente párrafo de *El Capital*:

En la cuarta sección del análisis de la producción de la supervalía relativa, se veía ya que en la sociedad capitalista no puede aumentar la productividad social del trabajo sino a expensas del obrero; que todos los medios de desarrollar la producción se convierten en medios para dominar y explotar al productor; que mutilan la personalidad del obrero convirtiéndole en una simple rueda suplementaria de la máquina; que disminuyen intelectualmente al obrero; que hacen cada vez más anormales las condiciones en que trabaja, que le someten durante el trabajo al despotismo más odioso y mezquino; que convierten toda su vida en una vida de trabajo continuo; que arrojan a la mujer y a los niños bajo las ruedas del Juggernaut Capital. Pero todos los métodos empleados para producir supervalía son al mismo tiempo métodos de acumulación, y todo progreso en la acumulación de los capitales contribuye al desarrollo de estos métodos. Resulta de todo ello que, *sea el que fuere el salario*, la situación

del obrero empeora en la misma medida en que progresa la acumulación de los capitales. Finalmente, la ley que compensa la superpoblación relativa, o reserva del ejército de industriales, por el progreso de la acumulación de los capitales, sólo sirve para encadenar al obrero al capital con más solidez que los hierros de Vulcano encadenaron a Prometeo a su roca. La acumulación de la miseria corresponde así a la acumulación de capitales. En un polo se observa una acumulación de riquezas, y en el otro, una acumulación de miserias, de trabajo, de servidumbre, de ignorancia, de brutalidad, de degradación moral, y eso precisamente al lado de la clase que produce el mismo capital. (*El Capital*, tomo I.)

Aquí no habla Marx de una baja de los salarios. Más de una tendencia de las que aquí describe, por ejemplo, el hecho de que la vida del obrero tiende a convertirse en un trabajo continuo, se ha debilitado desde entonces, pero la mayor parte de las tendencias señaladas están hoy más determinadas que nunca, y por ello mismo tenemos el derecho de hablar de una agravación de la miseria, de la servidumbre, de la degradación, de la explotación.

Pero la frase «agravación de la miseria» puede tomarse aún en un tercer sentido.

Hasta aquí sólo nos hemos ocupado de la clase de obreros asalariados, pero Marx, en el párrafo sobre las tendencias de la acumulación de los capitales, habla también de otras clases del pueblo.

Si la situación de los proletarios es la de seres miserables y esclavizados, la miseria y la esclavitud deben crecer para el conjunto del pueblo en la medida en que crece el proletariado con relación a las otras clases, y es innegable que el número de porletarios aumenta en todas partes.

Pero el aumento del número de los proletarios no es a su vez más que un síntoma y al mismo tiempo una nueva causa de la agravación de la miseria en las demás clases del pueblo.

En los dominios nuevamente adquiridos por la industria capitalista —y damos a la palabra «dominio» su sentido geográfico a la vez que el económico— la tendencia del capitalismo a acrecer la miseria se manifiesta con una energía particular, y de ella resulta, no ya tan sólo la miseria social, sino

también una profunda miseria física, el hambre, la privación de lo que es indispensable para la vida.

Es un hecho conocido y también generalmente reconocido. Pero el economista burgués se consuela diciendo que sólo se trata de un hecho pasajero, que es sólo la consecuencia de un período de transición, al que seguirá el mejoramiento de las clases populares.

Ello es verdad para algunas regiones y algunas ramas de la industria, pero no para el conjunto de la sociedad capitalista. Cierto es que una buena parte de las fracciones del proletariado se librarán tarde o temprano, de su miseria física. Pero la forma de producción capitalista progresa continuamente, se extiende constantemente sobre nuevas ramas de la industria y sobre nuevas regiones donde arruina a los propietarios de la pequeña industria, los convierte en proletarios, los hunde en la miseria, y ese movimiento sólo acabará cuando acabe la producción capitalista, porque sólo puede existir extendiendo su dominio sin cesar.

Bernstein expone, con satisfación, que las pequeñas industrias son aún muy numerosas en todas partes. Ya hemos visto que este hecho prueba muy poco contra la concentración de los capitales. Pero por lo menos es una nueva prueba en favor de la «teoría de la agravación de la miseria». Los modestos artistas, los comerciantes humildes, los pobres aldeanos, se empobrecen cada vez más. Si las condiciones de la vida en los burgueses mejoran con más rapidez que en los obreros asalariados, mejora más rápidamente en éstos, al menos en ciertos, casos, que en los propietarios de las explotaciones pequeñas. Las capas inferiores de la pequeña burguesía, independientes al parecer, dejan cada día más de formar el anillo que une a la burguesía con el proletariado, se convierten en un lazo entre los obreros asalariados y los «vagabundos». Ellos son y no los obreros asalariados los que sin cesar aumentan la superpoblación.

De este modo se renueva sin cesar la pequeña explotación, encuentra constantemente nuevos reclutas, sean las que fueren las bajas que la bancarrota causa en sus filas. La pequeña explotación no desaparece, mas se envilece y se pierde.

Pero la miseria crece todavía de una manera más notable en los países recientemente abiertos al régimen capitalista. Acaso se creerá que los obreros alemanes, ingleses, franceses, americanos, no deben preocuparse de lo que ocurra en el extranjero. Son hombres modelos desde el punto de vista de la economía política nacional, dotados por consiguiente de un egoísmo de corta vista. ¿Qué les importa, se dirá, si de día en día aumenta el hambre y la miseria en Italia, en las provincias eslavas y húngaras de Austria, en los Estados balcánicos, en Rusia, en China, en el Indostán? Con tal que mejoren su propia situación, pueden estar satisfechos con el régimen capitalista.

Esos famosos hombres prácticos y «moralistas» olvidan que no existen países que no ofrezcan regiones aún intactas a la gran industria capitalista, y esas regiones son nuevos dominios para que se extienda la miseria. No es cierto que Irlanda haya dejado de representar este papel con relación a Inglaterra. La constante disminución de su población no lo prueba. Alemania posee aún Silesia. La Unión americana aún conserva sus Estados del Sur.

Pero, por otra parte, la solidaridad internacional del proletariado no es una palabra vana. Cuanto mayor es la miseria en un país, cuanto más favorables son en otros las condiciones de la vida para el proletariado, tanto más desarrollados están los medios de comunicación y más considerablemente aumenta el éxodo de las empobrecidas masas a este último país. Los italianos, los polacos, los eslavos, los coolíes, cuando más miserable es su condición, exportan su miseria a los países más felices, donde es más fuerte la resistencia contra las tendencias degradantes del capitalismo. Su llegada disminuye aquella felicidad relativa y paraliza aquella resistencia.

Como se ve, no es una cuestión simple, sino muy compleja, la cuestión de la agravación de la miseria. Esta adopta las formas más diversas, pero todas conducen al mismo resultado: se acentúan los antagonismos sociales y cada vez es más ruda la lucha del proletariado contra la opresión capitalista.

Hemos visto cómo allí donde la producción capitalista

se apodera de una nueva rama de la industria o de un nuevo país, se desarrolla mucha miseria física. En las ramas de la industria y las regiones donde está muy desarrollada, cuando el proletariado aumenta en fuerza, puede luchar contra la miseria física. Pero la miseria social continúa agravándose porque las máquinas y la división del trabajo, que hacen la tarea monótona y desagradable, progresan siempre, porque el trabajo de las mujeres y de los niños que reemplazan a los obreros más instruidos se generaliza, porque la existencia está menos asegurada, porque las condiciones de vida mejoran menos rápidamente para los proletarios que para los burgueses.

Posible es que puedan escapar a esta miseria fracciones de la clase obrera especialmente favorecidas por la suerte y puedan elevarse a otras condiciones de vida que haga posible la comparación con las condiciones de la vida burguesa. Pero también para ellas subsistirá la tendencia a la agravación de la miseria que domina en todo el régimen capitalista; estos obreros están expuestos sin cesar al peligro de perder su situación privilegiada, volviendo a caer en la miseria, lote común de la clase obrera, por consecuencia de una crisis, de un invento, de una coalición de fabricantes, de la concurrencia de otras capas inferiores del proletariado.

Resulta, pues, la miseria por todas partes, bajo el régimen capitalista, una miseria tanto más profunda cuanto mayor es el número de proletarios y la pequeña explotación está más esclavizada por el capital. Pero también resulta una lucha siempre más encarnizada contra la miseria, un descontento sin cesar creciente de la clase obrera contra la dominación capitalista.

He aquí mi manera de concebir esta teoría marxista, a la que los críticos del marxismo han llamado «teoría del crecimiento de la miseria». Bernstein declara que ya ha pasado su moda, pero no ha demostrado cómo se la refuta, ni siquiera ha demostrado lo que ella significa.

Las tendencias de las diferentes formas de la miseria que hemos indicado, están tratadas bajo sus principales aspectos en *El Capital*, de Marx. Sólo nos faltaría estudiar si las

tendencias aquí descritas han sido bien formuladas en el pasaje en cuestión de *El Capital*. No he de entrar a discutir cuestión de palabras. Me parece que la redacción de este pasaje para todos los que conozcan *El Capital* es perfectamente clara, sin equívoco, inatacable. Nunca la he comprendido más que en el sentido aquí explicado. Pero esta cuestión es de importancia muy secundaria. Las consideraciones de *El Capital* sobre la situación del proletariado no han sido refutadas, porque Bernstein da a las palabras «miseria» y «degradación» el sentido que menos responde a la realidad.

Si abandonando la teoría de la agravación de la miseria volvemos a la cuestión, ¿qué se hace del aumento de riqueza de la sociedad capitalista?, podremos responder: esta teoría no implica de ninguna manera que el aumento de riqueza no vuelva a las clases trabajadoras. Ciertamente la producción capitalista tiene siempre tendencia a rebajar al proletariado y a toda masa del pueblo creando sin cesar una nueva miseria, pero creando también fuerzas que tienden a limitar aquella miseria. No es la miseria física, sino la miseria social la que crece constantemente, es decir, la oposición entre las necesidades resultantes del nivel de la civilización y los medios de que dispone el obrero para satisfacerlos; en una palabra, la *cantidad* de los productos que corresponde a cada obrero puede crecer; la *parte* que le toca de los productos que ha creado, disminuye.

g) *La nueva clase media.*

Antes de concluir con el asunto del aumento del número de poseedores, queremos estudiarle todavía desde otro punto de vista, en la hipótesis, ahora, de que Bernstein haya entendido, no el aumento del número de propietarios de los medios de producción, sino el de las capas de población, que, por su renta, constituyen la clase media. Este punto de vista explicaría por qué da tanta importancia a las estadísticas del impuesto sobre la renta, que en nada afecta al reparto de la propiedad. Por otra parte, cierto número de sus consideraciones indican que éste era su pensamiento, por más

que en otros pasajes se refiere indiscutiblemente al aumento del número de capitalistas.

Estaríamos completamente de acuerdo con Bernstein, si hubiese querido expresar que la clase media no muere, sino que otra nueva ocupa el lugar de la antigua, que los «intelectuales» toman posesión de los puestos que quedaron vacíos por consecuencia de la desaparición de los artesanos que trabajaban por su cuenta y de los pequeños comerciantes. Séame permitido recordar aquí que desde 1895, en una serie de artículos de la *Neue Zeit* sobre «los intelectuales y el Partido Socialista» ya me ocupaba del nacimiento de esta clase media y declaraba que uno de los problemas más importantes de nuestro Partido estriba en investigar los medios para hacer nuestra a esta clase de la población. «Se forma una nueva clase media muy numerosa, que aumenta sin interrupción y cuyo crecimiento puede compensar en ciertas circunstancias las pérdidas que la decadencia de la pequeña industria y el pequeño comercio ocasiona a la clase media.» (*Neue Zeit*, XIII, 2, pág. 16.)

La principal causa del crecimiento de esta capa de población consiste en que los miembros de las clases explotadoras delegan cada vez más sus funciones en trabajadores inteligentes asalariados, que venden sus servicios uno a uno, como los médicos, los abogados, los artistas, o que reciben en cambio un sueldo fijo como los funcionarios de todas clases. En la Edad Media, el clero era el que suministraba los sabios, los médicos, los artistas y una parte de los empleados de la administración; la nobleza se encargaba también de la administración pública, de la justicia, de la política y sobre todo del servicio militar.

El Estado moderno y la ciencia moderna han despojado a estas dos clases de sus funciones, pero estas clases subsistieron, perdiendo con su significación social una gran parte de su independencia.

Las funciones de que fueron despojadas adquirieron cada vez más importancia y el número de los trabajadores que las desempeñan crece de año en año con las cargas que la evolución social impone al Estado, a los Ayuntamientos, a la ciencia.

Ahora bien: la clase capitalista ha empezado ya también a delegar sus funciones comerciales e industriales encomendadas a trabajadores asalariados, comerciantes, ingenieros y otros. Al principio sólo fueron auxiliares del capitalista que les encargaba de la parte de sus funciones relativas a la vigilancia, la organización del trabajo, la compra de medios de producción, la venta de los productos, de que él mismo no podía encargarse por falta de la educación profesional especial, cada vez más necesaria. Por fin, el capitalista resulta superfluo con el sistema de las sociedades anónimas, que hasta entregan a los asalariados la alta dirección de las empresas. No cabe duda que el sistema de las sociedades anónimas contribuye a aumentar el número de los empleados bien retribuidos y favorece la formación de la nueva clase media.

Cuando Bernstein convierte en poseedores a los que tienen una renta media, puede afirmar ciertamente que las sociedades anónimas contribuyen a aumentar su número, pero no dividiendo el capital.

Los intelectuales forman la clase de la población que crece más rápidamente. Según los censos alemanes el número de obreros dedicados a la industria y al comercio aumentó en 62,6 % desde 1882 a 1895, y el de los empleados en 118,9 %. Sin embargo, este aumento rápido no fue todavía suficiente para detener el movimiento de retroceso relativo del número de los patronos, que no se elevó en valor absoluto más que en 1,3 %. El personal de las explotaciones se distribuía en la siguiente forma:

	1882	1895
Patronos	39,6 %	28,7 %
Empleados	2,8 %	4,4 %
Obreros	57,6 %	66,9 %

Si quisiéramos contar los empleados juntamente con los patronos en el número de los «poseedores», la proporción de éstos bajaría desde 1882 a 1895 de 42,4 % a 33,1 %. Pero

aun esta manera de calcular no nos daría el resultado que Bernstein proclamaba.

El resultado es el mismo si, como permite la estadística de profesiones, incluyéramos a los agricultores en nuestra cuenta. En el Imperio alemán existían por cada 100 habitantes con una profesión:

		Patronos	Empleados	Obreros
	1882 .	27,78 %	0,81 %	71,41 %
Agricultura	1895 .	30,98 %	1,16 %	67,86 %
	1882 .	34,41 %	1,55 %	64,04 %
Industria	1895 .	24,90 %	3,18 %	71,92 %
	1882 .	44,67 %	9,02 %	46,31 %
Comercio	1895 .	36,07 %	11,20 %	52,73 %
	1882 .	32,03 %	1,90 %	66,07 %
Totales	1895 .	28,94 %	3,29 %	66,77 %

Más lento que el aumento del número de los empleados, pero siempre más rápido que el de la población (14,5 %) era el aumento del número de los funcionarios al servicio del Estado, de los Ayuntamientos, de la Iglesia y de los que ejercían profesiones liberales. Su número pasaba de 579.322 a 794.983, o sea un aumento de 37,2 %.

Estos elementos crecen rápidamente. Pero cometeríamos un gran error si quisiéramos clasificarlos entre los poseedores. La nueva clase media se basa en otros fundamentos que la antigua, que formaba el más firme baluarte de la propiedad individual de los medios de producción, porque era la misma base de su existencia.

La nueva clase media tiene muy diferentes cimientos. Para ella la propiedad individual de los medios de producción, sólo tiene muy pequeña importancia. Allí donde la

nueva clase media está representada por gentes que trabajan por su cuenta, pintores, médicos, escritores, sólo tienen un valor mínimo los medios de producción. Por el contrario, donde los medios de producción funcionen como capital, los intelectuales no son propietarios de los medios de producción, sino asalariados.

Por otra parte, sería también inexacto el considerar a la nueva clase media como una fracción del proletariado.

Ha salido de la burguesía, está ligada a ella por toda clase de afinidades y de vínculos sociales, tiene su mismo género de vida. Y aún hay una serie de profesiones ejercidas por intelectuales que están ligadas a la burguesía por lazos más íntimos, los que hacen superfluos al capitalista despojándole de las funciones de directores y de empleados subalternos de sus explotaciones. Pero al mismo tiempo que desempeñan las funciones de los capitalistas, adoptan también sus ideas, su antagonismo contra el proletariado. En otra serie de profesiones ejercidas por intelectuales, depende el ejercicio de estas profesiones de ciertas convicciones religiosas y políticas. Así ocurre con los periodistas políticos, con ciertos magistrados, como los procuradores, los policías, los miembros del clero, etc. El Estado, la Iglesia, los editores de los periódicos capitalistas no entregan aquellas funciones más que a personas de las mismas convicciones que los que les emplean o a los que están dispuestos a defender a cambio de un sueldo convicciones que no son las suyas. De aquí nace también entre numerosos intelectuales un antagonismo contra el proletariado.

Pero el mayor obstáculo que separa a los intelectuales del proletariado es que los primeros forman una clase privilegiada: su privilegio es la *educación*. Sin duda tiene mucho interés en que la cultura de la masa del pueblo sea suficiente para que se penetre de la importancia de la ciencia y se incline ante ella y ante sus representantes; pero su interés les recomienda también que se opongan a todos los esfuerzos que tiendan a aumentar el número de los que disfrutan de una buena educación profesional. Sin duda la forma de producción capitalista necesita un gran número de intelectuales. Las instituciones escolares del Estado feu-

dal no los producen en número suficiente. El régimen burgués se ve, pues, obligado a mejorar y extender no tan sólo la enseñanza elemental, sino también la enseñanza superior. Con esto se creía que además de favorecer el desarrollo de la producción, se atenuaban más todavía los antagonismos de clase, porque si una mayor cultura elevaba a una situación burguesa, parecía natural que la vulgarización de la instrucción elevase al proletariado a las condiciones de la vida burguesa. Pero el «Standard ol life» burgués no es sino la consecuencia necesaria de una alta cultura allí donde ésta es un privilegio. Donde en general no eleva a los proletarios al rango de burgueses, lo que hace es que rebaja a los trabajadores intelectuales al nivel de los proletarios. He aquí una nueva faz del «crecimiento de la miseria» de la masa del pueblo. En los países donde los establecimientos de enseñanza popular están bastante desarrollados, para despojar a las gentes instruidas de su situación privilegiada, empieza a producirse cierta hostilidad entre los intelectuales contra la vulgarización de la instrucción. Esta hostilidad está en contradicción con las necesidades de la producción moderna. Estos intelectuales son más hostiles al progreso que los mismos capitalistas, y simpatizan con los más reaccionarios, con los partidarios del sable y del hisopo. Son la crema de la ciencia moderna, los profesores y los estudiantes de las Universidades los que más tenazmente se oponen a la educación de las mujeres, los que quisieran ver a los judíos excluidos de todos los concursos, los que tratan de encarecer todo lo posible los estudios superiores, a fin de apartar de ellos a los que carecen de fortuna.

Entonces tropiezan con la enérgica hostilidad del proletariado, que combate con vigor el privilegio de la instrucción como todos los privilegios.

A pesar de todos los obstáculos, se extiende la educación popular, y una después de otra, las fracciones de la clase intelectual se confunden con el proletariado. No hay más que fijarse en la masa de comerciantes, de músicos, de escultores y dibujantes, de mecánicos y químicos que todos los años producen nuestras escuelas de comercio, nuestros consérvatorios, nuestras escuelas de bellas artes, nuestras

escuelas industriales. Y la concentración de los capitales ejerce también gran influencia en el dominio del comercio, del arte, de las ciencias aplicadas. El capital necesario para fundar en estos dominios una empresa capaz de sostener una concurrencia, aumenta siempre. Cuanto más aumenta el número de obreros instruidos, más disminuyen las probabilidades de que puedan establecerse por su cuenta; están condenados al salario perpetuo en proporciones siempre crecientes. Al mismo tiempo, como consecuencia del aumento rápido del número de trabajadores instruidos, llega para cada una de las capas de intelectuales la necesidad de pensar en renovar las situaciones ventajosas, organizándose en castas cerradas y limitando artificialmente el número de los concurrentes. Aquí también se observa el fenómeno del «crecimiento de la miseria social» y se experimenta mayor amargura cuando se compara su creciente miseria con la felicidad creciente de la burguesía. Para el trabajador intelectual es una cuestión de vida o muerte el salvar al menos las apariencias. En el obrero manual se reconoce desde luego la miseria física en la humildad de las habitaciones, luego en los vestidos y por último en los alimentos. Los trabajadores intelectuales, por el contrario, lo primero que disminuyen son los alimentos.

Pero cualesquiera que sean los esfuerzos que hagan para salvar las apariencias, llega para cada una de estas fracciones «proletarizadas» de la clase intelectual el momento en que se sentirá proletaria, se interesará en la lucha del proletariado y tomará en ella una parte activa. Esto es lo que ha ocurrido en Alemania con los empleados de comercio, los escultores y los músicos, a los que imitarán otros muchos.

Cuando los economistas liberales sostienen que por el rápido aumento del número de intelectuales se crea una nueva clase media en el régimen capitalista, olvidan que cuanto más aumente el número de los intelectuales, más progresos hace el proletariado en esta nueva clase.

Pero entre los intelectuales abiertamente hostiles al proletariado y sostenedores del capitalismo, y los intelectuales que se reconocen francamente proletarios, hay un numeroso

grupo ni proletario ni capitalista, que se cree por encima de estos antagonismos de clase.

Esta capa media de la nueva clase intelectual tiene de común con la antigua pequeña burguesía lo equívoco de su situación social. Con relación al proletariado es tan poco duradera y tan poco estable como lo era la humilde burguesía. Si hoy se indigna ante la avaricia del capital, mañana se indignará ante las malas formas del proletariado. Hoy incita al proletariado a la defensa de su dignidad, y mañana le combatirá para defender el orden social.

Dos caracteres la distinguen de la antigua burguesía, uno favorable y otro desfavorable. Desde luego se diferencia de ella por su vasto horizonte intelectual y su facultad de abstracción. Es la capa de población que más fácilmente se eleva por encima de las ideas estrechas de clase y de oficio y de los transitorios intereses particulares, para considerar los duraderos intereses de la sociedad entera y tomar su defensa.

Pero por otra parte se diferencia de la antigua pequeña burguesía por la falta de acometividad. La pequeña burguesía, antes de que la hubiese arruinado el capital, era una clase enormemente combativa; por el contrario, los intelectuales que se hallan entre el proletariado y el capitalismo, están desprovistos de todos los medios para sostener un combate prolongado con las clases dominantes. Poco numerosos, sin intereses comunes y por consiguiente sin homogeneidad, sin gran fortuna, pero con las mismas necesidades que los capitalistas, no pueden luchar si no se alían con otras clases que cuenten con fuerzas propias para suministrarles los medios de luchar y de vivir.

La capa media de la clase intelectual, la «aristocracia intelectual», podía estar en la oposición, cuando la burguesía hacía oposición; pero pierde su acometividad en cuanto la burguesía se retira de la lucha política; se hace prudente y tímida, y declara que todos los medios son inmorales, excepto el empleo de la persuasión, para ganar la benevolencia de los que detestan el poder.

Se hace cobarde y bizantina.

Detesta la lucha de clases, pide que cese, o por lo menos

que se dulcifique. Para ella, la lucha de clases es la sublevación, la rebelión, la revolución; las reformas sociales deben hacerla innecesaria.

Yo no trataba de mortificar lo más mínimo a Bernstein, que preparaba su evolución, cuando decía: «que no existen entre los que no están directamente interesados» en la explotación capitalista, ni un solo hombre culto, honrado y que piense con libertad, que no afirme que debe hacerse «algo» en favor del obrero. Este «algo» puede, en verdad, referirse a cosas muy diferentes. Stumm y Eugenio Richter, el partidario de la teoría del «patrón patriarca y señor absoluto» y el partidario de la «doctrina de Manchester» no han tenido ni un solo discípulo de importancia entre los intelectuales. Las acusaciones contra el capital y las simpatías por el proletariado —al menos por el proletariado explotado, ya que no por el proletariado militante— están de moda, y la frase de Harcourt: «Hoy todos somos socialistas», empieza a ser verdad para aquellas gentes. No es, en verdad, el socialismo proletario revolucionario, que profesan nuestros pintores y nuestros poetas, nuestros literatos y periodistas en los cafés, talleres y salones, sino una especie de socialismo que presenta gran analogía con el «verdadero socialismo» definido en el *Manifiesto Comunista* de 1847.

«¡Cuántas veces han declarado que no censuran en el Socialismo más que la brutalidad proletaria! Pero en realidad lo que les separa de él, no es el exterior del proletariado, sino su propia falta de perspicacia y de carácter. Aunque sobrepujan en perspicacia al capitalista ignorante, sin embargo no comprenden todavía la imposibilidad de salvar la sociedad existente y de retardar la victoria del proletariado; no comprenden su impotencia frente a la evolución social, o no tienen bastantes desinterés, fuerza y valor para reconocerlo y para romper con la sociedad burguesa» (*Neue Zeit*, XIII, 2, págs. 75-77).

Hay muy pocos que se atrevan a romper y que puedan romper. No cabe duda que el proletariado tiene amigos fieles aún entre los intelectuales, pero en su mayor parte son partidarios inactivos que desean su victoria, pero que no pueden acudir en su auxilio más que cuando sea vencedor.

No debe, pues, el proletariado contar con los esfuerzos de combatientes que procedan de las filas de los intelectuales; por el contrario, sólo encontrará en ellos encarnizados adversarios.

Estas ligeras observaciones bastan para demostrar que para el proletariado militante, la cuestión del aumento del número de intelectuales ofrece problemas muy importantes. Sería exagerado considerarlos a todos como proletarios, pero aún sería más equivocado el incluirlos en las filas de los poseedores. En el estrecho marco de esta clase encontramos reunidos todos los antagonismos sociales que caracterizan al régimen capitalista, pero en este microcosmo, lo mismo que en el conjunto del cuerpo social, vemos el elemento proletario que progresa.

Así quedaría destruida la última objeción que hace Bernstein a lo que él llama teoría marxista catastrófica.

El crecimiento de la nueva clase media es tan innegable como el aumento de bienestar físico de determinadas categorías de obreros. Pero ni uno ni otro de estos dos fenómenos está en contradicción con las doctrinas marxistas de la concentración del capital, de la explotación creciente del proletariado y de la acentuación de los antagonismos sociales.

El aumento del número de poseedores estaría, sin duda, en contradicción con la teoría catastrófica. Pero Bernstein no ha demostrado este aumento: las estadísticas, de acuerdo con la teoría, demuestran precisamente lo contrario.

h) *La teoría de las crisis.*

La teoría de las crisis económicas periódicas, comparada con las de la concentración del capital y de la acentuación de los contrastes sociales, resulta de naturaleza secundaria. Las crisis refuerzan el efecto de la evolución indicada, aceleran la concentración del capital, aumentan la masa de los proletarios y la inseguridad de su situación. Pero el resultado final de esta evolución no se modificaría si las crisis

periódicas no estuviesen en relación íntima con el modo de producción capitalista.

Sin embargo, Bernstein no llega hasta sostenerlo con precisión. Ya hemos hecho notar que uno de sus artículos sobre el «Problema del Socialismo» criticaba la teoría de las crisis de un ilustre desconocido, según el cual resultaría el triunfo del Socialismo de una crisis universal próxima. Ni Marx ni Engels pretendieron jamás semejante cosa. No obstante, Bernstein ha publicado en su libro sobre *El Socialismo Teórico*, consideraciones deducidas de los artículos mencionados sin decir contra quién iban éstos originariamente dirigidos. No resulta muy clara la relación entre estas consideraciones y el examen del Socialismo teórico, y en vano se pregunta uno para qué sirve el demostrar que no sobrevendrá fatalmente una crisis universal en un período muy cercano, y que es muy posible que las crisis venideras tomen la forma de crisis particulares en ciertas ramas de la industria y en ciertos países. Permanecen los mismos efectos antes mencionados. Podríamos, pues, dar por terminada esta discusión, tanto más cuanto que conocemos las dificultades que suscitaría, dificultades, para cuya solución necesitaríamos dedicar mayor tiempo y espacio del que podemos disponer en este momento.

Si a pesar de ello, agregamos todavía algunas observaciones, es sólo para aclarar ciertas equivocadas interpretaciones del capítulo sobre las crisis.

Algunos sabios han supuesto que Bernstein había pulverizado por completo la teoría marxista de las crisis al probar que no existe el ciclo de las crisis decenales.

Pero debemos hacer constar que el ciclo de las crisis decenales no es una *teoría* de Marx, sino un hecho admitido empíricamente. Hemos tenido grandes crisis industriales en 1815, 1825, 1836, 1847, 1857. Entonces ocurrieron las grandes guerras, la de Italia, la de Secesión americana, la danesa, la austroprusiana, la francoalemana. Desde entonces ha fallado la ley empírica y aproximativa del ciclo decenal. En 1873 ocurrió la gran crisis general, y una depresión de duración desusada de quince años. Por fin, hacia el año 1890 se produjo un nuevo impulso, luego, algunos años después, un pe-

ríodo desfavorable al comercio en general con grandes crisis en algunas naciones, en 1890 en la República Argentina, en 1893 en los Estados Unidos, y desde hace tres años aproximadamente gozamos una era de prosperidad general. ¿Es el signo precursor de una nueva crisis o el principio de una época duradera de felicidad capitalista sin mezcla?

La Bolsa se prepara ya para la próxima quiebra. Parécenos mucho más previsora que algunos de nuestros jóvenes socialistas, a los que basta un par de años buenos para hacerles olvidar la experiencia de todo un siglo y las teorías que de ella han surgido. Es posible que algunos teóricos más o menos socialistas consideren ya anticuada la teoría marxista de las crisis; pero las gentes prácticas, aunque burguesas, hacen cuentas sobre una crisis que esperan para dentro de algunos años.

Marx no ha *inventado* el ciclo de las crisis, lo ha *observado* y lo ha *dado a conocer.* Mucho tiempo antes que Bernstein se sabía que el ciclo ya no es decenal. Tampoco pretende que ha enseñado nada nuevo a los marxistas. La cuestión no es saber si las crisis se producen cada diez años, sino si se renuevan periódicamente.

Porque la crisis se debe a la manera de producir las mercancías. La producción de las mercancías es la producción por productores independientes uno de otros, en vista del mercado, es decir, de las necesidades variables de un número indeterminado de consumidores. El elemento regulador en este sistema de producción anarquista es el movimiento de los precios. Si se produce más de lo necesario para las necesidades del momento, bajan los precios. Si se produce menos, suben por encima de su nivel medio. La imposibilidad de vender las mercancías al precio de coste de fabricación, es, pues, un fenómeno fatalmente periódico de la producción para el mercado, y esta imposibilidad de vender al precio de coste es el origen de la crisis. Para que la crisis se produzca realmente, se necesitan ciertas condiciones que faltan al principio de la producción de las mercancías, y son creadas por la misma forma de producción capitalista. Ella es la que transforma cada vez más toda la producción en producción de mercancías, mientras que an-

tes la mayor parte de los objetos producidos servían para el uso personal del productor. Por la forma capitalista, la existencia económica de la gran mayoría de los miembros de la sociedad depende de la venta de las mercancías. Además, por los progresos de la división del trabajo y el desarrollo del crédito, la sociedad capitalista acrece de día en día la dependencia en que están recíprocamente los productores, de suerte que cualquier interrupción de la venta de mercancías en un punto, produce la de otras en otros puntos, que la crisis de una industria importante produce la paralización de todo el movimiento industrial y se convierte así en una calamidad para toda una nación y hasta para una serie de naciones.

Al mismo tiempo la forma de producción capitalista transforma el pequeño mercado fácil de vigilar y sin variación apenas en un inmenso mercado universal, sujeto constantemente a modificaciones muy difíciles de prever. Aumenta el número de intermediarios entre el productor y el consumidor, lo cual impide cada vez más que el productor vigile el mercado.

Simultáneamente crece la elasticidad de las fuerzas productoras de un modo prodigioso, gracias a la técnica científica moderna y al crédito, y sobre todo gracias al ejército de reserva de los industriales, ejército permanente bajo el régimen capitalista, y que en todo momento permite que progrese la producción a saltos.

Así es como todo aumento sensible de la demanda extiende rápidamente la producción mucho más allá de las necesidades. Este exceso de producción va seguido de una paralización en la venta, de una baja en los precios, de una limitación en la producción, de numerosas quiebras, en una palabra, de una crisis.

Este movimiento va ligado a otro movimiento que no debe confundirse con el primero.

En oposición a toda otra forma de producción, la forma de producción capitalista no puede funcionar si no es a condición de extenderse siempre, porque el capital y el trabajo acrecen sin interrupción y muy rápidamente.

El crecimiento natural del proletariado está aún estimu-

lado por la forma de producción capitalista. Entre los artesanos de la Edad Media, como entre los aldeanos, allí al menos donde la superficie de terreno disponible es limitada, se retrasa el aumento de la población por el hecho de que sólo el propietario de una explotación está en condiciones de fundar una familia y de mantenerla. El obrero que no trabaja por su cuenta carece de hogar propio, y generalmente vive en casa de su patrón o de su amo. La forma de producción capitalista separa en todas partes el taller del hogar, hace posible la creación de un hogar, aun para el proletario, pero al mismo tiempo le impide el que espere a ser patrón a su vez para crear uno.

La forma de producción capitalista disuelve la familia, encierra a la mujer y al niño en el taller, o en la fábrica, concede muy pronto libertad al obrero joven, pero de tal modo que agota sus fuerzas, que muy pronto también hace de él un inválido. El peón o el jornalero agrícola se veían precisados a diferir su matrimonio hasta una edad bastante avanzada; debían esperar hasta que hubiesen economizado lo bastante para convertirse en patrón o en arrendador; en la sociedad capitalista resultaría contraproducente, inútil y hasta poco razonable, el que el asalariado retrasara su matrimonio, porque tiene menos probabilidades de alimentar una familia con su salario, cuanto más viejo sea. Y las mujeres de la clase proletaria se deciden a contraer matrimonio con tanta mayor facilidad, cuanto que ellas mismas ganan un jornal, y como los jóvenes y las muchachas adquieren muy pronto independencia desde el punto de vista económico, no consultan con sus padres, en tanto que en otros tiempos su papel en la conclusión de los matrimonios era más importante que el de los mismos interesados.

Indudablemente existen también otros factores en la sociedad capitalista que dificultan el aumento de la población, como la prostitución, por ejemplo. Sin embargo, en los grandes Estados industriales observamos un aumento rápido de la población. Así resulta en Alemania, en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde verdad es que la inmigración contribuye a aquel movimiento, pero en proporción decreciente. La población se elevaba:

En el Imperio alemán en 1871 a 41.100.000; en 1895, a 52.200.000.
En Inglaterra y país de Gales, en 1871 a 22.700.000, en 1896 a 30.700.000.
En los Estados Unidos en 1870 a 38.500.000, en 1897 a 72.200.000.

Se decía que esta progresión rápida exige un movimiento paralelo de la industria. Es verdad, pero por otra parte este rápido aumento de la población es una consecuencia del aumento constante del industrialismo capitalista.

Pero el número de obreros aumenta aún con más rapidez que la cifra total de la población. En el Imperio alemán el número de gentes que trabajaban para vivir se elevaba en 1882 a 38,99 % y en 1895 a 40,12 %. En el mismo lapso la proporción de personas sin profesión pasaba de 55,08 % a 53,15 %. En los Estados Unidos el número de personas que vivían de su industria se elevaba en 1880 a 34,68 % de la población y en 1899 a 36,31 %.

La misma evolución económica que produce este aumento de obreros, disminuye el número de los que pueden ser empleados con ayuda de un capital determinado, aumenta la cantidad y el valor de las máquinas y de las materias laborables para el mismo número de obreros. Si, pues, un mismo número o un número mayor de obreros debe encontrar ocupación, el capital empleado en la producción debe crecer constante y rápidamente.

Y el capital no deja de hacerlo. Cuanto mayor es la productividad del trabajo, más numerosos son los obreros inhábiles y jóvenes y las mujeres, y cuanto más acrece la supervalía, más se multiplica el capital. Los capitalistas deben seguir fatalmente este movimiento, puesto que en cada rama de la industria se ve crecer cada vez más la suma mínima necesaria para que la explotación sostenga la concurrencia, y puesto que, cuanto más ardiente es la lucha de la concurrencia, más aumentan las probabilidades del gran capital y más disminuyen las del pequeño. Se ve, pues, que, en la sociedad capitalista, una constante extensión de las explotaciones y de la producción es condición vital no solamente para el asalariado, sino también para la clase de los capitalistas.

Pero la condición primera de la extensión de la producción es una extensión correspondiente del mercado, el aumento, no de las necesidades físicas, condición que siempre se cumplirá, sino de la demanda económica de los productos de la producción capitalista que siempre tiende a rebajar el valor de lo que los trabajadores pueden cambiar, es decir, su fuerza de trabajo, de suerte que los trabajadores pueden comprar cantidades cada vez menores de lo que ellos mismos han producido.

La extensión constante del mercado es, pues, uno de los problemas más importantes del capitalismo industrial.

El mercado es de dos clases: mercado interior y mercado exterior. En los últimos tiempos, cuando se hablaba de la extensión del mercado, siempre se referían al mercado exterior. Pero Sombart[15] hizo notar, con razón, la importancia que ha conservado el mercado interior. El odioso ataque contra el Partido Socialista con que acompañó sus consideraciones en la *Sociale Praxis* era, por lo demás, completamente superfluo.

Aquí hacemos abstracción de la exclusión de las industrias extranjeras en el mercado interior por medio de las tarifas protectoras. Este procedimiento sólo es una extensión de este mercado para la industria capitalista nacional y no para el conjunto de la industria universal.

Pero aún es posible extender el mercado interior para la industria capitalista por la supresión de la industria primitiva a domicilio; esta revolución económica hizo grandes progresos en el siglo pasado, pero hoy no está completamente acabada en ningún país, ni aun en el Imperio británico. Esta revolución está favorecida por la mejora de las vías de comunicación, sobre todo de los ferrocarriles, cuya construcción es también de gran importancia para la industria capitalista.

Cuantos más ferrocarriles hay, más pronto se abandona el campo para ir a la capital, y se hacen nuevas edificacio-

15. Werner Sombart (1863-1941): Economista alemán en un principio partidario de Marx, pero que después derivó hacia posturas reaccionarias. En los años treinta elogió al nacionalsocialismo.

nes en ella. Y de esta manera aumenta la demanda de trabajo y de materiales.

El éxodo de los trabajadores del campo favorece, por otra parte, la introducción de máquinas agrícolas que producen una economía de tiempo y extienden así el mercado para la industria de las máquinas.

Las grandes modificaciones en la técnica son factores importantes en la constitución del mercado interior. Los progresos de la electrotécnica en los diez últimos años, que han hecho posible los numerosos perfeccionamientos del alumbrado, de las comunicaciones, de la industria, de la agricultura, han contribuido poderosamente al actual impulso industrial.

También puede extenderse súbitamente el mercado interior por consecuencia de un rápido aumento de un metal precioso, aun cuando éste no se descubra en el país. Basta con que los propietarios de las minas de oro o de plata habiten en aquel país. De la misma manera que el descubrimiento del oro en California y en Australia contribuyó poderosamente a dominar la crisis de 1847 y 1849, el descubrimiento del oro en el Africa austral ayudó a soportar la crisis de 1873-1887 y contribuye a la actual prosperidad.

El valor de la producción del oro se elevaba anualmente en millones de francos:

Desde 1831 a 1840	70,8
Desde 1841 a 1850	191
Desde 1851 a 1855	695,4
Desde 1856 a 1860	703,7

A partir de este momento bajó la producción. Desde 1881 a 1885 la media anual se elevaba a 540.000.000 de francos. En 1889 empezó de nuevo a crecer rápidamente:

1889	629,7	1894	920,6
1890	609,4	1895	1.017,4
1891	665,5	1896	1.035,3
1892	743,4	1897	1.201,3
1893	840,9	1898	1.530

Son los mismos métodos que extienden el mercado exterior: aumento de la producción de metales preciosos, mejoría y extensión de los medios de comunicación, construcción de barcos de vapor y de ferrocarriles, ruina de la pequeña industria primitiva, introducción de una nueva forma de producción, fundación de una gran industria en las regiones que quedaron atrasadas económicamente y que hace que vayan a ellas las máquinas de los grandes países industriales.

Desde 1891 a 1895 aumentó la longitud de los ferrocarriles en:

Alemania	en	6,8 % o sea	2.989 ffm.
Francia	en	6,5 % —	2.476 —
Bélgica	en	4,5 % —	238 —
Gran Bretaña e Irlanda .	en	3,5 % —	1.161 —

Por otra parte:

Rusia	en	21,4 % —	6.675 —
Asia	en	22,1 % —	7.838 —
Africa	en	25,2 % —	2.647 —

Las grandiosas construcciones de vías férreas en Siberia y en China en 1895 estaban iniciándose.

Sobre las ruinas de la pequeña industria primitiva se extiende, entre otras, el mercado de la *industria textil.* Por otra parte, la importancia de la *industria siderúrgica* proviene de la extensión y mejora de las vías de comunicación y del desarrollo de la gran industria en el extranjero.

Los dos movimientos aquí esbozados —el ciclo industrial, es decir, la alternativa de prosperidad, de crisis, de paralización y de renacimiento del comercio, por una parte, y por otra la necesidad apremiante de aumentar la producción y los mercados— se confunden y al parecer no son más que un solo movimiento.

Toda extensión importante del mercado estimula la producción, causa la superproducción y por consecuencia, la crisis. Inversamente, toda crisis desarrolla la apremiante necesida de extender el mercado.

Pero para la evolución social, estos dos movimientos no tienen la misma significación. Las crisis favorecen el movimiento socialista acelerando la concentración de los capitales y aumentando la inseguridad de los proletarios, en una palabra, acentuando las causas que llevan a éstos hacia el Socialismo.

La necesidad de la extensión constante del mercado tiene, además, por consecuencia otro hecho importante; claro es que la forma de producción capitalista se hace imposible desde el momento en que el mercado no se extiende en la medida que la producción, es decir, desde que el exceso de producción se hace crónico.

Por necesidad histórica sólo entiende Bernstein una situación coercitiva. He aquí una situación, de la cual, si se presenta, resultará inevitablemente el triunfo del Socialismo.

Se ha de llegar a tal situación *si la evolución económica continúa progresando como hasta aquí*, porque el mercado exterior, lo mismo que el interior, tiene sus límites, en tanto que la extensión de la producción es ilimitada. No se trata aquí de una frontera fija, inmutable —en la evolución económica jamás puede llegarse a semejante frontera—, sino de una frontera elástica reduciéndose constantemente. Jamás se llegará a un punto a partir del cual sea absolutamente imposible extender el mercado; pero la forma de producción capitalista llegará a ser insoportable no tan sólo para los proletarios, sino también para la masa de la población, en cuanto la posibilidad de la extensión del mercado no responda a las necesidades de la extensión de la producción, que nacen del aumento de la población industrial, del crecimiento del capital, de los progresos de las ciencias aplicadas.

Pero cuanto más se eleva la proporción de la población que vive del trabajo asalariado, más rápidamente aumenta la población obrera; cuanto más aumentan la masa del capital y la intensidad de la explotación, más se agranda la masa de los beneficios acumulados anualmente; cuanto más se extiende la forma de producción capitalista, más se ensancha también el dominio de la ciencia moderna; cuanto mayor es el número de los intelectuales, más crecen los medios al servicio del espíritu de invención, y cuanto más se acelera

también la transformación de la técnica, más aumenta la productividad del trabajo.

La rapidez con que crece la producción universal aumenta así constantemente. ¿Podrá el mercado internacional extenderse siempre en la misma proporción?

Para la gran industria capitalista que representa el primer papel en el mercado internacional, me refiero a la industria textil, ha llegado ya el tiempo de la superproducción crónica. El mercado se extiende todavía indudablemente, pero el número de concurrentes en el extranjero crece mucho más rápidamente.

Así es como la poderosa industria textil de Inglaterra ha entrado ya en un período de estancamiento. Ni aun el período de prosperidad en que nos hallamos le da ningún desarrollo apreciable. Las exportaciones del Reino Unido se elevaban en millones de libras esterlinas:

	1880	1885	1890	1895	1897
Hilos de algodón . .	11,9	11,9	12,3	9,3	9,9
Tejidos de algodón .	63,7	55,1	62,1	54,5	54,0
Totales	75,6	67,0	74,4	63,8	63,9

Lo mismo ocurre con la industria algodonera de los demás países de la Europa occidental, y sus mercados sólo aumentan trabajosamente.

En Alemania aumentó el número de obreros de la industria y del comercio, desde 1882 a 1895, en 40 %, mientras que el número de personas dedicadas a la industria textil no aumentaba más que 9 %.

No ocurre lo mismo en la industria siderúrgica. Si en Europa y en los Estados Unidos se paraliza la construcción de vías férreas, aún están faltas de ellas vastas extensiones en los países bárbaros o semicivilizados, y la construcción de máquinas tiene todavía a su disposición grandes regiones que se prestarán tanto más rápidamente a la introducción de la gran industria capitalista y a la explotación minera, cuanto que Europa y América tengan una enorme excedencia de capital que exportar y que aquellas regiones se liguen

al mercado internacional por una estrecha red de vías férreas y de líneas de navegación.

En Alemania, mientras que el número de las personas dedicadas a la industria textil crecía tan sólo en un 9 %, en la industria metalúrgica aumentaba 39 %, y en la construcción de máquinas 64 %.

Pero por mucha importancia que tome la exportación de los capitales prestados, las regiones atrasadas no pueden pagar con esos capitales los productos que les envíen los países de gran industria. Por el contrario, aquellos capitales agravan la situación de estos países por los intereses que tienen que pagar. En pago de los productos industriales y de los intereses de los capitales exportados, estas regiones no pueden pagar al pronto, si no con materias primeras, entre ellas, materias que ya produce la agricultura europea o que reemplazan a productos de la agricultura europea. Y cuanto más perfectos son los medios de comunicación, más fácilmente toman aquellas materias primeras el camino de Europa, y más fácil les resulta substituir en nuestros mercados los productos europeos.

Y así es como al lado de la paralización o de la crisis económica de la industria textil, crisis sólo interrumpida por cortos períodos de débil potencia, tenemos también la crisis de la agricultura y de las industrias agrícolas, azúcares, aguardientes, etc. Si la industria azucarera adquiere, sin embargo, una importancia artificial, no será menos terrible la quiebra final.

La industria metalúrgica —comprendiendo en ella la construcción de máquinas— es hoy la más importante de las industrias que trabaja para el mercado mundial, y gracias a ella el período en que nos encontramos ahora es un período de prosperidad. Pero el crecimiento de esta industria tendrá también un término; no digo una crisis pasajera, sino que igualmente llegará a la superproducción crónica y al estancamiento —siempre en la hipótesis de que la forma de producción capitalista continúe su evolución—, porque la industria metalúrgica se cava ella misma su fosa al exportar máquinas al extranjero.

Si ahora crea concurrentes a las industrias textiles y agrí-

colas, más o menos pronto se las creará a sí misma, y no solamente satisfará las necesidades de sus países, sino que también producirá para el mercado internacional.

Casi parece que la extensión de la industria metalúrgica inglesa ha llegado ya a este límite con relación a Alemania y sobre todo a los Estados Unidos. El actual período de prosperidad no ha aumentado lo más mínimo la producción de hierro en Inglaterra.

Según el *Economist* de Londres (1.° de julio de 1899), se elevaba, en toneladas:

	1906	1907	1908
Para la Gran Bretaña . . .	8.650.681	8.681.151	8.877.109
Para Alemania	6.372.575	6.864.405	7.215.927
Para los Estados Unidos . .	8.623.127	9.652.680	11.733.934

Según M. N. R. Lawson (*Bankers Magazine*, agosto de 1899: «Tres años de expansión americana»), la producción de carriles de acero se elevaba, en toneladas:

	Inglaterra	Estados Unidos
En 1897	921.131	1.644.520
En 1898	751.591	1.976.702

La producción total de acero Bessemer se elevaba, en toneladas:

	Inglaterra	Estados Unidos
En 1897	1.884.155	5.475.315
En 1898	1.759.368	6.609.017

A pesar de las afirmaciones contrarias de los metalúrgicos ingleses, Lawson ve en estas cifras muy tristes presagios para la industria siderúrgica en Inglaterra.

Cuando la industria metalúrgica de los grandes países industriales llegue adonde han llegado hoy la industria textil y la agricultura inglesas, tendrá un término la facultad de

expansión de la producción capitalista, y por lo mismo se verá gravemente amenazada su vitalidad.

Ese día puede llegar en un plazo muy cercano, si hemos de juzgar por la rapidez con que los Estados Unidos, el Japón y Rusia han desarrollado su gran industria. Ha bastado a los Estados Unidos una generación para crear una industria capaz hoy de luchar victoriosamente contra las industrias inglesa y alemana.

Hagamos notar, sin embargo, que el demostrar que la superproducción llega a ser crónica e irremediable, no es profetizar que muy pronto ha de sobrevenir una enorme crisis universal, un incendio universal de donde brote la sociedad socialista triunfante como nuevo fénix que renace de sus cenizas.

Esta superproducción crónica acaso tenga un proceso tardío. No sabemos cómo ni cuándo ocurrirá. Y hasta reconocería de buen grado que puede dudarse de su realización tanto más fácilmente cuanto más rápida sea la marcha del movimiento social. La superproducción crónica irremediable representa el límite extremo más allá del cual no puede subsistir ya el régimen capitalista; pero otras causas pueden hacerle sucumbir antes. Hemos visto que la concepción materialista, al lado de la *necesidad económica*, admite otros factores de la evolución social, factores que se explican por las condiciones económicas, pero que son de naturaleza moral y espiritual, y que agrupamos bajo la fórmula de «lucha de clases». La lucha de clases del proletariado puede ocasionar la caída de la forma de producción capitalista antes de que llegue ésta al período de descomposición. Si el demostrar que la superproducción se hará crónica no es predecir la gran crisis universal, tampoco es profetizar que el régimen capitalista acabará de esta o de la otra manera. Pero es importante aquella indicación, porque al fijar un término extremo a la duración de la sociedad capitalista actual, se hace salir al Socialismo de las regiones nebulosas en que tantos socialistas le creen, nos aproximamos a él, y le convertimos en un objeto político tangible, necesario. Ya no se trata de un sueño que se realizará acaso dentro de quinientos años, o que acaso no se realizará nunca.

Ya he indicado los principales puntos sobre los cuales conviene llamar la atención cuando se explican las relaciones entre las crisis económicas y el Socialismo.

Pero Bernstein no se ocupa precisamente de aquellos diferentes puntos, limitándose casi a refutar la fantasía absolutamente sin importancia de la crisis universal.

Suscita la cuestión de saber «si la enorme extensión territorial del mercado internacional, unida a la extraordinaria reducción del tiempo necesario a las comunicaciones y al transporte, no ha multiplicado hasta tal punto la posibilidad de *compensar* las perturbaciones, y si la riqueza enormemente acumulada de los Estados industriales de Europa, unida a la elasticidad del crédito moderno y a la institución de los carteles industriales, no ha disminuido hasta tal punto la *fuerza retroactiva* de las perturbaciones locales o particulares, que en plazo bastante considerable las crisis comerciales generales, del modelo de las anteriores crisis, resulten improbables».

Hoy no puede saberse cuál será la naturaleza de las crisis próximas. Es muy probable que en muchos puntos presenten un carácter diferente de las precedentes. Pero la cuestión no es ésa. Se trata de saber si el efecto de las crisis futuras sobre el proletariado y las clases medias, será el mismo que el de las pasadas, y nada hace prever lo contrario. Por otra parte, no alcanzo a comprender por qué la extensión del mercado internacional y del crédito, como el aumento de la riqueza de los Estados industriales, puedan prevenir las crisis. No se trata aquí de «la fuerza retroactiva de las perturbaciones locales o particulares», sino de la superproducción general. Cuanto más rápidos sean los transportes y la transmisión de noticias, más pronto se constituirá la unidad del mercado internacional y más pronto una cualquiera de sus partes sufrirá las consecuencias de lo que ocurre en las otras. Lo mismo ocurrirá con el desarrollo del crédito, que facilita el súbito crecimiento de la producción. El mismo efecto ocurrirá también con el crecimiento de la riqueza, que no significa otra cosa sino el aumento de los capitales disponibles para el aumento de la producción. Cierto es que perturbaciones *locales* o *particulares* pueden ser

fácilmente remediadas gracias a la masa de los capitales, al crédito y a la rapidez de los medios de comunicación. Y, como ya lo ha demostrado Engels, se han suprimido así toda una serie de causas de crisis y de focos de crisis. Pero ¿cómo podrá la evolución indicada evitar una superproducción general? Ahora bien: si la superproducción es general, la quiebra lo será también. La prosperidad y la crisis están indisolublemente unidas en la sociedad capitalista.

Con esto no queremos decir que la próxima crisis será la última, la que ponga término al actual estado social.

Pero ¿y los *trusts*? ¿No son medios de limitar y regular la producción, evitando así la superproducción y la crisis?

Su *objeto* ciertamente no es ése. Su misión es aumentar el beneficio del capital. Uno de los medios para conseguirlo es elevar los precios, y por consecuencia aumentar los beneficios, reduciendo la oferta en los mercados. Pero por este procedimiento no se puede elevar arbitrariamente los precios, ni aun cuando se es dueño del mercado gracias al monopolio, que es lo que ocurre con los *trusts*. A medida que suben los precios, disminuye la demanda y al mismo tiempo crece en los capitalistas que no forman parte del *trust* el deseo de participar del beneficio excepcional fundando empresas concurrentes, y de este modo se suprime el monopolio, la producción aumenta todavía más.

De esta manera se impone un límite a la restricción de la oferta en el mercado, restricción producida por el *trust* o *cartel*.

Por otra parte, en igualdad de circunstancias, el provecho es tanto mayor cuanto que se produce con menores gastos. Ahora bien: se produce con gasto tanto más pequeño cuanto en mayor escala se produce.

Cuanto más grande es la escala en que se produce, más puede perfeccionarse la explotación desde el punto de vista técnico y en mejores condiciones se coloca para matar en germen toda la concurrencia que amenazara el monopolio del *cartel*. Y cuanto más grande y rápido es el movimiento de las transacciones, más se eleva el beneficio en igualdad de circunstancias.

Del *cartel* pudiera decirse con más razón que de Marx,

que le animan dos almas, una con tendencias a la mayor limitación, y otra a la mayor extensión posible de la producción. Pero las gentes que forman los monopolios no son espíritus especulativos, sino hombres de acción, y lejos de que sus dos almas combatan entre sí, tratan sencillamente de aprovechar las dos tendencias para obtener nuevos beneficios en otros mercados.

En el mercado interior se restringe lo más posible la oferta, y así se produce una subida lo mayor posible. Pero sólo se restringe la *oferta*, no la *producción*. Esta aumenta todo lo posible, y el exceso es enviado al extranjero. Cuanto más se elevan los precios y los beneficios en el mercado interior, mejor puede la concurrencia rebajar el precio en el mercado exterior. Y si en este último mercado sólo se cubren los gastos, es, sin embargo, provechosa aquella venta, porque permite que continúe la producción en gran escala.

Luego cuando se trata de industrias productoras en grandes masas para la exportación —y precisamente éstas son las que más tienden a la superproducción— no puede esperarse de los *trusts* que regulen el límite de la producción.

Los Estados Unidos es el país de los *trusts*, y no vemos que en ellos sea limitada la producción. En los últimos cinco años la producción de fundición en los Estados Unidos *ha más que duplicado*. En 1894 se elevaba a poco más de seis millones y medio de toneladas; en 1898 llegaba casi a doce millones, y para 1899 se calculaban, según los resultados del primer semestre, catorce millones. (Lawson, *Bankers Magazine*.)

No puede negar Bernstein que los *trusts* en ciertas circunstancias tienen por efecto impulsar la superproducción.

Pero —objeta— esta maniobra no da buen resultado sino allí donde los derechos protectores garantizan al *cartel* una protección eficaz, impidiendo al extranjero que le pague en la misma moneda.

O más bien:

Convencido de que cuando en los Estados industriales modernos los *trusts* y los *cartels* están sostenidos y acentuados por derechos protectores, deben convertirse fatalmente en factores de crisis de la industria respectiva, si no inmediatamente, al menos finalmente, lo mismo para el país «protegido» que para los de-

más. Falta saber cuánto tiempo tolerarán los pueblos respectivos este estado de cosas.

Así, pues, los *cartels*, lejos de regular la producción, deben originar la crisis, y la cuestión es tan sólo «saber cuánto tiempo tolerarán los pueblos este estado de cosas».

Esa es, en efecto, la cuestión. Pero Bernstein ha dado la callada por respuesta, como ha hecho con muchas otras.

Bernstein partía del supuesto de que la extensión del mercado internacional, el aumento de la riqueza, la elasticidad del crédito moderno, todos estos elementos unidos a la formación de *cartels* entre industriales, había hecho improbables las crisis generales *por un tiempo bastante considerable.* Y he aquí que de pronto se reconoce que esos *cartels* son nuevas causas de crisis, por lo menos mientras los pueblos toleran las tarifas protectoras; luego así será «*por un tiempo bastante considerable*». No tenemos probabilidades de que vuelvan los tiempos del librecambio. En tanto que los pueblos toleren el capitalismo, tolerarán también las tarifas protectoras, precisamente a causa de su superproducción siempre creciente. El régimen capitalista no tiene remedios contra la superproducción, las tarifas protectoras son a lo menos una tentativas para atenuar sus malos efectos, o más bien para hacer que recaigan sobre otros países. Pero estas tarifas sólo producen efecto hasta el día en que otros países las introducen a su vez. Se aceptan con más facilidad que se suprimen, sobre todo en un período de concurrencia tan violenta, y el fracaso de la tentativa produce una elevación de las tarifas, mejor que su supresión.

¿En dónde vemos hoy en los partidos burgueses un movimiento en favor del librecambio? Con ellos solamente se puede preguntar si serán mayores o menores los derechos de aduanas, si habrá tratados de comercio o guerras de tarifas. ¡Pero librecambio! Para el capitalista es un ideal del pasado. El librecambio es uno de los numerosos argumentos que demuestran que Inglaterra es un país excepcional. Y, sin embargo, hasta en Inglaterra gana terreno la propagación en favor de las tarifas protectoras.

Si, pues, la supresión de los efectos de los *cartels*, que determinan las crisis, depende de la introducción del libre-

cambio, estos efectos tienen vida asegurada para mucho tiempo. La crisis próxima, que probablemente ocurrirá dentro de dos o tres años, no se evitará gracias al librecambio.

Pero los *cartels* y los *trusts*, sobre todo los *trusts* más poderosos, no ejercen influencia solamente en el mercado internacional porque estimulan la producción y la concurrencia, sino también porque suministran un alimento a la especulación.

Bernstein opina que la especulación no es más que una enfermedad infantil del régimen capitalista, enfermedad que desaparecerá con el tiempo.

La especulación está condicionada por las relaciones mutuas de circunstancias conocidas y desconocidas. Cuanto más prevalezcan las últimas, más florecerá la especulación, y cuanto más sean rechazadas por las primeras, más faltará el terreno. Por eso las más locas extravagancias de la especulación comercial coinciden con el *comienzo de la era capitalista* y hábilmente celebra sus más salvajes orgías en los países de reciente desarrollo capitalista.

Pero ¿qué es lo que desarrolla el capitalismo en esos países? Principalmente los capitales superfluos de los países de un industrialismo menos reciente. Los elementos del mercado que no se pueden conocer en aquellos jóvenes países, desarrollan en los otros una especulación tanto más desenfrenada cuanto mayor número de capitales extranjeros coloquen aquellos países. «Las más salvajes orgías» de la especulación argentina y transvaliana se han celebrado no tan sólo en Buenos Aires y en Johannesburgo, sino también en la antigua y honorable «City» de Londres.

Los «elementos que no se pueden conocer» son muy numerosos proporcionalmente cuando se abren nuevos países a la civilización europea; lo son también cuando se aplican nuevos descubrimientos, cuando se crean nuevas ramas de industria y ofrecen así una base a la especulación. No puede pretenderse que uno y otro de estos dos últimos factores desaparezca a medida que nos alejamos de los principios de la sociedad capitalista. Al contrario.

Y tampoco puede pretenderse que la especulación sea hoy menor que en otros tiempos,

Los capitalistas fueron prudentes mientras se experimentaron los efectos de la terrible depresión de 1874-1888. Pero hoy especulan con más ardor que nunca. Tomamos del *Deutsher Economist* del 22 de julio de 1899 algunas cifras para ser más precisos.

En el Imperio alemán, el capital efectivamente colocado en emisiones se eleva en millones de marcos:

EMISION DE TITULOS DE TODAS CLASES

Años	Títulos	Años	Títulos
1887 . . .	1.008	1894 . . .	1.420
1888 . . .	1.985	1895 . . .	1.375
1889 . . .	1.745	1896 . . .	1.896
1890 . . .	1.520	1897 . . .	1.944
1891 . . .	1.217	1898 . . .	2.407
1892 . . .	1.016	1899 (6 me-	
1893 . . .	1.266	ses) . .	1.595

EMISION DE ACCIONES DE SOCIEDADES INDUSTRIALES ALEMANAS

Años	Acciones	Años	Acciones
1887 . . .	?	1894 . . .	79,0
1888 . . .	194,5	1895 . . .	223,2
1889 . . .	337,4	1896 . . .	333,9
1890 . . .	200,5	1897 . . .	318,2
1891 . . .	29,7	1898 . . .	520,6
1892 . . .	14,8	1899 (6 me-	
1893 . . .	25,3	ses) . .	518

La segunda columna permite seguir muy bien el ciclo industrial, con su apogeo en 1889, su punto inferior en 1892, el

renacimiento de 1895 y el impulso prodigioso en los últimos años; el primer semestre de 1899 vio nacer tantos valores industriales como todo el año precedente, que era un año de gran prosperidad.

Citemos todavía una serie de cifras que demuestran el agio medio de emisión de las acciones industriales alemanas: Era en

Años	Acciones	Años	Acciones
1888 . . .	de 38,06 %	1895 . . .	38,6
1889 . . .	45,78	1896 . . .	36,1
1890 . . .	30,05	1897 . . .	66,7
1891 . . .	20,0	1898 . . .	67,7
1892 . . .	14,7	1899 (6 meses) . .	69,9
1893 . . .	29,1		
1894 . . .	31,0		

A este propósito hacía observar la redacción de la citada hoja: «Los cursos de emisión han alcanzado una altura *jamás conocida*. Además es una regla constante que los títulos suben muy por encima de los cursos de emisión. Ya hemos demostrado lo que hay de *enfermizo en estas exageraciones*... En realidad, no es la idea que se forma del alto valor del negocio lo que hace subir los cursos, sino sencillamente la idea muy arraigada en todos de que los cursos subirán todavía, es decir, la especulación a la alza. La tasa aún no alcanzada de la prima de emisión, cerca del 70 %, demuestra que esta especulación ha tomado una extensión como todavía no se había visto nunca».

En análogos términos se expresa Lawson en el artículo antes mencionado, a propósito de la especulación en Wallstreet. Dice que sin la prudente política de las bancas de Nueva York hubiera habido una nueva edición de los escándalos del Mar del Sur. Y son los *trusts* la principal causa de esta descarada especulación.

Los Estados Unidos es el país de los *cartels*, tienen la organización del crédito más elástica del mundo, una rique-

za enorme, un sistema perfeccionado de comunicaciones y de transmisión de noticias, el mercado nacional mayor del mundo; y sin embargo, en los Estados Unidos se produjo la crisis más terrible de las que se conocen en los últimos diez años (1893-1896).

Admitamos, sin embargo, que los *cartels* estén realmente en condiciones de evitar las crisis limitando la producción. ¿Qué ganarían con ello los proletarios y las clases medias? Los *cartels* son uno de los medios más poderosos para expropiar a los pequeños capitalistas. Si la crisis, que obra en el mismo sentido, no se evita más que con los *cartels*, no es menos insoportable la tiranía del gran capital. ¿Y los proletarios? Se sabe que la unión de los negociantes en sindicatos no favorece ni el alza de los salarios, ni el desarrollo de los sindicatos de obreros, ni la independencia de los obreros. ¿Obtienen éstos al menos como compensación, una ocupación más constante? Precisamente allí donde triunfa el *cartel* realmente limitando la producción, es menos constante la ocupación. El *trust* puede obtener la mayor productividad del trabajo mucho más fácilmente que una empresa aislada. El *trust* reduce a la inacción las pequeñas empresas irracionales, simplifica la administración, aumenta la división del trabajo y excita con la enormidad de sus capitales disponibles a ensanchar la aplicación de nuevos inventos. Y si a todos estos progresos se une la limitación de la producción, resultará de ello una reducción mayor todavía del número de obreros.

El posible que una parte de los obreros, los más aptos y los más hábiles, tengan, gracias al *cartel*, un trabajo más constante; para los demás obreros esta ventaja se traduce en un paro más frecuente.

¿Cómo puede prevenir la crisis el *cartel*? Unicamente limitando la producción. Pero ya hemos visto que es una condición vital de la forma capitalista y sobre todo del proletariado, la constante extensión de la producción. Aquí nos importa poco el saber lo que harían los *cartels* de los capitales nuevamente acumulados si pudieran conseguir la regulación de la producción; nos importa poco el saber si se verían obligados por la acumulación de capital a aumentar

la producción, o si serían heridos de muerte. Pero es seguro que todo obstáculo a la extensión de la producción, con la forma de producción actual, lleva a una situación insoportable, y que es una locura el creer que los efectos serán menos sensibles a los obreros si aquélla es producida no por las crisis y las bancarrotas, sino por coaliciones artificiales de los industriales. Al contrario, si los industriales quieren prevenir la crisis haciendo sentir sus efectos a los obreros en los períodos de prosperidad, si, para salvar sus beneficios, hacen soportar sólo a los obreros las consecuencias de una superproducción, todos estos procedimientos han de agravar el antagonismo entre el capital y el trabajo.

En vez de hacer que desaparezcan los efectos de las crisis que favorecen los progresos del Socialismo, obran, por el contrario, en el mismo sentido, verosímilmente, sin acabar con las crisis. Más que cualquier otro fenómeno de la vida social capitalista llevan al ánimo de las clases trabajadoras el sentimiento de la necesidad de la expropiación de los expropiadores y les persuaden de que la conquista de los poderes políticos por el proletariado es el único medio eficaz de conseguirlos.

El mismo Bernstein afirma que los *cartels* pueden tener graves consecuencias para los obreros, pero sigue siempre hipnotizado con la idea fija de que en el Partido Socialista hay gentes influyentes que esperan la liberación del proletariado, no como resultado de una lucha encarnizada contra sus enemigos, sino como efecto de una crisis universal imaginaria.

Virtualmente, el medio de preservación capitalista contra las crisis lleva en sí los gérmenes de una nueva *esclavitud* de la clase obrera, y de privilegios de producción que son, en una forma más categórica aún, la reproducción de los antiguos privilegios de lo veedores. Desde el punto de vista de los obreros, me parece mucho más importante el darse cuenta de sus posibilidades que el profetizar «su impotencia». Para la clase obrera es, en principio, completamente secundario el saber si, a la larga, serán capaces de realizar su fin principal: prevenir las crisis. Pero esta cuestión adquiere una grandísima importancia a partir del momento en que se fundan sobre la crisis general esperanzas de

emancipación de la clase obrera. Porque en este caso, la idea de que los *cartels* nada pueden contra la crisis, puede ser causa de funestas omisiones.

¿Qué idea tan singular debe haberse formado Bernstein de sus amigos políticos? ¿Qué es lo que piensa de nuestro movimiento, si admite que «se fundan sobre las crisis próximas esperanzas tan ciertas, que hasta pueden «llegar a ser la causa de funestas omisiones»?

¡Desgraciadamente hay gentes que juzgan al Partido Socialista tomando en consideración estos lamentos de Casandra!

i) *El programa socialista.*

Bernstein termina su examen de la evolución económica de la sociedad moderna con sus consideraciones sobre las crisis y los *cartels.*

¿Nos conducen a modificar nuestro programa? ¿Han demostrado que las vías de la evolución económica no son las que Marx indica?

Yo creo que con toda tranquilidad podemos contestar negativamente a esta pregunta.

Y no me refiero al programa de Erfurt solamente, sino a las grandes líneas de todos los programas modernos que examinan los fundamentos de las reivindicaciones socialistas.

El programa de Hainfeld del Partido Obrero austríaco, por ejemplo, declara:

El Partido Socialista Obrero de Austria aspira para el pueblo entero, sin distinción de nacionalidad, de raza y de sexo, a la liberación de los lazos de dependencia económica, a la obtención de los derechos políticos y a la supresión de la miseria intelectual. La causa de este estado indigno no debe buscarse en las instituciones políticas, sino en el hecho dominante en todo el estado social de que los medios de producción están monopolizados por cierto número de propietarios. Los que trabajan, la clase obrera, se convierten así en esclavos de los que poseen un medio de producción, la clase de los capitalistas, cuya prepon-

derancia política y económica está representada por el Estado moderno. La propiedad individual de los medios de producción tiene como consecuencia, desde el punto de vista político, el Estado en manos de una clase, y desde el punto de vista económico, la pobreza creciente de las masas, el empobrecimiento progresivo de fracciones del pueblo cada vez más numerosas.

Por el desarrollo de la industria, el colosal incremento de las fuerzas productivas, esta forma de la propiedad resulta no tan sólo superflua, sino también *esta forma de la propiedad desaparece poco a poco para la gran mayoría del pueblo, mientras que las condiciones necesarias intelectuales y materiales de la forma de la propiedad colectiva se realizan cada vez más.* Devolver los medios de producción a la propiedad colectiva del conjunto, del pueblo trabajador, es, pues, no sólo libertar a la clase obrera, sino también acabar una evolucinó histórica necesaria. Esta evolución no puede acabarse más que por el proletariado consciente de sus deberes e intereses de clase organizado como partido político.

Organizar al proletariado como partido político, hacerle consciente de su situación y de su misión, prepararle intelectual y físicamente para la lucha, es el verdadero programa del Partido Obrero Socialista de Austria, para cuya aplicación empleará todos los medios oportunos y de conformidad con el sentimiento natural que tiene el pueblo de su derecho.

El programa del Partido Obrero francés empieza declarando:

Que la emancipación de la clase obrera es la de todos los seres humanos sin diferencia de sexo ni de raza;

Que los productores no pueden ser libres si no están en posesión de los medios de producción;

Que hay dos formas bajo las cuales pueden pertenecerles los medios de producción;

1.ª La forma de la propiedad individual, que jamás fue un hecho general *y que desaparece cada vez más por consecuencia de la evolución industrial.*

2.ª La forma de la propiedad colectiva cuyos elementos materiales e intelectuales *son suministrados por la misma evolución de la sociedad capitalista.*

En todas partes encontramos substancialmente la misma serie de ideas que en el programa de Erfurt del Partido So-

cialista alemán. No se trata, pues, en primer lugar de la forma particular de este programa, sino de las miras generales que dirigen todo el movimiento socialista internacional.

En el momento mismo en que escribo estas líneas, publica Bernstein en el *Vorwäerts* (3 de septiembre) un artículo titulado «Lo que pienso de la parte teórica del programa de Erfurt», en el que no habla sino de la forma demasiado absoluta que ofrecerían hoy algunas frases de aquel programa:

> Yo digo hoy, porque —hecha abstracción de la cuestión agraria— reconozco, a pesar de todo, su exactitud condicional. En cuanto a la cuestión agraria aún no se ha dicho la última palabra sobre el particular.

Esta actitud no deja traslucir en Bernstein la necesidad urgente de revisar el programa. Al final de su artículo dice:

> Después de lo que antecede, no puede caber ninguna duda sobre lo que yo pienso de la parte teórica del programa del Partido.
>
> Si estuviera a la orden del día la modificación del programa, no vacilaría un instante, si se me rogara preparar una redacción conforme a mis ideas. Pero no me siento inclinado a ello. No soy yo quien ha implicado el programa en la discusión. No consideraría que ha llegado la ocasión de juzgarle sino en el caso de que en el Partido se propagara la convicción de que en su forma actual, no responde ya al estado de los estudios sociológicos y a las necesidades de la propaganda del Partido. Hasta entonces, el deber de los escritores que se ocupan en las cuestiones teóricas sólo puede consistir en trabajar en la medida de nuestras fuerzas para aumentar las nociones sociológicas.

Yo tampoco veo en esta discusión el menor motivo para someter a una revisión la redacción del programa de Erfurt. Pero si hubiera de procederse a esta revisión, se debería, ante todo, examinar si la redacción actual significa verdaderamente lo que ha querido Bernstein que signifique.

Creo haber demostrado que la crítica que hace Bernstein de la «teoría catastrófica» se resiente no sólo de que no explica las cosas con exactitud, sino también de que concibe la teoría socialista de un modo que no está conforme con las

ideas que dominan en nuestro Partido. La misma observación debe hacerse a propósito de su crítica a la redacción del programa de Erfurt.

Entre otras cosas, dice:

> En resumen, no puedo suscribir los principios que consideran el Socialismo como la consecuencia *necesaria* de hechos puramente económicos, como la manera de salir de una *derrota* económica y la alternativa o el resultado de una violenta *colisión.*

Y yo pregunto: ¿Dónde se trata en el programa de Erfurt de una *derrota* económica y de una *violenta colisión?* He aquí el párrafo que se refiere al Socialismo:

> Unicamente la transformación de la propiedad individual de los medios de producción en propiedad colectiva y la transformación de la forma de producción capitalista en forma de producción socialista, puede hacer que la gran industria y la productividad siempre creciente del trabajo social dejen de ser para las clases hasta aquí explotadas un manantial de miseria y de opresión, para convertirse en fuente de bienestar y perfeccionamiento armónico universal.

¿Dónde se habla aquí de *derrota económica,* de *colisión?* El programa de Erfurt no habla una palabra de la forma de *advenimiento* del Socialismo, por la sencilla razón de que es imposible decir algo sobre esto.

El programa de Erfurt fue aprobado por unanimidad por la comisión encargaad de su redacción. De aquella comisión formaba parte Vollmar,[16] que en el mismo Congreso defendió sus llamados discursos oportunistas. ¿Cree Bernstein que Vollmar hubiese prestado su asentimiento a una redacción del programa que afirma perentoriamente la necesidad de una colisión?

No; el programa no habla absolutamente nada referente a la manera como se realizará el Socialismo, si será por un trabajo pacífico o por colisiones violentas, o, como admitimos la mayor parte de nosotros, por ambos procedimientos.

16. Dirigente del socialismo agrarista alemán sobre cuyas opiniones teorizó Bernstein en su libro "Socialismo Evolucionista".

Otra objeción de Bernstein a la redacción del programa de Erfurt proviene de su concepción de la «necesidad económica», que en el citado artículo toma como sinónimo de necesidad técnica y que opone a la necesidad *social*. Dice que la

necesidad de la socialización de la producción no puede deducirse de la *técnica industrial*, ¡como si en el programa de Erfurt se tratara de esto! «La evolución industrial de la producción —dice Bernstein— no es un factor real de la evolución socialista en el sentido de que este factor por sí mismo nos llevaría a la socialización *inmediatamente*. La socialización se verifica más bien *indirectamente* bajo la acción de las necesidades *sociales* o *políticas;* así se ha verificado para el correo, los ferrocarriles, etc.»

Compárense estas líneas con el párrafo antes citado del programa de Erfurt, que deduce la necesidad del Socialismo de las necesidades de la *clase obrera* y no de las necesidades de la explotación industrial, y se verá lo que debe pensarse de la opinión de Bernstein acerca de la necesidad económica.

En otro párrafo del artículo en cuestión critica Bernstein este principio: la realización del Socialismo «sólo puede ser obra de la clase obrera», y se cree obligado a exponernos detenidamente que en el Partido, al lado de los proletarios, se encuentran también otros elementos, que a veces son los más útiles.

Pero si este hecho estuviera en contradicción con el principio antes mencionado, ¿cómo se explica que los veintiún miembros de la Comisión del programa, entre los que había alguno «académico» y pequeños burgueses, le adoptaran por unanimidad y el mismo Bernstein no encontrara en él nada que modificar? ¿Consideraba entonces que sólo las callosas manos de los obreros podían ser útiles al Partido Socialista? Luego si hoy no puede suscribir este principio que hace ocho años aceptaba, sólo debe atribuirse a que no le interpreta de la misma manera. Entonces sabía bien que el principio no se refiere a los *individuos*, sino a las *clases*, puesto que dice: de todas las *clases*, la *clase obrera* es la única que hará

triunfar el Socialismo. Ya volveremos a insistir sobre este punto.

Si queremos, pues, examinar las críticas que ha formulado Bernstein a la redacción del programa, debemos primero ver si el programa dice lo que Bernstein lee en él.

Pero volvamos a la obra de Bernstein. Aquí no se trata de la redacción de algunas frases del programa, sino de los principios que constituyen el fondo de todos los programas socialistas. Nuestros adversarios también han visto en aquélla una ruptura con nuestros principios, un indicio de disgregación del Partido Socialista. Y, en efecto, lo que se deduce de estas consideraciones no es solamente que la redacción de algunas frases del programa tenga una forma demasiado «absoluta». ¿No pretende, y a veces en una forma muy «absoluta», que la evolución económica de la sociedad moderna no sigue completamente la dirección que le asignó Marx, y que el Partido Socialista, después de Marx, adoptó como verdadera en su programa? Sí, tiene razón Bernstein, no solamente debe modificarse la *redacción* de la introducción de nuestro programa, sino todo su *contenido*.

¿Qué quieren decir, entonces, las reivindicaciones socialistas, que nuestro programa deduce de los principios de la introducción?

Ciertamente las reivindicaciones no serían necesariamente caducas si lo fueran sus bases. Con mucha frecuencia se ven conclusiones muy exactas deducidas de premisas falsas. Pero es imposible exigir que se admita como justa una idea cuya verdad no haya sido demostrada.

Yo admitiría de buena gana que se pudiera dar al Socialismo otras bases que las que le da Marx.

Antes que Marx y en tiempo de Marx ha habido numerosos socialistas que han dado a sus reivindicaciones bases excelentes y profundas, pero todos indicaban sobre qué fundaban sus reivindicaciones.

Bernstein tiene, indudablemente, razón al pretender que «no es la concepción de las *formas* de la evolución real lo que hace al socialista», sino «la concepción de la sociedad tal como debe ser, la convicción socialista, la *voluntad*». (*Vorwäerts*, 6 de mayo de 1899.) Pero si esta voluntad se pre-

senta sin fundamentos como un *sic volo sic jubeo*, no podrá esperarse de semejante socialismo una gran fuerza propagandista. Una voluntad semejante puede ser el fundamento de un socialismo para un uso personal, no de un socialismo alrededor del cual puede cristalizar un gran partido.

Como vimos ya en el primer capítulo, Bernstein no deja ver si para él es una necesidad el socialismo o un simple deseo. Pero tampoco demuestra por qué es deseable el socialismo. Rechaza su fundamento puramente económico, pero ¿con qué lo reemplaza?

Accidentalmente hace notar (*Vorwäerts*, 26 de marzo) que «en el movimiento socialista la *conciencia del justo* (*Rechtsbewusstsein*), el esfuerzo hacia *condiciones sociales aún más justas*, es un factor por lo menos tan eficaz e importante como la *miseria*», pero en vano se buscará en él una prueba de que la sociedad socialista es *aún más justa* que la sociedad moderna, puesto que demuestra que ésta no es tan injusta como se cree. Tampoco demuestra por qué la *conciencia del justo* (en los obreros, como hace notar más adelante) conduzca al Socialismo. Yo entendía las palabras conciencia del justo como *sentimiento del justo*, necesidad de justicia, otra expresión que supone «esfuerzo hacia condiciones sociales aún más justas». Pero Bernstein nos dice que conciencia del justo significa «el sentimiento que tengo de estar en lo cierto». En verdad, esto es diferente, pero ¿por qué ese sentimiento sublime conduce no a la manía de tener siempre razón, sino al pensamiento socialista? No lo veo claro.

Además, hace notar Bernstein que «la lucha de clase continúa lo mismo si el movimiento obrero recibe su impulso, no ya de la extrema miseria material, sino de nuevas necesidades, resultante de un nivel de cultura más elevado y de la conciencia cada vez más grande de la igualdad de los derechos».

Bien, pero estos factores, lo mismo que «la conciencia del justo» determinan simplemente un movimiento obrero, un esfuerzo de los obreros hacia una cultura más elevada y a la igualdad de los derechos; no prueba que los obreros deben estar convencidos de que aquellos resultados sólo pueden alcanzarse por la supresión de la forma de producción capita-

lista y de la propiedad capitalista. Los factores del movimiento obrero que señala Bernstein, los reconocen también los economistas burgueses.

Inútilmente intentaremos encontrar en el libro de Eduard Bernstein otros factores del movimiento obrero. Su libro no demuestra que el Socialismo es necesario, ni siquiera que es deseable; por el contrario, más bien consigue que se dude de ello.

Las objeciones que opone a la teoría marxista del capital, son las mismas que alega desde hace mucho tiempo el liberalismo económico contra el Socialismo. Y hasta que se pruebe lo contrario, no veo que de estas objeciones puedan deducirse otras consecuencias que las que los liberales han deducido.

Si los grandes inconvenientes de la forma de producción capitalista son inherentes tan sólo a sus principios y han de disminuir con el tiempo; si el número de los que poseen aumenta; si los contraste sociales se atenúan cada vez más; si los proletarios tienen cada vez más probabilidades de llegar a ser independientes, o a lo menos de obtener una situación satisfactoria, ¿para qué el Socialismo? Si yo pensara de la evolución capitalista lo que piensa Bernstein, confieso francamente que consideraré al Socialismo como un gran error. Si Bernstein llegase a persuadirme también de la exactitud de las objeciones que hace a la concepción socialista de nuestra forma de producción, yo diría: Nuestro sitio no está ya en el Partido Socialista, sino en un partido sencillamente radical, o mejor aún, porque no quisiera separarme de un partido, yo propondría que se adoptase, en vez del programa colectivista revolucionario, un programa reformista.

Es un hecho que Bernstein ha sido reconocido como correligionario por las diferentes fracciones de los radicales que exigen reformas sociales en Alemania. Sin embargo, no tienen derecho para proclamar a Bernstein como correligionario, porque su *voluntad*, su *convicción* son las únicas que deciden su actitud, y éstas, como declara él mismo, son socialistas. Pero, en mi concepto, las fracciones liberales tienen derecho para reclamar como suyas sus *explicaciones teóri-*

cas, porque la voluntad y la convicción de su autor no deciden de su sentido.

Por fortuna, aunque los liberales tengan razón en este punto, los hechos reales no son susceptibles de desarraigar el *sentimiento de que estamos en lo cierto.*

III

LA TACTICA

a) *Lucha política y lucha económica.*

Hemos llegado a la última fase de la crítica de Bernstein, a la que mayor espacio llena en su libro y que, sin embargo, será la que menos nos ocupe. La teoría de las dos almas, que en la primera parte del libro se atribuye a Marx y a Engels, y que en la última se atribuye al Partido Socialista. Dos almas ¡ay! viven en su pecho: la revolucionaria y la reformadora. Pero la primera es tradicional, mientras que la segunda toma su fuerza vital en la realidad del presente. El alma revolucionaria es la inspiradora de las *palabras* del Partido Socialista; el alma reformadora dirige sus *actos*. Que tenga valor suficiente para mostrarse como es: un partido de reformas democráticas socialistas, y desaparecerán todas sus contradicciones, y se ahorrarán los más peligrosos ataques de sus adversarios.

Podría, pues, creerse que la crítica de Bernstein no se ha dirigido más que contra las *palabras* y que la contradicción que señala no procede de diferencias esenciales, sino que surge, en parte, del insensato placer que se disfruta oyendo frases embriagadoras, y en parte, de la falta de inteligencia que impide elevarse a una visión personal de las cosas, obligando a repetir maquinalmente lugares comunes.

Esta manera de ver es, en verdad, la más lisonjera para Bernstein y sus partidarios, que aparecen como atrevidos

pensadores, personales e inteligentes, enfrente de la turba de crédulos de inteligencia obtusa y de legiones de visionarios. Pero hay algo mejor que hacer que buscar las razones de las contradicciones del Partido en la falta de inteligencia de los unos y en la superior inteligencia de los otros; profundícese más y analícense las contradicciones, no sólo de las *palabras y de los argumentos*, sino también de las cosas. Bernstein encarece la importancia de las Sociedades cooperativas, de los sindicatos, del Socialismo «municipal». No cabe duda que en este terreno puede hacerse mucho y debe hacerse mucho para la emancipación del proletariado. Pero los adversarios más encarnizados de Bernstein no lo niegan. El mismo Parvus ha reprochado muchas veces a los *leaders* de nuestro Partido que se toman muy poco interés por los sindicatos; y es de notar que las sociedades cooperativas de consumo en ninguna parte prosperan tanto como en Sajonia, el país donde ha sido Bernstein más violentamente atacado.

Sobre este particular no hay divergencias de opiniones. Sólo aparecen cuando se trata de precisar lo que en este terreno debe hacerse para la emancipación del proletariado. Hay aquí divergencias de opinión que Bernstein ha sentido, pero que no ha expresado con valor. En ocasiones inicia este problema del Socialismo, pero en seguida lo abandona. La cuestión de la eficacia de las Sociedades cooperativas, de los Sindicatos y de la política «socialista municipal» está íntimamente ligada con la cuestión de sus relaciones con la política del Estado.

No es Bernstein, sino uno de sus partidarios, el doctor Woltmann, ya citado, el que ha suscitado esta cuestión. (Véase en la *Elberfelder Freie Presse* su serie de artículos sobre el libro de Bernstein titulados: «Discusión sobre el objeto final y el movimiento», abril de 1899, y sus conferencias sobre «la potencia política y la potencia económica», dada en Barmen el 22 de febrero de 1899.)

En los dos casos, expone la opinión de que sólo la potencia económica confiere la potencia política. Los esfuerzos que hace el proletariado para conquistar el poder son inútiles si previamente no ha adquirido la potencia económica por la organización sindical y cooperativa.

El programa de Erfurt contiene este párrafo:

La lucha de la clase obrera contra la explotación capitalista es, necesariamente, una lucha política. La clase obrera no puede entrar en el combate económico, ni desarrollar su organización económica sin derechos políticos.

Woltmann dice sobre este particular:

Es muy justo, pero ¿cómo obtendrá la clase obrera los derechos políticos? El Programa no dice nada acerca de ello. En la segunda parte es bastante cándido para exigirlos al Estado. Y ¿qué fuerzas se emplearán?

La frase debiera invertirse: «La lucha de la clase obrera contra la explotación capitalista es, necesariamente, una lucha económico-política. La clase obrera no puede obtener la influencia y los derechos políticos sin estar organizada desde el punto de vista económico».

Confesamos que es muy inocente lo de reclamar los derechos políticos al Estado, pero desgraciadamente olvida Woltmann el decirnos a quién se los podríamos reclamar, si no es al Estado y a sus organismos: el Gobierno y el Parlamento.

El pasado año, nuestros amigos de Bélgica fueron una vez más, lo suficientemente cándidos para pedir el sufragio universal al Parlamento y al Gobierno, y no a una cooperativa de consumo.

Pero ¿qué fuerza deberemos emplear para conquistar los derechos políticos? ¿No domina la vida económica a la vida política y debemos tener ante todo la potencia económica antes de poder obtener una potencia política? Dice Woltmann que la clase obrera no puede conquistar la influencia y los derechos políticos sin estar organizada desde el punto de vista económico.

Pero para organizar desde el punto de vista económico, ¿no es necesario tener «aquella influencia y los derechos políticos»? ¡Qué sería de nuestros sindicatos y de nuestras sociedades cooperativas sin el derecho de coalición y el derecho de asociación? ¿No ha debido la clase obrera conquistar

los derechos políticos antes de poder fundar aquellas organizaciones económicas? Y estos derechos políticos ¿no están aún en la Europa central expuestos a violentos ataques?

Pero, por otra parte, es un hecho que la potencia política no es, en último término, más que una consecuencia de la potencia económica. ¡Qué círculo vicioso! ¡Sin potencia económica no obtendremos derechos políticos, y sin derechos políticos no conseguiremos la potencia económica!

Por fortuna, hay un medio sumamente sencillo para salir de este círculo: no hay más que no confundir la *potencia* económica y la *organización* económica, confusión sobre la que descansa todo el razonamiento de Woltmann.

Si el proletariado no posee la potencia económica, seguramente no podrá obtener los derechos políticos. Pero el fundamento de su potencia económica es el papel que desempeña en la producción, y este papel no depende de la buena voluntad del Gobierno. En todas partes, los gobiernos y los capitalistas se esfuerzan en desarrollar rápidamente la forma de producción capitalista, y por consecuencia, aumentan la masa del proletariado, la concentran en ciertos puntos y la organizan, primero sólo para la producción, pero la organización de la fábrica repercute en la lucha de clases. Gobiernos y capitalistas obran acordes para hacer depender cada vez más del asalariado la vida económica de la nación y de manera que la nación sea dominada por el proletariado en la medida que éste tiene conciencia de su fuerza.

El aumento de la potencia económica del proletariado se observa en todas partes, lo mismo en los países despóticos que en los países democráticos; en Rusia como en Suiza; y esto explica la no interrumpida serie de victorias obtenidas por la clase obrera, movimiento que es la nota más característica de la historia del siglo XIX.

Si estuvieran justificadas las objeciones de Bernstein; si la concentración del capital, y por consecuencia, del proletariado, no se produjera como admitía el *Manifiesto Comunista*, en vano se esforzaría el proletariado en organizarse económicamente; los Gobierno y los capitalistas tendrían fuerza suficiente para acabar con ella.

Por el contrario, se agotan en una lucha desesperada,

mientras que después de algunas de sus derrotas, se alza más numeroso el enemigo que combaten, ofrecen mayor cohesión y es más indispensable para ellos mismos.

He aquí las fuerzas que ha empleado la clase obrera, las que emplea y empleará siempre para conquistar los derechos políticos.

Es muy natural que emplee los derechos políticos para desarrollar organizaciones económicas y acrecer así más todavía su potencia.

Nadie ha negado aún que un proletariado fuertemente organizado en sindicatos, disponiendo de ricas cooperativas de consumo, de numerosas imprentas, de diarios muy leídos, obtenga resultados muy diferentes en las elecciones y en el Parlamento de los que obtendría un proletariado que careciera de todas aquellas armas de combate. *Pero la potencia económica fundamental del proletariado es la potencia creada espontáneamente por la evolución económica.* Y la forma más elevada de la lucha de clases, la que da su carácter a todas las demás, no es la lucha entre organizaciones económicas aisladas, sino la lucha sostenida por la colectividad del proletariado para la conquista de la más poderosa de las organizaciones sociales, el Estado; es la lucha política. Esta es la que todo lo decide.

No queremos decir con esto que las relaciones entre la lucha económica y la lucha política sean tales en todos tiempos y en todas circunstancias, que los mayores y más rápidos progresos se obtengan constantemente por la lucha política, y que la lucha para y por las organizaciones económicas deba relegarse siempre al segundo lugar.

En la importancia relativa de la lucha económica y de la lucha política se observa cierta fluctuación parecida al movimiento oscilatorio de la industria capitalista. Del mismo modo que ésta, atraviesa sucesivamente períodos de prosperidad y períodos de crisis; del mismo modo en la política encontramos épocas de grandes combates y de rápidos progresos, épocas «revolucionarias» alternando con épocas de estancamiento en que el desarrollo de las organizaciones económicas, las «reformas sociales» pasan al primer término. Y entre estos dos movimientos oscilatorios, el movimiento indus-

trial y el movimiento político, hay no solamente una semejanza, sino un lazo.

Los períodos de prosperidad son, naturalmente, aquellos en que el descontento social general es menor, en que el esfuerzo que se intenta para elevarse por el propio trabajo tiene más probabilidad de triunfar, en que la necesidad de acudir al Estado es menor. Entonces no sólo los capitalistas, sino también los obreros, se preocupan poco de la política y conceden, por el contrario, un gran valor a las empresas y organizaciones económicas que ofrecen ventajas inmediatamente apreciables.

Durante la crisis se desvanece la esperanza de progresar en el terreno económico, la mayor potencia económica, el Estado, debe procurar el remedio; hay que apoderarse del Estado, para pisar terreno firme; crece el descontento social, se acentúan todos los contrastes, todo incita a la lucha política.

La intensidad de la lucha política y su disminución ante la actividad económica no dependen, naturalmente, tan sólo del período de prosperidad o de crisis que atraviesa la industria. Otros factores intervienen, ora para retrasar, ora para precipitar el movimiento. En todo caso, el ciclo económico ejerce una poderosa influencia sobre las relaciones entre las lucha económica y la lucha política.

La revolución de 1848 estalló durante una crisis económica. Una de las causas que después de la derrota hicieron imposible una nueva tentativa fue, además del terror que inspiró el proletariado a la burguesía con las jornadas de junio, el período de prosperidad industrial que comenzó en 1850. «La crisis industrial —escribía en 1885 Engels en su introducción a las *Revelaciones Sobre el Proceso de los Comunistas de Colonia* (pág. 15)— de 1847, que había preparado la revolución de 1848, había terminado. Comenzaba un nuevo período de prosperidad extraordinario, para los que tenían ojos y veían, era indudable que el movimiento revolucionario de 1848 iba a cesar muy pronto.»

En 1850, Marx y Engels declaraban en la revista *Die Neue Rheinische Zeitung*: «No puede prosperar una verdadera revolución cuando la prosperidad es tan grande, cuando las

fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan tan ampliamente como es posible. Semejante revolución sólo puede realizarse en las épocas en que entre estos dos factores, las fuerzas de producción moderna y las formas de producción burguesa, estalla una contradicción».

En 1871 se inició otro período de gran impulso económico. No se debió, como el de 1850, a una revolución abortada, sino, por el contrario, a una revolución europea de las más felices, pero que fue el resultado de guerras dinásticas y no de sublevaciones populares.

Los acontecimientos de 1866 y 1870-71; la caída del absolutismo en Austria y del Imperio en Francia; la unificación de Alemania, el triunfo del sufragio universal, por fin la heroica lucha de la *Commune;* estos acontecimientos no eran a propósito para adormecer en los obreros el entusiasmo que sentían por la política, para paralizar la fe en el triunfo rápido de las luchas políticas y para hacer pasar a primer término la necesidad de elevarse únicamente por la actividad económica. Con tanta mayor razón cuanto que la duración de aquel impulso fue tan corta y que la vida sindical y cooperativa, a causa de la reacción de 1849, apenas si había comenzado.

Por esta razón, para el proletariado, excepción hecha de Inglaterra, la lucha política continuó en primer término. El proletariado continuó siendo revolucionario.

Hace algunos años que atravesamos un nuevo período de prosperidad, pero de más duración que el de 1871; dicho período encontró establecidas fuertes organizaciones económicas, y coincidió con un período ya largo de marasmo político, que contribuyó a prolongar.

Nos hallamos, pues, en una situación parecido a la de 1850: reacción política y florecimiento industrial. Pero entre estas dos épocas hay medio siglo de desarrollo capitalista y de luchas de proletarios; una generación ha disfrutado ya del derecho de coalición. En tanto que la situación de 1850 produjo una paralización completa del movimiento obrero en el continente europeo, la situación de 1899 produjo solamente el paso al primer término de las luchas económicas, porque las clases trabajadoras creen que en aquel momento

pueden obtener más ventajas por el movimiento sindical cooperativo que por la actividad política.

En esta situación, en parte, radica la fuerza del libro de Bernstein. Insiste en la necesidad de ocuparse en las tareas económicas prácticas, lo cual es necesario en este momento. Su duda sobre la verosimilitud de cambios políticos importantes y súbitos, de catástrofes, responde a las experiencias de los años últimos. Y a las «personas prácticas» que leen el libro de Bernstein, sus teorías les son muy indiferentes: lo que les interesa son sus consideraciones sobre los deberes y las necesidades del tiempo presente.

Pero también la parte floja del libro de Bernstein se debe a que no responde a una situación particular. Porque no pretende tratar de nuestro próximo congreso, sino del Socialismo; no pretende ocuparse de la misión de hoy, sino de la misión del Partido Socialista en general.

Cuando comenzó en 1850 la era de prosperidad, Marx y Engels dedujeron de las condiciones sociales de entonces consecuencias para fijar la táctica de los años siguientes, pero no rechazaron como errores los resultados del estudio que habían dedicado al conjunto de la evolución capitalista. Si Bernstein hubiera declarado: «Durante esta era de prosperidad y de reacción, no puede intentarse nada grande en el terreno político. En tanto que esto dure, consagremos la mayor parte de nuestros esfuerzos al trabajo reformista en los sindicatos, en los municipios, en las cooperativas, etc.»; si hubiese hablado así, hubiera encontrado en nuestro Partido la mayor consideración y la aprobación de mucha gente.

Pero Bernstein proclama que la situación económica y política del momento es el estado normal de la sociedad, que el estancamiento político es el camino lento, pero seguro, por donde progresan la democracia y las reformas sociales; se imagina que la prosperidad de hoy va a prolongarse indefinidamente, y llega así a una concepción optimista de la evolución del Estado y de la sociedad. Es ésa una situación poco consistente que sólo puede durar lo que el estancamiento político y la prosperidad económica.

Lo que a Bernstein le parece el contraste entre la fraseología revolucionaria tradicional y el verdadero espíritu de

reforma, no es más que el contraste entre una concepción basada sobre el estudio de todos los hechos de la historia de nuestra sociedad y una concepción basada sobre el examen de una sola de sus fases.

Habla de una «táctica que sólo se funda en la eventualidad de las catástrofes». No indica en dónde ha comprobado semejante táctica en el Partido Socialista alemán. En realidad, en cuanto a su base teórica, no hay base más susceptible de adaptarse a las circunstancias que la del Partido Socialista. Está preparado para cualquier eventualidad, cuenta lo mismo con la crisis que con la prosperidad, con la reacción y con la revolución, con las catástrofes y con la evolución pacífica y lenta. Su vitalidad reside en gran parte en esta facultad de adaptación. El Partido Socialista no tiene para qué debilitarse regulando su táctica por una situación popular, por la eventualidad de una catástrofe, pero tampoco debe reducirla para siempre a la modesta tarea de los tiempos de paz. Una táctica que sistemáticamente no tome en cuenta las crisis, la catástrofes, las revoluciones, le es tan perjudicial como una táctica que sólo se apoye sobre estas eventualidades. El Partido Socialista debe aprovechar todas las situaciones y no atarse jamás las manos.

b) *Nuestra política, ¿será independiente o no?*

Detrás del contraste señalado por Bernstein entre una fraseología revolucionaria anticuada y un movimiento real de reformas democráticas socialistas, se me presenta, como acabo de decir, el contraste entre una concepción amplia, general de la sociedad capitalista y una concepción basada sobre fenómenos transitorios y necesidades del momento.

Pero detrás de este contraste hay otra antítesis, de una importancia práctica mucho mayor. Porque la primera tendrá consecuencias principalmente para nuestra *propaganda,* al paso que de la segunda dependerá nuestra *norma de acción.*

¿Será o no independiente nuestra política? ¿Debe el proletariado organizarse como un partido de clase autónomo, o

debe fusionarse con otras clases para formar un gran partido democrático?

Podría creerse que esta cuestión ha sido ya resuelta, teóricamente por el *Manifiesto Comunista,* prácticamente por Lassalle. Pero reaparece bajo otra forma. Hoy ya no se trata del Partido Socialista como agrupación de propaganda, sino como factor político de primer orden. La cuestión no es saber si deben los proletarios abandonar el Partido Socialista para sumarse a la democracia burguesa, sino más bien si debemos organizar nuestro programa y nuestra táctica de modo que las puertas del Partido estén abiertas para todas las clases o matices democráticos.

Se trata de clases o de agrupaciones, no de individuos. Por supuesto, el Partido Socialista acogerá con gusto a todos aquellos, sea cual fuere la clase a que pertenezcan, que estén dispuestos a tomar parte en la lucha de clases emprendida por el proletariado. La cuestión es averiguar si el Partido Socialista debe prestarse a trabajar para satisfacer las necesidades de las clases no proletarias.

Los miembros previsores de la democracia burguesa cuya decadencia es rápida y cuya sola esperanza estriba en el Partido Socialista, desean ardientemente una respuesta afirmativa.

La misma respuesta desean algunos miembros de nuestro Partido, que ven en esta política un medio seguro de aumentar rápidamente sus fuerzas y de llegar más pronto al poder, sea cual fuere el camino que a él conduzca. Esos socialistas y demócratas se agrupan alrededor de Bernstein y su libro les ofrece una serie de argumentos. Por ejemplo, trata de atenuar la potencia de la solidaridad de clase que une a los proletarios entre sí y las divergencias que los separan de los burgueses; demuestra que en principio la democracia debe conseguir la supresión de clases; recomienda la prudencia en las declaraciones de guerra al liberalismo; establece la superioridad de la táctica actual de los obreros ingleses sobre la de los cartistas.

Ya he demostrado en mi crítica del libro de Bernstein (véase el *Vorwäerts* y la *Neue Zeit*) que no se explica con claridad sobre la lucha de clases. «Lo que resalta de la lectu-

ra de su libro es que se esfuerza en presentar como sin importancia la solidaridad que une entre sí a los proletarios y el foso que los separa de los capitalistas» (*Neue Zeit*, XIII, 2, pág. 70).

Bernstein ve en esta frase una grave acusación. Yo no veo en ella más que la comprobación de un hecho. Yo no he pretendido que Bernstein haya sostenido una opinión contraria a sus convicciones; se puede estar muy persuadido de que la solidaridad no es grande en el seno del proletariado y ser un hombre honrado. No se trata tampoco de «virtuosa indignación y de sermones dogmáticos», sino de averiguar si los hechos confirman o no las afirmaciones de Bernstein.

Dice, por ejemplo, en su libro:

Con anterioridad al presente trabajo, ya he hecho observar que los modernos obreros asalariados no son la masa homogénea y —en lo concerniente a la propiedad, la familia, etc.— indiferente que supone el *Manifiesto Comunista* y que en las industrias manufactureras más avanzadas se encuentra toda una jerarquía de obreros diferenciados, cuyos grupos respectivos no son más que medianamente solidarios entre ellos.

Reconoce que entre la aristocracia del trabajo y las capas proletarias inferiores existen ciertas simpatías que no faltan ni en Inglaterra.

Pero entre esta especie de simpatías políticas o social-políticas y la solidaridad económica hay todavía una gran diferencia, diferencia que puede neutralizar una fuerte opresión política y económica, pero que a medida que esta opresión desaparece, se manifiesta siempre de nuevo por cualquier motivo. Es un grave error el creer que por este concepto constituye Inglaterra una excepción. Bajo otra forma, se manifiesta actualmente el mismo fenómeno en Francia. Lo mismo en Suiza, en los Estados Unidos y hasta cierto punto —ya lo hemos dicho— en Alemania.

Repuse a esto que Inglaterra es ciertamente una excepción. Las luchas entre sindicatos rivales para la conquista de ciertos campos de actividad son un fenómeno particular en Inglaterra. Replica entonces que semejantes luchas ya no se producen ahora y... que Alemania ofrece también sus

luchas entre obreros, causadas por diferencias económicas y conflictos de intereses económicos. «En ciertos lugares se hallan todavía en concurrencia sindicatos centralizados y organizaciones locales; en ciertas ramas de la industria la federación de las industrias y el sindicato profesional.»

Me limitaré a hacer observar que la terminación de las luchas entre sindicatos en Inglaterra no prueba nada contra mi tesis, puesto que yo consideraba semejantes luchas como excepciones. Por otra parte, la exclusión del Congreso de las *Trade Unions* pronunciada recientemente contra el gran sindicato de la Unión de Constructores de máquinas no indica precisamente la terminación de las rivalidades entre sindicatos en Inglaterra. En cuanto a los conflictos entre sindicatos centralizados y sindicatos locales, entre sindicatos profesionales y federaciones industriales, reconocen otro origen que no es la falta de solidaridad o divergencias de intereses entre obreros de diferentes ramas de una industria. Los hechos a que se refiere Bernstein nacen, en parte, de divergencias de apreciación con motivo de la organización, y en parte, de conflictos de competencia, no de oposición de intereses.

Mal hay que estar de pruebas para poner estos fenómenos como testimonio de la poca solidaridad que reina entre las agrupaciones obreras.

Pero —pregunta Bernstein— con esos sentimientos de solidaridad, ¿qué queda del materialismo histórico y de la dialéctica? He aquí unos obreros que pertenecen a ramas de industrias muy diversas y cuyos salarios son los más varios. ¿No deducirá el materialismo histórico la consecuencia próxima de que van a presentarse entre los obreros en cuestión diferencias en la posición social, en la manera de vivir, en las ideas, en las relaciones mutuas? Y semejante hipótesis ¿no está conforme con la dialéctica?

¡Véase cómo Bernstein se convierte súbitamente en dialéctico y materialista! Pero yo no he negado nunca que existan diferencias en las ideas de las diversas capas de obreros. Sólo se trata de saber si esas divergencias serán capaces de atenuar los sentimientos hostiles del proletariado con

respecto al capital, y por consecuencia, hacer desaparecer o aumentar la solidaridad proletaria.

Sostengo que semejante cosa no ocurrirá más que allí donde los obreros disfrutan de una situación privilegiada. Pero esto no es nunca otra cosa que una excepción y una excepción que no persiste en ninguna parte. El capital se esfuerza en vencer y romper todo privilegio de educación, de habilidad, de organización entre los obreros, y más pronto o más tarde lo consigue. Unas después de otras, aquellas capas de obreros que se creían algo más que proletarios, se ven rebajados, reducidos al nivel de los otros y se hacen conscientes de la solidaridad que les une a la masa. Esto ocurre en nuestra presencia, y las querellas entre organizaciones locales y organizaciones federadas no por eso se modifican.

Cree Bernstein que entre esa especie de simpatías políticas o socio-políticas y la solidaridad económica, hay aún una gran diferencia que puede neutralizar una fuerte opresión política y económica, pero que reaparecerá siempre en la medida en que esta opresión disminuya.

Yo no aseguro que la solidaridad proletaria acabará con la opresión política y económica, porque es precisamente un resultado de aquella opresión. Concedo también gustosamente que allí donde la opresión política se suma con la opresión económica, el sentimiento de solidaridad es, generalmente, más vivo. Pero esta fuerte opresión económica ejercida por la clase capitalista sobre el proletariado, ¿no es condición vital de la explotación capitalista? Precisamente ella es la causa de la hostilidad entre las dos clases. Si yo dijera que la oposición entre el proletariado y el capital le parece a Bernstein mucho menos pronunciada de lo que es en realidad, o si yo afirmara que la opresión de la clase capitalista le parece menos fuertes, diría exactamente la misma cosa.

Esta consideración está íntimamente ligada con la siguiente: «que la democracia es en principio la supresión de la tiranía de clase, aun cuando no sea la supresión efectiva de las mismas clases». Se puede «traducir la palabra democracia por ausencia de la dominación de clase; es decir, un estado

social en que ninguna clase gozará de ningún privilegio político respecto de la comunidad».

Hecha abstracción de la propiedad del término «estado social» para designar la democracia, lo cierto es que una definición de la democracia que la represente como una organización en que ninguna clase ejerce ningún privilegio político, es bastante incompleta. La igualdad de derechos no es más que *una* característica de la democracia, no *la* característica de la democracia. Bernstein no puede admitir que se traduzca la palabra democracia por soberanía del pueblo, porque «esta definición es superficial y de pura forma, mientras que casi todos los que actualmente usan la expresión democracia entienden por ella sólo una simple forma de gobierno».

Sea, más que una simple forma de gobierno, pero a pesar de ello una forma de gobierno. Y el concepto del gobierno del pueblo por el pueblo implica el de la igualdad de derechos, mientras que la recíproca no es verdadera. Hasta en el Imperio Romano encontramos la igualdad de derechos de todas las clases. Nadie gozaba ningún privilegio político. Los ciudadanos romanos, desde el punto de vista político, estaban todos igualmente privados de derechos. Por otra parte, un estado social anárquico, supone también la ausencia de todo privilegio político; sin embargo, los anarquistas —y desde su punto de vista no puede negarse que tienen razón— no quieren saber nada de la democracia, precisamente porque es una forma de gobierno. *Es la forma de la soberanía de la mayoría.*

Por otra parte, la democracia, y Bernstein no lo niega, no siginfica la supresión de las clases sociales. Permaneciendo el estado social al mismo, las clases, sus divergencias y sus recursos económicos son en un gobierno democrático lo que son bajo un régimen político en que el poder pertenece a la minoría. ¿Por qué, pues, la palabra democracia será en principio sinónimo de la expresión «supresión del dominio de una clase»? Significa gobierno por las clases que forman la mayoría o que tienen económica e intelectualmente la mayoría bajo su dependencia.

Cierto es que la democracia es la condición primordial

de la supresión de la supremacía de una clase, pero precisamente porque es la única forma de gobierno en la que el proletariado puede conquistar aquella supremacía, de la que naturalmente se servirá, siendo la última de las clases sociales para destruir todas las diferencias que separan las unas de las otras. Sin la supremacía de la clase proletaria, no habría supresión de clases.

Pero la idea de esta supremacía aterra a Bernstein, y por ello busca en la democracia el medio que en principio suprimirá «la posibilidad de la supremacía de una clase», y por consiguiente, resultará superflua la del proletariado.

Afirma que «la idea de la opresión del individuo por la comunidad repugna indudablemente a las condiciones modernas. Actualmente nos parece antidemocrática la opresión de la minoría por la mayoría. La experiencia ha demostrado que cuanto más antiguas eran en su estado moderno las instituciones democráticas, más reconocidos y considerados eran en él los derechos de las minorías, y las luchas de partido perdían allí toda la aspereza».

No nos dice en dónde ha demostrado la experiencia todo esto. Aquí, como cuando se trataba de la prosperidad, vemos que Bernstein cita como ley general de la evolución moderna, lo que es sólo un fenómeno transitorio, cuya ocurrencia sólo se ha comprobado en un único país: Inglaterra.

Allí reina al presente una gran calma en la política. Las diferencias entre los dos grandes partidos de gobierno se atenúan cada vez más, y la lucha entre Inglaterra e Irlanda ha perdido su crudeza en los últimos años. No hace mucho tiempo aún que la «conciencia moderna» de los ingleses aplaudía con alegría «absolutamente» intensa las crueles persecuciones dirigidas contra sus adversarios los irlandeses, y que éstos respondían con el puñal y la dinamita. Sin embargo, desde que Gladstone capituló con los irlandeses, acabó aquella manera de luchar.

¿No demuestran los ingleses con su política colonial en el Africa del Sur, en el Sudán, en la India, que a su conciencia no repugna absolutamente nada la opresión de las minorías, y el aniquilamiento de los débiles? ¿Y la demo-

crática América? Nunca linchó a sus negros con más placer que ahora, jamás fusiló a los huelguistas con menos aprensión, jamás se mostraron más sanguinarios los americanos ni más tiránicos con las minorías. La guerra de Filipinas no mejorará sus costumbres.

¿O será la democrática Francia la que nos enseñe que pierden su violencia las luchas de partido, que se respeta más, al individuo y que la evolución política reviste formas menos rudas? No hablemos de Austria ni de Italia, que, por su sistema de sufragio, se incluyen, sin embargo, entre los Estados democráticos.

Pero ¿para qué ir tan lejos en busca de ejemplos? ¿Qué vemos en el Imperio alemán ahora, cuando una generación ha disfrutado del sufragio universal? Una jurisprudencia brillantemente ilustrada, por una parte, con juicios draconianos contra huelguistas y redactores que publican frases inofensivas contra el emperador y los príncipes imperiales, y por otra parte, la impunidad de los oficiales y policías que maltratan a pacíficos ciudadanos.

Bernstein rechaza indignado la idea de una dictadura del proletariado. Es que tratando con consideración a los explotadores prusianos, los Stumm y los Külvnemann, los Rockefeller y los Jay-Gould, los aventureros que se agrupan alrededor del Estado Mayor del Ejército Francés y los otros bribones ávidos de una política *smart*, ¿lograremos deshacernos de ellos?

Y nada hace suponer que se atenúan las divergencias. Al contrario.

No quiero asegurar que la supremacía del proletariado debe tomar inevitablemente la forma de una dictadura de clase. Pero la experiencia no ha demostrado hasta el presente ni las precisiones que puedan hacerse para el porvenir permiten creer que las formas democráticas hacen innecesaria la supremacía de la clase proletaria para su emancipación.

Compréndaseme bien. No tengo intención de negar que la democracia con sus libertades, su clara noción de las relaciones de los diversos partidos y de las clases sociales, sea a propósito para quitar la mayor aspereza posible a la lucha

de clases. Siempre lo ha reconocido el Partido Socialista. Aquí no se trata de esto, sino de saber si la democracia puede atenuar la agravación de los antagonismos sociales que resultan de la evolución económica hasta el extremo de hacer inútil la supremacía de la clase proletaria. La teoría y la práctica contestan negativamente a esta pregunta.

Podemos confiar tranquilamente al porvenir la solución del problema de la dictadura proletaria. En este punto es inútil todavía que nos atemos las manos. Pero esta cuestión tiene alguna importancia ahora, porque nuestro asentimiento a la organización del proletariado en clase independiente, depende de las esperanzas que tengamos en la terminación de las luchas de clases en la sociedad democrática.

La actitud que adoptamos con respecto al liberalismo tendrá todavía mayor influencia.

Me parece también recomendable —dice Bernstein— el proceder con moderación en las declaraciones de guerra al «liberalismo». En verdad, el gran movimiento liberal de los tiempos modernos ha aprovechado, en primer lugar, a la burguesía capitalista, y los partidos que se apropiaron el título de «liberal», fueron o se convirtieron en simples guardias del capitalismo.

Entre estos partidos y la Democracia Social no hay puesto más que para el antagonismo. Pero en lo concerniente al liberalismo como movimiento histórico universal, el Socialismo es, no sólo desde el punto de vista cronológico, sino también en espíritu, el heredero legítimo, como se ve prácticamente con motivo de cualquier cuestión de principios que poco o mucho se relacionan con la acción socialista. Por doquiera donde una reivindicación económica del programa socialista iba a realizarse en forma o en circunstancias que parecían amenazar seriamente la evolución libertaria, jamás dudó en oponerse a ella la Democracia Social. Las garantías de las libertades políticas le fueron siempre más preciosas que la realización de una reivindicación económica.

El desarrollo y la garantía de una personalidad libre es el fin de todas las medidas socialistas, aun de aquellas que parecen medidas coercitivas... La constitución de 1793 era la expresión lógica de las ideas liberales de la época, y una rápida lectura de sus disposiciones permite comprobar que era muy poco contraria al Socialismo. Por ello, Babeuf y los «Iguales» veían en ella un excelente punto de partida para la realización de sus ideas co-

munistas, y en consecuencia, inscribían el restablecimiento de la Constitución de 1793 a la cabeza de sus reivindicaciones. Lo que más adelante se consideró como liberalismo político no es sino atenuación y arreglo de conformidad con las necesidades de la burguesía capitalista después de la caída del antiguo régimen, de la misma manera que el manchesterismo no es sino una atenuación y una reproducción parcial de los principios del liberalismo clásico económico. Realmente no hay idea liberal que no forme parte también de la ideología socialista.

Hasta el principio de la responsabilidad económica individual que, al parecer, es de lo más manchesterista, no es, a mi juicio, desconocido teóricamente por el Socialismo, ni deja de ponerse en práctica en algunas circunstancias.

Respetamos el «principio de la responsabilidad económica individual», lo mismo que la «libertad política» y el desarrollo y la garantía de «personalidad libre», pero la enumeración de estos principios y de estas libertades no me parece que agota el contenido del concepto del liberalismo. Debemos considerarle, lo mismo que al Socialismo, como un fenómeno histórico determinado y no como una fórmula de libertad colocada fuera del tiempo y del espacio. Por lo menos, ese liberalismo al que el Partido Socialista lanza sus declaraciones de guerra, es algo muy concreto: son los partidos liberales que el mismo Bernstein califica de «guardianes del capitalismo». Pero el liberalismo en su forma pura, el ideal de la mayoría de los filósofos del siglo XVIII, no es por sus ideas sociales socialista, ni directa ni indirectamente, en sus consecuencias. No ocurre lo mismo con las ideas políticas del liberalismo, de la democracia. Naturalmente, debe aceptarlos el Partido Socialista, pero ¿cuándo se ha visto que en sus declaraciones de guerra ataque las ideas democráticas? Toda la argumentación de Bernstein se basa sobre la confusión de la democracia y del liberalismo económico, como lo prueba claramente al citar la Constitución de 1793 y a Babeuf.

Las doctrinas económicas del liberalismo responden a las necesidades de la producción desarrollada de mercancías. El derecho fundamental que proclama es el derecho de propiedad sin restricción, no solamente sobre los pro-

ductos de consumo, sino también sobre los medios de producción. La libertad fundamental que reivindica es la libertad de producir, y de vender, el *laissez faire, laissez passer*, principio que no se funda sobre «una atenuación, una reproducción parcial de los principios del liberalismo económico clásico», sino que fue ya formulado por los primeros economistas clásicos, los fisiócratas.

La Constitución de 1793, aunque nacida bajo el terror de las masas populares, reconocía estos dos principios del liberalismo. Ella declaraba: «El derecho de propiedad es el que pertenece a todo ciudadano para gozar y disponer según su *voluntad* de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria... Ningún género de trabajo, de cultivo, de comercio, puede prohibirse a la industria de los ciudadanos». Este no es el texto del proyecto de Constitución que presentó Robespierre a los jacobinos. «La propiedad —había dicho este último—, es el derecho que tiene todo ciudadano de gozar y disponer de la porción de bienes *que le garantiza la ley*. El derecho de propiedad está limitado, como todos los demás, por la obligación de respetar los derechos de otro. No puede perjudicar ni a la seguridad, ni a la libertad, ni a la existencia, ni a la propiedad de nuestros semejantes. Toda posesión, todo tráfico que viole este principio, es esencialmente ilícito e inmoral».

Así opinaba Robespierre, que ciertamente no era socialista.

¿Y Babeuf hubiera creído hallar en los principios económicos de la Constitución de 1793 un excelente punto de apoyo para la introducción de la comunidad de bienes?

No se trataba absolutamente de ello.

Pero la Constitución de 1793 contenía, además del reconocimiento de la propiedad privada y del *laissez faire*, una organización democrática del Estado, que fue nuevamente borrada de la Constitución de 1795. En primer lugar, proclamaba el sufragio universal directo cuando la Constitución siguiente sólo establecía el sufragio de censos e indirecto. Y es por esto precisamente por lo que Babeuf reclamaba que se reemplazase la Constitución de 1795 por la de 1793. Lo reclamaba, porque, como explica en uno de sus folletos,

asegura a *todos* los ciudadanos el derecho imprescriptible de votar las leyes, de ejercer los derechos políticos, de reunión, de reclamar lo que necesitan, de instruirse, de no morirse de hambre —derechos que la ley contrarrevolucionaria de 1795 lesiona completa y abiertamente—. (Citado por Deville en su *Graco Babeuf y la Configuración de los Iguales.* Véase el libro *Principios Socialista,* pág. 301. Madrid, 1898.) En este mismo trabajo dice Deville. «Lejos de llevar fatalmente al comunismo, como pretende el historiador H. von Sybel, la Constitución de 1793 reconoce el derecho de propiedad como un derecho absoluto y proclamaba la completa independencia de la industria y del comercio. Cuando comunistas como Babeuf reclamaban ante todo su aplicación, no perdían de vista el estado social comunista con que soñaban; pero al obrar así estaban convencidos de qua la Revolución no había seguido su verdadero camino más que hasta el 9 de termidor de 1794, y por consiguiente, para que terminase como según ellos debía terminar, era preciso volver las cosas al estado en que se encontraban aquel día».

Babeuf y sus partidarios reclamaban, pues, la Constitución de 1793 a causa de su carácter democrático, *a pesar* y no *a causa* de su liberalismo económico. Verdaderamente es acomodar demasiado los hechos históricos a la propia fantasía al tomar a Babeuf y la Constitución de 1793 como testigo de que el liberalismo no es un obstáculo al Socialismo, que, como dice Bernstein, «el liberalismo es un principio social general cuyo término será el Socialismo».

Aún trata peor Bernstein a los cartistas que a Babeuf y los suyos, a pesar de que aquéllos, comparados con éstos eran unos niños de la escuela. Los babuvistas intentaban establecer el comunismo por medio de una conspiración, los cartistas reclamaban el sufragio universal y la jornada de diez horas. Sin embargo Bernstein no está conforme con ello, porque quería conseguir su objeto independiente y hasta contra la «burguesía radical».

Afirma que cuanto más consienta el Partido Socialista en parecer lo que es, un partido de reformas democráticas socialistas, más aumentan las probabilidades de que obtenga reformas políticas.

Ciertamente, el miedo es un factor poderoso en la política, pero se engaña el que crea que basta provocar el miedo para lograr todo lo que se quiere. No fue cuando el movimiento cartista estaba en su fase más revolucionaria, cuando obtuvieron los obreros ingleses el derecho de sufragio, sino cuando se había apagado el eco de los discursos revolucionarios y se aliaron con la burguesía radical en la lucha por las reformas. Y si alguien me objetara que una cosa parecida sería imposible en Alemania, por ejemplo, le recomendaría que leyese lo que escribía la prensa liberal hace quince o veinte años a propósito de las luchas sindicales y de la legislación obrera, y cómo hablaban y votaban en el Reichstag los representantes de aquellos partidos durante el debate de estas cuestiones. Quizá reconocerá en seguida que la reacción política no es ciertamente el fenómeno más significativo en la Alemania contemporánea.

Verdad es que los cartistas no obtuvieron el derecho de sufragio, pero obtuvieron otra cosa, la jornada de diez horas, lo cual no es de despreciar. ¿Pero pretende Bernstein que no obtuvieron el derecho de sufragio porque sus procedimientos eran demasiado revolucionarios? Pues en la misma época en que los sucesores de los cartistas obtuvieron el derecho de votar, lo obtuvieron también los obreros alemanes y franceses, y con mayor amplitud que los ingleses, a pesar de que se condujeron revolucionariamente y no hicieron ninguna concesión a la burguesía liberal.

Los ingleses son las gentes menos dispuestas a dejarse influir por simples «declamaciones revolucionarias». Por otra parte, la burguesía inglesa, en la época de la propaganda en favor del librecambio, no podía asustarse por las palabras y la propaganda de los cartistas con tanta más razón cuanto que aquellas «declaraciones revolucionarias» podían compararse ventajosamente con las suyas. Lo que indispuso a los burgueses contra los cartistas, fue que los cartistas hicieron su propaganda y se organizaron independientemente y en oposición con los librecambistas. Y no se lo perdonaron a los cartistas, como los progresistas prusianos tampoco perdonaron el mismo crimen cometido por Lassalle, aunque éste no se condujo revolucionariamente.

Por esta singular oposición de dos cosas que no contrastan lo más mínimo —las declaraciones revolucionarias y

la alianza con la burguesía radical—, puede verse claramente que Bernstein reprueba aquellas declaraciones revolucionarias principalmente para hacer posible la alianza con los radicales.

Pero esta alianza es posible bajo dos formas: 1.ª, como cooperación momentánea y con un objeto determinado del proletariado organizado en un partido autónomo con partidos burgueses, táctica que el *Manifiesto Comunista* declara ya indispensable en ciertos casos; 2.ª, como extensión del partido proletario en un gran partido popular que comprenda todos los elementos democráticos, como el que se formó en Inglaterra cuando el cartismo dejó de ser movimiento contrario a la evolución política en el continente, tal como lo reclaman desde hace poco tiempo los reformistas de nuestro partido.

¿Cuáles son los argumentos en favor de esta extensión? La esperanza de que semejante gran partido democrático puede obtener la mayoría mucho más pronto que el proletariado aislado; que al renunciar al espectro rojo y a otros procedimientos revolucionarios, se hará antes más apto para gobernar, y que así estará el proletariado más pronto en disposición de adquirir no el poder, sino la influencia. Sin duda no podrá el proletariado por este procedimiento obtener plena satisfacción, que debe ser menos exigentes y tener consideración a sus compañeros de lucha; pero no vale más un toma que dos te daré, y no hay peor máxima que «todo o nada». Si no queremos transformar nuestro partido de asalariados en un partido que abarce las masas populares, nos condenamos a la impotencia por tiempo indefinido, y a una oposición absolutamente estéril.

Esa es la argumentación de la fracción reformista. Olvidan que el Partido Socialista ejerce una acción positiva considerable aun cuando no dispone de ninguna cartera. Sin duda no todo puede obtenerse por el temor, y yo creo que el miedo directo, físico, al Socialismo, no ha producido todavía grandes resultados. Y sin embargo, vemos que desde hace años ya la orientación de nuestra política interior depende de las reivindicaciones del Partido Socialista. Eso no procede del temor de que el mejor día, si no se le halagase, pu-

diera romperlo todo nuestro Partido, sino del temor de que el Partido Socialista, en un momento dado, pudiera agrupar a su alrededor a toda la masa obrera.

El crecimiento en número y en fuerza del proletariado y el aumento de la influencia del Partido Socialista sobre el proletariado, la necesidad de los otros partidos de entrar en concurrencia con el nuestro, so pena de que se les escape tan poderoso apoyo, he ahí los factores que obligan a los partidos burgueses democráticos a hacer reformas sociales, factores que han producido ese cambio de la prensa, que, según Bernstein, demuestra la buena voluntad de la burguesía alemana.

Tan grande es la influencia del Partido Socialista, mucho antes de estar en condiciones de llegar al poder, que los partidos burgueses democráticos deben reformarse, deben adoptar por lo menos algunas de las reivindicaciones de nuestro Partido, si no quieren que se les escape la clase obrera, la clase de más fuerza en la nación.

Si, pues, el Partido Socialista resulta el verdadero partido de clase del proletariado militante, no por ello renuncia a toda influencia política. Si quisiera, por el contrario, regular su programa y su táctica de modo que pudiera sumarse con otras clases y tomar parte en sus luchas de clase, paralizaría sus fuerzas combatientes y con su homogeneidad perdería también su unidad.

Este sacrificio no le serviría para nada: como partido democrático seguiría siendo un partido en que el proletariado daría el *tono;* pues las demás clases no se someten a la dirección proletaria. Un partido de concentración democrática no es posible sino bajo la dirección burguesa. Cuando un partido que abraza todos los elementos de la democracia no es posible bajo semejante dirección —y en todas partes está semejante partido en decadencia— con mayor razón es imposible que se constituya bajo la dirección del proletariado.

¿Cuáles son las otras clases de la democracia que podemos considerar después del proletariado? Los pequeños burgueses, los aldeanos, los intelectuales. Desde hoy quedan ampliamente abiertas las puertas del Partido a cualquier

miembro de aquellas clases que se sienta proletario y quiera tomar parte en la lucha de clase del proletariado. Pero, ¿cómo quieren mejorar su situación los pequeños burgueses y los pequeños agricultores que no adoptan aquella actitud respecto al proletariado? Cesando ante todo de ser pequeños explotadores para convertirse en grandes explotadores, capitalistas, grandes agricultores, y para poder explotar a sus obreros sin trabas de ninguna clase. Cuanto más abajo de la escala social se encuentre el explotador, más profundamente le afecta toda reforma. El proletariado puede aliarse momentáneamente a aquellas fracciones para conseguir ciertos objetivos políticos y obtener ciertas reformas administrativas. Pero no debe cooperar con ellas en una organización duradera.

¿Y los intelectuales? Ciertamente la gran mayoría de ellos no tienen ningún interés en la explotación del asalariado, y pertenece ella misma a la categoría de los explotados. Pero, poco numerosos, les falta la fuerza más aún que el número. Forman la fracción del pueblo menos a propósito para una lucha de clase enérgica, y sea cualquiera el odio que sientan hacia el régimen capitalista, continúan, sin embargo, sometidos. El Partido Socialista tiene necesidad de intelectuales, de numerosos intelectuales, pero no puede acogerlos en sus filas como no estén decididos a quemar sus naves y a emprender sin consideraciones la lucha contra la sociedad burguesa. El que no pueda o no quiera, que se aparte del movimiento proletario, porque el resultado sería que o el Partido Socialista le desilusionaría, o que él haría traición al Partido Socialista.

Precisamente en las filas de los intelectuales es en donde se hacen los votos más ardientes para que se ensanche el Partido Socialista, se convierta en un partido «de todo el mundo», en vez de un partido de clase como es. Los aldeanos y los pequeños burgueses no experimentan gran necesidad.

El libro de Bernstein no aclara suficientemente cuál es su actitud en esta cuestión. Si no se expresa con claridad en este punto, sus argumentos en la cuestión de táctica son tales que pueden utilizarse y se utilizan en favor de la transformación de nuestro Partido en un partido popular. Y por

esto es necesario mencionarlos y demostrar que no prueban lo que con ellos se trata de probar.

Aquí debemos una vez más volver al ya citado artículo de Bernstein, artículo que se publicó en el *Vorwäerts* durante la impresión de estas hojas, y en donde exponía su opinión sobre la parte teórica del Programa de Erfurt.

Entre otras cosas, se opone al párrafo del Programa que declara que la transformación de la sociedad *no puede ser* obra sino de la clase obrera. El querría que se dijera, *debe ser en primer término* obra de la clase obrera. O esto no significa otra cosa, o esto expresa otro pensamiento de una manera muy vaga. Ya hemos hecho notar que aquí se trata de luchas de clases, no de luchas de individuos. Individuos pertenecientes a las clases más diversas pueden tomar parte en la lucha por la emancipación del proletariado. El Programa de Erfurt no se lo impide a nadie. Pero la cuestión es saber si la lucha de la emancipación del proletariado puede llegar a convertirse en una lucha de intereses particulares de clases no proletarias. A esta cuestión contesta negativamente el Programa de Erfurt, mientras que Bernstein no contesta a ellas. Pero es lógico suponer que quiere preparar el camino a la transformación del Partido Socialista en un partido de concentración democrática, que no quiere que el Partido Socialista tenga el valor de parecer tal como es, sino que se convierta en otro distinto del que fue hasta ahora, y que debiera renunciar al principio fundamental de la Internacional: «La emancipación de la clase obrera sólo puede obtenerse por la misma clase obrera».

Pero el punto de mira para el Partido Socialista diferirá según que sea un partido proletario o un partido «de todo el pueblo».

Todo partido debe proponerse la conquista del Poder político para modelar el Estado y hacer que las fuerzas del Estado obren sobre las formas sociales con arreglo a sus miras. Todo partido que tenga vitalidad debe también estar preparado para cuando alcance el poder; debe, por lo mismo, saber qué uso dará a su fuerza. Debe tener siempre dispuesta la contestación a esta pregunta si quiere desplegar alguna fuerza propagandista. Un partido que desde el co-

mienzo declara que sólo puede trabajar útilmente en la oposición, que no trata de obtener más que la influencia y no el poder, semejante partido se inutilizaría con esa declaración y perdería completamente la confianza de las masas populares.

Luego todo partido debe tener un objeto final, no como término de la evolución social (ésta no tiene ni término ni objeto final), sino como fin propuesto a su actividad práctica.

Claro es que un partido popular en el que tengan influencia predominante los intereses de clase de los aldeanos y de los pequeños burgueses, deberá siempre —aunque tenga simpatías por el proletariado— mantenerse en el terreno de la organización social existente, de la propiedad individual, de los medios de producción, de la libertad de la producción individual. No podrá traspasar los límites de la Constitución de 1793, no podrá exceder el principio del liberalismo, no podrá jamás, por más esfuerzos que haga, ser otra cosa que un partido de reformas democrático-socialistas, expresión en que la palabra «socialistas» es sólo una palabra sonora, pero vacía; un recuerdo del «tiempo feliz en que es uno joven y estúpido», o bien la visión nebulosa de un paraíso en que todo el mundo es libre para soñar que ha de entrar en él, aunque sea dentro de quinientos años. Es una palabra que a nada compromete ya.

El fin de un partido puramente proletario debe ser muy otro. El proletariado no tiene interés en conservar la propiedad individual de los medios de producción. Aun en el caso de que triunfe por las vías pacíficas y legales, aunque esté animado de sus deseos de no trastornar nada y de no separarse de las vías de la «evolución orgánica»; aunque fuera escéptico con relación a las «utopías» socialista, no se preocupará, en defensa de sus intereses, en conservar la propiedad individual de los medios de producción y de la propiedad individual.

Por el contrario, un régimen proletario debe siempre perseguir un doble objeto. Por una parte, la *supresión del carácter privado de los grandes monopolios capitalista*, y por otra, la *supresión de los sin trabajo, ejército de reserva de los industriales.*

Y al hacer esto hiere de muerte la forma de producción capitalista.

Sin los *trusts* monopolizadores y sin los sin trabajo siempre dispuestos a ocupar el puesto de los huelguistas, se haría preponderante la situación del proletariado organizado enfrente del capitalismo.

Cuando éste se lamenta hoy ya del terrorismo proletario, comete un absurdo. Pero el proletariado establecerá forzosamente su dictadura en la fábrica el día en que haya conquistado el poder en el Estado. La situación de los capitalistas, que subsistan después de la socialización de los *cartels* y de los *trusts*, será insostenible; tendrán entonces que soportar los riesgos de su industria sin ser los amos mucho tiempo. Desde este momento, los capitalistas, con un apresuramiento mayor que el de los obreros hoy, reclamarán una socialización ventajosa de sus industrias; derrocharán muchas más fuerzas e inteligencia en resolver este problema por el camino más rápido y menos doloroso, que las que hoy emplean para combatir el movimiento proletario. El proletario victorioso se verá obligado, aun cuando al principio no lo deseara, a socializar la producción; se verá obligado a ello fatalmente, lógicamente impulsado por sus intereses de clase.

En otros términos, la producción capitalista y el poder en manos del proletariado son dos cosas incompatibles. Es difícil decir más. No sabemos ni cuándo ni cómo se establecerá esta supremacía del proletariado, si será después de una gran tormenta o a consecuencia de una serie de catástrofes, o si se realizará poco a poco y gradualmente. Tampoco sabemos cómo serán entonces la sociedad y el proletariado, porque estos dos factores se modifican sin interrupción; no sabemos cuántas cosas todavía imprevistas se realizarán entonces, ni cómo se dificultarán o se facilitarán más todavía los problemas del régimen proletario. No podemos más que reconocer la ley fatal que obligará al proletariado victorioso a reemplazar la forma de producción capitalista por la forma de producción socialista.

Si el proletariado se organiza en partido político autónomo, consciente de la lucha de clase que ha de sostener, su fin debe ser la supresión de la propiedad individual de los

medios de producción capitalista y la supresión de la forma de producción individual capitalista; no debe considerarse que el Socialismo ha de perfeccionarse, sino que debe vencer al liberalismo; no puede contentarse con ser un partido que se limite a *las reformas democrático-socialista;* debe ser el partido de la *revolución social.*

No se trata aquí, naturalmente, de revolución en el sentido que la policía da a esta palabra, es decir, de sublevación a mano armada. Un partido político sería insensato si se decidiera en principio por el motín, cuando estuvieran a su disposición otros medios más seguros y menos terribles. En este sentido, el Partido Socialista no ha sido jamás, en principio, revolucionario. Es revolucionario únicamente en el sentido de que es consciente, de que no podrá emplear el poder político, el día en que lo consiga, sino para destruir la forma de producción sobre la que descansa hoy el orden social. Me avergüenza tener que repetir estos lugares comunes; pero me veo obligado a ello cuando Bernstein aturde los oídos con su polémica contra nuestra táctica, que, según él, sólo está basada en la eventualidad de catástrofes.

En la edición alemana de su libro declara expresamente que «emplea la palabra revolución exclusivamente en el sentido político de la palabra, como sinónimo de revuelta, de apelación ilegal a la violencia». En la edición francesa ha suprimido este párrafo. Allí habla de la revolución sin definirla. Pero en la edición francesa, lo mismo que en la alemana, declara:

> Es notorio que Marx y Engels han considerado, durante mucho tiempo, este último medio (la violencia por medio de la revolución) como casi inevitable en todas partes, y aun lo es hoy en día para cierto número de fieles de la doctrina marxista. Muchos lo considerarán también como el medio más rápido.

El Partido Socialista, desde Lassalle, se esfuerza en establecer claramente la diferencia entre la revolución con horcas y azotes y la revolución social, y en demostrar que sólo quiere esta última.

Creímos que podíamos alabarnos de haber hecho conocer esta diferencia aun a los procuradores, y he aquí que hoy

uno de nuestros más antiguos, uno de nuestros más eminentes portavoces, cree necesario poner en guardia al Partido Socialista contra sublevaciones irreflexivas.

Si el libro de Bernstein produjese algún efecto, sería el principal el fortificar las ideas confusas que nuestros adversarios propalan contra nuestro Partido, habiendo necesitado dedicar una buena parte de nuestra vida para combatir aquellas ideas.

Cualquiera que conozca la literatura de nuestro Partido, aunque sólo sea superficialmente, comprenderá que *revolución social* y *revuelta* son dos ideas muy diferentes. La revolución social es un objeto que se puede proponer en principio, el motín un medio que no puede juzgarse sino después de haber examinado su oportunidad.

Pero la frase «revolución *política*» es tan sinónimo de motín, como la frase «revolución *social*». El lenguaje —no me refiero al de la policía— designa por revolución política cualquier grande *conmoción política*, que active la vida política y haga latir con más fuerza el corazón de la nación. Esta frase se opone a la de «contrarrevolución», sacudimiento que paraliza la actividad política. El motín o «empleo ilegal de la violencia» puede ser un episodio, un episodio muy importante de aquella conmoción, pero no es la revolución. La convocatoria muy legal de los Estados generales forma parte de la Revolución, lo mismo que la toma de la Bastilla. Y nadie hablará del gran *motín* francés de 1789. Tampoco se califican revoluciones los motines o violencias ilegales que no se cometen en la vía pública, por ejemplo, las sublevaciones de los indígenas del Indostán contra agentes ingleses encargados de establecer cordones sanitarios.

Bernstein, «para evitar malas interpretaciones», emplea la palabra revolución precisamente en el sentido en que no se usa hablando de política o científicamente, sino en la acepción que le dan los policías y los magistrados, porque en una revolución, lo que les interesa son únicamente los actos que caen bajo la sanción de la ley.

La revolución social —no la entiendo como Bernstein— es el objeto fatal hacia el cual tiende toda organización política autónoma del proletariado. Cualquiera que organice el

proletariado como partido político independiente prepara las vías de la revolución social, sea cual fuere su amor por la paz, su placidez y el escepticismo con que mire el porvenir. Y recíprocamente, cualquiera que desee hacer al proletariado independiente de los demás partidos políticos, organizarle como partido autónomo, conseguirá su objeto tanto más pronto cuanto mejor haga entender a la clase obrera la necesidad de la revolución social.

Por otra parte, hemos visto que la política de concentración democrática, la fusión del proletariado en un partido con todas las clases populares, implica la renuncia a la revolución, la obligación de contentarse con algunas reformas sociales.

Por eso la posición que se adopte en la cuestión de la revolución social tiene ya para el presente una alta significación práctica. Es posible que alguien crea inútil el discutir sobre la revolución, y que esto equivalga a vender la piel del oso antes de haberle cazado. Por el momento, se dirá, en el movimiento obrero las dos direcciones tienen prácticamente el mismo objeto, las reformas social-políticas y democráticas. Que trabaje, pues, por aquellas reformas, y no turbemos la unidad del partido con discusiones sobre cosas cuyo desenvolvimiento no puede nadie prever.

Pero se ha visto que la cuestión de saber cuál es el objeto final de nuestra política, revolución o simplemente reformas sociales, está íntimamente ligada con la cuestión de la *organización* y de la *propaganda* del proletariado como *partido político* en el *presente momento.*

Si así no fuera, la insistencia en mantener el punto de vista revolucionario, por una parte, sería tàn poco explicable, como por otra la violencia de los ataques de los reformistas contra lo que llaman «declaraciones revolucionarias».

Mientras que, por el contrario, se comprende el ardor de las discusiones cuando se vislumbran detrás de la lucha aparente por las fórmulas, la lucha por una cuestión, cuya solución tiene una vital importancia para el Partido Socialista y para la democracia burguesa, es decir, la cuestión de saber si el proletariado debe seguir su lucha de clase como organización política autónoma o como una fracción de un par-

tido popular que comprende todas las capas de la democracia.

c) *¿Triunfaremos?*

He aquí la pregunta que formula seriamente Bernstein y a la que responde negativamente.

Ya hemos visto que todo partido político que tenga vitalidad debe esforzarse por conquistar el poder, que no debe contentarse con ser un partido de oposición. Según Bernstein, este principio no puede aplicarse al Partido Socialista. Durante cierto tiempo sólo puede prestar servicios útiles en la oposición.

El proletariado es demasiado débil, dice, para poder conquistar el poder tan pronto. Pero si lo consiguiera, sería un mal, porque todavía está poco desarrollado para poder utilizar sus fuerzas convenientemente, y aún no han llegado los tiempos en que debe realizarse el Socialismo.

¿Hemos alcanzado ya el grado de desarrollo de las fuerzas productivas indispensables para la abolición de clases? —pregunta Bernstein—. La respuesta es muy pesimista.

¿Y los obreros?

A pesar de los considerables progresos que ha hecho la clase obrera desde el punto de vista intelectual, político y económico desde la fecha en que escribían Marx y Engels, no la considero todavía hoy lo bastante adelantada para manejar el Poder político.

Bernstein ha tratado ya estas cuestiones en una parte de su obra. Ya hemos tenido ocasión de hablar de las dudas que suscita respecto del desarrollo de la forma de producción moderna, y hemos demostrado que le era imposible indicar con precisión un estado del desarrollo de la producción a partir del cual pudiera declararse a la sociedad preparada para el Socialismo.

La intervención consciente del proletariado en el mecanismo económico debe revestir evidentemente formas muy diferentes en una sociedad en que domina la alta banca y

el comercio y en una sociedad en que domina la industria; la soberanía política del proletariado debe producir efectos diferentes en un país de viejo capitalismo y en un país de capitalismo joven; he aquí todo lo que se puede afirmar. Pero sería absurdo querer precisar un término a partir del cual se declarara realizable el Socialismo.

En la última parte de su obra, está Bernstein animado del mismo sentimiento que guía al autor al escribir estas líneas: la necesidad de acabar pronto, puesto que después de todo, se estaba tan cerca del fin. Por ello no da ningún detalle preciso y se contenta con indicar algunas referencias.

Pero en esto tiene verdadera desgracia.

En la edición alemana se refería Bernstein a tres autores. En la edición francesa sólo se refiere a uno: a Engels. He demostrado que de los tres, uno solo hace una observación hipotéticamente sin ningún fundamento, y que los otros dos declaran absolutamente lo contrario de lo que Bernstein les atribuye. El mismo Bernstein reconoce en una nota de la edición francesa «que quizás ha ido demasiado lejos en el ardor de la discusión». Sin embargo, reproduce las conclusiones que ha deducido de sus premisas y repite también sus citas de F. Engels.

Discutiendo con Pleckhanoff, cita el párrafo siguiente:

> Sólo cuando las fuerzas productivas sociales hayan alcanzado un cierto grado de desarrollo *muy grande, aun para los tiempos actuales,* será posible aumentar hasta tal punto la producción que constituya un progreso real la abolición de las diferencias de clases y que sea duradero sin que produzca una detención ni un retroceso en la forma actual de producción. ¿Quién es —pregunta Bernstein con aire de triunfo— el filisteo, el sabio que ha escrito esto, señor Pleckhanoff? Nadie más que Federico Engels.

Esta cita es, en verdad, muy molesta para Pleckhanoff. Pero tiene un pequeño inconveniente para Bernstein: *que es falsa.* Bernstein o su traductor, hacen hablar a Engels en futuro cuando éste habla en presente. (Véase el original: *Internationales destem Volksstast,* Berlín, 1894.)

Acaso sea la culpa del traductor, pero éste no hubiera cometido semejante error, si Bernstein, al mismo tiempo

que el párrafo en cuestión, hubiese citado el párrafo siguiente. Engels discute en esta obra con un ruso que había sostenido que el Socialismo se realizaría antes en Rusia que en la Europa occidental, porque en Rusia no hay burguesía.

A esto contesta Engels que es una condición preliminar del Socialisto cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas. «Sólo entre las manos de la burguesía *han alcanzado* las fuerzas productivas ese grado de desarrollo. La burguesía es, pues, como el proletariado, una condición preliminar *sine qua non* para la revolución social.»

Sostiene, pues, Engels que las condiciones económicas indispensables para el triunfo del Socialismo no existen más que en los países capitalistas. Lo mismo asegura en su *Anti-Dühring* (3.ª edición, pág. 304).

Bernstein retuerce el sentido de aquel párrafo hasta el punto de decir que Engels afirmaba que las condiciones económicas preliminares del Socialismo no existían todavía.

Yo llamé su atención sobre este punto, lo cual no le impidió mantener en la edición francesa esta alteración del sentido del párrafo de Engels.

Y he aquí el único argumento que presenta en favor de su tesis. Sin embargo, continúa defendiendo con encarnizamiento la tesis de que la victoria del Partido a que pertenece no produciría más que funestas consecuencias.

¡Vaya un Socialismo singular!

Bernstein no aporta la menor prueba cuando afirma que las fuerzas productivas no son todavía suficientes para que puedan ser abolidas las clases sociales, y luego, cuando quiere citar autoridades, estas autoridades declaran contra él.

Pero el grado al que el capitalismo ha llevado el desarrollo de la producción es sólo uno de los factores del Socialismo. Es un cuerpo inanimado mientras un segundo factor no venga a darle vida: un proletariado dotado de fuerza y políticamente preparado.

¿Posee nuestro proletariado estas cualidades en la medida necesaria para apoderarse de las riendas del Estado? ¿Y podemos esperar siquiera que dentro de poco tiempo nazca semejante proletariado?

Bernstein contesta también negativamente a esta pregunta. Se ocupa en su obra dos veces de esta cuestión, como de la cuestión de las condiciones primordiales del Socialismo, una vez hacia la mitad de la obra y otra vez al final.

Pregunta qué es el proletariado moderno, y responde:

Si bajo este título se comprende a todos los que no disfrutan ninguna renta como propietarios o por una situación privilegiada, constituyen la mayoría absoluta de la población en los países avanzados. Pero entonces este «proletariado» se compone de una mezcla de elementos extraordinariamente heterogéneos y de capas aún más diferentes entre sí que las que componían el «pueblo» de 1879; una multitud que, en tanto subsistan las condiciones actuales de la propiedad, tendrá más intereses comunes o, por lo menos, análogos que contradictorios, pero que, en cuanto los poseedores y gobernantes actuales hayan sido destituidos o desposeídos se darán cuenta muy pronto de la diversidad de sus necesidades y de sus respectivos intereses.

En estas afirmaciones queda el autor tan por debajo de la verdad como en otras había quedado por encima. Bernstein queda por debajo de la verdad cuando concede apenas que el proletariado forma la mayoría absoluta de la población de los países avanzados.

En el Imperio alemán, en 1895, los no proletarios constituían el 26,84 % del total de personas que vivían de su industria; en 1882, la proporción era de 29,25 %. Luego los proletarios suman más del 70 %, casi las tres cuartas partes de las personas que ganan su vida. Ya es una buena «mayoría absoluta».

Además, la estadística del Imperio contaba en el número de los no-proletarios no solamente a los capitalistas, los artesanos, los pequeños comerciantes, los grandes propietarios, los aldeanos, sino también los obreros a domicilio, los directores asalariados de empresas (por ejemplo, los directores de Sociedades por acciones), los oficiales, los altos funcionarios, los individuos del clero, el personal de la administración, de la enseñanza, los médicos, los actores, los músicos, los artistas, los secretarios particulares, los hombres de letras. (*Estadística del Imperio Alemán.* Nueva serie. Volumen III, págs. 62 y 63.)

No necesitamos explicar que entre estos no proletarios

hay muchos que no disfrutan de ninguna renta como propietarios o por una situación privilegiada.

Aquel censo demuestra, ciertamente, que si se quiere hablar de una «mezcla de elementos extraordinariamente heterogéneos», los no proletarios forman esa mezcla. Pero aquí Bernstein no quiere considerar más que la disgregación del proletariado y no encuentra expresión bastante fuerte para describirla: es una «mezcla de capas más diferentes entre sí aún que las que constituían el "pueblo" en 1789».

¡He ahí, en verdad, una afirmación muy atrevida! El proletariado de hoy está compuesto de asalariados: el «pueblo» de 1789 estaba compuesto no sólo de asalariados, sino también de pequeños burgueses, de aldeanos, de vagos, y estos últimos, en el pueblo de entonces, representaban un papel, un papel político, no sin importancia. Y si se quiere interpretar la expresión «el pueblo de 1789» como sinónimo del Tercer Estado, será preciso tener en cuenta los capitalistas y los intelectuales. ¡Qué mezcla más abigarrada formaban las gentes que derrocaron la Feudalidad!

¡Y pretende Bernstein que los asalariados de hoy formen capas aún más diferentes que las que componían «el pueblo de 1789»! Y el que hace esta afirmación se burla «de la calma verdaderamente asiática» con que Parvus alista en el ejército del proletariado los 5.600.000 asalariados agrícolas, ¿tendría acaso la pretensión de incluirlos en el ejército de los que disfrutan rentas como propietarios o por una situación privilegiada?

Como prueba de los profundos contrastes que ofrece el asalariado, se nos presentan las diferencias notables que existen entre los asalariados de la industria, del comercio, de la agricultura y en el seno de cada una de estas categorías. Ya hemos visto lo que debe pensarse de las divergencias en los sindicatos. ¿Quién se atreverá a negar que existen divergencias en el seno de los asalariados? ¿Quién no ve que los intereses del dependiente de comercio no son idénticos a los del obrero de la fábrica, y que éstos son diferentes a los de un pastorcillo? ¿Pero se desprenden de estas diferencias oposiciones de intereses que hagan imposible una cooperación duradera en un partido político? Esta es preci-

samente la cuestión que no aborda Bernstein, porque todos sus argumentos se refieren a las dificultades de una cooperación sindical y no de una cooperación política.

Según Bernstein, ¿la condición primordial para la organización de un partido sería una completa uniformidad de todos los intereses de los miembros del Partido? Entonces, ¿cómo podría constituirse un partido?

Si el proletariado no se encuentra en situación de llegar a ser clase directora a causa de sus diferentes capas, ¿cómo ha podido la burguesía llegar a ser poder? Fijémonos no tan sólo en las diferencias, sino en los contrastes en el seno de la burguesía; ella está compuesta de capitalistas y de intelectuales. Cada una de estas clases se divide a su vez en innumerables grupos que se pelean frecuentemente con el mayor encarnizamiento: tenemos el capital industrial, el capital comercial, el capital del préstamo y de la alta banca que los devora a todos, fijémonos sólo en el capital industrial, y tenemos las divergencias entre productores y consumidores de primeras materias, etc. Y entre los intelectuales, ¿qué solidaridad puede existir entre el médico y el abogado, el ingeniero y el filólogo?

Y no obstante, todos estos elementos aliados formaban el gran partido liberal. La misma burguesía sola está ya más dividida que el proletariado; en vano, pues, se afirma que el proletariado se compone hoy de elementos más diferentes que el pueblo de 1789, que, además del proletariado, comprendía muchas clases.

No sostendría el mismo Bernstein esta afirmación si considerara las cosas con más frialdad. Hasta el mismo proletariado estaba en 1789 más dividido que hoy; entonces existían todavía las divergencias entre obreros miembros de una corporación y obreros no asociados. Los obreros se hallaban mucho más ligados durante toda su vida a la misma ocupación, pues el pase de una ocupación a otra no era tan fácil como hoy.

Si queremos examinar los éxitos del proletariado en las luchas políticas, no debemos solamente poner de relieve en él los puntos que parecen disminuir a muchos sus facultades de combatividad.

Debemos también considerar el otro aspecto del problema. Cuando Bernstein cree encontrar en la «mezcla de capas», en la diversidad de intereses el factor que hace imposible la soberanía política del proletariado, debemos objetarle que la mezcla de las capas, la diversidad de intereses son mucho mayores entre nuestros adversarios, y por ello Marx y Engels protestaron siempre contra la frase «masa reaccionaria».

Precisamente en la unidad de intereses decisivos que representa, es en donde se halla la gran ventaja del Socialismo sobre los partidos burgueses. Es el único de los partidos existentes que sólo necesita apoyarse en una clase, porque ésta constituye la gran mayoría del pueblo.

Cualquier otro partido debe apoyarse sobre clases diferentes, en particular hasta en fracciones del proletariado, si quiere obtener y conservar la mayoría. El Socialismo es precisamente superior a los demás partidos por su unidad y su cohesión. Y esto contribuye no poco a hacerle fuerte.

Pero si las divergencias que existen en el seno del proletariado fueran suficientes para fraccionar al Partido Socialista y hacerle incapaz para conquistar el poder, ¿qué sería de él, si a estas divergencias se agregasen otras ensanchando el Partido Socialista hasta el punto de convertir este partido proletario en un partido «de todo el mundo»?

Nadie ha pretendido todavía que el partido proletario sea absolutamente homogéneo. Con demasiada frecuencia en nuestra obra de propaganda encontramos las diferencias que le dividen. Entonces se ve claramente que todas las capas proletarias no son igualmente aptas para comprender las ideas socialistas y la organización política y sindical. Los trabajadores industriales forman la vanguardia, los trabajadores del comercio y sobre todo los de la agricultura se quedan en la retaguardia. No debemos dudar de que no nos atraeremos completamente a estas últimas capas sino con penosos esfuerzos. Pero esto demuestra que el Socialismo no ha llegado todavía a lo último de su misión, cosa que entre nosotros nadie se había figurado; esto no prueba que dicha tarea permanezca por mucho tiempo todavía incumplida.

El desarrollo económico favorece muy eficazmente nuestra propaganda en el sentido de que acrece sobre todo las capas proletarias más asequibles al Socialismo. En las ciudades domina la población industrial y la preponderancia de las ciudades sobre los campos se nota cada vez más. El siguiente cuadro se refiere al Imperio alemán:

Clases de las localidades	Aumento o disminución de la población de 1882 a 1895		Proporción en la población del grupo considerado y la población total	
	Valor absoluto	%	1882	1895
Ciudades de más de 100.000 habitantes .	+3.703.095	+111,29	7,36	13,58
20.000 a 100.000 . . .	+1.228.807	+ 29,62	9,17	10,39
5.000 a 20.000 . . .	+1.379.148	+ 24,22	12,59	13,66
2.000 a 5.000 . . .	+ 582.738	+ 10,16	12,68	12,20
Ciudades	+6.893.788	+ 36,47	41,80	49,83
Campos	— 345.617	— 1,31	58,20	50,17
Población total . . .	+6.548.181	+ 14,48	100,00	100,00

Luego desde hoy la ciudad es, por su población, tan fuerte como el campo, abstracción hecha de su superioridad económica, industrial y política.

Mil habitantes del Imperio se clasifican por sus ocupaciones como sigue:

	En el Imperio		En las ciudades		En el campo	
	1882	1895	1882	1895	1882	1895
Agricultura	425,1	357,4	119,3	95,0	644,7	618,0
Industria	355,1	391,2	509,3	530,0	244,4	253,4
Comercio	100,1	115,2	171,6	180,0	48,9	50,9
Otras ocupaciones .	119,6	136,2	199,8	195,0	62,0	77,7

En todas partes progresa la industria y en las ciudades

la mayoría de la población vive de ella. En el campo progresa a expensas de la agricultura. En las pequeñas localidades es todavía la más fuerte. Allí comprende los 57,19 % de los habitantes, y en las grandes ciudades solamente 50,86 %. En las grandes ciudades, el comercio está más desarrollado que en los demás sitios: comprende el 26,11 % de la población. Sin embargo, ha disminuido en las grandes ciudades desde 1822, en cuya época contaba el 26,11 %, mientras que la proporción para la industria ascendía en las grandes ciudades desde 47,34 % a 50,86 %.

Se ve cuánto nos ayudará el desarrollo económico a vencer las dificultades que se oponen a nuestra propaganda.

Pero si Bernstein exagera sin límites aquellas diferencias, trata de aminorar los resultados ya obtenidos de nuestra propaganda. Llama la atención sobre este punto, que habría en Alemania 4.500.000 obreros adultos en la industria, y solamente 2.100.000 electores socialistas.

Aquí compara cantidades inconmensurables: los *obreros adultos* y los *electores*. No todo obrero adulto es elector. Entre los 4.500.000 obreros adultos (más exactamente 4.475.653) hay lo menos 624.136 mujeres, que, desgraciadamente, carecen todavía del derecho de sufragio.

En la industria no hay mayores de veinte años más que 3.855.517 obreros del sexo masculino, incluyendo en ellos los empleados. Entre éstos hay 1.603.183 de veinte a treinta años. Podemos admitir que cerca de la mitad no tengan veinticinco años. Luego, en vez de 4.500.000 electores entre los obreros, sólo tenemos 3.000.000. Además, no es justo considerar como enemigos del Socialismo a los electores que se han abstenido. Si admitimos que el número de abstenciones en la clase obrera ha sido tan grande como en el resto de la población, *encontraremos entonces que el número de votos obtenidos por el Partido Socialista alemán y el número de obreros industriales que votaron coinciden casi exactamente.* La hostilidad que el Partido Socialista encuentra todavía en ciertas capas, principalmente entre los obreros católicos, está compensada por los refuerzos que nos llegan de otras capas proletarias.

Cuando Bernstein afirma que: «*Más de la mitad* de los

obreros industriales de Alemania son todavía, frente a la Democracia Socialista, o indiferentes o incomprensivos, o francamente hostiles», ese pesimismo se basa, afortunadamente, en un error de cálculo, error que recuerda el que comete algunas páginas antes, cuando habla de más de un centenar de miles de empresas que ocupan más de 20 personas, a las que un régimen socialista tendría que nacionalizar, problema muy difícil de resolver. Hemos visto que el número de aquellas industrias no se eleva en todo el Imperio a 49.000.

Cuando el Partido Socialista alemán dirige una mirada sobre los resultados obtenidos en las elecciones, no tiene el menor motivo para considerar las cosas con pesimismo. Un partido que hace treinta años era absolutamente nulo y es hoy el más fuerte del Imperio; un partido que se recluta ya en las tres cuartas partes de la nación y mañana en una fracción siempre creciente; que no necesitando estar sostenido más que por una sola gran clase, posee una homogeneidad y una unidad de que no es capaz ningún otro partido, y que en su propaganda y en su organización es ayudado poderosamente por el desarrollo económico, semejante partido no necesita retrasar el momento de llegar al poder hasta un porvenir tan lejano, que en la práctica se puede considerar inapreciable.

Este partido, que en el transcurso de treinta años se ha hecho el más fuerte de los partidos políticos, puede en el transcurso de otros treinta años conseguir el poder si no lo consigue antes.

Sí, quizás antes. ¿Pero no es ése el mayor peligro para el Partido Socialista? Si mañana se encargara de la dirección de los asuntos, ¿no estaría condenado a fracasar lastimosamente? Bernstein no cree que la clase obrera está bastante educada para encargarse del poder político: «*Sólo los literatos que jamás* hayan vivido en el verdadero *movimiento obrero*, podrán tener opinión diferente... Hemos de tomar a los obreros como son. Y no están ni tan sumidos en el pauperismo como preveía el *Manifiesto Comunista*, ni tan exento de prejuicios y de defectos como querrían hacernos creer sus *aduladores*».

Estas frases nada dejan de desear desde el punto de

vista de la energía. Desgraciadamente, no estoy en situación de contestar de una manera tan perentoria.

Ante todo, debo confesar con vergüenza que hasta que leí la obra de Bernstein jamás había pensado en la catástrofe que nos amenaza si conseguimos el poder en seguida. El temor de que mañana podríamos despertar siendo dictadores en Alemania, fue siempre la menor de mis preocupaciones.

Ni aún ahora que Bernstein me ha hecho reflexionar sobre este asunto, puedo, a pesar de mis esfuerzos, llegar a emitir un juicio irrevocable y sólo puedo emitir presunciones. Desgraciadamente, no nos hallamos todavía en condiciones para poder someter a las diferentes clases a un examen de capacidad y extender o negar, según los casos, certificación de capacidad política y de aptitud gubernamental. El único examen cuyo certificado tiene valor en la historia, es la práctica, la experiencia.

No tenemos, es verdad, ninguna garantía de que el Partido Socialista podría mantenerse en posesión del poder, si mañana lo consiguiera merced a un súdito huracán político. Quizá pronto o tarde se le escaparían las riendas del Estado o le serían arrancadas, como sucedió a las clases democráticas cuando la Revolución Inglesa del siglo XVII y cuando la Revolución Francesa. Pero ¿qué remedio preventivo hay contra la victoria prematura? No hay más que uno: la disolución del Partido Socialista. Un partido, si existe, debe de luchar, y luchar significa combatir por la victoria. Y el que combate por la victoria, debe contar siempre con la eventualidad de que puede ser vencedor.

Si queremos, pues, estar seguros de que el poder no se nos escapará por un triunfo prematuro, no tenemos nada que hacer sino echarnos a dormir.

Esto tampoco lo aceptaría el mismo Bernstein, y por ello una triste fatalidad nos obliga a continuar la lucha bajo el peso de la abrumadora inquietud de que bien podríamos ver nuestra victoria antes de morirnos. ¿Pero está realmente el proletariado tan lejos de la madurez política, que únicamente los literatos que no conocen a los obreros pueden tener otra opinión? ¿Qué pruebas presenta Bernstein?

En primer lugar, todos los obreros con quien ha hablado son de la misma manera de pensar. Esto prueba, sencillamente, que son modestos y que exageran la sabiduría con que está gobernando el mundo.

En segundo lugar, los obreros no están tan exentos de prejuicios y de defectos como sus aduladores quisieran hacernos creer. Para que no se sospeche de mí, me apresuro a declarar que en este punto estoy completamente de acuerdo con Bernstein. Pero aquí no se trata de un premio a la virtud, se trata de la madurez política. ¿Pretenderá Bernstein que las clases directoras de hoy están «tan exentas de prejuicios y de defectos»?

No hemos de juzgar a los proletarios con arreglo a un ideal cualquiera de perfección: sólo tenemos que compararlos con las otras clases. ¿Será tan desfavorable esta comparación a la clase obrera?

Por otra parte, si realmente el proletariado estuviese todavía tan lejos de la madurez política, se deducirían de ese hecho consecuencias bastante desagradables para Bernstein.

Aun el que no quiera hacer la corte a los obreros, concederá que ya hoy son superiores políticamente a las demás grandes capas democráticas de la sociedad, a los pequeños burgueses, a los pequeños agricultores. Si a pesar de esta superioridad, son incapaces aún de gobernar, aquellas dos clases también lo son. Pero, entonces, ¿cómo se arregla la democracia, adónde va a parar el *self-government*, si es incapaz de ejercerlo la gran masa del pueblo?

Si Bernstein tiene razón, no tan sólo la soberanía del proletariado, sino también la soberanía del sufragio universal es un contrasentido.

¡Acábese, pues, la democracia, que la burguesía monopolice el poder para asegurar el progreso de la civilización y construyase pronto la muralla del censo electoral contra los vándalos modernos!

No para siempre, naturalmente, sino sólo hasta el día en que el proletariado haya adquirido la madurez necesaria. Una promesa parecida es la que siempre han hecho los enemigos del sufragio universal.

Una democracia progresista no es ya posible en un país

industrial sino en tanto que es democracia proletaria. De ahí la decadencia de la democracia burguesa.

Cuando el tema de la dominación del proletariado se apodera de la democracia burguesa, renuncia ésta a sus ideas democráticas de otros tiempos. Si tienen interés en conservar la democracia progresista, deben familiarizarse con la idea de la soberanía del proletariado. Es derribar con la mano izquierda lo que con la derecha se edifica, propalar el temor de la supremacía del proletariado cuando se quiere mantener o extender los derechos políticos de las clases populares. La idea democrática no puede adquirir nueva potencia propagandista más que admitiendo la necesidad de la soberanía del proletariado, lo mismo que su madurez política.

Si se compara ahora el proletariado, no con un patrón ideal, sino con las otras clases, se verá que sus aptitudes políticas pueden sostener ventajosamente la comparación, no sólo con las de los pequeños burgueses y de los pequeños agricultores, sino también con las de la burguesía.

Examinemos los Parlamentos, los municipios, las cajas de socorros mutuos donde dominan exclusivamente la burguesía y sus empleados: sólo encontraremos en ellos estancamientos, corrupción, impotencia. En cuanto penetra allí el Socialismo, se inicia una nueva vida: lleva la iniciativa, la honradez, la fuerza y los principios, y por su concurrencia regenera hasta a sus adversarios. En todas las posiciones importantes de que se ha apoderado el Partido Socialista en los últimos diez o veinte años, ha sabido sostenerse, ha sabido mostrarse superior a sus adversarios en actividad útil y efectiva. En toda organización cuya dirección conquistó, se mantuvo a la altura de las circunstancias. Que nos muestre Bernstein uno solo caso en que el Partido Socialista no ha estado a la altura de su misión política. — Y eso es lo que ha podido hacer solo, reducido a sus propios recursos, el partido de los pobres y de los ignorantes. ¿Qué motivos tenemos para creer que fracasaría forzosamente si tuviera a su disposición todo el poder económico e intelectual del Estado?

A decir verdad, cree Bernstein que podemos felicitarnos

«de la gran suma de inteligencia, de abnegación y de actividad que el movimiento obrero moderno ha revelado en parte y en parte engendrado; pero —añade— no hagamos recaer, sin discernimiento, sobre la masa, sobre los millones, lo que sin contradicción puede decirse de los escogidos, de algunos cientos de miles».

Pero hagamos notar que nunca se ha visto que la totalidad de los miembros de una clase tome parte en las luchas sociales. Por doquiera sólo hallamos combatiendo en primera fila unos cuantos escogidos cuyas aptitudes políticas atestiguan el grado de madurez del Partido. En todas las clases la masa sigue en parte a los escogidos, sin dar pruebas de iniciativa, y en parte se abstienen de intervenir en el combate. La soberanía política del proletariado no significa, pues, en realidad, más que la soberanía de sus escogidos, como ocurre en la burguesía, en la nobleza, en toda clase directora. Y no hay que aguardar a que el Partido Socialista llegue al poder antes de que aquellos escogidos, unidos a las masas que les siguen, se hayan hecho bastante fuentes para conquistarle.

No, no tenemos ninguna razón para admitir que el Partido Socialista fracasaría totalmente si mañana acontecimientos que es imposible prever, y que no son probables, le dieran la mayoría del Parlamento en uno de los países avanzados de Europa y le llevasen al poder.

¿Y qué significa la palabra *fracasar*? ¿No se han realizado todos los progresos de la burguesía en las revoluciones que, en apariencia, han fracasado, desde la revolución de Inglaterra a mediados del siglo XVII hasta la revolución europea de mediados del siglo XIX? Realmente, la burguesía no ha podido conservar el monopolio del poder en ninguna de estas revoluciones. Y, sin embargo, cada una produjo un poderoso movimiento de avance; cada una hizo caer un buen número de instituciones caducas, que no pudieron después ser reedificadas; cada revolución abrió tantas nuevas vías a la evolución social, que, después de su fracaso aparente, dejó la sociedad en un grado más elevado de desarrollo. ¿Habrá alguien capaz de lamentar que se verificara una sola de aquellas revoluciones «prematuras, fracasadas»? ¿Y puede imagi-

narse que una de estas revoluciones haya podido ser aplazada hasta el momento en que las clases democráticas tuvieran más madurez política?

Pero si es absurdo hablar del aplazamiento de un acontecimiento histórico, ¿qué significan los lamentos de Casandra con motivo de la falta de madurez política del proletariado?

No somos nosotros los que dirigimos la evolución histórica. Depende de factores mucho más poderosos que los partidos y sus deseos. ¿La evolución del proletariado está bastante adelantada para que se encargue aquél del poder? ¿Tendrá las aptitudes políticas necesarias el día en que conquiste el poder? ¿Estará entonces a la altura de la inmensa tarea que le será confiada? ¿Serán interrumpidas sus victorias por derrotas? ¿Será lenta o rápida la evolución política próxima? ¿Quién podrá contestar a estas preguntas? Pero entonces, si no se pueden contestar estas preguntas, ¿para qué sutilizar acerca de la madurez del proletariado? No es sospechando de los que no proclamen en tono perentorio la impotencia del proletariado, como se elevará el nivel de éste.

Nuestro deber no consiste en descorazonar al proletariado en medio del combate, denigrando, sin razón, sus facultades políticas. Consiste, por el contrario, en pedir todo lo posible a las facultades políticas del proletariado y por consecuencia en trabajar con ahínco para aumentarlas de suerte que siempre su facultad productora llegue al más alto grado.

Para cumplir esta misión, no sólo tenemos que organizar el proletariado y ayudarle a obtener las mejores condiciones de vida y de trabajo. Debemos, además, procurar que el proletariado extienda su mirada más allá del círculo de sus intereses profesionales del momento, y que reconozca la gran conexión entre todos los intereses de los proletarios y los intereses de la sociedad en general. Debemos, también, por la altura del objeto que se persigue, elevarle a una vida intelectual más alta, colocarle por encima de la tarea diaria indispensable y que la vida exige bastante imperiosamente ella sola sin que sea necesario insistir más.

Velemos para que la micromanía no degrade al proleta-

riado y su objeto, para que una política al día no ocupe el lugar de una política inspirada en principios y previsora; velemos, en una palabra, para que la insubstancial banalidad no acabe con el idealismo, para que el proletariado tenga siempre conciencia de la gran misión histórica que le está encomendada.

Si desplegamos todas nuestras fuerzas en este sentido, habremos cumplido nuestro deber de socialistas: el éxito de nuestro trabajo depende de factores de que no disponemos.

INDICE

Nota editorial 7

Nota preliminar 9

LA DOCTRINA SOCIALISTA

Introducción 13

I. El método 21
a) Concepción materialista de la Historia . . 21
b) La dialéctica 41
c) El valor 61

II. El programa 73
a) La teoría del derrumbamiento 73
b) Explotación grande y pequeña 83
c) Aumento del número de poseedores . . . 125
d) Las sociedades anónimas 149
e) Consumo de la supervalía 158
f) La teoría del crecimiento de la miseria . . 172
g3 La nueva clase media 189
h) La teoría de las crisis 198
i) El programa socialista 221

III. La táctica 231
a) Lucha política y lucha económica 231
b) Nuestra política, ¿será independiente o no? . 239
c) ¿Triunfaremos? 261

TRILOGIA «MARXISMO Y REVISIONISMO»

Esta trilogía agrupa los tres textos teóricos fundamentales de la polémica en la que se definieron, dentro de la socialdemocracia alemana, durante los últimos años del siglo XIX, las posiciones de los marxistas «revisionistas» y de los «ortodoxos».

I. Eduard BERNSTEIN: *Socialismo evolucionista.* — Las premisas del socialismo y las taresas de la socialdemocracia.

II. Karl KAUTSKY: *La doctrina socialista.* — Eduard Bernstein y la socialdemocracia alemana.

III. Rosa LUXEMBURG: *¿Reforma o Revolución?*

Colección DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS

TÍTULOS PUBLICADOS

1. François Quesnay: *El «Tableau Economique» y otros escritos fisiocráticos.*

2. Bartolomé de Las Casas: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.*

3. Eduard Bernstein: *Socialismo evolucionista.* — Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia.

4. Karl Kautsky: *La doctrina socialista.* — Eduard Bernstein y la socialdemocracia alemana.

PRÓXIMA APARICIÓN

Rosa Luxemburg: *¿Reforma o Revolución?*

Carmen Bassolas: *La ideología de los escritores.* Política y literatura en la «Gaceta Literaria» (1927-1932).

Eduardo Labarca: *Reflexiones de Corvalán.*

TITULOS PUBLICADOS EN OTRAS COLECCIONES

ALEJANDRIA

1. André Gide: *Prometeo mal encadenado.*
2. Guillaume Apollinaire: *El poeta asesinado.*
3. August Stridendberg: *Inferno.*
4. Voltaire: *Zadig y Micromegas.*
5. Dylan ThZmas: *Retrato del artista como perro joven.*
6. Jean Cocteau: *Los muchachos terribles* (*Les enfants terribles*).
7. Blaise Cendrars: *Ron.*
8. Marguerite Duras: *India Song.*

LOS PASOS PERDIDOS

1. Carlos García: *La desordenada codicia de los bienes ajenos.*
2. Nicolau Eymeric: *Manual de Inquisidores.*

LAOKOON

1. Yuri Plejanov: *Arte y vida social.*

EN PREPARACION

Colección ALEJANDRIA

Dylan THOMAS: *Bajo el bosque lácteo.*

Charles BAUDELAIRE: *Los paraísos artificiales.*

Alfred JARRY: *Ubu.*

Colección LAOKOON

Ezra POUND: *El espíritu del romance.*

Denis DIDEROT: *Paradoja del comediante.*

Franz MEHRING: *La leyenda de Lessing.*

Frente al revisionismo que asentó el libro de Bernstein "Socialismo evolucionista", se alzan las respuestas de los "ortodoxos" alemanes Kautsky y Rosa Luxemburg que, con "La doctrina socialista" y "Reforma o revolución" respectivamente, forman los textos fundamentales de la polémica de la socialdemocracia alemana.

El libro de Kautsky es una contestación punto por punto al libro de Bernstein que centraba su negación del derrumbe del capitalismo en el mantenimiento de la pequeña industria, el aumento de los propietarios y la desaparición de las crisis. Profundizando el análisis de las estadísticas, Kautsky llega a conclusiones totalmente opuestas sin salirse nunca de una corrección de tono que contrasta con la ira que las décadas sucesivas aportarán al tema.

De la Naturaleza de las Cosas

P9-BDN-434